

CAUCHO
EL
MINFO

PAQUE N. 100

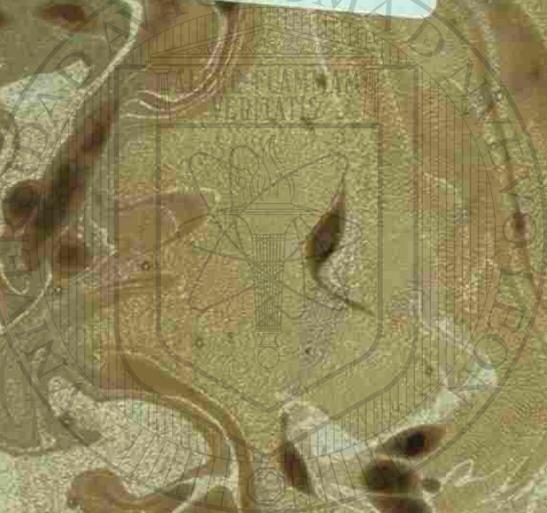
BQ 7297

. C82

B5



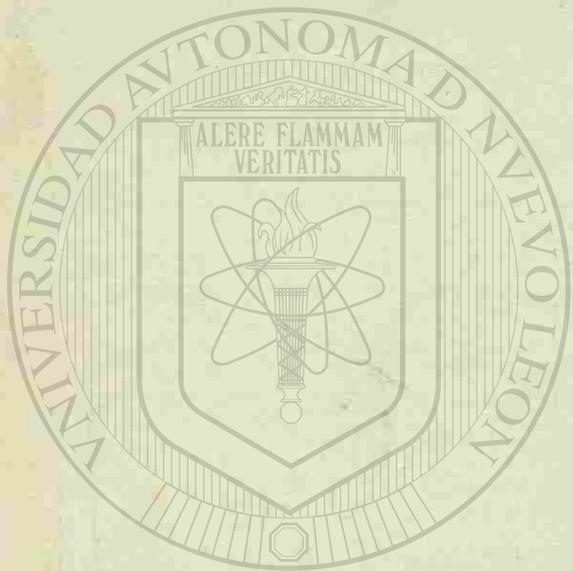
1020006094



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

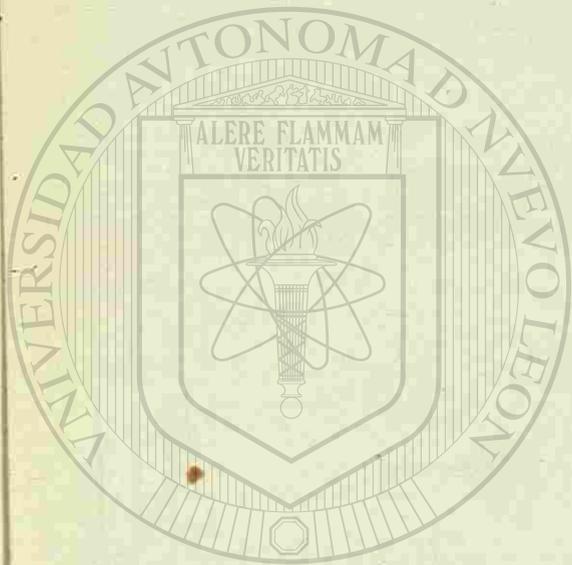


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



108687



LA LINTERNA MÁGICA.

TOMO SEGUNDO.

HISTORIA DE CHUCHO EL NINFO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

LA LINTERNA MÁGICA.

HISTORIA

DE

CHUCHO EL NINFO

ESCRITA POR

FACUNDO.

Con datos auténticos, debidos a indiscreciones femeniles
(de las que el autor se hueiga.)

Al delito se arroja
Necia la juventud: viento bravo
De flores la despoja;
Y en su follaje umbría
Busca, y no halla provechos el estío.
Casimiro Collado.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MEXICO.—1871.

Ignacio Cumplido, editor é impresor, Rebeldes número 2.

CAPITULO I.

EN EL QUE SE VÉ QUE EL AMOR ACARAMELADO
DE LAS MAMÁS NO ES EL MAS APROPÓSITO PARA
CRIAR HÉROES.

ALLÁ por los años de cuarenta á cuarenta y uno pasaba todas las mañanas por el costado Norte de la Alameda, una criada jóven, limpia y relamida, conduciendo á un niño muy lindo.

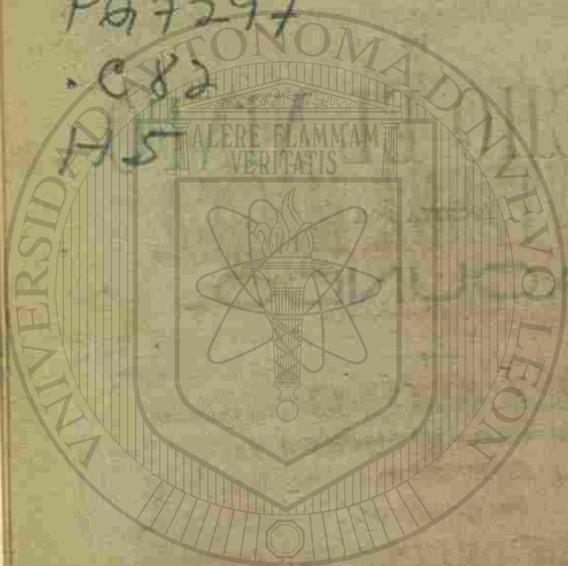
La criada se miraba en el niño; lo cual no era un obstáculo para que el alamedero se viera en la criada; porque al pasar, criada y niño, por la puerta que vé á la Santa Veracruz, el alamedero se paraba allí invariablemente para saludar á la criada.

El niño se veía libre de la mano que lo conducía y se

PA 7297

.C82

H5



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

CAPITULO I.

EN EL QUE SE VÉ QUE EL AMOR ACARAMELADO
DE LAS MAMÁS NO ES EL MAS APROPÓSITO PARA
CRIAR HÉROES.

ALLÁ por los años de cuarenta á cuarenta y uno pasaba todas las mañanas por el costado Norte de la Alameda, una criada jóven, limpia y relamida, conduciendo á un niño muy lindo.

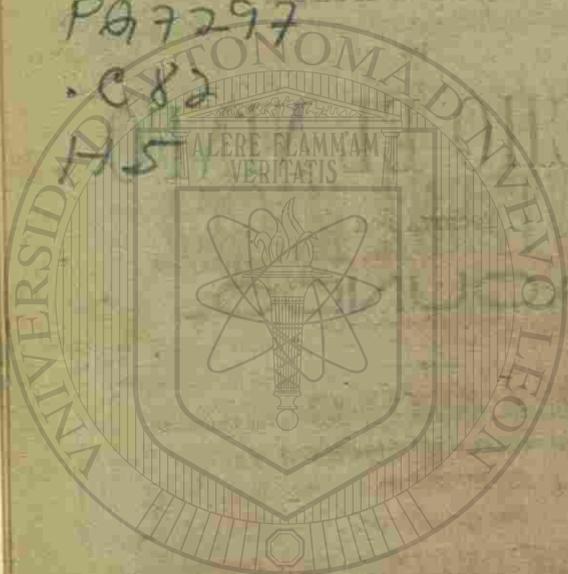
La criada se miraba en el niño; lo cual no era un obstáculo para que el alamedero se viera en la criada; porque al pasar, criada y niño, por la puerta que vé á la Santa Veracruz, el alamedero se paraba allí invariablemente para saludar á la criada.

El niño se veía libre de la mano que lo conducía y se

PA 7297

.C82

H5



FONDO
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

ponia á jugar, mientras el alamedero hablaba cosas mas formales con la criada.

Al niño, al alamedero y á la criada se les hacia tarde. Solia trascurrir una hora, de esas que parecen un soplo, horas de niño, horas de amor, que se pierden sin saber como.

Al cabo de esa hora, el calor del dia habia aumentado, y con el calor los colores de la criada, que estaba entonces mas bonita; el niño se habia empolvado los zapatitos y el alamedero habia tenido tiempo de hacer en el respaldo de la banca un agujerito, donde le cabia el dedo.

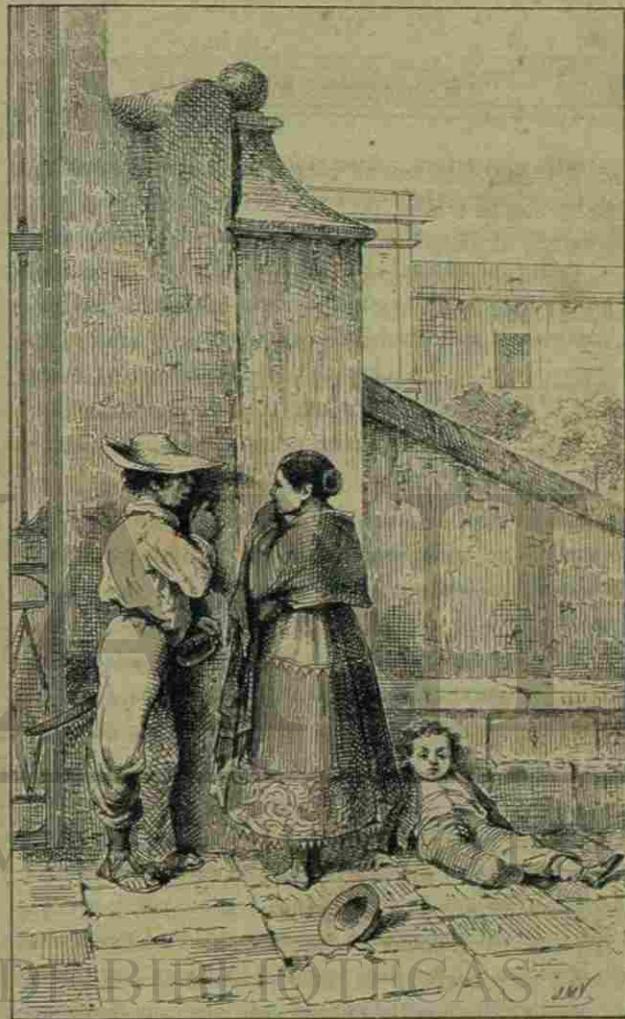
Como todos los dias se sentaban en el mismo lugar, el agujerito iba siendo mas hondo.

Esta manía de perforacion no es solo peculiar del alamedero en cuestion; la incuria tiene una mímica taladrante, significativa y especial.

El indio sobre todo, no trata de asuntos amorosos sin rascar la pared, la beldad cerril no oye si no rasca, y el elocuente lenguaje de las manos, el recomendado acto segundo, se reduce en ciertas gentes á hacer un agujerito.

La criada y el niño seguian el camino de la escuela y el alamedero se quedaba parado.

El niño habia nacido el dia del Dulce Nombre de Jesus; lo cual, en concepto desu mamá, habia sido una felicidad, en virtud de la cual le daba á su hijo el nombre menos parecido al del Mártir del Gólgota: le llamaba Chucho, y Chucho le decian todos, y como tal Chucho nos le presentaron en el mundo.



Al niño, al alamedero y á la criada se les hacia tarde.

Chucho tenía siete años; pero representaba cinco, y estaba aprendiendo á leer en una amiga, porque su mamá temía que los niños de la escuela le enseñaran algo malo á Chucho, lo cual no podía suceder con las niñas.

Chucho, sin ser precisamente de la opinion de su mamá, estaba muy contento entre las niñas: bienestar á que quedó aficionado perpetuamente.

Chucho era dócil, manso, dulce é inocente.

Era la adoración de su mamá.

Hablaremos de su mamá. Era toda amor: por amor se había casado con un oficial, con la intervencion de la autoridad y sin el consentimiento paterno; por amor había seguido á su marido al campo del honor en donde quedó viuda; por amor lloró largos días y por amor se sacrificaba por Chucho. La mamá de Chucho era lo que se llama vulgarmente un terron de amores.

Tenía veintiseis años; y no era precisamente una hermosura, pero tenía un *chisgo* y un aquel, que al difunto militar lo volvieron loco.

Se llamaba Elena y era hacendocita, devota y locuaz. El ministro de la guerra tenía simpatías por Elena, lo cual proporcionaba á la viuda comodidad en la quincena y con esto y *las buscas* de que hablaremos despues, Elena y su hijito Chucho no le llegaban á ver las orejas al diablo de la miseria, sino que, por el contrario, no faltaba lengua que, de las comodidades de la viuda, sacase intrincadas y difamatorias deducciones.

La infancia de Chucho atravesó por esa clínica com-

plicada y penosa de la mayor parte de los niños en México, época fecunda en peripecias, las mas veces precursoras de pérdidas tempranas.

Llama la atención, de día en día, el obituario de los niños: la muerte se complace en arrancarle á México á centenares sus botones; y cuando estos se salvan de los peligros inminentes de la infancia, es para guardar lesiones que, cuando menos, marchitan á los niños, dejándoles desmedrados y enclenques, pequeños, débiles y malcriados como los *pollos de la ensalada*.

Entristecen esas reuniones de niños que, conducidos por las mamás y las nodrizas, salen á buscar en el Zócalo ó en la Alameda un poco de oxígeno, despues de una bronquitis, una pulmonía, una disenteria ó el crup.

Gavarni no podria menos que representar esos grupos inocentes por medio de un manajo de salsifis, ataviados con sombreritos con plumas y flores.

Chucho tuvo todas las enfermedades, desde las de la detencion hasta las de la falta de higiene y sentido comun de la almibarada Elena, su madre, quien, como queria tanto á su hijo, lo mataba.

Elena no empleaba el caudal de razon, de superioridad y de esperiencia de la madre para criar á su hijo, sino solamente el immoderado deseo de complacerlo.

Chucho no era el ser débil y tierno, cuya difícil conservacion está encomendada á ese cuidado y desvelo maternal, de que nos dan tan elocuentes ejemplos los animales; no, Chucho era un tiranuelo en pañales que borraba

con el torrente de sus lágrimas toda medida racional para su conservacion.

Elena creia firmemente, que su única mision como madre era darle gusto á su hijo.

Las lágrimas de Chucho eran un *ukase* para Elena.

Chucho llorando, hubiera hecho de Elena una heroína.

Elena perdió á girones su lozanía, viéndose en Chucho.

El amor maternal estaba representado por el conjunto de todas las condescendencias; y nunca mayor suma de tiranía estuvo representada en sultan tan pequeño.

Chucho nació dominando para que nunca naciera en él la intuicion de la primera superioridad: la madre.

Tan luego como Chucho supo pegar, le pegó á su madre. Elena festejó esta primera gracia, admirándose ingenuamente de la precocidad del niño.

Chucho sabia romper juguetes de alto precio, y era muy afecto á jugar con pesos fuertes, á que llamaba *medios*.

Efectivamente, son el medio que conduce al hombre á todos los fines.

Elena, en suma, era la madre mas pañalona que se conoce; era casi tan consentidera y tolerante como la patria, y Chucho asumia la soberanía nacional.

Así fué creciendo Chucho, objeto siempre, y á pesar de todo, del mas acendrado de los cariños.

Chucho era uno de los niños mas bien vestidos y mas aseados que se conocen, pues el aseo era una de las pasiones dominantes de Elena.

Chucho era, además, un niño muy bonito, que le disputaba la hermosura á su madre.

Elena estaba loca de gusto.

Un día lloraba Chucho á reventar, aturdía, cansaba, alborotaba el mundo.

El niño á quien Elena llamaba su rey, y su ídolo, y su todo, tenía un capricho: quería pegarle con su espadita á un niño pobre; la madre del niño pobre estaba pidiendo limosna á Elena.

—¿Cómo darle gusto á mi hijo? decía esta.—Señora, continuó dirigiéndose á la pobre: ¿quiere usted que mi Chucho le pegue á su hijo de usted?

—¡Señorita! exclamó la pobre.

—No tenga usted cuidado, tome usted esto, y le dió un peso; yo le cambiaré á mi hijo su espadita de fierro por una de carton.

—¿Y si lastimare á mi hijo, señorita?

—No hay que temerlo, es un juguete; pero vea usted á mi hijo como llora; consienta usted, consienta usted; se lo suplico.

Chucho logró pegarle al niño pobre, y madre é hijo quedaron satisfechos.

El niño pobre no lloró; pero la madre pobre sí lloró sobre aquella moneda mas valiosa y mas amarga que todas.

Hé aquí por qué camino y por medio de qué circunstancias se habían sofocado en el alma de Chucho estos dos sentimientos:

El respeto á la madre, y la consideracion á los pobres.

Estas condescendencias habian hecho en la moral de Chucho, lo que hacen los jardineros para impedir el nacimiento de una rama en el arbusto: destruir las yemas.

Como los niños le hacian mal á Chucho, y las niñas no, Elena procuraba inculcar á su hijo esta máxima:

—No quieras á los hombres.

—¿Y á las mugeres? preguntaba el angelito.

—A las mugeres, sí.

—Por eso quiero á las niñas de la amiga.

—¿Y á mí, me quieres?

—A tí no.

—¿Por qué, mi rey?

—Porque no me compras un coche.

—Yo te lo compraré, encanto mio.

—Pero pronto.

—Muy pronto, mañana.

En el fondo de este pequeño diálogo, habia otras dos yemas que Elena destruía para que no crecieran las ramas.

No crecerian ni la sociabilidad ni el valor; pero en cambio naceria la pasion por el lujo, sacrificando á este vicio social el amor filial.

Elena y un usurero compraron al dia siguiente un lindo cochecito de muelles para Chucho, y en el mismo dia un tronco de chivos guarnecidos.

Chucho atesoró con hartura en su pequeño corazon toda la dosis de orgullo de que es capaz un niño.

Elena, toda la vanidad de madre que representaba el papel de rica y hacia feliz á su hijo.

El usurero acumuló otro veinticinco por ciento al crédito de Elena.

Los tres estaban contentos, el cochecito de Chucho hizo gran sensación en las *Cadenas* y en la Alameda.

En ese día no se hizo más que pasear á Chucho.

Chucho estaba más bonito cada día, y después de sus enfermedades crecía con ese desarrollo lento de los niños débiles, y apenas una tinta sonrosada, como de rosa pálida, coloreaba sus mejillas.

Elena, no obstante, veía con placer aquel desarrollo; y al notar que las formas del niño se redondeaban abandonaba sin dificultad la idea del vigor varonil, tan deseado en el crecimiento del niño, y se inclinaba á contemplarlo bajo la forma femenil.

Elena había agotado ya todas las modas, y su imaginación se había cansado inventando trajecitos fantásticos para Chucho, hasta que un día le ocurrió vestirlo de mujer.

Chucho se exhibió vestido de china.

Estaba encantadora, según Elena; y como Chucho era objeto de repetidos agasajos en traje de hembra, se aficionaba á esta transformación que halagaba su vanidad de niño bonito y mimado.

Estas metamorfosis, y estos mimos, y más de que hablaremos después, iban preparándole á Chucho para más tarde, el adecuado y no muy envidiable nombre de Chucho el Ninfo.

CAPITULO II.

EN EL CUAL COMIENZA LA DESCRIPCION
DE LAS LUCES, MAITINES, FUNCION Y PROCESSION DE
LA VIRGEN DE LA MERCED.

EL 16 de Setiembre del año de 1840, á eso de las siete de la noche, las calles de la Merced ostentaban mayor número de faroles en sus balcones y puertas, no precisamente porque en aquel día se celebrase el trigésimo aniversario de nuestra independencia, sino porque en ese mismo día había comenzado el novenario de Nuestra Señora de la Merced, y este acontecimiento solía entonces conmover más á los fieles que todas las glorias de la patria.

Hacia dos meses que en el viejo convento de la Merced

se notaba un movimiento desusado: los frailes habian celebrado ya varios capítulos y se habian puesto en comunicacion activa con los hermanos de una archicofradía y con varios vecinos ricos y devotos.

Entre estos, ocupa un lugar preferente el Sr. D. Pedro María*** que durante veintinueve años no recordaba haber faltado un solo domingo á la misa de once, ni á ninguna de las fiestas titulares.

Era D. Pedro María un hombre hecho y derecho, empleado en Palacio, y reputado como uno de los fieles devotos, de arregladas costumbres é intachable conducta. Tenia entrada franca al claustro, y franca amistad con todos los frailes, desde el padre maestro hasta el perrero, desde el organista hasta el campanero.

Don Pedro tenia un carácter afable, y aire de jovialidad y de franqueza, que es por lo general el indicio de una conciencia pura.

—Padre procurador, le decia á un frailazo que aparecia en el átrio del templo; es necesario que no escondas los tomines, porque la funcion de este año ha de ser la mejor que se haya visto.

—Como que se estrenan ornamentos, señor don Pedro.

—Ya visité á las señoras que los están bordando.

—¡Fué usted á la casa!

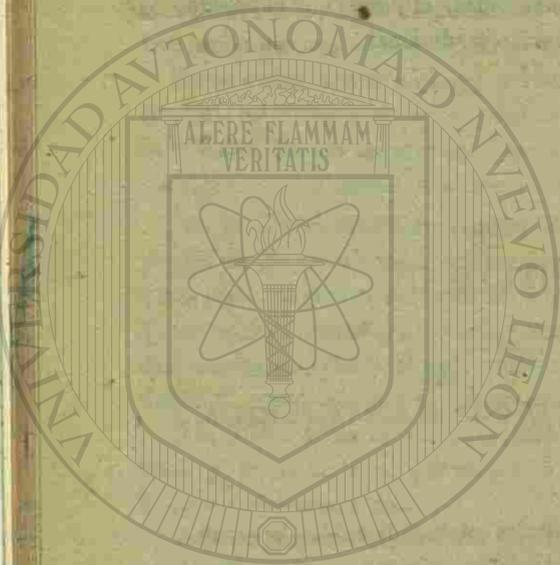
—¿Te admiras?

—No, sino que nada me han dicho.

—¡Ah, bribonazo!.....

—Señor don Pedro, no sea usted temerario.

lan en concurrir una que otra noche á la fonda de Matiana, como por vía de calaverada, y otras consumen desde su casa las incitantes enchiladas, el *fiambre* y el *pipian*, que gozan de una reputacion tradicional.



CAPÍTULO III.

SIGUE LA COLECTA EN LA CASA DE DON PEDRO MARIA.

LOS padres mercedarios acaban de subir las escaleras de la casa de D. Pedro Maria.

La portera los dejó subir, registrando su bolsa para darles al bajar.

La recamarera, muchachuela alegre y franca, corrió á avisar y en seguida invitó á los padres á pasar á la sala.

La señora de la casa era una señora muy amable, de *muy buen humor*, vecina vieja del barrio, piadosa, arreglada y buena.

—Buenos dias, padres, dijo en el momento de ver á los mercedarios; que tal vamos de colecta?

—Regular, mi señora doña Rosarito, contestó el mas

viejo, ya sabe usted que los fieles en estos días se esmeran en sus piadosas manifestaciones hácia María Santísima.

Efectivamente, la bandeja de plata que cargaba el padre jóven estaba rebosando.

—¡Ah! dijo doña Rosario, viendo la bandeja, ya veo, ya veo que no estamos mal. Por mi parte, aunque con mucha mortificación.....

—No se mortifique usted, mi señora doña Rosarito, que Dios recibe todo, y la Provincia de Nuestra Señora también.

—Los negocios de mi marido no andan bien, y luego tanta familia..... ya sabe usted, tenemos Merced en casa y ya calculará usted lo que se gasta.

Todo esto lo decía doña Rosario revolviendo entre sus dedos un manojito de llaves.

—Lo que se pueda, lo que se pueda, mi señora.....

—Estoy con ustedes, dijo á los padres, pero sírvanse ustedes sentarse, aunque no me tarde.

Los padres iban á sentarse.

—Por aquí, indicó doña Rosario..... en el sofá estarán ustedes mejor.

—No se moleste usted.

El padre viejo se sentó en el sofá y el jóven, teniendo miedo á los resortes, descansó en una silla, se puso la bandeja sobre las rodillas y estiró los brazos que traía entumecidos.

Don Pedro se rió con la mayor naturalidad, y el fraile se mordió los labios.

—Usted tan chancista como siempre, dijo el fraile procurador cuando don Pedro acabó de reírse.

Efectivamente, don Pedro tenía fama de chancista, y todos los padres le toleraban sus bromas en gracia de su habilidad y talento, y porque don Pedro los conocía á todos como á sus manos.

No cesaba el trajin de los sacristanes de número y supernumerarios, quienes del día á la noche desempolvaban, lavaban, y aderezaban santos, altares, atriles, ornamentos y estandartes, y removían la palizada de las bodegas y revolvían aquella casa de Dios de arriba á abajo.

El padre procurador tenía un quehacer extraordinario con los colectores, hermanos limosneros, sacristanes, mendicantes, y fieles donantes fervorosos de motu proprio; todos causantes de una de las contribuciones más hábilmente establecidas, y que gobierno civil ó ministro de hacienda alguno, no ha podido plantear ni con la reforma.

—¿Estás solo en el convento, padre procurador?

—Sí, señor don Pedro María.

—¿Y los padres?

—Vea usted, señor; el padre Catarino, el padre Martínez y el padre José María, mi primo, andan con alcancía colectando en los mercados: el padre secretario y el padre doctor andan también colectando en las casas, con las bandejas de plata; el padre Jorje está ahora en la casa de uno de los abogados del convento, porque se-

gun he oído decir, es necesario embargar á mas de quince inquilinos pobres, porque falta mucho para completar lo de la cera, y todavía no hay ni para los fuegos artificiales.

—¡Ah! sería una lástima, dijo don Pedro María; ¡qué escándalo sería para el vecindario, que nos quedaríamos sin castillos! no lo permita Dios, padre procurador; que embarguen, que embarguen á esos inquilinos, que además de ser morosos son malos católicos.

—Vea usted, señor don Pedro María, eso está muy enredado, porque andan con que si las niñas del 18 son menores; y con que las otras de la casa chica, son medio parientas del padre secretario, y que te fué y que te vino, y que si contra las mugeres no puede la ley, y ya sabe usted, señor don Pedro María, que no faltan chismes, y que á la hora de pagar salen los empeños, y ya sabe usted..... como las casas se dán..... así, por empeño de los mismos padres..... luego salimos.....

—Pues no hay mas que justicia seca, padre procurador.

—Esa fué mi opinion en el Capítulo, porque, figúrese usted; el padre procurador es todo: se trata de la funcion y ¡ave María purísima! no tengo cabeza; padre procurador por aquí y padre procurador por allá; y el padre procurador que pague las reposiciones y los salarios, y los sastres y la cera y la música, y el banquete.

—¡Ah, ah! exclamó D. Pedro María al recordar el banquete; y lamiéndose los labios, agregó: cuidado, padre

procurador, con no poner en la mesa aquellos chiles rellenos en nogada, que le costaron un miserere al padre Cayetano.

—Y los bobos rellenos, señor don Pedro María, y sobre todo aquel vino español, que lo puso á usted tan alegre.

—Sí, sí; el vinito, el vinito.

—Nos hará usted otros versos, por de contado.

—Ya no hago versos, ya sabes, padre procurador, que yo soy prosaico.

—Nada de eso, nada de eso; ¡y los sonetos del año pasado?

—Son de mis hijos, mis hijos poetizan; como están estudiando.

—¿Y qué tal?

—Pablito, es al que mas le sopla la musa.

—Oiga!

—Sí, padre: le *intelige*, le *intelige*.

—Pues que Dios y María Santísima de la Merced, se los conserve á usted por muchos años.

—Así sea; pero ¡diablo! ya van á dar las once y sale la misa, hasta luego, padre procurador.

—Hasta luego, señor don Pedro María; vaya usted en hora buena.

El padre procurador continuó ocupándose con asiduidad en sus complicadas atenciones, pues se trataba de aumentar las entradas en aquellos días críticos, y durante los cuales la funcion titular era el gran negocio, que ocupaba exclusivamente la atencion del padre Provincial, de la comu-

nidad, de los dependientes, sacristanes, acólitos y limosneros y de la mayor parte de los veinte mil vecinos que rodean el convento.

Se han hecho los nombramientos de celebrantes, predicadores, diáconos, ayudantes y monaguillos; se han provisto las plazas supernumerarias de campaneros y sacristanes; se ha acordado dar un espléndido banquete dentro del convento en honra y gloria de la santa patrona; se han reformado, recosido y relujado los ornamentos; se está limpiando la plata, y se hacen importantes reparaciones en santos, blandones y muebles, y todo esto durante quince días, con el acompañamiento de una *ré fa 6 sol* largo como un zumbido de oídos y penetrante como una punzada.

Estas notas largas las está dando el órgano todo el día, porque lo están afinando y esta es obra mas larga de lo que parece.

Ha habido una junta de blancos mercedarios y negros coheteros, para dilucidar detenidamente la importante cuestion de los fuegos artificiales, á los que contribuyen especialmente los panaderos, vendidos y empujados, y que en un arranque de fervor religioso se han empeñado por otros seis meses mas, por tal de que los fuegos estén buenos.

La limosna cuotidiana colectada á las puertas del templo, ha aumentado un setecientos por ciento con solo cambiar el tema; el limosnero hace un mes que está pidiendo para la cera de la funcion titular por intencion de los que

dan su limosna, en lugar de pedir por la redencion de cautivos por amor de Dios.

Los fieles que han dado todo el año para redimir cautivos, sin saber de qué cautivos se trata, dán ahora con mas razon, porque saben de qué cohetes y de qué cera les hablan.

Los limosneros ambulantes armados de alcancías y de charolas, recorren todo el barrio con mucha escrupulosidad porque no haya quien se ofenda ni tache á los limosneros de parcialidad y preferencias odiosas; de manera que van de puerta en puerta, de casa en casa, de puesto en puesto y de vecino en vecino, haciendo la colecta, á cuya idea, idea inocentemente retozona, sonrie la buñolera, la patera, el pulquero, el fondista, el cacahuatero y toda la numerosa falange de tratantes en pequeño, con la firme creencia de que el rehusar el óbolo á la Iglesia, les acarrearía la desgracia en sus especulaciones, por pecadores indignos de la proteccion del cielo.

Acaban de entrar dos mercedarios en una casa baja, de pobre apariencia.

Matiana les salió al encuentro.

Matiana es una muger gorda, aseada y de cierto aplomo, que ha marchitado su juventud al calor de las hornillas y entre los gases de la cocina.

Matiana es una magnífica cocinera.

—Buenos días, Matiana, dijeron los frailes.

—Buenos se los dé Dios á sus paternidades, padrecitos.

A la palabra padrecitos aparecieron dos muchachas, las hijas de Matiana.

Eran las tales, dos apifonadas, de ojos negros como el ala del cuervo, de largas trenzas, flexibles de cintura, vivarachas y listas, zandungueras, y capaces de de ciruna claridad al mas pintado.

Las hijas de Matiana, lo primero que hicieron fué besarle la mano á los padrecitos.

Despues, fueron á traer cada una su limosna.

Vicenta, que era la mas lista, dijo á uno de los frai les, contando un puñado de monedas de cobre y de plata.

—Vamos, padre, aquí está esto, pero con una condicion.

—¿Cuál? preguntó el fraile.

—Que la Virgen me conceda vender mejor que hace un año.

—¿No vendiste bien tus buñuelos?

—Siempre me sobró masa y tuve que hacer *humildes*, y no se acuerda su paternidad que le envíe un platito?...

Con que porque me vaya bien, dijo, y arrojó en la bandeja del convento su puñado de monedas.

—Dios te conceda venderlo todo, aunque no me mandes *humildes*, hijita.

—Muchas gracias, padre.

La hermana de Vicenta y Matiana dieron su limosna, cuando ya una nube de muchachos rodeaba á los padres.

Estos chicos se disputaban el honor de besar la mano á los padres, pero estos les presentaban el hábito

blanco, y los muchachos se conformaban con la lana en vez de la carne, que siempre era algo.

Matiana tenia, ademas, un hijo, un hijo que hacia zapatos.

Se llamaba Antonio. Por lo general empezaba á trabajar el juéves de cada semana, el viérnes era un modelo de actividad, el sábadó velaba y echaba los pulmones por la boca, el domingo recibia el producto de su trabajo y se vestía de limpio, el lúnes se emborrachaba y lo gastaba todo, el mártés dormía la mona, el miércóles volvia á buscar trabajo, y el juéves empezaba á trabajar.

Este es el modelo de algunos miles de artesanos en México.

Su vida está invariablemente sujeta á ese programa, solo interrumpido por una que otra semana que mudan temperamento en la cárcel.

Pero en honra y gloria del culto religioso externo, debemos decir que Antonio se desconocía á sí mismo en Setiembre.

En Setiembre trabajaba Antonio toda la semana, y en acercándose los días del novenario de la Virgen de la Merced, el zapatero velaba todas las noches.

Durante todo el año estaban satisfechas todas sus necesidades, inclusa la necesidad extraordinaria, la de embriagarse; pero en Setiembre Antonio tenía que cubrir atenciones de otro género.

Obraba entónces al impulso de un móvil poderoso.

Su fé religlosa.

Dar limosna al convento era para Antonio una necesidad imperiosa, una costumbre arraigada, y un medio empleado de buena fé para salir bien en lances apurados.

Cuando Antonio, ébrio, armaba un escándalo y se libraba, merced á sus piernas, de las garras de la policía, reflexionaba despues muy sériamente en que aquella chiripa era la intercesion de María Santísima de la Merced, su santa patrona, quien se manifestaba agradecida á las limosnas de Antonio en todos los momentos críticos.

Estas limosnas eran, pues, para Antonio una cómoda transaccion con sus vicios, pues lejos de pensar alguna vez en no emborracharse, lo cual hubiera sido mas conveniente para él y mas agradable á la santa patrona, revalidaba anualmente su suscripcion de *seguros* contra todo género de percances.

Antonio podía, durante un año, ser lo mas malo y pernicioso posible; pero en Setiembre se abstenia de libaciones y otras cosas, para hacer zapatos de una manera infatigable.

El producto de estos desvelos en nada mejoraba su posicion ni le proporcionaba en manera alguna comodidad para los meses subsecuentes.

Muy al contrario, Antonio, en los dias de la octava, empeñaba la herramienta y la camisa, hasta que algun compadre lo habilitaba de nueva cuenta para anudar de nuevo el hilo de sus costumbres.

En la octava, Antonio estaba pobre, pero tranquilo, y

se entretenia en contar á sus amigos que el producto de su trabajo lo habia repartido de este modo:

Primero; habia dado limosna al convento antes de la funcion; despues habia dado limosna para las misas que se dicen todos los dias de la novena, por intencion de los que dan su limosna; habia contribuido para los fuegos artificiales, y despues para dos *toritos* que se quemaron en su calle; habia comprado flores y obleas arrojadizas el dia de la procesion, habia consumido una gran cantidad de golosinas las noches de las luces hasta lograr enfermarse, y el resto de sus ahorros, finalmente, lo habia empleado en pulque.

Durante nueve años Antonio habia hecho lo mismo invariablemente y tenia veinticinco.

Matiana, que como hemos dicho, es una muger fresca, obesa y magnífica cocinera, se propone hacer un bonito negocio (que efectivamente hacia) tomando en arrendamiento una accesoria y estableciendo una fonda que duraba abierta el mes de las fiestas.

Vicenta hace buñuelos, para los que segun la fama, Dios le dió gracia especial, pues no es mas fino el cambray batista ni la gasa de Italia que los aéreos buñuelos de las bonitas manos de Vicenta.

Susana la hermana de Vicenta, que no la casta, hace unos tamales de chuparse los dedos.

Y Matiana, Vicenta y Susana, contribuyen con fé ardiente y zelo religioso al culto, con el producto de sus industrias respectivas.

Hacen todos los dias sus cuentas, y convienen en que

nueve días del novenario y ocho de la octava, son diez y siete, de tanto trabajo como lucro, y de tanta animación como alegría.

Los chicos sueñan con los *castillos*, con los *toritos*, con los *cohetes corredizos*, con la procesion, con los títeres y con todo un complicado y largo programa de diversiones.

Las muchachas preparan, confeccionan ó desempeñan sus enaguas y sus rebozos de lujo, y ya en los días mas próximos al día grande, quiere decir, al 24, las hijas de Matiana son verdaderos tipos de limpieza y donaire con sus enaguas de castor ó de mascadas y sus zapatitos de raso de color, que no hay mas que pedir.

Ya en esos días han logrado atraerse las largas miradas de algun calaveron que dá en pasar por allí, ya han hecho pensar en muchas cosas subversivas á los gachupines de la tienda de la esquina, que las camelan con nuevo ímpetu en el novenario; porque entonces todo sube de punto, hasta el amer; y ya en fin han recibido serias reconvenciones del novio oficial, por la inusitada compostura que está siendo causa de mas de cuatro cosas.

Matiana, aumenta el número de comensales solo al incitante olor del pipian succulento y del nacional mole de guajolote.

Matiana, nutriéndose por absorcion durante un mes, se elabora felizmente á sí misma algunos centímetros cúbicos de humanidad, y toda ella respira bienestar y dicha á todas horas.

Algunas familias acomodadas del vecindario, no vaci-

No tardó en salir doña Rosario trayendo dos escudos de oro que depositó en la bandeja.

—Dios pague la caridad, dijo el padre y entregó á doña Rosario una estampa de la Virgen de la Merced.

La noticia de que allí estaban los padres colectores corrió hasta la cocina, de manera que cuando estos salian, todos los criados de la casa los esperaban en el corredor y pusieron cada uno en la bandeja su limosna.

Don Pedro Maria era un viejo empleado en Palacio, hombre probo y de buenas y dulces costumbres.

Como ademas de su sueldo tenia algunos negocitos, hacia tambien algunos días que hojeaba libros y removía papeles para facilitar un ingreso extraordinario á sus fondos con motivo de acercarse el día de Nuestra Señora de la Merced, para cuyo día solemne se hacian ya grandes preparativos.

Ya habia ido el carpintero á barnizar los muebles, el hojalatero recomponia los faroles, y don Pedro estaba preparando á la sordina ademas de las compras ostensibles, algunas de sorpresa y de obsequio á su hija Mercedes, como por ejemplo, una vajilla, unos aretes y otras chácharas.

Doña Rosario, por su parte, habia tomado efectos en el cajon de Orvañanos, calle de la Monterilla; y hacia días que en union de sus dos hijas, Mercedes y Angelita, entraba y salia á las sederías, á las tiendas de ropa y á las mercerías, habilitándose de encajes, botones, lazos y esos cien mil dijes indispensables entre señoras que van á estar de fiesta.

La imaginación de estas dos niñas, hijas felices y mimadas, se perdía en el intrincado dédalo de un programa risueño y subversivo, pasando rápidamente á cada rato por el campo brillante de su fantasía, como en las combinaciones de un cromotropo y sucesivamente, estos nombres: las luces, los cohetes, los chocolates, los dulces, las visitas, los novios, el novio, la procesion, la comida, el baile, los vestidos, el vals, las cuelgas, el matrimonio, la felicidad, en fin, bajo todos los prismas y en la mas deslumbradora de las confusiones.

La señora doña Rosario, que es persona de sociedad é incapaz de olvidar ningun detalle, ha empezado á hacer visitas, quiere decir, ha ido recorriendo la larga lista de sus amistades, empezando por aquellas con quienes se encontraba mas en descubierto, ó como ella decia, *endrogada*.

La cuestión de relaciones amistosas, la deja la señora doña Rosario cada año como un pelo.

Pero no como un pelo que se revienta, como cuando la suspension de nuestras convenciones diplomáticas, sino como un pelo, de ese que se usa para hacer esta comparacion, que no sabemos de donde venga.

Doña Rosario se aparece á principios de Setiembre en las casas de sus antiguas amigas, y despues de las amistosas y mútuas recriminaciones, acaba doña Rosario por convidar á sus amigas á las luces, á la procesion, á la comida y al baile del 24; las amigas, despues de fingir todas las dificultades imaginables, acaban por aceptar en conjunto todos los convites.

Arregladas las relaciones exteriores, Doña Rosario toma á su cargo la cartera de gobernacion, como ministro nuevo, y comienza por la policia de la casa, tambien como ministro nuevo, y sigue el tráfico de freganderas y el ruido de escobetas que es un gusto.

No ha descuidado ir en persona á buscar á la cocinera de los dias grandes, y eso con anticipacion para que no se comprometa en otra parte.

Merced y Angelita piden moldes prestados, consultan figurines y á sus amigas mas elegantes, cortan y cosen incesantemente y les parecen largos los dias anteriores al de la fiesta.

Cuentan ya con algunas amiguitas de confianza para que las acompañen en todo, así como don Pedro María ha convidado á algunos compañeros de oficina, á algunas personas graves, al padre Martinez y al señor cura de San Pablo, ambos á dos sus compañeros de tresillo.

Don Pedro María para completar su dicha, tiene un hijo grande de quien no hemos hablado: Pablito.

Pablito estudia cuarto año de leyes, es un jovencito que tiene mucho talento segun su papá y su mamá, hace versos y buenos, y ha puesto ya en letras de molde algunos trabajos literarios.

Pablito dijo unos versos en la distribucion de premios de su colegio y lo hizo muy bien.

Pablito está enamorado como un bárbaro, y per medio de sus hermanas está á punto de realizar la inocente in-

triguilla de hacer convidar á su novia para las fiestas de la Merced.

A las siete de la noche las niñas estan vestidas esperando á las visitas, que son obsequiadas entre nueve y diez con bizcochos, dulces, y copitas de licor.

Los balcones están adornados con cortinas blancas y con faroles, y las vidrieras permanecen abiertas hasta las doce, para que las visitas gocen del cuadro que presenta la calle, en la que, á corta distancia están colocados á la orilla de las banquetas numerosos puestos de vendimieras, y mesitas, que son otros tantos figones que prodigan el incitante olor de las varios manimientos y de los chORIZONES de Toluca.

No hay una sola puerta, balcon ó ventana en todo el trayecto de las calles que converjen al convento, en donde no alumbren faroles de vidrio ó de papel, y esas calles están literalmente llenas de gente.

Estamos en la sexta noche.

En las cinco precedentes Merced y Angelita han lucido su habilidad en el piano; don Pedro María, su señora y el señor cura de San Pablo, el padre Martínez y dos señores muy buenos amigos de la casa, forman un corro donde se platica, al principio con gravedad, y despues con animacion, porque el padre Martínez es muy ocurrente, y el señor cura tiene mucho talento.

El padre Martínez tiene una fisonomía franca y rubicunda, reboza buen humor y bonhomía, y toma chocolate con un apetito envidiable.

Las niñas y los pollos se agrupan á los balcones y pueden, merced al ruido de la calle, decirse muchas cosas.

El ruido es conveniente para los amantes, para no hacer ruido.

La antevíspera del 24 pernoctan en la casa de don Pedro María algunas amiguitas de las niñas, con objeto de ver la salva al dia siguiente.

La salva consiste en el madrugar de todo el vecindario, que á las cuatro de la mañana en punto se vuelve loco de gusto, y hay á esa hora repiques, cohetes y música.

En la noche, tienen lugar en el templo los maitines solemnes, con asistencia de toda la comunidad y con gran orquesta.

Diez mil personas se disputan el honor de entrar al templo, adonde bien pronto dejan satisfecha su curiosidad y salen á gozar de nuevo del animado espectáculo de las luces que terminan con los castillos y con nuevos repiques.

Todo es gritos y animacion, todo es alegría y movimiento. No hay en todo el barrio una sola persona que no contribuya gustosa á formar de aquel cuadro la mas tumultuosa y animada de las diversiones.

Llega el dia 24. Toda la casa de don Pedro María está de fiesta; los criados están muy limpios y la cocina ha recibido refuerzo de batería y de manos.

Las niñas han convertido su recámara en un arsenal de lienzos almidonados, de flores, de encajes, de aromas y despues de algunas horas del mas complicado, minucioso

y difícil tocador, salen Merced y Angelita, radiantes de hermosura, prodigando aromas, vendiendo juventud y lozanía, como flores que acaban de abrirse dentro de un invernáculo.

Las niñas pasan la mayor parte de la noche en confidencias y cuchicheos, y es tal el alborozo que el sueño huye de sus ojos.

Apenas se exhiben, son contempladas con envidiable deleite por don Pedro María y doña Rosario, quienes se sientan cómodamente para recrearse en sus hijas, á quienes estudian y analizan con nimio cuidado y no menos interés que cariño: las besan en la frente y en seguida presentan á Merced sus respectivos obsequios.

Merced es el objeto de todas las atenciones, la llaman el santo de la fiesta, y va á recibir, desde la tarjeta dorada y calada de la muger que aseó el corredor, hasta el soneto acróstico de su novio; desde el platon de cocada de la monja ó de la tía anciana, hasta el lujoso devocionario que la regala el padre Martínez.

Se cubren las mesas de platonos de dulces, y de obsequios de todo género. Merced goza de esa manera febril con que se goza á los quince años, recibiendo puras las emanaciones del cariño, del amor, de la fé y del entusiasmo.

Merced lloró de gozo: era completamente feliz.

Toda la familia va á la funcion de iglesia. Merced y Angelita se arrodillaron frente al altar, y poco á poco aquellas dos almas puras, se fueron entregando á una beatitud apacible y dulce.

El estrepitoso acento de la orquesta, que resuena de una manera especial en las bóvedas del templo, conmovia y agitaba las fibras nerviosas de aquellas jóvenes, con ese sacudimiento particular que produce una especie de calosfrio delicioso.

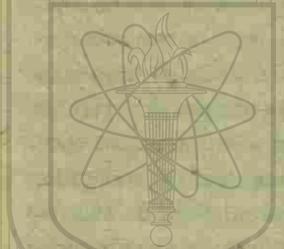
Ese bienestar indecible que experimenta el cuerpo cuando al aseo reciente sucede la presion de la ropa nueva, el contacto del cambray y de la seda; y esa otra sensacion gratísima que engendra la aspiracion de un aroma penetrante, esa lucidez con que la imaginacion recorre los pasados horizontes de una juventud que es un cielo sin nubes ni tempestades, sino sereno, azul y tranquilo, como el cielo de Abril, y los effluvios místicos de una religion de amor rodeada de los atractivos de un culto deslumbrador y de grandioso aparato; todo esto estaba produciendo en aquellas dos almas sencillas y tiernas, la mas completa, la mas dulce de las mistificaciones, y por medio de todo ese conjunto de sensaciones y de deslumbramientos, se elevaban Merced y Angelita en esa molicie leda, precursora del éxtasis.

Sentian como la sancion absoluta de su dicha, y se entregaban con ardor y sin esfuerzo á una oracion que tenia mas de entusiasmo que de piedad, mas de placer que de plegaria.

Merced y Angelita habian creído sin esfuerzo, se habian dejado conducir á una felicidad en que se engreian, y en medio de la saciedad de su alma, juntaban el cielo con la tierra.

¡Ah, cuán felices eran! Todavía el aguijón de la duda no había acercado su punta envenenada á sus almas puras; todavía el negro monstruo de la corrupción actual no había arrojado á su casto seno la bocanada de su aliento inmundo. ¡Amaban y creían!

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



CAPITULO IV.

LA COMIDA EN LA CASA DE DON PEDRO MARÍA,
LAS PRIMERAS PÁGINAS DE UNA HISTORIA TRISTE, CHU-
CHO EL NINFO EN LA PROCESION.

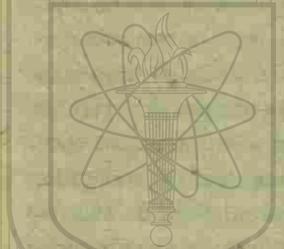
A LA una, la casa de don Pedro María presentaba ya el conjunto mas ameno y variado. Casi todos los asientos de la sala estaban ocupados por las visitas.

En la mesa del centro se ostentaba una variada profusion de tarjetas, con los nombres, desde el del alto funcionario hasta el del criado doméstico jubilado.

Merced y Angelita engalanadas, radiantes de aseo y de compostura, eran el centro de todas las atenciones.

¡Ah, cuán felices eran! Todavía el aguijón de la duda no había acercado su punta envenenada á sus almas puras; todavía el negro monstruo de la corrupcion actual no había arrojado á su casto seno la bocanada de su aliento inmundo. ¡Amaban y creían!

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



CAPITULO IV.

LA COMIDA EN LA CASA DE DON PEDRO MARÍA,
LAS PRIMERAS PÁGINAS DE UNA HISTORIA TRISTE, CHU-
CHO EL NINFO EN LA PROCESION.

A LA una, la casa de don Pedro María presentaba ya el conjunto mas ameno y variado. Casi todos los asientos de la sala estaban ocupados por las visitas.

En la mesa del centro se ostentaba una variada profusion de tarjetas, con los nombres, desde el del alto funcionario hasta el del criado doméstico jubilado.

Merced y Angelita engalanadas, radiantes de aseo y de compostura, eran el centro de todas las atenciones.

Acaban de entrar á la sala, saludando graciosamente, tres jóvenes.

Uno es Pablito, el hermano de Mercedes y Angelita.

Otro es Cárlos, el novio de Mercedes.

Y el tercero Gustavo, novio de Angelita.

Los tres, por lo tanto, causaron sensacion en la concurrencia, porque merced á aquella intriga de que hablamos antes, la novia de Pablito estaba en la sala.

Al observador le hubiera bastado mirar para leer las tres historias de amor.

La de Mercedes en el color de sus mejillas, porque desde el momento en que se presentó Cárlos, Mercedes se puso mas colorada de lo que estaba.

Angelita se denunció por un estremecimiento nervioso, y la novia de Pablito se hizo reo del mismo delito, porque dejó traslucir su disimulo.

De las tres historias de amor iniciadas, la de Mercedes merece nuestra preferencia y de ella nos ocuparemos en seguida.

Diremos por qué.

Mercedes era un alma, tipo de pureza, y estaba predestinada á ser la víctima de las ideas nuevas.

Para el escritor de costumbres hay un mundo en esta palabra: *Reforma*.

La historia de Mercedes nos va á proporcionar la ocasion de presentar al lector la sinópsis de los efectos morales de la reforma en uno de sus mil resultados.

He aquí los elementos de las posteriores complicaciones.

La familia de don Pedro María pertenecía al antiguo régimen.

Cárlos iba adelante.

Merced era una hechura: la sugestion, la órden y la regla prescrita eran su guía: estaba acostumbrada á obedecer pasivamente y sin esfuerzo; la docilidad mas perfecta se lo hacia todo fácil, y vivia casi sin responsabilidad moral.

Cárlos, por el contrario, se pertenecía á sí mismo, se elevaba; y su sed de saber le habia hecho traspasar ya la barrera de la coaccion moral; discurría con independenciam, pensaba por su cuenta, analizaba.

No obstante estos elementos contrapuestos, Mercedes y Cárlos se amaban; y si se le preguntaba á Mercedes por qué amaba á Cárlos, contestaba:

—Porque es muy buen mozo y muy simpático.

Cárlos amaba á Mercedes, porque Mercedes era un ángel.

Las dos causales, como se vé, eran las razones torales del amor.

El ruido, que como hemos dicho es tan propicio á los amantes, permitió á Merced y á Cárlos dialogar, aunque para ésto les hubiera sido preciso emplear algunos preliminares estratégicos.

—Que bella está usted hoy, Mercedes.

Mercedes dió las gracias con una de esas miradas que

las mugeres tienen á su disposición, y que les sirven mas que las palabras.

—Mamá ha notado algo, dijo Mercedes despues de la mirada.

—¿Le ha dicho á usted?

—No.

—¿Entónces?

—Lo conozco en que tuvo mas empeño que nunca en que me confesara.

Cárlos hizo un gesto.

—¿Y el señor don Pedro María?

—Mi papá no se fija en nada.

Este diálogo fué interrumpido por la llegada de los convidados que faltaban. Eran unas amiguitas, quienes despues de los besos y mimos de costumbre se pusieron á ver las *cuelgas* y á analizar todos los obsequios hechos á Mercedes ese día.

La señora doña Rosario no tardó en presentarse en la sala á dar á los convidados la buena noticia de que la sopa estaba en la mesa.

Cárlos ofreció el brazo á Mercedes, Gustavo á Angelita, Pablito á su novia, y así cada galán eligió compañera á su gusto.

Un momento despues, el comedor presentaba un conjunto de los mas agradables.

Habia mas de cincuenta personas, número mayor que el de cubiertos, y aquí fué Troya: eliminose á los muchachos como medida extrema y se les improvisó una segun-

da mesa en un rincón; en seguida se escurrió una anciana, despues, se estrecharon las distancias, hasta que por último, se colocaron todos.

El padre Martínez fué el primero que le hizo públicos honores á la suculenta sopa de raviolos, preparados por la señora de la casa.

El padre Martínez *repitió*, y á su ejemplo dos tias y algunos convidados.

Pablito estaba fatigadísimo haciendo los honores de la mesa, por librar á su mamá de esta tarea; y habia tomado á pechos la de distribuir en platos un enorme platon colmado de disímbolas legumbres y menudencias: pidió auxilio á sus adláteres y acabó proponiéndose no volver en su vida á ser distribuidor del complicado *puchero español*, en días solemnes.

Un pollo, despues de haber apurado tres copas, se atrevió á decir:

—Que brinde el padre Martínez.

—¡Sí, sí, sí! repitieron todos.

—Vamos, padre Martínez, usted despunta; dijo con cierta autoridad don Pedro María.

El padre Martínez acabó con su último bocado, se pasó la servilleta por los labios, se puso en pié, y dijo:

En este plausible día
De reunión tan placentera,
De oro cítara quisiera
Para cantar mi alegría;

Mas no todo lo que ansía
 Puede conseguir mi amor,
 Ni me da todo el favor
 Hoy aquí la musa mia,
 Pues el profeta decia
Vinum lætificet cor.

Resonó un estrepitoso aplauso, que se prolongó al ruido que hicieron todos los muchachos, repicando con los cubiertos y los vasos.

—Eso quiere decir, exclamó don Pedro María, que el padre Martinez necesita beber mas para estar contento.

—No lo permita Dios, señor don Pedro.

—A ver esa otra botella de Medoc;—¿ó prefiere usted el tinto de la Rioja?

—Pero, señor don Pedro.....

—Nada, padre Martinez, usted lo ha dicho: *vinum lætificet cor*; conque á beber, á beber!

—Van á embolar al padre, dijo una polla.

—Me alegraré, dijo otra, porque se *pone chulísimo*.

—¿Qué quiere decir eso de *lætife cor*? preguntó una niña.

—Que el vino alegra el corazon, muchacha, contestó el señor cura.

—¡Pablito! que brinde Pablito! gritaron los muchachos.

—Pablito... .. dijo en tono de súplica una polla.

—¡Pablito! dijo Angelita ratificando.

La novia de Pablito no le dijo nada, pero lo miró.

Pablito esperaba solo esto para desenvolver un cartapacio.

—Silencio! que no hagan ruido en la cocina, gritó doña Rosario.

—¡Esos niños! dijo una voz.

—Atencion, que va á brindar Pablito.

Pablito se puso de pié, dirigió una mirada á su novia, despues otra á Mercedes, tomó una actitud parlamentaria y prorumpió de esta manera:

“Dadme vino; en él se ahoguen
 Los recuerdos; confundida
 Sin cesar huya la vida;
 Paz me traiga el ataúd.—(Espronedada.)”

Desdobló de nuevo el papel, hizo una pausa, tosió, y en tono mas claro continuó:

“Númen de los ensueños juveniles,
 Dame el plectro purísimo de oro,
 Y al enjugar las gotas de mi lloro
 Dale paz al marchito corazon.”

Despues gritando y subiéndose medio punto de orquesta, continuó:

“¡¡¡Porque ya siento aquí todo un infierno,
 Que mi pobre existencia martiriza.....!!!
 Y entre horribles tormentos agoniza,
 Agoniza!..... el marchito corazon.....!”

¡Hermana amante que en la senda de flores
 Vas recojiendo de virtud la palma,
 Reciba las angustias de esta pobre alma
 Que al Vesubio semeja en el vapor.....!!!

Al terminar este arranque, hizo otra pausa, y luego continuó con voz apagada:

“Y cuando... en tumba fría.. mi cuerpo inerte
 Descanse..... y sea día de tu santo,
 ¡Mercedes! piensa en mí pues sufrió tanto
 En la vida..... ¡¡¡mi marchito corazón!!!

Pablito se dejó caer en la silla.

—¡Bravo! ¡bravo! gritaron muchos.

Los muchachos emprendieron de nuevo el repique porque conocieron que era hora de aplaudir.

Doña Rosario se bebió una lágrima.

La novia de Pablito se entristeció.

—Este muchacho, dijo por lo bajo don Pedro María al señor cura; este muchacho, con esas ideas tan lúgubres.....

—¿Qué quiere usted, señor don Pedro, los jóvenes de hoy..... En nuestros tiempos éramos más alegres.

—Hoy lloran más temprano, dijo el padre Martínez.

—¡Bomba por el padre Martínez! dijo un atrevido.

—Padre Martínez, una bomba por Mercedita.

—Ahora le toca al señor don Carlos, contestó el padre Martínez, dirigiendo una mirada al novio de Merced.

—Con mucho gusto, dijo este, tomando una copa y poniéndose en pie:

“Brindo, continuó, por la prosperidad y la dicha de una familia tan recomendable y tan virtuosa como la del señor don Pedro: porque ni una sola nube empañe el horizonte de sus días, recogiendo sin cesar los ópimos frutos de la honradez, de la más fina y esquisita educación y de la virtud más venerada y digna de alabanza.”

Este brindis no fué muy aplaudido; pero en cambio fué entonces cuando don Pedro María sintió enternecerse, y entonces cuando Mercedes creyó encontrar algo muy superior en Carlos.

—¿Qué le pareció á usted el brindis de Carlos? le dijo una polla á Pablo.

—Este Carlos es muy serio, la da de diplomático.

—¡Ahora mi papá gritó Angelita; también hace versos.

—Ya me lo sospechaba, dijo el señor cura.

—Yo no, absolutamente; eso se queda para Pablito mi hijo.

—¡Bomba por mi papá! gritó un chico.

—Vamos, señor don Pedro, dijo el padre Martínez; no hay escapatoria. ¡Bomba por el señor don Pedro!

—Pero si yo no improviso.

—¡Bomba, bomba! dijeron todos.

—Pero, señores! ¿No es verdad, Rosario, que yo no hago versos? agregó dirigiéndose á su mujer.

—¿Digo la verdad? preguntó doña Rosario, con una

cara que revelaba que allá en su imaginacion revoloteaban algunos recuerdos de su juventud.

—Sí, pero.....

—No de los que me has hecho á mí.

—¡Hola, hola! exclamó el padre Martinez. Eso era seguro.

—Sí; pero allá..... cuando joven..... eso es otra cosa.

—Voy á denunciarlo.

—¡A ver, á ver!

—Ha hecho un soneto á la Virgen de la Merced.

—¡El soneto, el soneto! dijeron varias voces.

Don Pedro María no encontró mas escusas, é hizo una seña á un criado que trajo en seguida un bulto.

Era la edicion del soneto, edicion arrojadiza que iba á servir para la procesion.

Don Pedro María leyó el siguiente

“SONETO.

“El alto y grande Jove preparaba
De casta Virgen portentosa hechura,
Y por dar todo el lleno á su hermosura
Para los grandes fines que intentaba,
Mas y mas en su obra se empeñaba
Para hacer mas perfecta á su criatura;
Y cuando ya sintiendo su ternura
Que el prodijio tan grande terminaba,

—Ahí va, á Tenoxtitlan, con alegría

Dijo, y segun la historia lo calcula,

Aparecióse en un sereno dia,

Si tradicion no miente ó disimula,

En mula la escultura de María

De la Merced, y se perdió la mula.”

—¡Bravo, bravo! gritaron todos; y el aplauso fué mas prolongado, en honor del autor y del asunto. Una de las ancianas suspiró con sincero fervor, y pidió un ejemplar, y en seguida pidieron todos.

Pablito se encargó de repartir.

—Exacto, mi señor don Pedro María, exacto; esa es la tradicion, dijo el padre Martinez.

—De facto que no cabe duda, dijo el cura, sí señor, que se apareció nuestra Santísima Madre en un cajon en lomos de una mula. ¿Que de donde vino esa mula? Nadie lo sabe. ¿Que quién puso el cajon? Adivina quién te dió; pero es el caso historico y auténtico, mi señor don Pedro María.

—Yo quise, contestó don Pedro María con modestia, popularizar la tradicion, porque siempre es bueno que los pobres que no tienen libros, sepan estas cosas.

—Muy bien hecho, señor don Pedro María, muy bien hecho.

—Porque ya ve usted, por desgracia nuestro pueblo es tan ignorante, señor cura.

—Efectivamente.

—Y nosotros los que sabemos algo tenemos el deber de inculcarle.....

—Esto es, la tradicion..... y fomentar así su piedad religiosa y su..... porque no se canse usted, señor don Pedro María, sin religion no hay nada.

La comida estaba en su apogeo: se saboreaba á la sazón los esquisitos chiles rellenos en nogada, por cuyo platillo recibió doña Rosario las felicitaciones de los convidados.

—Yo recomendé al padre procurador, que en la mesa que se sirvió hoy en el convento, dijo don Pedro María, no dejara de ponerse este platillo; soy tan aficionado á él, que aun sin probarlo, me gusta que lo haya en todas partes.

A la hora de los postres, la animacion de la mesa habia subido de punto y se producía ya ese ruido, el ruido propicio de que hemos hablado, y bajo cuyo grato rumor los novios dialogaban con holgura.

Todavía resonaron algunos brándis, pero la conversacion se habia hecho general, y merced á la influencia del vino la expansion era de lo mas comunicativa y agradable que pueda imaginarse.

Dos tías, las tías de las muchachas, habian puesto en sus pañuelos una abundante provision de pastelitos, frutas y dulces, despues de haber encargado á la criada de confianza que les apartará de ciertos platillos.

En esto estaban cuando se oyó el segundo repique.

—El segundo toque, señor don Pedro.

—El café, dijo don Pedro, que traigan el café.

Este repique anunciaba que al siguiente saldría la pro-

cesion, lo cual reanimó á los concurrentes y los obligó á apresurarse para concluir.

Don Pedro María se puso el frac negro y se hizo seguir de un criado que conducía en una primorosa cajita de caoba el santo escapulario de María Santísima, y se dirigió al vecino convento de la Merced.

Las muchachas no tardaron en coronar los balcones de la casa, que estaban adornados con limpias cortinas de musolina y lazos de seda de colores.

En todo el trayecto que se percibia de la calle se veían criados regando y barriendo con desusado esmero: atravesando la calle pendían de acera á acera cordeles colgados de tápales y mascadas; y de trecho en trecho, especialmente en los cruceros de las boca-calles, *arcos de tule* adornados con zempazochitl.

No habia puerta, balcon ó ventana en donde no estuviera colgada una cortina, y de las azoteas de algunas casas pendían gallardetes y bandillas de todos colores, que agitados por el viento de la tarde, presentaban una orla movable y deslumbrante que completaba aquel agradable conjunto abigarrado de cortinas y adornos.

El entusiasmo religioso se hacia mas palpable en las panaderías de la carrera de la procesion, porque veinte ó treinta hombres que vivían en una cautividad voluntaria, sentían, tal vez en virtud de su pobre condicion, el espíritu de cuerpo, é interrumpían gozosísimos la monotonía de su vida árida y triste, con aquella fiesta anual, que si

no los sacaba de su amasijo, los sacaba por lo menos de sus casillas.

En esa época el panadero era un esclavo, un hombre vendido á la sórdida avaricia de un gachupin tirano y especulador que no recibia trabajadores, sino cuando estos, tal vez para pagar una deuda de honor, vendian á vil precio su trabajo y su libertad de muchos dias, y aun de años enteros; por este medio el patron se hacia de esclavos á quienes imponia su voluntad despótica.

Estos esclavos para quienes todos los dias del año eran lo mismo, no vacilaban, en acercándose las fiestas de la Merced, en imponerse una nueva y crecida cuota y en empeñarse en mas, con tal de celebrar dignamente á la Inmaculada Patrona la Santísima Virgen de la Merced.

Generalmente inventaban que un ángel de carne y hueso descendiera por unos cordeles, desde la azotea de la panadería hasta colocarse sobre la cabeza de la divina Imágen para bañarla de flores.

El segundo punto del programa era quemar algunos miles de cohetes, arrojar algunas arrobas de flores deshojadas y de obleas, y por último, regalar al pueblo tambien algunos miles de piezas de pan arrojadizas.

Despues del segundo repique, ya los balcones, azoteas, puertas y ventanas, estaban coronadas de gente; y las boca-calles todas que convergian á las calles de la carrera de la procesion, estaban obstruidas por multitud de carruajes; ademas, todas las banquetas estaban llenas de concurrentes y en algunas partes habia largos estrados

formados de sillas y bancas que se alquilaban á los que venian de lejos á ver pasar la procesion.

Todo lo cual se comprenderá fácilmente si tenemos en cuenta que en ese dia se cerraban las oficinas y el comercio, y que la procesion de la Merced conmovia, sin excepcion, á los doscientos mil habitantes de la capital y aun á algunos otros mas de los pueblos vecinos.

Por el centro de las calles discurrían á paso lento los jóvenes amantes, los pollos vecinos de otros barrios, los oficiales de la guarnicion vestidos de gala, y en fin, el sexo feo haciendo un aleteo en masa, husmeando pollas y gallinas y deleitando la vista con la triple hilera de palmitos frescos y rozagantes.

Entónces las gentes se veian unas á otras, y como en virtud de la unidad de pensamiento religioso no habia un solo pollo á quien le diera vergüenza andar en la procesion, ni á quien le ocurriera llamar idolatría á la adoracion de la Imágen, ni mucho menos quien se atreviera á burlarse de aquel acto piadoso y de aquella costumbre inveterada, habia una animacion en aquel conjunto y tal homogeneidad, que el acto tenia mucho de solemne y de grandioso.

El tercer repique difundia por los aires un rumor colossal producido por mas de cincuenta mil voces: habia llegado el momento; la procesion iba á salir. Abria la marcha una escuadra de batidores armados con los relucientes instrumentos de zaps, instrumentos que por en-

tónceas sabian mas de procesiones que de trabajos de paralelas, de asalto y otros no menos rudos.

Algunos de estos gastadores que en la mente del ministro de la guerra fueron desde su creacion hombres robustos y de aspecto imponente, llevaban barbas postizas, porque desde entónceas no hemos concebido ni el aire marcial ni la elegancia del soldado, sino al través de los figurines franceses, pero nunca en las líneas puras de la raza azteca.

Despues de estos aparentemente feroces guerreros, venian las archicofradías con sus estandartes, los hermanos y el acompañamiento de faroles adornados con penachos de cristal en hilos y con *almendras* y *prismas* colgantes, que producian un ruido particular al chocar con los vidrios planos de los faroles.

Venian despues en número considerable niñas vestidas de indias, y niños de polleros, carboneros y vendedores de *bateas*, jaulas, &c.

Esta costumbre era una manifestacion pública de que los padres consideraban ya á los indios tambien como hijos de Dios y herederos de su gloria despues de la bula de Su Santidad que se dignó declararlos racionales desde Roma.

Venian atras niñas vestidas con trajes blancos y coronadas de flores, y á quienes todo el mundo convenia en llamar *almas gloriosas*.

Multitud de niños seguian tambien la procesion vestidos de ángeles.

Estos ángeles de procesion, en lo general, bien poco tenian de apocalípticos, ni mucho menos de aéreos, ni de poéticos; pero eran admitidos como tales ángeles, si ceñian su frente con una cinta, en la que se colgaban relumbrones y dijes, cinta que sostenia una gran pluma que nacia en el cerebro del inocente.

Ajustaban el cuerpo del ángel con un corpiño chillante y le ponian una tunicela con el indispensable respingo de un lado, para que le dejase ver su escualida pierna ligada con cintas rojas.

Las alas, que ni eso les faltaba á los angelitos, eran de papel ó de hojadelata, pues en las hojalaterías de entónceas, se alquilaban á la par que tinas, calentaderas y faroles, alas para ángel; artículo que, segun la opinion de los hojalateros modernos, está por los suelos, sin que por eso de los tales hojalateros se pueda decir que se les han caido las alas.

Entre el numeroso séquito de ángeles, indios, indias y cautivos, que era la especialidad de esta procesion, pues como se sabe, la redencion de cautivos fué el gran asunto de la órden; entre esta variedad de gremios, deciamos, descollaban los tres Reyes Magos, reproduccion pródica y carnavalesca de aquellos que guiados por la estrella llegaron á la cuna del Salvador.

Estos tres Reyes Magos hacian su segunda exhibicion, pues fueron los precursores de las fiestas en el victor.

Este victor era el convite ó el anuncio del novenario, y tenia por objeto repartir las invitaciones impresas en el

1020006094

vecindario, pero que por mayor pompa se hacia esto sacando un gran carro fantástico en el que eran conducidos la imagen de la Virgen, San Miguel y el diablo, muchos cautivos, un homónimo en muchacho de San Pedro Nolasco, otro de San Ramon Nonato y otros de varios santos mercedarios.

Este carro era precedido por los tres reyes, por algunos moros á caballo y seguido de una música militar y de cien muchachos armados de casaverales y de banderas, que gritaban hasta alborotar todo el vecindario:

¡Viva Nuestra Señora de la Merced!

Los mismos tres reyes se exhibian en la procesion y algunas veces el mismo carro como en el victor.

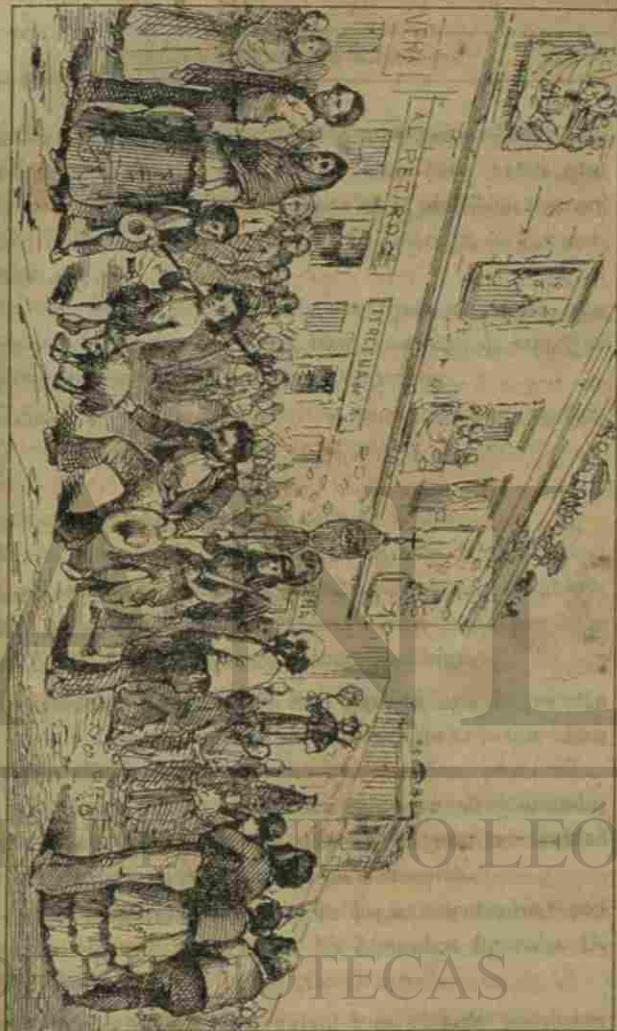
Concurrían y formaban parte de la procesion, todos los religiosos de la órden y de las órdenes hermanas; asistian los padres de los Colegios de Portacòli, San Angel, Merced de las Huertas, San Juanico, San Pablo, San Ramon y los padres dominicos.

En lugar preferente, y ya cerca de la Ilustre Archicofradía y de la comunidad iba San Juan Bautista.

Este era un niño muy hermoso, muy blanco y muy gordo, desnudo y muy güero, muy rizado y medio cubierto solamente con una piel de borrego, blanca como el armiño.

Llevaba una cruz dorada con el lema *ecce agnus dei* e iba conduciendo con un cordon de seda al Cordero Pascual.

Pero como en la raza lanar de aquí (y con total esclu-



Chucho el Niño en la procesion

CHUCHO EL NIÑO

sion del sagrado símbolo) no estén arraigadas ciertas costumbres piadosas, al borrego de San Juan habia que obligarlo mal de su grado, á andar en la procesion conservando, hasta donde es posible en un borrego, la circunspeccion debida.

De esta circunspeccion estaba encargado un criado, que en toda la carrera, y era larga, tenia la mision de empujar á la irrespetuosa oveja por el cuarto trasero.

Junto á San Juan Bautista, iba su mamá, pero vestida y gozándose en la desnudez de su santo.

Esta mamá feliz, era Elena.

San Juan Bautista, era Chucho el Ninfo.

Elena, que habia gozado tanto con tener un hijo tan lindo, que lo habia contemplado absorta vestido de china, lo veia ahora con verdadero trasporte vestido, (si por traje se entiende una salea) de San Juan Bautista.

Escusado es decir que el San Juanito, era el que mas llamaba la atencion en la procesion; ¡era un niño tan blanco y tan güerito!

Traia el estandarte de la órden un padre caracterizado, y las borlas que pendian del estandarte, eran sostenidas por el secretario y otra persona de distincion.

Venian luego los hermanos de la Archicofradía, con casaquin blanco y azul: entre los hermanos figuraba D. Pedro María.

Era este señor un poco calvo, y en dias de procesion doña Rosario su mujer lo peinaba con pegajosa bandolina para que el viento no despeinase á D. Pedro, y perdiera

con un enmarañamiento grotesco su compostura, y con ella su unción piadosa.

Llevaba D. Pedro un grande corbatin, chaleco blanco de piqué, un gran prendedor de diamantes tablas, en la aletilla de la camisa, una corta cadena con sellos de topacio en el reloj que salía bajo la extremidad del chaleco. Vestía un frac negro, exhumado hacia pocos días de la cómoda y puesto en exhibición algunas horas, para que abandonara el tufo de alcanfor, que es contra la polilla; y el día 24 en fin, el frac había sido cepillado por doña Rosario en persona, con un cepillo humedecido con agua de Colonia.

La bota de D. Pedro, era nueva y un tanto opaca porque según el criado dijo, no había querido cojer la bola.

Llevaba D. Pedro María colgado al cuello, su gran escapulario bordado de oro; en la mano izquierda un mosqueador de papel de dos colores, y en la derecha una vela de cera de á media libra, con una arandela de plata, que D. Pedro María tomaba empuñándola á la vez que una gran mascada de la India, flamante y abigarrada.

Seguía la comunidad de mercedarios, en la que sobresalían uno muy alto y tres con altos y negros copetes en el *cerquillo*.

En seguida venía el gran pábilo, conducido por ocho hermanos y bajo el cual marchaba el sacerdote revestido, conduciendo al Divinísimo, y despues en unas enormes andas, cargadas por treinta y dos cargadores, la milagrosa



El Sr. D. Pedro María.

imágen de la Virgen de la Merced, ostentando un riquísimo manto azul bordado de oro y perlas.

La imágen llevaba el cabello suelto, aunque á juzgar por el traje y la corona, estaba vestida de gran lujo. La cabellera tardó bien poco en desaparecer, bajo una capa de flores deshojadas y obleas, que le habian echado adrede desde las azoteas, que estaban coronadas de gente. Preparadas millares de personas con pañuelos llenos de flores, y pendientes de un cordel por un ángulo los arrojaban con fuerza, tirando en seguida del cordel, de manera que figurase un petardo que poblara el aire con una lluvia de flores.

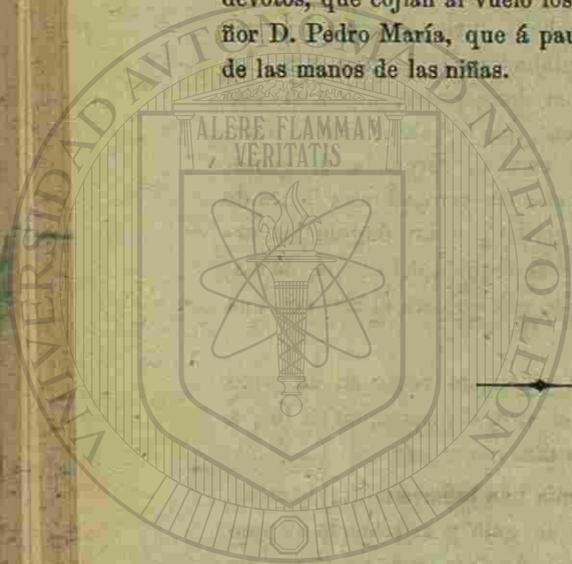
Esta operacion repetida cincuenta veces en un corto trecho, llegaba á nublar el aire, á interceptar la luz, á oscurecer la calle en pleno dia.

Detras de la Virgen, venia una música militar y en seguida un batallon vestido de gala y marchando al paso regular con arma al hombro: despues de la tropa y á los lados de la columna caminaban mas de dos mil curiosos.

Pasaba la procesion y no por esto se acababa la diversion en las calles de la Merced, pues que para prolongar los regocijos, los panaderos se entretenian en arrojar, desde las azoteas, tortas de pan al pueblo, que se amotinaba ostentando una hambre que no tenia; pero que á pan tirado nunca le hizo gesto, y menos en dias de atragantarse á la divino.

En los balcones de la casa de D. Pedro María, permanecian Mercedes, Angelita, Pablito, Cárlos y otras perso-

nas, gozando también con el compacto grupo de curiosos devotos, que cojian al vuelo los sonetos impresos del señor D. Pedro María, que á pausas y poco á poco salían de las manos de las niñas.



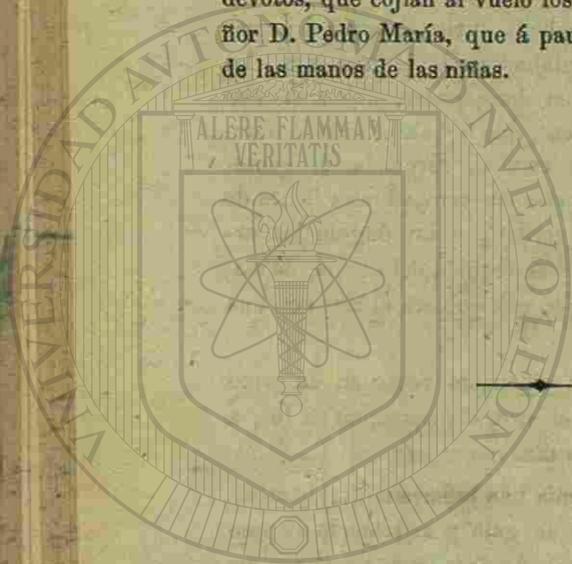
CAPITULO V.

LA SOBREMESA DEL CHOCOLATE EN
LA CASA DE D. PEDRO MARÍA.

APENAS comenzó á oscurecer, el comedor de D. Pedro María tomó un nuevo aspecto: sobre blanquísimos manteles de almanisco se levantaban de trecho en trecho platonos con bizcochos calientes de la bizcochería de Puerto, grandes fuentes y platonos de cocada, antes, cubiletes y pastas de almendra, diáfanos garrafones con agua filtrada, vasos muy limpios y cubiertos relucientes, todo alumbrado con dos candelabros con velas de esperma.

Era la mesa para los chocolates.

nas, gozando también con el compacto grupo de curiosos devotos, que cojian al vuelo los sonetos impresos del señor D. Pedro María, que á pausas y poco á poco salían de las manos de las niñas.



CAPITULO V.

LA SOBREMESA DEL CHOCOLATE EN
LA CASA DE D. PEDRO MARÍA.

APENAS comenzó á oscurecer, el comedor de D. Pedro María tomó un nuevo aspecto: sobre blanquísimos manteles de almanisco se levantaban de trecho en trecho platonos con bizcochos calientes de la bizcochería de Puerto, grandes fuentes y platonos de cocada, antes, cubiletes y pastas de almendra, diáfanos garrafones con agua filtrada, vasos muy limpios y cubiertos relucientes, todo alumbrado con dos candelabros con velas de esperma.

Era la mesa para los chocolates.

La señora Doña Rosario fué tambien esta vez la que dió la voz, y la concurrencia íntegra se trasladó al comedor.

El padre Martínez, el señor cura, D. Pedro María y otras personas graves tomaron chocolate de Arancivia, con bizcochitos de á cinco; algunas pollas probaron uno que otro dulce, y algunas ancianas y señoras serías tomaron chocolate y dulces, conservas, bizcochos y un vasito de leche endulzada.

En el corro de las personas graves se habia suscitado una gran cuestion á propósito de las fiestas, y el señor cura, que era muy erudito, dijo como la fundacion del convento de la Merced no databa sino del año de 1593.

—Cabal, dijo el padre Martínez.

El padre Martínez no lo sabia.

—Eso es, agregó D. Pedro María, y eso fué mucho tiempo despues de que los franciscanos, los dominicos y los agustinos estaban ya establecidos.

—Y Fray Bartolomé Olmedo fué el primero que hizo oír á los indios la palabra de Dios, y era mercedario, dijo el cura.

—¿Recuerda usted, padre cura, cuándo se principió este convento? preguntó el padre Martínez.

—Ya recordarán ustedes, que los primeros mercedarios tenian un mal local que hacia de seminario en una casa por San Lázaro, hasta que en 20..... sí, en 20 de Enero de 1594 pensaron en establecerse en mejor local, y el padre Fray Francisco Jimenez, vicario general que fué en 1601, compró, me parece que en 18.000 pesos, varias

propiedades á un sacerdote llamado Guillermo Berondate. A estas propiedades se fueron agregando otras y allí se fundó el templo.

La primera piedra se colocó como por 1602 por el señor virey, conde de Monterey, en persona. La mina de Zacualpan, explotada por los frailes mercedarios, y una cantera de tezontle situada entre los lagos de Chalco y de Texcoeo, dieron los gastos de construccion.

—Tiene usted una memoria prodigiosa, señor cura, dijo D. Pedro María.

—Algo, algo me queda, contestó el padre cura; tomó un polvo y siguió diciendo:

—Por entónces los mercedarios habian dependido y dependian de la provincia de Guatemala; pero un breve de su santidad Pablo V, y prévia la real cédula de 15 de Junio de..... eso es..... de 1616, concedió al general de la Orden la facultad de separarlos y constituirlos en provincia independiente.

—¡Oigal sí, sí, algo he sabido yo.....

—Y yo tambien, agregó el padre Martínez, que no sabia nada.

—De modo y manera, continuó el señor cura, que allá por los años de 620 se verificó el primer capítulo: entónces se fundó Merced de las Huertas, unos cinco ó seis años despues.

—Pero permítame usted, padre cura, que me atreva á hacer á usted una observacion: yo no soy fuerte en fechas, pero tengo mi memoria, y vea usted, entiendo que

la iglesia grande no se comenzó sino allá por los años de 1634, quiere decir, algunos años despues.....

—Efectivamente es usted mi señor; pero yo me he referido á la primera fundacion, á la de la capilla.

—Ahl ahl eso es.

—Eso es, repitió el padre Martinez.

—Tanto, que entre las dos columnas de la izquierda de la fachada está la inscripcion, sí señor.

—Allí está de facto, dijo el señor cura, 21 de Marzo de 1634 se puso la primera piedra.

—Y ¿á cuánto ascendió la primera suma invertida en el templo?

—Los maestros arquitectos pidieron unos cien mil pesos; pero se gastaron mas de ciento y cincuenta; lo sé porque para completar la primera suma el padre fray Juan de Herrera tuvo la luminosa idea de procurarse una suscripcion entre cien personas de á mil pesos cada una, y se juntó de facto.

—¿En calidad de préstamo?

—No, mi señor, ofreciendo el patronato de la obra, y no solo, sino que fueron pagaderos en misas, ejercicios espirituales y otros varios privilegios, como el de sepultura y otros, como el de sentarse en la banca cubierta con guardapolvo de terciopelo carmesí, en las funciones de la santísima Virgen, y aun en otras.

—Eso sí, continuó el cura, la iglesia no se abrió sino hasta el 30 de Agosto de 1654, en presencia de S. L.

el arzobispo metropolitano D. Francisco Manzo y Zúñiga y del virey duque de Albuquerque.

—¿Agosto decia usted, padre cura? interrumpió el padre Martinez que acababa de encontrar una magnífica oportunidad para hablar; Agosto? pues entónces en Setiembre del mismo año fué la primera funcion titular.

—Permítame usted, padre Martinez, es usted mi señor, pero la iglesia no se consagró definitivamente sino hasta el 18 de Enero de 1682.

—¿Cómo así, señor cura! exclamó el padre Martinez, deseando que el señor cura se hubiese equivocado.

—Hay una prueba de bulto, dijo entonces el señor cura dirijiéndose, no ya al que iba á confundir, sino al señor D. Pedro María; hay una prueba: la inscripcion que está en el tercer pilar de la derecha de la gran nave.

—De facto, señor cura, que ya la recuerdo, dice:

“Consagró esta santa iglesia el Ilustrísimo y reverendísimo Maestro D. Fray Juan Duran, del real órden de Nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos, “domingo 18 de Enero de 1682 años, habiéndose dedicado el 30 de Agosto de 1654.”

—Exactamente y muy bien, señor D. Pedro, la conserva usted en la memoria.

—Vea usted qué casualidad, el domingo me tocó oír la misa junto á la lápida, y la estuve deletreando.

—Vamos, padre cura, díganos usted algo del escudo

heráldico que aun se conserva en los escapularios, dijo el padre Martínez.

El padre cura tomó otro polvo y continuó:

—La Orden de la Merced fué instituida en 1218 por San Pedro Nolasco, bajo el reinado de D. Jaime de Aragón; fué en un principio compuesta esta orden de caballeros, que tenían un carácter militar: usaban calzon corto, con ataderos y hebillas, el perpunte y la ropa á la española.

—A la española antigua, sí señor, agregó el padre Martínez.

—Y sobre el pecho, continuó el cura, un escudo con una cruz blanca en su parte superior y tres barras de oro sobre fondo rojo, en la parte inferior.

—Cabal, dijo Don Pedro.

—Eso es, repitió el padre Martínez, y desabrochándose la sotana, sacó por la aletilla de la camisa el escapulario de la Merced, que el padre Martínez acostumbraba traer al cuello, en union de dos rosarios y otras reliquias.

Don Pedro María también se quitó su prendedor de diamantes tablas y sacó de debajo de la pechera de la camisa, su escapulario, su cera de *agnus*, su rosario y todas sus reliquias.

—Esta usted bien provisto, dijo el señor cura á D. Pedro.

—Es mi costumbre; vea usted esta bolsita, padre cura.

—¿Qué hay en ella?

—Son reliquias de Roma, tiene una astilla de la cruz,

tierrita del pesebre de Belen, una muela de Santa Apolonia, auténtica, y algunas otras cosas: esta medalla es un obsequio del señor arzobispo.

—Yo también tengo en esa materia mis preciosidades pero no tengo astilla de la cruz.

—Es muy rara esta reliquia.

—Pero volvanos al escudo, dijo el padre Martínez, guardando su reliquias.

—Pues como iba diciendo, la cruz blanca representa que el Orden fué fundado en la diócesis de Barcelona, las barras de oro perpetúan el recuerdo de la salvacion de un rey de Aragón que, perseguido por los moros, apoyó su mano ensangrentada contra las murallas, en el momento de salvar un feso peligroso, y dejó allí estampados los dedos.

Los religiosos continuaron usando ese traje hasta la reforma verificada por San Ramon Nonato.

—Es sorprendente la instruccion y la buena memoria del padre cura, exclamó D. Pedro María.

—Favor que usted me hace, señor D. Pedro María.

A la sazón que esto pasaba en el comedor, Pablito y la señora doña Rosario se ocupaban en poner velas en el candil de la sala y en todos los candelabros, y con cada vela una alcachofa de papel encarrujado, verde, blanco y colorado.

Las niñas se habían declarado incomunicadas en la recámara, y se disponían para el baile.

A las ocho llegó una compañía de músicos.

Era Manuel el *pañero*, maestro afamadísimo en aquel barrio; Manuel venia con dos flautas, dos bajos y dos bandolones.

Los músicos generalmente no entran, sino que se escurren, avanzan con cierta precaucion y miramiento, á pesar de que saben que se les espera con ansia siempre, como parte integrante de una fiesta: pero en el músico hay una timidez que le es peculiar, especialmente cuando tiene el instrumento debajo del brazo.

Manuel y los suyos se deslizaron andando quedito, con su sombrero en una mano y el bandolon en la otra.

Pablito los recibió con una sonrisa.

Siempre á los músicos se les recibe con una sonrisa.

Esta sonrisa, la dá todo el mundo á buena cuenta de lo que va á gozar.

Los músicos tienen tambien otra sonrisa dispuesta para contestar, y se sonrien.

Misioneros de paz y de armonía, bien venidos seais al valle de dolores!

Os sonreimos.

Sentaos sobre nuestro monton de horas negras y tñed. Tened la bondad de aturdirnos y os pagaremos á tanto por hora.

Este *speech* mental se le dirige siempre al músico que se os exhibe, mitad hombre y mitad instrumento.

Algo como todo esto, pasó entre Manuel el *pañero* y Pablito.

La música se instaló en el hueco de uno de los balcones, que era donde menos estorbaba.

Reinó el silencio por algun tiempo, hasta que los músicos comenzaron á templar los instrumentos.

La vibracion de algunas notas musicales asume á veces todo el prestigio de una obertura.

Hay notas que rompen el silencio de un modo peculiar; detras del silencio está nuestro corazon, que se ha refugiado como tras de una nube.

Decimos esto, porque las primeras notas del bandolon que sonaron en la sala, rompiendo el silencio, fueron á dar al corazon de Mercedes.

Mercedes estaba pasando en esos momentos por la atonía de su felicidad: habia gozado tanto, era tan feliz que descansaba; y descansando la sorprendieron las notas del bandolon.

Como si despertara, se estremeció Mercedes y, cosa rara: lloró.

Esto nos hace creer que en el círculo de lo indeterminado, el dolor empieza en el mismo punto en donde está el placer. Esta es la felicidad que llora.

Mercedes lloró con todo el placer de la dicha. Y como si esta dicha fuese su apogeo moral, Mercedes en ese momento se puso mas bonita.

Era la flor con toda su esencia, con todos sus jugos, con todos sus pétalos y pasando por el zenit de su exuberancia, de su vida..... de su amor.....

Mercedes irradiaba: en sus ojos habia esa luz que ar-

ranca al pintor el pincel impotente y lo deja caer; esa luz que tortura la imaginación del poeta y le hace rumpir en disparates.

Merced estaba indescribible, y todo por una nota musical puesta en contacto con su alma rebotante de dicha.

Aquellas notas de bandolón recorrieron el ámbito de la casa, y multiplicándose de una manera mágica fueron cayendo en los oídos de todos, y produciendo en cada uno emociones más ó menos placenteras.

Por ejemplo: Pablito pensó en su novia.

La novia de Pablo pensó en Pablito.

Doña Rosario pensó en sus hijas; ¡las quiero tanto! exclamó interiormente.

Angelita pensó en las primeras cuadrillas y en que su novio le había dicho que tenía unas manitas muy lindas.

Los mismos tres señores graves que tan gravadosamente platicaban acerca del escudo de Nuestra Señora de la Merced la Virgen Santísima, al oír las primeras notas del bandolón, insensiblemente los condujo su imaginación desde la cumbre de sus eruditas elucubraciones hasta el terreno de las danzas, de las cosquillas, de lo retozon; y un observador hubiera podido notar en los tres pie de gallo del ojo de aquellos santos varones una ligera contracción parecida á la que precede á una sonrisa.

El demonio de la tentación diluido en un *lá* agudo, había ido á tentar aquellos tres corazones quietos y pacíficos, aun al traves de la prosa de la oficina de palacio y los sagrados cánones.

El padre Martínez se quedó pensativo: D. Pedro María sintió el deseo de saber si ya estaban listas las muchachas; porque un papá que ya no baila sigue bailando con los piés de sus hijas, piés por otra parte hechura suya y calzados por su cuenta y riesgo.

El padre cura fué el único que no tardó en diferir del género de ideas que preocupaban al padre Martínez y al señor D. Pedro María, y dijo:

—En fin, ustedes van á divertirse y yo me retiro, dando á usted las gracias, señor D. Pedro, por su amabilidad.

—¡Como es posible, mi señor! no lo permita Dios. Cuando va á comenzar el bailecito!

—Precisamente por eso, señor D. Pedro.

—Vamos, vamos, ya caigo..... pero mire usted..... tengo mi plan.

—¿Veamos cuál?

—Usted, el padre Martínez y yo, vamos á instalarnos en mi gabinete que no está iluminado; y desde allí, casi sin ser vistos, disfrutamos un rato de la alegría de los muchachos.

—¡Pero señor D. Pedro de mi alma!

—No hay remedio, padre cura, un ratito, un ratito; todos son de confianza; vamos, vamos; ¿no es verdad, padre Martínez?

—Por de contado, señor cura, un rato más ó menos.....

—Aprenda usted al padre, señor cura, dijo D. Pedro en tono de chanza; él sí se alegre y hasta suele bailar sus cuadrillas.

—¡Hola, hola!

—¡Ah! pero eso es porque me comprometen las muchachas. ¿Se acuerda usted hace un año, señor D. Pedro María?

—Hace un año lo hicimos bailar hasta *tagarotas*.

—Pero el padre Martínez es joven y de un carácter apropiado.....

Entraba doña Rosario á la sazón.

—¿Cómo, señor cural ¿nos quiere usted dejar tan pronto?

—Tenia intenciones.....

—¡Dios no lo quiera! con que vá á estar tan bonito nuestro baile! ya verá usted, ya verá usted.

—Yo no sé desvelarme.

—Hasta las diez nada mas, no soy exigente; ¡sentirian tanto las muchachas que se fuera usted!

—Pues sea, mi señora doña Rosarito, pero nada mas hasta las diez.

Como se vé, bastaron aquellas notas de bandolen para imprimir en todos los habitantes de aquella casa un nuevo género de ideas.

Pablito se puso á encender las velas, y media hora despues comenzaron á llegar los convidados.

CAPITULO VI.

UN BAILECITO DE CUMPLEAÑOS, DEL QUE HAY MUCHO QUE DECIR Y POCO QUE PEDIR.

E RAN dos jóvenes vecinas con su mamá y su tía y una *pilmama* (nodriza); despues llegaron dos pollos poniéndose los guantes; en seguida otras dos familias con niños de varias edades y dos *pilmamas* mas.

Un rato despues la cama matrimonial de doña Rosario y D. Pedro María era un *monte parnaso* de abrigos, sombreros y paraguas; las demas camas eran depositarias de niños dormidos con su correspondiente criada cada uno, y ya la sala estaba llena de gente.

Ya no era posible que Mercedes y Angelita se hicieran esperar mas, y se exhibieron recorriendo el estrado y haciendo con cada señora esa cosa que hacen todas las señoras al saludarse.

Decimos *esa cosa*, porque estamos seguros que ni las mismas señoras se atreverán á llamar abrazo á un movimiento que consiste en inclinar la cabeza hácia el lado izquierdo y tocar el hombro derecho de la interlocutora con la uña del anular derecho.

No obstante, las muchachas intercalaban en esta revista uno que otro par de besos tronados á tal ó cual amiguita íntima.

Y como todavía no habia mucho ruido, aquellos besos resonaban en toda la sala, y al eco de aquellos besos pasaba por el alma de los pollos algo parecido á las susodichas notas del bandolon.

Los primeros momentos de un baile se prestan al estudio serio.

Estos momentos son uno de los rasgos de elocuencia del silencio.

El baile lo inventó el hombre en el primer momento en que se desmorcó de gusto.

Le pareció pobre la palabra, pobre el gesto, pobre el canto, pobres sus brazos, y recurrió á sus piernas: el hombre, no sabiendo qué hacer con su regocijo, inventó el primer zapateo, pero á mas no poder.

Terpsícore nació como los avestruces.....

Con permiso de usted, lector, nos metemos en la historia natural.

Cuando el pollo, el gran pollo del avestruz, no ha acertado á romper su cascara, la hembra avestruz, por un procedimiento que bien puede ser muy maternal, pero no por eso menos grosero, ayuda á nacer á sus hijos á patadas.

Por eso decimos que Terpsícore nació á patadas como los avestruces. Desde entonces, el baile le pareció al hombre una cosa muy racional, y comenzó á bailar adrede; y como no es posible que todos los ánimos estén, á una hora dada, de cierto temple, resulta algo de embarazoso y heterogéneo en los primeros momentos de un baile.

Se concibe que el que se saca la lotería, ó un ministerio, ó cualquier prebenda, se suelte bailando de gusto; pero que en medio de un silencio sepulcral se paren adrede cuatro parejas delante de otras cuatro para hacer á sangre fria lo que hacen los que están muy contentos, es sin disputa una disonancia.

En la sala de D. Pedro reinaba esa perplejidad de todos los principios de baile, que hemos pretendido explicarnos.

Todos hablaban quedito, y ni pollos ni pollas, se atrevían á atravesar la sala de un lado á otro.

Habia pollos que estaban parados á la puerta de la antesala, pollos que ya estaban bailando interiormente, pollos que se estaban volviendo ojos, devorando á las po-

llas que ocupaban los asientos del estrado, y que no obstante no se atrevían á atravesar la sala.

—Oye, Perico, le dijo un imberbe á otro; tengo muchas ganas de ir á saludar á Lupe y á Pepita; pero no me atrevo á atravesar la sala.

—A mí me sucede lo mismo.

—Es imponente: todos lo ven á uno.

—Me acompañas? iremos juntos.

—Espérate á que haya tantito ruido para que no llamemos la atención.

Esto que les sucedía á los pollos, les pasaba á la mayor parte de los concurrentes.

Todos los hombres están agrupados en la antesala, todos los asientos están ocupados por señoras que no hacen ruido mas que con los abanicos.

Se acaban de encontrar en la puerta dos amigos que se saludan sin alzar la voz.

—Buenas noches, Gonzalez.

—Que hay, Perez?

—Qué tal?

—Bien.

—Qué se hace?

—Ya lo ves.

—Divirtiéndote.

—Qué se ha de hacer.

Pausa..... ruido de abanicos y de cuchicheo.

—Bonita concurrencia.

—Ahl ya lo creo.

—Está esto de mucho tono.

—Es cosa de guantes.

—Yo los traje á prevención.

—Bien hecho.

Otra pausa: ruido de abanicos.

Hablan dos pollas.

—Ya viste á Perez?

—Sí, allí está en la puerta con Gonzalez.

—¡Que pícarol

—¿Quién?

—Gonzalez.

—¿Por qué?

—Yo te contaré.

Pausa, abanicos, etc.

Hablan dos tias.

—Qué dice usted qué calor, mi alma!

—Yo me ahogo.

—Qué tal será despues?

—Figúrese V.!

Pablito apareció por la puerta de la recámara; se habia ido á vestir de negro y á ponerse guantes y un alfiler de esmeraldas, que le prestó su papá.

—Niño, le dijo doña Rosario al verlo, ¿qué hacias?

Pablito se acercó á su mamá que estaba inmediata á la puerta y le dijo:

—Estaba rebanando el queso, y me fuí á vestir.

—Haz que bailen, ya hay bastantes parejas.

Pablito atravesó la sala con la autoridad del niño de la

casa; no obstante, se le hubiera podido notar cierto embarazo en que se iba ajustando los guantes.

Un momento, lector, apropósito de los guantes.

El hombre que en todo pone la mano, las metió un día en las letrinas de París y sacó ratas, después las volvió guantes y metió en ellos las manos y quedó contento de su obra.

Adán se sorprendería hoy, al ver que su raza no dá al aire mas que la cara.

El hombre no pudiendo esconder las uñas como los gatos, se las cubre con cabritilla, y esta operacion, resultado del refinamiento y del lujo, suele ser para algunos un verdadero suplicio, al que se sujetan, disimulando mal su embarazosa situacion.

Cuando una mano ha gastado algunas cajas de guantes, vuelve á recobrar la flexibilidad, el tacto y la gracia.

Pero cuando cinco dedos incultos se meten por primera vez en unos guantes, el propietario sufre, sin poderlo remediar, todos las percances del aprendizaje.

Lo primero que le sucede al que nunca se ha puesto guantes, es que pierde su pañuelo: y en seguida revela su embarazo, en que no sabe que hacer con sus manos, y para disimular esto, se ocupa incesantemente en ajustarse los guantes que nunca le acaban de entrar.

Pablito, pues, y la mayor parte de los pollos, no hacen otra cosa que calzarse los guantes.

Pablito, como decíamos, atravesó la sala, se acercó á los músicos, y dejó caer de sus labios esta palabra:

—Cuadrillas.

Ni mas ni menos que como el asaltante que, teniendo gran confianza en su gente y en el éxito, dice con voz segura y tranquila: Preparen.

En seguida, se dirigió al grupo de la puerta y dijo:

—Señores, se va á bailar cuadrillas, las señoras esperan.....

Los dos imberbes atravesaron los primeros y tras ellos otros.

Empezó el rumor, y á medida que las parejas se fueron colocando, iba habiendo mas ruido, pero resultaban cinco parejas de un lado y tres de otro.

—Se necesita un bastonero, dijo un pollo.

—Pablito, dijo otro.

—No, Perez, Perez, dijeron varios.

Pablito dijo tambien:

—Perez, tú eres el bastonero.

—No, tú.

—No, tú.

Y Perez fué bastonero.

Se paró en el centro de la sala y contó en voz alta: una, dos, tres, cuatro.—Caballero, ¿tiene usted la bondad de pasarse de este lado? Usted por acá.—Angelita con Gonzalez, acá: dos, cuatro, seis, ocho. ¿Estamos completos? parece que sí.

—Maestrol dijo dirigiéndose á los músicos, ¡á una! Los cetrepitosos bandolones con sus triples cuerdas me-

tálicas, derramaron un torrente de notas, capaz de avergonzar á todos los canarios del mundo.

Todas las bocas y todos los ojos, ondularon á un mismo tiempo, proyectando una sonrisa, de la misma manera que una rama con muchas hojas se riza al sentir una ráfaga de viento.

La música armonizaba el conjunto, identificaba á las parejas, las hacía solidarias del goce, y el compas, el compas que parece una cosa tan insignificante, era el motor de aquellas máquinas humanas que se iban sintiendo mejor á cada momento.

La música agita los ramos nerviosos, por medio de la vibración de los sonidos, mientras que los pies ponen en juego los grandes centros nerviosos y todos los músculos.

El compas es el encargado de armonizar esta revolución voluptuosa.

Por el compas se procura no perder el oído.

Por el oído no se pierde el compas.

Y todo el cuerpo prueba una sensación rítmica.

De todo esto, resulta en el baile eso que se llama garbo, donaire, gentileza, chic.

De estas combinaciones nacieron los bailes expresivos, como la danza y el can-can, la *zopimpa* y la *malagueña* y otros muchos.

Desde que la música encontró el compas, el hombre habla con las piernas.

Júntese á todo esto la unión de pollo y polla, y se tendrá una idea del placer del baile.

Este placer es un buzón donde caben otras cosas que sirven para exacerbarlo: por ejemplo, un apretón de manos, una miradita, un suspiro, una presión con tres grados más de la fuerza compresiva necesaria y usual, un roce, el aliento de uno, que distraídamente se bebe el otro, el aroma de un frasquito destapado de esencia que ella lleva en el seno..... etc.....

Excluid del baile la idea de la música, derramad silencio sobre las parejas, y dejadlas seguir; á poco rato, os arrancarán un carcajada aquellos que os hacían gozar del espectáculo del baile.

Veamos bailar á Pablito.

Pablito estaba en esa edad en que se baila bien, edad en que se acepta con fé el papel de bailarín, y por lo tanto, Pablito procuraba lucirse.

El bailarín debe contar con muchas cosas: en primer lugar, con la indulgencia del espectador, en segundo lugar, con sus formas, y luego con su agilidad y su ligereza, con su gracia y su soltura, etc.

Pablito contaba con todo esto: creía tener bonito cuerpo, bonito pie, bonita mano y mucha gracia; todo esto lo ratificaba Pablito cada vez que pasaba frente á un espejo, y estaba seguro de que en aquellos momentos su porte y su manera de bailar estaba llamando la atención de muchas señoritas y exaltando la envidia de algunos pollos feos, y tanto preocupaba á Pablito esta idea que dijo á su compañera:

—No sé, señorita, si bailará usted cómodamente conmigo.

—¿Por qué, Pablito?

—Porque no sé bailar.

—No se caiga usted para que lo levanten.

—Positivamente.

—¿Lo dice usted de veras?

—Como lo siento.

—Pues vea usted; si alguno tiene fama de bailar muy bien, es usted.

—Favor que usted me hace.

—No es sino justicia, lo dicen todos y sin ir muy lejos yo.... lo que es yo, con nadie bailo wals mas á mi gusto que con usted.

—Vea usted ¿es posible?

—Es muy cierto.

—Entonces tendrá usted la bondad de bailar el wals que sigue conmigo.

—Sí, Pablito.

—Gracias.

Pablito se irguió saboreando su triunfo.

Terminaron las cuadrillas con la consabida cadena corrida y las señoras volvieron á sus asientos. El calor de la sala subió cuatro grados.

Quando las señoras se sentaron, los caballeros se salieron á la antesala y volvió á reinar el silencio.

El bastonero dió buenas cuentas.

Hablemos del bastonero.



Perez.

Segun hemos dicho ya, se llamaba Perez; era escribiente de un juzgado, lo cual no le evitaba seguir siendo muy pobre.

Perez tenia una levita que él mismo habia volteado; porque antes de dedicarse á la curia su padre le dió el oficio de sastre.

Perez vivía con unas señoras grandes que le daban cuarto y plato porque les cobrara sus recibos y les lanzara á los inquilinos morcosos de unas casitas que tenian las dichas señoras. Pérez era un buen muchacho y tenia vocacion; era de esas gentes predestinadas á ser algo en virtud de esa virtud envidiable que se llama fortuna de pícaro.

Perez era comunicativo, servicial y simpático; era un trigüeñito de ojos negros, flaco, alto, de pelo un poco crespo, bigote delgado y franca sonrisa: tenia los dientes muy blancos y muy listos: la dentadura de Perez hacia un papel importante en la expresion de su rostro, su interlocutor se encontraba siempre bajo el brillo de unos ojos vivaces una hilera de dientes que daban una buena idea de Perez.

Habia muchachas que querian mucho á Perez, mas que á otros ricos y encopetados.

Tenia lo que se llama sangre ligera; tan ligera como su apellido.

Era de esas personas á quienes nunca se les ha dicho señor, ni señor Don, ni se ha preguntado su nombre de bautismo, ni le ha importado á nadie: todo el mundo le

decía Perez, al grado que si alguna vez se hubiera dicho delante de los que lo conocían mucho, el señor Perez ó D. Ramon Perez, nadie lo hubiera recordado; al paso que cuando se decía Perez, todos sabían de quien se trataba.

Doña Rosario tenía mucha confianza en Perez, hasta el punto que, vigilando á sus hijas como madre cuidadosa y severa, solía exclamar:

—¡Ah, no hay cuidado! están con Perez.

A Perez se le confiaban poridades que se ocultaban á los amigos de confianza: Perez servía para ir al Montepío, para sacar una cita, para hacer un reclamo á la policía, para buscar música, para ajustar una canoa, para traer un coche sin número, para ir por Doña Rosario y por las niñas á una visita, para velar á un enfermo, para arreglar un entierro, para vender desechos y para todas esas cosas, en fin, que en ciertos casos no tienen precio.

Esto era Perez.

Por supuesto, no había una sola persona en la sala que no lo conociera.

—Perez, le dijo una señora.

—Mande usted, Charito.

—¿Me hace usted un favor?

—Con mucho gusto.

—¿Quiere usted ver si esta durmiendo mi hijo?

Perez se asomó á la recámara, y volvió con la razón.

—Duerme tranquilamente.

—Gracias.

—Perez, decía otra, ¿me hace usted favor de decirme en dónde puso usted nuestros abrigos?

—¡Cómo! ¿qué ya se van?

—No; pero quería saber.....

—Están bien guardados, tengo un escondite; cuando se vayan me avisan.

—Bueno.

—Perez, dijo Doña Rosario, ¿quiere usted dar su vuelta por el comedor?

—Bueno y..... ya comprendo..... la sangría.....

—Sí, Perez, ya sabe usted; como siempre.

Perez lo hacía todo, servía á todos, y todos se complacían en tener algo que hacer con Perez.

Volvió á la sala, y ya aconsejado por Pablito, pidió vals.

—Vamos, señores, dijo en voz alta, *ya cuanto ha* que no hacemos nada; ¡á bailar, á bailar! ¡las señoras esperan, caballeros! se ya á bailar vals, tengan ustedes la bondad.

—Eso es, eso es, dijo Doña Rosario; si Perez no anima esto, nos vamos á morir de fastidio.

—¡Vamos, señores, á bailar! ¿ó desean ustedes que las señoras vengan á sacarlos?

—¡Bien, Perez! gritó desde su gabinete D. Pedro María; anime usted á esos jóvenes: en mi tiempo no eran así los muchachos; ¡vamos, jovencitos!

Los pollos salieron de la antesala en parvada y tomaron compañeras.

Perez no tardó en decir: ¡A la una! frase coreográfica aceptada para empezar á bailar.

El vals ya es otra cosa. A todos los ingredientes del baile, el vals agrega el vértigo: bailar ya es algo, pero jirar ya es mucho; entonces todos los objetos pasan á nuestra vista rápidamente dibujando rayos de luz, entonces todo se precipita á nuestro rededor y nos sentimos como en el desvanecimiento de una carrera sin fin.

Hay en el vals algo del placer del funámbulo: sentirnos aereos hasta el grado de ir perdiendo la conciencia del peso específico: sentir en el brazo una cintura, en la mano una manecita, y pareceros que volais con una paloma; tocar apenas la alfombra con los piés y sentir que hendeis el aire con esa rapidez de que nos podria dar una razon exacta la golondrina, si la galondrina tuviera la bondad de hablarnos; este es un placer que mezclándolo con el amor propio, quiere decir, con la ilusion de creerse uno gracioso y lleno de atractivos físicos, es una verdadera felicidad.

Esta felicidad es una compensacion anticipada y la gozamos á cuenta de lo que en la edad de la razon fria sufrimos sin tomarnos mas trabajo que el de ver las cosas tales como son.

Pablito, Perez, Gonzalez y otros jóvenes; Mercedes, Angelita y otras niñas, pasaban rápidamente rozando y azotando á los sentados con las faldas ondulantes, y enlazados estrechamente en un abrazo de resorte, abrazo franco cuanto lícite y grato cuanto único.

El vals acabó por colocar á todas las parejas en los peldaños del entusiasmo y por difundir la animacion en la sala.

Pablito se perdía de vista, ¡que aptitud, que soltura, que gracia!

—¡Mira que bien baila Pablito!

—Sobre que parece que ni pone los piés en el suelo.

—¿Vas á bailar con él?

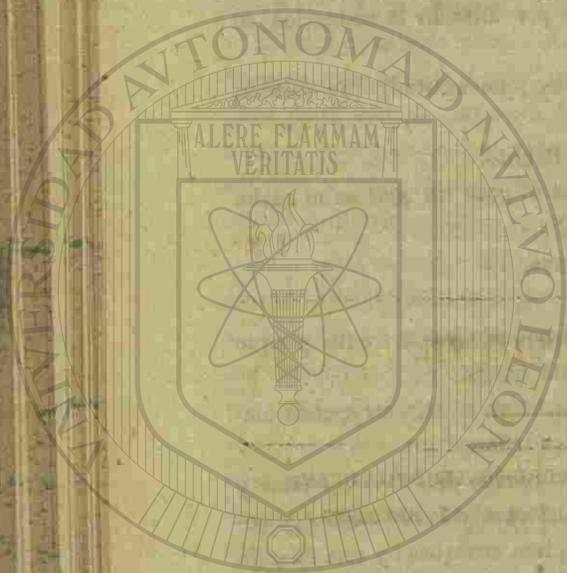
—Me pidió la contradanza.

—¡Dichosa tú!

Los pollos se pasaban el pañuelo por la frente, porque el vals les hizo sudar la gota gorda.

Perez y Pablito aparecieron en la sala ofreciendo bizcochos, queso y licores á las señoras.

Pablito traía un platon coronado de *puchas*, *soletas* y otros bizcochitos al estilo del país, y Perez venia siguiendo á Pablito trayendo un plato con queso y una charola con copitas de anisete y vinos dulces.



CAPITULO VII.

EN EL CUAL EL CURIOSO LECTOR VUELVE
Á ENCONTRAR Á SAN JUAN BAUTISTA.

DESPUES apareció una criada con una gran charo-
la con vasos de sangría.

La animacion subió de punto.

El hombre decidido á darse gusto se prepara oportu-
namente reacciones químicas en su propia economía.
Despues de lisonjear el tacto, la vista y el oido, termina
por complacer al gusto y al olfato.

Esto es lo que se llama gozar con los cinco sentidos.

A las diez y media se presentó Cárlos.

Cárlos era elegante, pero elegante sin afectacion y sin

forzamiento: sabia, como dicen los sastres, *llevar la ropa*. Era sencillo en el vestir y se conocía en él, el hábito del aseo por educación.

Cárlos se destacaba en todos los grupos como la figura de primer término.

Había quien lo tachara de orgulloso, pero en realidad los mismos que así lo calificaban solicitaban sus sonrisas: tenía en sí mismo la superioridad sin pretenderla, la elegancia sin apercibirse de ella, la afabilidad sin estudiarla y el tacto, en fin, mas esquisito para hacerse querer.

Aunque sobrio en sus palabras, tenía siempre en sus labios una frase para cada uno, y había allí quienes hicieran alarde de tener amistad con Cárlos por estar reconocido como una persona de distinción.

En efecto, era rico é instruido, franco y caballeroso.

Sus amores con Mercedes se habían hecho públicos en pocos días.

Darémos las causales de esta publicidad: Cárlos no había hecho mas que dar los primeros pasos en la senda de su amor; pero como á primera vista había sido y era calificado por todos como un buen partido, estos primeros pasos los habían traducido de este modo:

—Cárlos se va á casar con Mercedes.

Apenas se presentó Cárlos en la sala aquella noche, dos señoras que lo vieron entrar, hablaron de este modo:

—¿Ese es?

—Sí.

—¿Qué te parece?

—Me gusta para Merced.

—Es buen partido.

—¿Y es rico?

—Por supuesto.

—¿Y cuándo es la boda?

—Creo que pronto.

Por otro extremo de la sala, dos jóvenes hablaban así:

—Ese es el novio de Merced, ¿qué te parece?

—Es muy buen mozo.

—A mí no me lo parece.

—¿Qué dices?

—Es decir, no es tanto como dicen.

—¿Y Merced lo quiere?

—Está loca por él.

Con este tema, la concurrencia hizo cien variaciones, pero en realidad lo único que había era que Cárlos había galanteado á Mercedes, sin que por esto dejara de existir cariño mútuo.

Cárlos bailaba poco, y aceptaba el baile no como motivo de placer, sino como ramo de educación y por no excluir este medio social en su trato con las señoras.

Merced acababa de dar las cuadrillas á Perez, pero al ver entrar á Cárlos, se supuso que Cárlos vendría á pedirle las cuadrillas y se echó á pensar cómo se descartaría de Perez. En dos palabras se puso de acuerdo con su vecina, quien desde luego mandó llamar á Perez con un pollo.

Esta vecina de Mercedes se llamaba Lupe.

—Estas son las cuadrillas que le dí á usted, Perez.

—¿A mí? preguntó Perez.

—Qué mala memoria tiene usted!

—Pero si yo...

—Usted no se acuerda.

—Estas son, Perez, agregó Mercedes; yo estaba presente cuando usted las pidió.

Perez vaciló, pero al fin dijo:

—Sí, Lupe, estas son.

—Pero, si usted no quiere bailarlas.....

—De muy buena gana y doy á usted mil satisfacciones: soy un distraído.

—No, no; sin compromiso.

—Compromiso..... ¡Cal exclamó Perez que empezaba á conocer que era víctima de una intriga. Es cierto, muy cierto; es usted y no Mercedita mi compañera.

El cambio estaba hecho. Mercedes respiró viéndose libre de Perez y en aptitud para aceptar por compañero á Cárlos.

La música anunció la cuadrilla.

Cárlos no se acercaba.

Comenzaron á pararse las parejas y Cárlos apareció en una cabecera con doña Rosario, quien á pesar de sus hijos, no había abandonado el baile, pero no siempre tenía quien la invitara: de manera que este rasgo de educación de Cárlos, acabó de poner á doña Rosario enteramente de su parte.

Mercedes recibió la primera contrariedad al quedarse

sin Perez y sin Cárlos, y pretextando quehacer salió de la sala.

Al terminarse las cuadrillas, un incidente vino á desviar la atención de los concurrentes del asunto matrimonial que los preocupaba.

Resonaron en la recámara los gritos de un niño; pero era un niño que reventaba los oídos, que aturdió, llorando con todas sus fuerzas.

Hubo un movimiento de alarma en la concurrencia y no faltó quien preguntara en voz alta:

—¿Quién llora?

Y tampoco faltó chusco que contestara:

—San Juan Bautista.

Una risa general sucedió á esta respuesta, y Perez tomando á su cargo la explicación del enigma, dijo:

—Sí, señores, es San Juan Bautista; quiero decir, el San Juanito de la procesion.

—¡Cómo! preguntó uno, ese niño tan güero y tan bonito que iba esta tarde.

—El mismo, dijo Perez, aquí está, pueden ustedes pasar á verlo.

—Vamos á ver á San Juan.

—A San Juan.

—Vamos, vamos.

Y muchas señoras entraron á la recámara, para ver á San Juan Bautista.

Sobre una cama estaba Chucho y á su lado estaba Elena, mimándolo para que no atarantara.

—Aquí está San Juan.

—¿Cómo te va, San Juanito? le dijo una vieja.

—Los santos no lloran, le dijo otra.

—¡Qué niño tan lindo, lástima que llore!

—¿Qué le han hecho á San Juan? preguntó una polla.

—¿Qué te han hecho? santo.

—Quiere su borrego, dijo la mamá.

—¿Qué es eso? preguntó el padre Martínez desde el gabinete.

—Es San Juan Bautista que liora por su Cordero pascual, padre Martínez.

—¿Qué gerigonza es esa?

—Es el San Juanito de la procesion; es un niño que se llama Chucho y quiere su borrego.

—Eso es otra cosa, exclamó el padre Martínez.

San Juan no transigió con separarse del borrego, sino cuando lo hubieron colmado de juguetes, de dulces, de bizcochos y de besos.

Diremos por qué estaban allí Chucho y su mamá.

En el año á que nos referimos el ceremonial de la etiqueta no era precisamente riguroso en materia de presentaciones: el que daba un baile en su casa no se sorprendía de encontrarse en medio de multitud de personas desconocidas que ni lo saludaban, ni se cuidaba mucho de inquirir la procedencia de sus convidados, pues suponía buenamente que alguno los había llevado.

En efecto, Elena había entrado con Chucho pasando

casi desapercibida, con excepcion de dos ó tres personas que la conocian y á quienes Elena habia ya saludado.

A Elena la llevó Perez.

¿Qué de comun tenia Perez con Elena?

Nadie lo sabia.

Si otro hubiera llevado á Elena aquellas hubieran inquirido el parentesco de Elena con su compañoero, pero simultáneamente se conformaban todos con esta respuesta que no sabemos por qué parecia toral.

—La trajo Perez.

Ya hemos dicho que Perez era un hombre de confianza; Perez era de esos hombres que tienen el privilegio de no inspirar sospechas, era de esos hombres de quienes no se piensa mal nunca.

El mismo D. Pedro María habia oido alguna vez voz de hombre en el cuarto de sus hijas, se habia asomado á ver quien era y habia exclamado muy tranquilo:

—¡Ah! es Perez.

A decir verdad, ni el mismo Perez sabia por qué inspiraba tanta confianza.

En cuanto á Elena, le bastó ser madre de un niño tan lindo como Chucho, para que muchas personas le encontraran esa recomendacion y fué objeto de sinceras felicitaciones.

—¿Qué feliz es usted, mi alma, le decia una de las tias de Mercedes, qué feliz es usted en ser la madre de San Juan Bautista, tiene usted un hijo como un dulce, María Santísima se lo conserve á usted por muchos años.

—Mil gracias, señora.

—Y lo querrá usted mucho?

—Es mi adoración.

—Tiene usted razon de sobra. Vamos, que esta tarde me dieron ganas de comérmelo.

—Parecía de porcelana, dijo otra señora.

Chucho se atragantó de dulces y se puso en pié; su mamá lo sacó á la sala, donde Chucho siguió recibiendo los agasajos de la concurrencia.

Después de las doce de la noche, llegó á su máximo la animación del bailecito.

La concurrencia habia saboreado, aunque tal vez no con mucho deleite, copitas de licor de canela, de rosa, de garuz y de *perfecto amor*, habia consumido algunos platos colmados de *cuchufletas*, *puchas*, *soletas*, *rodeos* y *polvorones*, y todo esto con la añadidura de rebanaditas de queso fresco segun hemos dicho ya.

Elena se habia vuelto expansiva y estaba rubicunda. Muy pocos habian notado que Perez era el que mas obsequiaba á Elena.

Como entonces no se bailaba sino cuadrillas, contradanza y vals, la concurrencia empezaba á sentir la necesidad de quitar la monotonía al baile.

No faltó denunciante que asegurara, que Perez bailaba boleras, y un grupo de jóvenes lo rodeó en seguida, rogándole que bailara.

Don Pedro María no era hombre á quien le faltara



Las Boleras

dos pares de castañuelas, de manera, que bien pronto recibió una diputación en demanda de este adminículo.

—Les daré las castañuelas ó los palillos, como los llaman ustedes los elegantes, dijo D. Pedro María, y aún podría darles también el tratado de Crotalogía que aun conservo.

¡Ay! añadió D. Pedro, abriendo su ropero, yo fui un excelente bailarín, todavía se acuerda mi muger de nuestras boleras, y oigan ustedes, se le podían ver bailar; y como Rosario ha sido muger de buen pié y pierna, encantaba en una concurrencia; vamos, Perez, aquí tiene usted los palillos.

Perez se ajustó los palillos y se acercó á Elena, quien á su vez hizo lo mismo.

Elena y Perez ocuparon el centro de la sala, tomando la acostumbrada actitud muy conocida hasta de los que no bailan, con el nombre de *primera de boleras*.

Elena y Perez estaban bien plantados: rompió la música y despues de los primeros compases, brazos y piernas hicieron de las suyas. Entre los concurrentes estaban los gachupines de la tienda de abarrotes de la misma calle, quienes acompañaron con el alma las boleras, y además tronando los dedos.

Jadeantes hicieron la última pirueta Perez y Elena, y en medio de un estrepitoso aplauso Perez mereció de los gachupines el honroso calificativo de muy listo en el tejer, y Elena, Elena encantó á la concurrencia porque también tejió.

Hubo mas cuadrillas y contradanzas, y mas tarde se tocaron tagarotas.

Hablaremos un poco de Elena.

Hemos dicho al principio que Elena no era precisamente una hermosura, y en efecto no llamaba la atencion; pero era sin embargo de esas mugeres cuyos atractivos se exhiben lentamente.

Elena tenia la piel fina.

Perez se lo habia notado á poco tiempo de tratarla.

Elena era cachigorda, bajita de cuerpo, y cuando se la estudiaba, el observador se encontraba agradablemente sorprendido al contemplar una mano bien hecha, de dedos puntiagudos y unos hoyuelos que no carecian de gracia.

El brazo de Elena era tambien torneado y esquisito y su pié arqueado, mexicano y gracioso.

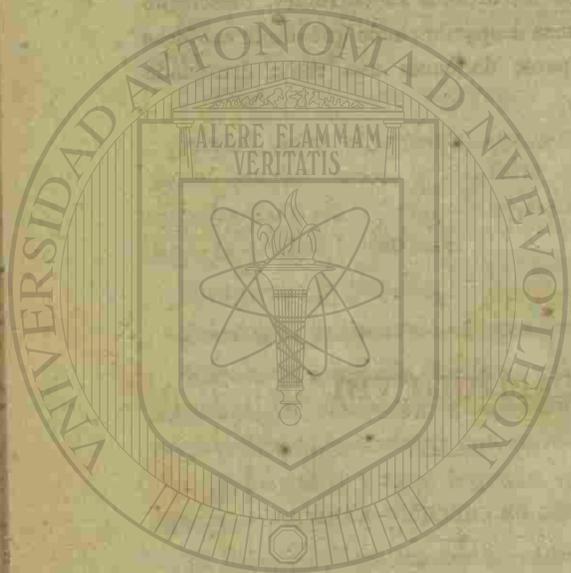
Las boleras dejaron percibir que Elena llevaba un zapatito de raso azul, sujeto con delgadas cáligas, y ademas una media finísima *de la patente*.

Perez, que todo lo sabia, tenia ya para su coletó, y ya hacia quien sabe cuanto tiempo, hecho este acopio de observaciones; y eso era porque Perez era muy curioso.

Como á las cuatro de la mañana, se bailó el jarabe, el palomo y otros bailes del país.

Pollos y pollas estaban ya rendidos por la fatiga y por el sueño, y á las seis de la mañana se retiraron los mús-

cos, y tras de ellos los últimos concurrentes, ofreciendo volver á otro dia mas despacio; chiste que desde entónces sirve para disculparse de hacer una visita demasiado larga.



CAPÍTULO VIII.

UN SUEÑO DE CHUCHO.—RAREZAS.

CHUCHO el Ninfo el héroe de esta historia, debe por ahora ocupar preferentemente nuestra atención, para seguirlo si ne en todos los detalles de su vida, al menos en todos aquellos incidentes que sean dignos de tomarse en consideración porque influyan en la formación de su carácter y costumbres.

Las mamás, que hoy pecan de consentidoras, eran por entonces todavía manilargas, y aquello de que la letra con sangre entra no había perdido todo su prestigio.

Chucho, merced al mimo con que se criaba, permanecía ignorantito en todo aquello que no fuera el catecismo

del padre Ripalda, y Elena estaba muy contenta porque su hijo relataba *los misterios* con la rapidez de un cohete corridizo.

Por otra parte, el chico se hacia á veces insoportable, al grado de hacer llorar á Elena.

Esta recurría entonces á su paño de lágrimas: á su confesor; porque Elena segun hemos dicho, era muy buena y muy devota.

El confesor de Elena era un hombre muy escrupuloso y muy nímio en el cumplimiento de sus deberes y Elena era una de sus hijas predilectas.

—Ya el niño tiene como siete años, decia el padre un dia á Elena, y es indispensable que vaya preparando su primera confesion.

—Mi hijo es muy inocente.

—Por lo mismo.

—Y es tan impresionable!

—Esa es una cualidad provechosa, porque así tendrá para él ese acto solemne, todo el prestigio que de be tener

—¡Pobrecito! se va á resistir mucho.

—No lo creas, haremos que me conozca y yo lo atraeré.

—¿Con que lo juzga usted preciso?

—Indispensable, hija mia.

—Esperemos siquiera un año.

—Ya sabes que á los siete obliga el precepto, con que disponlo poco á poco y le haremos el paso lo mas agradable que se pueda.

Elena no tuvo mas que obedecer y volviendo á su casa se puso á hablar con su hijo de este importante asunto.

—¿Te quieres confesar? hijo mio, le dijo acariciándolo.

—Yo no.

—¿Por qué, mi vida?

—Porque les tengo miedo á los padres porque regañan.

—Pero el padre Juanito no te regañará, sino que te mandará juguetes, si eres buen muchacho.

—Yo no soy muchacho.

—Quiero decir, si eres un niño fino y bueno.

—Niño fino lo soy, tú me lo has dicho.

—Pero no eres bueno.

—¿Por qué?

—Porque me pegas y me haces llorar, y confesándote, en lugar de hacerme llorar, me harás cariños.

—¿Y eso es ser bueno?

—Sí.

—¿Y si soy bueno qué me das?

—Todo lo que quieras.

—Pues ya soy bueno, dame dos reales.

—Todavía no, hasta que te confieses.

—¿Y cómo me confieso?

—Yo te lo diré. Esta noche empezaremos el exámen de conciencia.

—¿Y me das dos reales?

—Despues.

—No: dos reales por el exámen y dos reales por la confesion.

—Pero si esas cosas no se pagan con dinero.

—No? pues con qué?

—Las paga Dios.

—¿De veras? pues mejor para mí; porque Dios me las paga por su lado y tú por el tuyo. Tú que no eres Dios me darás cuatro reales ó no hay exámen.

—Chucho, Chucho, qué malo eres; exclamó Elena aflijéndose: de eso tambien te has de confesar.

—Adios! ¿de todo?

—De todo, sí señor.

Este diálogo y otros muchos del mismo género precedieron á la primera confesion de Chucho, quien cedia á todo y docilitábase á peseta por transaccion.

El dia en que Chucho se confesó, estaba rico.

Siguió la comunión, y ese dia Chucho estuvo muy bien; su mamá le dijo que estaba muy bonito, que tenia una estrella en la frente y que los ángeles habian de bajar á tomar con él el chocolate; á cuyo efecto, la criada le enfloró el desayuno.

Chucho estuvo mas contento que nunca; le pidió perdón á la criada por las patadas que le habia dado varias veces, y ofreció solemnemente no volver á ser manilargo.

Después de la primera comunión, Chucho pasó á una escuela de niños, en donde los niños grandes lo bautizaron el primer dia con el apodo de *el Ninfo*.

Chucho á pesar de haber cumplido siete años, conservaba su aspecto dulce y delicado.

Elena bañaba á Chucho cada tercer dia, y antes de

vestirlo le ponía en todo el cuerpo polvo de haba aromatizado y le sujetaba todas las noches el cabello con plomos ó papelitos para que amaneciera rizado.

Chucho tenia hermosa cabellera, que hacia muy buen efecto en su frente blanca y tersa, y realizaba las lijeras tintas color de rosa de sus mejillas.

Sin embargo de que Elena era un terron de amores y era tan dulce y tan buena, solia tener sus arranques, en medio de los cuales se acordaba de que todos la acusaban de consentidora; y entonces la ira sustituía á la debilidad de carácter y descargaba en Chucho todo su furor.

Pero como quiera que estos rasgos de rigor no eran sino el resultado de accidentes extraños á la educacion de Chucho, sucedia que Elena azotaba á su hijo cuando menos debía castigarlo.

Esta anomalía, que por desgracia es muy frecuente, producía este efecto:

Chucho no recibió nunca un castigo, sin unir la impresion del daño recibido á la de la injusticia cometida.

Este es el camino mas corto para desprestigiar á todo poder ejecutivo.

Y allí donde la razon se declara impotente y recurre á la indicacion brutal, allí estaba el reproche y el desprestigio: de manera que por esta senda podria afirmarse que mientras mas graves fueran las faltas que Chucho cometiera, mas nulo seria el correctivo, supuesto que si este era equivalente, habia de ser calificado de injusto por Chucho.

Véamos prácticamente de que manera los correctivos crueles suelen producir efectos contraproducentes.

El amor que toma en este pícaro mundo tan sinuosas sendas, que opta por las curvas y caracolea, y que se ha propuesto ir de ceca en meca haciendo diabluras; el amor, decimos, retratado en Grecia con aljaba y flecha, y en París retorciéndose el bigote y fumando; el amor tenía mas que ver con Elena y Chucho de lo que á primera vista parece.

Chucho vivía entre dos amores.

Elena entre otros dos.

La criada de Elena entre otros dos.

Y Perez tambien entre otros dos.

Chucho era amado por su madre y por su criada. Elena por su criada y por Perez. Perez amaba á Elena y á Chucho; Chucho amaba á Elena y á la criada, y la criada á su ama y á Chucho.

El amor habia deshojado allí un heliotropo y se habia quedado riendo.

Chucho entre dos existencias femeniles era acariciado doblemente.

Su mamá lo queria, le daba juguetes y lo azotaba.

Su nana, que así le decia á la criada, lo queria tambien, le daba gusto contra la voluntad de Elena y no lo azotaba.

Chucho descansaba de su mamá con su nana, se entretenia con ella y ella sabia divertirle á las mil maravillas.

A su nana le aprendió cuentos, versos y juegos; con su nana se dormía, y por su nana despertaba.

Elena entre todas sus prendas tenia esta: Era celosa.

Tenia la virtud de los amantes tontos. Y tanto llegaba Chucho á entretenerse con la criada, que Elena lo resentía y se indisponía formalmente.

Elena se lo contaba todo á su director espiritual.

Un día le hizo esta consulta:

—Padre, tengo un escrúpulo de conciencia.

—¿Qué es ello, hija mia?

—Tal vez será ridículo.

—Habla.

—Estoy celosa.

—¿De quién?

—Le diré á usted, padre, mi hijo está mejor con su nana que conmigo.

—¿Y qué hace?

—Como su nana lo entretiene y lo divierte tanto.....

—Pues ahí tienes la explicacion.

Elena fingió darse por satisfecha, pero estaba segura de no haber hecho mas que media consulta.

La otra media le estaba dando vueltas en la conciencia.

—Mejor será observar, pensó en seguida.

Y quién sabe cuántas cosas pensó despues Elena: tenia, como muchas mugeres, gran facilidad para dejarse llevar de su fantasía.

Un día Elena se levantó viendo negro: estaba indispuesta, nerviosa, biliosa, de mal humor.

Oyó reír á Chucho con la criada con la mayor frescura y naturalidad: la criada huía de Chucho que la perseguía con un fuste.

Elena se lanzó furiosa sobre Chucho y sin decirle ¡agua vá! le aplicó una azotaina inquisitorial.

Chucho dió una docena de *dós* de pecho, y Refugio, que así se llamaba la *nana*, impidió parte de la ejecución.

Chucho lloró con verdadero dolor: fué esta la mas fuerte de sus primeras impresiones y el primero de sus momentos amargos, y se ocultó en un rincón donde lo sorprendió el sueño.

Chucho se acostó sollozando.

Elena quiso desplegar un rigor que le pareció de muy buen efecto, dejando á Chucho abandonado á su suerte, y á su vez se acostó y se durmió bien pronto ufana de su ejecución de justicia.

—Ya soy fuerte, pensaba. Ya es necesario un poco de rigor con este niño, que de otro modo acabaría por dominarme. Ya no me echarán en cara que lo consiento y lo malcrio; que duerma solo para que no se le olvide; durmamos.

Y Elena lo hizo como lo dijo, se durmió.

Véamos lo que entretanto pasaba en el interior de Chucho.

Como hemos dicho, sollozaba y aun le escocía el ardor de los azotes.

La sangre habia afluido al lugar del castigo, los tejidos se habian inyectado y se estaban produciendo todos los fenómenos fisiológicos de la flagelación.

Chucho encontraba cierto consuelo triste en sus propios sollozos, y poco á poco su dolor físico y su dolor moral se iban modificando en la irradiación de ondas luminosas que esmaltaban su sueño.

El dolor físico iba tomando nueva forma y ya mas sentía calor que dolor.

La cesación del dolor es el punto donde empieza el placer: cuando una punzada va á terminar recibimos un aviso placentero que abrevia el padecimiento.

Chucho sentía que ya se iba á acabar el dolor, y probaba la entrada al bienestar, y este momento era de tal manera grato en la inmovilidad, que Chucho procuraba volver á probarlo, moviéndose en sentido de hacerse daño nuevamente para volver á sentir el acabamiento.

En la mente de Chucho habia una cosa en primer término, á pesar de todo y sobre todo: la imaginación del niño se habia avivado y los objetos que se presentaban en el campo de su fantasía se dibujaban con una lucidez inusitada: el mismo Chucho hallaba placer en sus visiones, las acariciaba como un poeta acaricia sus primeras inspiraciones.

Chucho iba entrando física y moralmente á un bienestar desconocido, al campo virgen de elucubraciones pe-

regirinas: era una region poblada de luces, de deslumbramientos, de intuiciones y de deleites de un género enteramente desconocido.

La excitacion nerviosa, el sacudimiento de toda la máquina, la impresion dolorosa, el equilibrio de la circulacion con sus fenómenos congestivos por afluencia y depresivos con el efecto del síncope, estaban produciendo aquella revolucion.

En medio de aquella region, en la que el niño entró por la puerta de las lágrimas, se destacaba una imagen: Refugio.

Refugio adquirió la brillantez de todo el panorama; se enaltecia.

Refugio tenia en aquel mundo mas amor, mas caricias, mas consuelos; Refugio se aparecia enternecida, amorosa, buena, como la paz, como la compensacion.

.....
Así se durmió Chucho.

CAPITULO IX.

UN NEGOCIO GRAVE EN LA CASA DE DON PEDRO MARÍA.

EL 25 de Setiembre la casa de D. Pedro María presentaba distinto aspecto que la noche del 24.

El placer habia dejado su huella por todas partes, y reinaba el desórden como en un campo de batalla, y no obstante, aquel desórden era atractivo porque avivaba los recuerdos placenteros de la noche del baile.

La vigilia habia marchitado las rosas juveniles: Mercedes y Angelita estaban desveladas, habian reñido con el tocador y con la luz y fluctuaban entre la desazon de la velada y los mil recuerdos dulces de la pasada fiesta.

regirinas: era una region poblada de luces, de deslumbramientos, de intuiciones y de deleites de un género enteramente desconocido.

La excitacion nerviosa, el sacudimiento de toda la máquina, la impresion dolorosa, el equilibrio de la circulacion con sus fenómenos congestivos por afluencia y depresivos con el efecto del síncope, estaban produciendo aquella revolucion.

En medio de aquella region, en la que el niño entró por la puerta de las lágrimas, se destacaba una imagen: Refugio.

Refugio adquirió la brillantez de todo el panorama; se enaltecia.

Refugio tenia en aquel mundo mas amor, mas caricias, mas consuelos; Refugio se aparecia enternecida, amorosa, buena, como la paz, como la compensacion.

.....
Así se durmió Chucho.

CAPITULO IX.

UN NEGOCIO GRAVE EN LA CASA DE DON PEDRO MARÍA.

EL 25 de Setiembre la casa de D. Pedro María presentaba distinto aspecto que la noche del 24.

El placer habia dejado su huella por todas partes, y reinaba el desórden como en un campo de batalla, y no obstante, aquel desórden era atractivo porque avivaba los recuerdos placenteros de la noche del baile.

La vigilia habia marchitado las rosas juveniles: Mercedes y Angelita estaban desveladas, habian reñido con el tocador y con la luz y fluctuaban entre la desazon de la velada y los mil recuerdos dulces de la pasada fiesta.

Doña Rosario se habia manifestado indisplícite, y tanto Mercedes como Angelita contemplaban con sobresalto que por aquel lado habia una nubecilla en el horizonte que presagiaba tempestades.

En cuanto á D. Pedro María, estuvo como siempre; pero á solas con su muger y ya recogido el matrimonio, hubo un diálogo íntimo que habiendo llegado hasta nosotros por fidedigno conducto, lo trasmitimos hoy á nuestros lectores.

Don Pedro María rezó todas sus devociones que eran largas, y doña Rosario por su parte, aunque fingia hacer lo mismo, en realidad pensaba en algo que la preocupaba mas que los Padre nuestros de todas las noches.

Al fin llegó el matrimonio al momento en que se daba las buenas noches para apagar la vela.

Doña Rosario, en vez de apagar la vela, tomó la palabra.

—Es necesario, le dijo á D. Pedro, que pensemos muy seriamente en una cosa.

—¡Ave María Purísima! ¿En qué cosa, muger?

—No te alarmes, y si yo me anticipo es porque ya sabes que á mí nada se me vá y porque siempre es bueno estar prevenidos para lo que pueda suceder.

—¡Pero de qué se trata! exclamó D. Pedro María sobresaltado, ¿qué ha sucedido?

—Nada..... es que yo he notado lo de Merced.

—¡Lo de Merced! pero ¿qué ha hecho Merced?

—Ten calma; no ha hecho nada, pero..... lo de Carlos..... porque en fin, yo creo que se quieren.

—Acabaras, muger; si eso es todo ya veremos; estaremos á la mira, y si el muchacho viene con buenas miras.

—Si, en cuanto á miras yo creo que las tiene buenas; él es un caballero, y yo ya tengo mis informes; ademas, Carlos no es un millonario, pero en fin, tiene por su familia algo, y por ese lado la muchacha no iria mal.

—Pues bien, si ya has adelantado todo eso, debemos darnos de santos con que el primer novio de la muchacha preste garantías.

—Pero hay una cosa.

—¿Qué hay?

—Que me parece que no vamos conformes en ideas.

—¡Cómo!

—Quiero decir, Carlos es muy buena persona.

—¿Entonces?

—Es un poco libre.

—¡Vamos, vamos, muger! explícate ¿en qué te fundas?

—Pues oye, he escuchado una conversacion que no me ha gustado. Hablaba Carlos con el Licenciado y ninguno de los dos se fijó en que yo estaba inmediata.

—Bueno ¿y qué?

—Que Carlos habló mal del clero.

—¡Hola, hola! ¿pero estás cierta?

—Ya sabes que tengo buen oído y por todo lo que pude notar, Carlos tiene ideas que no me gustan.

—Te habrá parecido.

—No, y no; que bien sé lo que digo; le oí decir clarito que es *demócrata*.

—¿Oiga?

—*Demócrata* ¿está bien dicho?

—Sí.

—¡Vaya! y muchas cosas mas que no digo, pero que francamente no me gustan; ya comprenderás que estoy muy poco dispuesta á darle mi hija á un hereje, á uno de estos libertinos que so pretexto de ilustracion tienen ideas escandalosas.

—¿Y qué te parece que debemos hacer?

—Mira, me ha ocurrido que busquemos una persona que lo trate y que procure averiguar cuales son sus ideas con respecto á religion.

—Me parece mas sencillo que yo.....

—No, tú lo echas á perder, y sobre todo, Carlos tendrá cuidado de no revelarte la verdad.

—¿Y has pensado en la persona á propósito para ese encargo?

—El señor cura seria muy á propósito; pero sucederia lo que contigo, que Carlos no se externaria lo suficiente..... ¡Ahl ya caigo, ya sé quien es el mas á propósito.

—¿Quién?

—Perez; Perez es hombre timorato; Perez frecuente, que yo lo he visto, y tiene ademas su talento y en siendo cosa nuestra, es seguro que pondrá sus cinco sentidos en complacernos.

—Pues me parece muy bien, mándalo llamar mañana, le das la consigna, lo instruyes bien y que él haga el resto.

—Eso es.

—¿Y en cuanto á Merced?

—Creo que lo quiere, y me temo que ya la machacha esté fuertemente impresionada.

—¿No le has hablado?

—Estoy preparando una entrevista, y para esto lo primero que he hecho es procurar que Merced se confiese.

—Muy bien hecho.

—Y en saliendo de la iglesia le hablo y así, ni como ocultarme nada, me espeta la verdad monda y lironda.

—Me parece todo muy bien pensado, y que Dios te ilumine.

—No tengas cuidado.

—Pues mira lo que son las cosas, al principio me pareció que me ibas á hablar de Angelita.

—Ese es otro asunto, pero acerca de eso estoy mas tranquila; porque lo que es Gonzalez se confiesa con el padre Espinosa y no hay cuidado.

—¿Supongo que tambien estarás en observacion?

—Por supuesto.

—¡Como ha de ser! ya las muchachas empiezan á prepararnos pesadumbres de otro género. ¿Y Pablito?

—Pablito es buen muchacho.

—Pero esas ideas tan tristes.....

—A pesar de eso viene temprano á casa y hasta ahora no le he notado inquietud particular.

A poco rato de esta conversacion, el matrimonio se santiguó de nuevo y se durmió.

Al dia siguiente Perez recibió un recado de Doña Rosario y acudió á la cita sin tardanza.

Como del asunto de que se iba á tratar no debian enterarse ni remotamente las muchachas, la cita que Doña Rosario le dió á Perez fué para la iglesia de la Merced en la misa de ocho.

Perez concurrió y Doña Rosario llamando á Perez hácia un lugar apartado del atrio, le manifestó su plan, le encareció la necesidad que habia de obrar con suma cordura y circunspeccion, y quedaron convenidos en que desde ese momento Perez seria, no solo la policía de Cárlos, sino su explorador en la parte moral.

Dado este primer paso, Doña Rosario pasó á inquirir la disposicion de ánimo de Mercedes y despues de prepararla por el método, que segun Doña Rosario le parecia infalible, entró en materia.

—Vas á decirme la verdad en todo lo que te pregunte, le dijo; recuerda que acabas de comulgar y que seria una cosa indigna de tí y muy agena de una buena hija y de una buena cristiana engañarme en un dia de pureza y de santidad; conque vamos á ver; tú amas á Cárlos.

Merced quedó silenciosa.

—No me lo nieges, porque ya sabes que á mí no se me va nada por alto. Responde.

—Sí señora, no lo puedo negar.

—Y antes de entregarle tu corazon ¿no te has puesto á

pensar si será un hombre que te conviene? porque ya sabes que las apariencias engañan y no seria extraño que fueras saliendo con que el Sr. D. Cárlos es un libertino.

—Permítame usted decirle, dijo Merced toda turbada, que hasta ahora nada hay que valga la pena de contarse. Cárlos, es cierto, me trata con predileccion y con cariño, pero no me ha hablado de amor.

—Pero tú lo quieres.

—Le profesó cariño y gratitud porque él se hace acreedor á ello con su conducta.

—Pues estos son asuntos muy delicados y es necesario no obrar con ligereza.

—Estoy dispuesta á obedecer á usted en todo.

—Bueno: empezamos porque no verás á Cárlos sino cuando á mí me parezca conveniente, y eso despues que yo tome mis informes.

Doña Rosario quedó muy satisfecha de sus procedimientos, y ufana de sus triunfos, le comunicó sus impresiones á D. Pedro María.

En cuanto á Merced, sintió por medio de esa intuicion delicada de las mugeres el presentimiento de futuras disensiones y contrariedades.

Su amor acababa de recibir el impulso secreto de la dificultad, que es el agente mas eficaz de los amores, y Merced se enteró de que amaba á Cárlos mas de lo que ella misma pensaba.

A doña Rosario le pareció que era preciso no omitir medio alguno para aclarar aquella importante cuestion

que la preocupaba incesantemente. Comenzó por contarle sus impresiones y comunicarle el asunto á varias de sus amigas de confianza, pero de una manera reservada y confidencial.

Las amigas de doña Rosario, hicieron á su vez la misma confidencia á sus amigas, reencargando el secreto, y de boca en boca y de vieja en vieja, este asunto llegó á tener toda la popularidad de un secreto femenino.

En cuanto á Perez, debemos decir que la consigna de doña Rosario tenia para él mas importancia de lo que parecia á primera vista.

Perez era un arbitrista completo y acabado y profesaba la útil teoría de no hacer ascos á gaje, propina, arbitrio, ó trabajo de ningun género.

Perez se preciaba de saber ganar su vida por medio de mil arbitrios desconocidos de muchos.

Efectivamente, segun el mismo Perez decia, no daba paso sin linterna y en un solo dia sabia ser testigo en dos ó tres juzgados, redactar una solicitud para una viuda, empeñar una prenda, conseguir dinero á premio, ajustar un entierro, hacer una corredería y llevar diez recados.

Perez pesó una á una las palabras de doña Rosario y desde luego calculó que habia mejorado su posicion, pues poseia un secreto explotable.

—Don Pedro María, pensó, es hombre influente con los padres y bien podria conseguir una capellanía vacante. ¿Y para qué quiero capellanía? ¡ah! ya caigo, para Chucho, el hijo de Elena, y ya que á ésta no la puedo

obsequiar debidamente por lo precario de mi situacion, la podré ofrecer la capellanía. En cuanto á Cárlos, tiene demasiados asuntos como hombre rico, y en haciéndome necesario habrá algo que esperar.

Yo hago todo esto, continuaba, porque es preciso ante todo no dormirse y arbitrar recursos por cuantos caminos se presenten.

Todo esto lo pensaba Perez en camino para la casa de Cárlos.

—Pero soy un cándido, dijo parándose de repente. Con que pretexto me presento? entrar hablando del asunto es una torpeza, hacerle una primera visita sin motivo... ¡ya está aquí exclamó gozoso—adelante.

Entre los negocios que Perez tenia pendientes ese dia, contaba con el encargo que le habian hecho de vender una purera.

—Señor D. Cárlos?

—¿Qué hay, Perez?

—¿Cómo le fué á usted de desvelada? ¿no ha habido novedad notable?

—No, ninguna; gracias.

Hubo una ligera pausa.

—Siéntese usted, dijo Cárlos.

—Gracias, señor D. Cárlos, tengo mucho que hacer, contestó Perez sentándose y luego continuó:—Vine á traerle á usted..... ah! se me olvidaba... parece que *por allá* ha habido alguna novedad.

—Está bien, esperaré á esas horas.

—Porque..... en fin..... si usted tiene interes en saber ciertas cosas, y en esto puedo prestarle un pequeño servicio..... yo tendré mucho gusto. Ya sabe usted que en la casa de D. Pedro María tienen la bondad de considerarme, y yo se los agradezco, eso es otra cosa, porque en fin, yo nada valgo..... Pero la señora para todo cuenta conmigo, y el señor D. Pedro María (tan bueno) no hace nada sin contar con Perez. ¿Que se trata de baile? que venga Perez; ¿que se trata de dia de campo? que venga Perez; y Perez para cobrar, y Perez para esto y Perez para lo otro y lo de mas allá; y yo á todo, señor D. Carlos, y firme como el Santo Dios. ¿Con que entre cuatro y cinco, no, señor D. Carlitos? aquí me tendrá usted, y en todo lo que le pueda servir.....

—Gracias, Perez.

—Con que adios, adios, hasta la tarde.

—Adios, nos veremos.

—Sí, por supuesto, entre cuatro y cinco, muy bien. Con que..... voy á preguntar de quién es la purera.

Perez salió de la casa de Carlos lleno de ilusiones. Carlos pensó que sería conveniente tener á Perez de su parte.

Lo mismo se habia quedado pensando doña Rosario cuando se separó de Perez, porque creia tener en él un agente activo, eficaz y muy á propósito para sus planes.

Merced, sobresaltada con lo que su mamá le habia dicho, pensó en que era preciso tener alguna persona de su

parte y por medio de la cual se pusiera en comunicacion con Carlos, y esa persona debia ser Perez.

Don Pedro María, al dia siguiente de la conferencia nocturna, se levantó diciendo para sí:

—Despues de todo, este Perez es buen hombre y es necesario seguir contando con él para todo, es tan servicial y tan honradote!.....

Hasta Elena habia pensado tambien despues del baile, que Perez no tenia precio.

—¿Qué haria yo sin Perez? decia, de cuántas apuraciones me ha sacado Perez! Ya no me va pareciendo tan feo. Y lo que es las boleras las baila bien; pero ya sé vé, si todo lo hace bien Perez.

He aquí de que manera Perez era en todas partes el hombre de la situacion.

—¿Por allá? repitió Cárlos, ¿por la casa de D. Pedro María?

—Exactamente: parece que Merceditas estaba algo indispuesta.

—¿Es posible?

—Sí, pero nada de cuidado. Con que..... me voy... solo vine á traer á usted su purera que dejó olvidada.

—¡Mi purera! yo no fumo puro.

—¿No es de usted esta purera? preguntó sacando del bolsillo la purera que le habían dado á vender.

—No, no es mía.

—¡Ha visto usted cosa mas rara! con que no es de usted? Pues lo que es yo lo hubiera jurado, tal creí haberla visto anoche en las manos de usted.

—Pues no es mía.

—De quién será? de quién será? ¿Usted no se figura?

—Absolutamente.

—Estoy en que Merceditas me dijo que era de usted; pobre Merceditas!

—¿Por qué dice usted eso?

—No, nada; por nada, sino que como la familia..... ya sabe usted lo que son las señoras, especialmente cuando son tan timoratas como doña Rosario.

—Y bien, ¿qué sucede?

—No, nada; es que yo no quiero andar trayendo y llevando, porque no me gusta meterme en estas cosas, por que una cosa es que uno oiga y sepa lo que pasa y otra

es andar diciendo lo que uno no sabe si convendrá decir ó nó.

—Pero por fin, ¿de qué se trata?

—Señor D. Cárlos, no haga usted caso; yo digo esto porque vino al caso, pero por lo demas no me meto, y usted me dispensará. Tiene usted la bondad de decirme ¿qué hora es? porque tengo una cita, para ver si me dan una colocacion; porque ya ve usted, señor D. Cárlos, qué ma- las están las cosas, y que para cada destino hay diez pretendientes y se vive con un trabajo, que solo Dios sabe. Con que ¿qué horas son?

—Las diez van á dar.

—¿Me permite usted?

—Pero es, que yo desearia saber.

—Le pido á usted mil perdones, pero la cita era entre nueve y media y diez, y temo llegar demasiado tarde, ya sabe usted que cuando uno solicita es necesario andar muy listo.

—Pero..... en fin, ¿volverá usted?

—Si usted lo quiere así, señor D. Cárlos, estoy para servirlo.

—Bueno, espero á usted.

—¿A qué hora?

—En la tarde ¿le será á usted posible?

—En la tarde, en la tarde, murmuraba Perez hablando consigo mismo..... Permítame usted..... á la tarde..... á la una, á las dos, á las..... Entre cuatro y cinco estaré aquí.

—Está bien, esperaré á esas horas.

—Porque..... en fin..... si usted tiene interes en saber ciertas cosas, y en esto puedo prestarle un pequeño servicio..... yo tendré mucho gusto. Ya sabe usted que en la casa de D. Pedro María tienen la bondad de considerarme, y yo se los agradezco, eso es otra cosa, porque en fin, yo nada valgo..... Pero la señora para todo cuenta conmigo, y el señor D. Pedro María (tan bueno) no hace nada sin contar con Perez. ¿Que se trata de baile? que venga Perez; ¿que se trata de dia de campo? que venga Perez; y Perez para cobrar, y Perez para esto y Perez para lo otro y lo de mas allá; y yo á todo, señor D. Carlos, y firme como el Santo Dios. ¿Con que entre cuatro y cinco, no, señor D. Carlitos? aquí me tendrá usted, y en todo lo que le pueda servir.....

—Gracias, Perez.

—Con que adios, adios, hasta la tarde.

—Adios, nos veremos.

—Sí, por supuesto, entre cuatro y cinco, muy bien. Con que..... voy á preguntar de quién es la purera.

Perez salió de la casa de Carlos lleno de ilusiones. Carlos pensó que sería conveniente tener á Perez de su parte.

Lo mismo se habia quedado pensando doña Rosario cuando se separó de Perez, porque creia tener en él un agente activo, eficaz y muy á propósito para sus planes.

Merced, sobresaltada con lo que su mamá le habia dicho, pensó en que era preciso tener alguna persona de su

parte y por medio de la cual se pusiera en comunicacion con Carlos, y esa persona debia ser Perez.

Don Pedro María, al dia siguiente de la conferencia nocturna, se levantó diciendo para sí:

—Despues de todo, este Perez es buen hombre y es necesario seguir contando con él para todo, es tan servicial y tan honradote!.....

Hasta Elena habia pensado tambien despues del baile, que Perez no tenia precio.

—¿Qué haria yo sin Perez? decia, de cuántas apuraciones me ha sacado Perez! Ya no me va pareciendo tan feo. Y lo que es las boleras las baila bien; pero ya se vé, si todo lo hace bien Perez.

He aquí de que manera Perez era en todas partes el hombre de la situacion.



CAPITULO X.

EN EL QUE SE VE QUE EN MATERIA DE AMOR, EL
RODEO SUELE SER EL CAMINO MÁS CORTO.

MERCED despues de los consejos de doña Rosario, y Cárlos despues de las reticencias de Perez pensaron por primera vez formalmente en que se amaban.

—Me ha hecho impresion lo que me ha dicho Perez, pensaba Cárlos, y esto es porque Mercedes me interesa mas de lo que yo creia; y como cada casa es un mundo, sabe Dios lo que estará pasando en la casa de D. Pedro por mi causa, sin que yo me aperciba de ello. Yo hasta ahora no he querido hacer la menor declaracion, ni comprometerme á nada, ¡qué diablo! esto del matrimonio es

una cosa seria y todavía no quiero dar paso, en un sentido determinado; pero por otra parte, tal vez esté yo siendo la causa de algun trastorno de familia..... de todos modos Perez me sacará de la duda y me pondrá al tanto de lo que pasa.

La actividad de Perez tomó creces, y su facultad de locomocion y su verbosidad tuvieron ancho espacio.

A doña Rosario le dió cuenta de su comision, buscando mil medios ingeniosos para hablarla aparte, sin que de ello se apercibieran las niñas.

—Vamos bien, le dijo en un aparte, dramáticamente buscado. Nuestro hombre me espera entre cuatro y cinco.

Perez sabia que era de muy buen efecto esto de «nuestro hombre» en lugar de «Cárlos» porque de este modo no mentaba personas y corroboraba su fidelidad, su secreto y su confianza.

Para Merced tuvo tambien Perez un momento propicio.

—Quiero preguntar á usted una cosa, Perez.

—Estoy á la órden de usted, Mercedita; ya sabe usted que la quiero como si fuera usted mi hija.

—Ya lo sé, y si no fuera por eso.....

—¿Qué desea usted?

—¿Ha visto usted á Cárlos?

—Calle usted, criatura; mucho cuidado, mucha mesura, que las cosas se están poniendo color de agua tibia. Ves

usted que purera tan bonita, está buena para el señor D. Pedro María.

—Mi papá chupa puros, pero chiquitos.

—Podian hacerle ustedes un regalito decente con ella; no vale mas que doce pesos, es regalada, es toda cincelada, vea usted este bajo relieve: representa el paso de las Termópilas.

—Es muy bonito.....con que ¿qué decia usted?

—Que la cosa se complica, mucho cuidado.

—¿Pues qué sabe usted?

—Yo nada, pero Cuente usted conmigo.

—¿De veras?

—Ya me conoce usted.

—Pues bueno, yo desearía hablar con Cárlos.

—¿Y la mamá?

—Pues usted dirá.

—Yo lo arreglaré.

—¿Cómo?

—¿Tiene usted confianza en Angelita?

—Sí.

—Procure usted ir á misa el domingo, sola con Angelita.

—Imposible.

—Pues por el balcon.

—Tengo miedo.

—Por la azotea.

—¿Y si me caigo? yo nunca subo.

Doña Rosario cortó este interesante diálogo; Perez se despidió y se fué hasta San Hipólito, á donde vivía Elena.

—En usted estaba pensando.

Perez pensó esto.

Todos están ahora pensado en Perez.

—¿Sí? ¡cuán dichoso soy!

—No empiece usted.

—No empiezo, sigo.

—¡Ay que hombre!

—¡Ay que Elena!

—¿Y yo qué tengo?

—¡Tantas cosas!

—Eso ya lo sé.

—¿No es verdad que tiene usted muchas cosas?

—Sí, muchas cosas que decir á usted.

—A mas de esas, yo hablaba de otras cosas que usted tiene.

—¿No le digo á usted que ya empieza?

—¡A qué?

—A ponerse insoportable.

—Pero usted es muy buena y me soporta siempre.

—Y dále.

—No se enfade usted.

—Estoy de mal humor.

—¿Le ha sucedido á usted algo?

—A mí siempre me sucede algo.

—Dichosa usted; á mí nada me sucede.

—¿Pues qué quiere usted que le suceda?

—Algo.

—¿Cómo de qué?

—Que me machuque un coche, que me dé un tifo, que me den una estocada.

—Ave María Purísima! Está usted desesperado.

—Casi.

—¿Por qué?

—Usted tiene la culpa.

—Perez, Perez, tenga usted juicio.

—Vuélvamelo usted.

—¿Yo?

—Sí, usted me lo robó.

—Yo no.

—No, sus ojos.

—¡Ah que usted!

—Sí, eso es, ¡ah que yo!

Y luego fijando una larga mirada en Elena, exclamó como estallando:

—¡Cruell

Elena bajó los ojos y al cabo de un rato dijo:

—Hemos de hablar con formalidad ¿sí, ó no?

—Como usted guste, usted manda y yo obedezco.

—¿Cómo le fué á usted de baile?

—Tengo las boleras pintadas en el corazón.

—¿Con qué? preguntó Elena riéndose.

—¡Con fuego!

—¡Ah qué horror!

—Y los piés de usted, aquellos piés color de azul ce-

leste..... á aquellos piesecitos les pone alas mi imaginacion y se vuelven dos querubincitos.

—¡Ojalá!

—Sí, Elena.

—Y se van al cielo, como son celestes.....

—Ay! y á mí me dejan en el infierno.

—¿Qué me cuenta usted, Perez?

—Es usted muy cruel.

—Y usted muy chancista.

—Hablo de veras. Vamos á ver, ¿qué le ha sucedido á usted, Elena?

—Me han pegado una cólera.

—¿Quién? quiénes? Porque aquí está Perez, para servirle á usted de..... barricada.

—¿De qué?

—De barricada.

—Hábleme usted de modo que lo entienda, que no me gustan palabras dudosas.

—Barricada, hija, trinchera; quiero decir que usted se ponga detras de mí.

—¿Y para qué?

—Para que yo reciba los golpes y los balazos, y usted se esté quieta y salva.

—¡Ah! ¿por eso lo decia usted?

—Sí, por eso.

—Pues gracias, y oiga usted lo de la cólera.

—A ver.

—Figúrese usted que los muchachos de la escuela, los

muchachos ordinarios por supuesto, le han puesto á mi hijo un sobrenombre.

—¿Un apodo?

—Sí, eso.

—¿Y cómo le han puesto?

—Chucho el Ninfo.

—¿El Ninfo?

—Vea usted, Perez, que infamia, y todo porque mi hijo va aseado y bien vestido.

—Eso no es mas que envidia.

—¡El Ninfol pues no faltaba mas, sino que mi hijo de mi corazon, anduviera como un limosnero; no señor, primero pido limosna yo.

—¿Y ese es el motivo de la cólera?

—Sí, Perez, y quiero que inmediatamente vaya usted á buscar otro establecimiento en donde poner á Chucho.

—Pero si ya iba aprendiendo.

—No le hace, yo no he de permitir que maltraten á mi hijo, ni que le pongan nombres.

Perez informó á Elena de cuales eran los mejores preceptores, y le dió, como en todas, noticias frescas en esta materia.

El run run del casamiento de Mercedes, llegó á oidos del señor cura y del padre Martinez, quienes, echando una maya en el agua como ellos decian, suspendieron una noche su tresillo, para hablar del asunto del matrimonio.

—A la verdad, Sr. D. Pedro María, que yo ya teia para mi capote lo que pasa; porque yo, como suele de-

cirse, corto el pelo en el aire, decía el padre Martínez. Nosotros los eclesiásticos, por razón de nuestro ministerio, vemos las cosas de otro modo, ¿me comprende usted?

—Es natural, padre Martínez. Yo les confieso á ustedes, que soy un poco distraído en estos asuntos, pero descanso en mi mujer.

—Y hace usted bien, Sr. D. Pedro, porque doña Rosario, es toda una señora, y ¡qué conciencia! ¡qué conciencia, señor cura! agregó, oiga usted; da gusto. En eso sí, Sr. D. Pedro, está usted muy bien jugado, y la Divina Providencia lo vé á usted con ojos de misericordia, porque sin exagerarle á usted, se ven unas cosas..... ¿no es verdad, señor cura?..... Pero ¿como ha de ser, señor, como ha de ser!.....

—Pero, como decía, insistió D. Pedro, yo me descuido en estas cosas; pero ahora que se trata del asunto quisiera saber la respetable opinion de ustedes, en concepto de que, siendo cosa de conciencia, espero que se me hable con toda la franqueza.....

—¡Ah! eso por de contado, mi señor, ya no solo por nuestro carácter sino como amigos de la casa.....

—Pero es el caso que la cosa no parece muy sencilla.

—¡Cómo!

—Sí, parece que el señor D. Carlos.....

—¿El presunto? preguntó el señor cura.

—Sí, señor cura, contestó D. Pedro María; el señor D. Carlos parece estar contaminado.

—¡Ave María Purísima! ¿y de qué, mi señor D. Pedro?

—Quiero decir, tiene sus ideas.....

—¿Liberales? dijo quedito el padre Martínez, como si hubiese pronunciado una obscenidad.

—En eso es en lo que yo no estoy muy al tanto; mi mujer me ha dicho que si Carlos tiene sus ideas y que si no es muy religioso, y que si ha tenido sus conversaciones, y que te fué y que te vino, y que sé yo; pero es el caso que no tenemos bastante seguridad acerca de sus opiniones religiosas.

—Pues, mucho cuidado, señor D. Pedro, mucho cuidado; vea usted que esa es la base de la felicidad, y esto del matrimonio es muy expuesto.

—Sobre todo, agregó el señor cura, en estos tiempos en que las ideas de la desenfrenada democracia van tomando unas creces, que yo no sé adonde irán á parar.

—En eso está mi dificultad, en que yo no sé acertivamente si Carlos es solamente inclinado á la libertad, ó si ya sus ideas han tomado ese carácter tan marcado de protestantismo y de.....

—¡Ah! el protestantismo! la lepra de las sociedades, señor D. Pedro María; Dios nos libre de ese azote.

—¿Cómo hiciera yo, señor cura, para averiguar la verdad? porque decididamente no daré mi hija á uno de esos caballeritos ilustrados, que con pretexto de cultura le espetan á usted una teoría disolvente traída de Europa.

—Por supuesto, señor D. Pedro, dijo el cura, ante todo que sea buen cristiano.

—Escuche usted, señor D. Pedro: yo tengo un medio

seguro para averiguar exactamente las creencias de cada individuo.

—Véamos cual es ese medio, padre Martinez.

—Yo tengo hechas sobre esto algunas observaciones.

—¿A ver?

—Dígame usted, señor D. Pedro, ¿ese caballerito lee á Voltaire?

—No lo sé.

—¿Que lástima!

—¿Por qué?

—Porque ese dato es precioso. Averigüe usted si el presunto novio de su hija lee á Voltaire, y ya lo tenemos acá todo. ¿Me comprende usted?

—Pero.....

—Vea usted, señor D. Pedro. Ese condenado de Voltaire tiene una labia y un modo tal (sofístico por supuesto), que le convierte á usted un muchacho de la noche á la mañana.

—Es cierto, dijo el señor cura, y con razon sobrada se han quemado tantos ejemplares de sus obras.

—Pues yo tengo hecha esa observacion; hombre que lee á Voltaire, hereje seguro.

—¿Sabe usted que no me parece mal? Con que decia usted, que el todo es averiguar si lee á Voltaire.

—Eso es.

—Y si lo lee es claro que le tendrá en su casa.

—Es probable.

—Pues caerle á su casa y dar una ojeada á su libros

—O preguntárselo.

—No lo confiesa.

—Dice usted bien.

—Entonces.....

—Me ocurre una idea.

—¿Cuál?

—Que vaya una persona de confianza á hacerle una visita, dijo el padre Martinez.

—Me parece muy acertado.

—Y yo ya sé quién es esa persona.

—Y yo tambien, dijo el cura.

—¿Quién? preguntó D. Pedro.

—Perez, dijo el cura.

—¿Perez? repitió el padre Martinez.

—Perez, repitió D. Pedro; sí señores, Perez, y ya eso lo tenia dispuesto, y ya fué.

—Y qué resultó, ¿tenia á Voltaire?

—Vea usted, lo de Voltaire no me habia ocurrido; esa es idea de usted; pero sí lo de explorar sus creencias religiosas.

—Pero en fin, ¿qué dice Perez?

—No ha venido.

—Pues eso es lo que hay que hacer, y nada mas.

—Pero no se sabe, agregó el cura, que ese señor D. Carlos frecuente los santos sacramentos; en fin, no se sabe quién lo confiesa y si vá á misa?

—No, contestó D. Pedro, nosotros nada sabemos de eso.

—Pues tambien es un camino.

—Ya lo creo: en la práctica del culto se dan á conocer unos á otros los fieles.

—En todo caso, señor D. Pedro, dijo el cura, le aconsejo á usted mucha prevision y cuidado, porque el asunto es de los mas delicados.

Esa misma tarde Perez habia estado entre cuatro y cinco en la casa de Carlos.

—Estoy á las órdenes de usted, señor D. Carlitos, ya pareció el dueño de la purera: ¿cómo le ha ido á usted? parece que he sido exacto; así soy yo para mis citas, porque no me dé usted persona de esas á quienes usted cita á las cinco y vienen á las diez: yo no, yo soy ingles, aunque mi color me agravia. ¿Qué ha pensado usted, señor D. Carlitos?

Carlos resistió esta andanada con calma, y luego dijo.

—Me ha picado usted la curiosidad, con las noticias que me dió esta mañana.

—Con razon, señor D. Carlitos, con razon; comprendo muy bien su inclinacion de usted. Merceditas es una perla, que puede hacer la felicidad de un hombre, y ante todo, lo felicito á usted por su eleccion.

—Vea usted, lo que hay de cierto aquí es, que hay una simpatía mútua, pero yo no he formalizado nada todavía.

—¡Ah! pues ya por todas partes se habla de su matrimonio de usted; ya sabe usted lo que son las gentes, señor D. Carlitos; y segun he oido decir, la noticia se recibe con

agrado generalmente y hasta se ha asegurado que van tan acordes en ideas, que la familia está contentísima, porque dice que es usted buen cristiano: ¿usted se confiesa con el padre Espinosa?

—No.

—¡Ah! ya me acuerdo, con el doctor Aguirre.

—Tampoco.

—Pues vea usted, tal creia.....

Despues de una pausa, Carlos preguntó:

—¿Y la familia se ha ocupado de estos detalles? tal vez desearia conocer mis opiniones y.....

—Permítame usted, señor D. Carlitos, lo que es la familia no creo que se haya ocupado de eso; pero las gentes, ya sabe usted, las tias y los parientes, que lo comentan todo. Y por mi parte, como quiera que sé que en esto le presto á usted un pequeño servicio, no vacilo en darle cuantos datos crea usted necesarios.

—Gracias, contestó ecamente Carlos.

—Y ya sabe usted, que tanto el señor D. Pedro María como doña Rosario son tan escrupulosos.....

—Francamente, desean saber lo que pienso y lo que creo.

—La familia hasta ahora..... hasta ahora no, pero yo me lo temo; y debo advertir á usted á tiempo, que cualquiera divergencia en ciertas materias de conciencia seria un tropiezo.....

—Me alegro saberlo á tiempo, pues por mi parte no acostumbro ocultar mi fé ni mis principios.

—Hace usted muy bien, señor D. Carlitos, porque ¿quién ha dicho que cada uno no es libre para pensar como guste? pero no todas las personas son telerantes; personas hay, que no creen que puede usted hacer nada bueno, si es usted liberal; otras por el contrario y vaya usted á averiguar el interior de todos, porque cada cabeza es un mundo. Y digo, en el caso en que á mí ne preguntaran algo, porque en fin, yo soy como de la casa, ¿qué será bueno que diga?

—¿De qué?

—Digo, de sí, por ejemplo: sé yo si usted es ó no es, de si usted frecuenta ó deja de frecuentar de sí.....

—He dicho á usted que no acostumbro ocultar mis opiniones.

—Bien hecho, muy bien hecho, así soy yo.

—De manera que, si le preguntan á usted, puede decir la verdad.

—Sí, la verdad es de caballero. Y digo ¿aunque la verdad le sea á usted contraria?

—En todo caso.

—Quiere decir, que puedo decir que es usted.....

—Liberal.

—¿Liberal? Bien, señor D. Carlitos; ¡liberal! eso sí: lo mismo que yo; porque yo soy también liberal, pues no faltaba más. Pues está muy bien. Y digo esto, ¿solo en el caso en que me lo pregunten.....

—En todo caso, obre usted con libertad en el asunto.

—Muy bien, señor D. Carlitos, porque..... decía

yo..... pues como ya le había dicho á usted, esto va á ser una bomba, porque en fin..... la familia es así..... ya sabe usted, es muy buena; pero el señor D. Pedro es timorato hasta la exageración, y doña Rosario, le dice quítate que allá voy; y en el momento en que sepan que somos liberales, adios amistad, y vea usted que lo digo con experiencia. Nada menos que el 24, ¿creerá usted que no invitaron á su compadre, porque han dado en que es hereje? Pues si señor; antes se lo bebían en un jarro de agua, y mi compadre por aquí, y mi compadre por allí; pero desde una noche en que el compadre se puso á hablar de las monjas, adios compadre, como si se hubiera muerto; figúrese usted que fué á decir que sí estaba contra el celibato de los señores sacerdotes, de que sí debía haber excomunión como en España, y quién sabe cuantas atrocidades más; el caso es, que dejó escandalizada á la familia, y el padre Martínez fué el primero en aprobar que se le diera de mano al compadre, y desde entonces, para que vea usted lo que son las cosas, señor D. Carlitos, desde entonces empezaron á encontrarle tantos defectos al pobre compadre, que de un hombre tan bueno y tan querido, hicieron el más odioso de los hombres; y quién viene á decir que ya se sabía que el compadre leía libros prohibidos, y otra, que si el compadre se había burlado de los milagros en fin, señor D. Carlitos, como yo, francamente, lo quiero á usted bien y me simpatizó usted desde el momento en que lo conocí, no quisiera que se volteara aquella casa y lo tomaran á usted entre ojos

y fuera usted tal vez á sacrificar sus inclinaciones, porque, oiga usted, pues..... decia yo..... porque Mercedes lo quiere á usted bien; ya sabe usted, yo todo lo observo, y cuando usted llegó al baile yo iba á bailar con Mercedes, y creyendo ella que usted iria en seguida á sacarla, me hizo droga las cuadrillas, haciéndome creer que me las habia dado Lupe; yo conocí la cosa, porque, qué quiere usted, soy penetrante y cuando uno anda en el mundo y rapa barba sabe muchas cosas; yo lo conocí y me dí por enterado y bailé con Lupe; y no solo eso sino todo lo que hizo en toda la noche.

—¿Qué hizo?

—¡Como qué! señor D. Carlitos, no perderle á usted movimiento; vamos, yo estoy seguro de que Mercedes se muere por usted, y seria una lástima que.....

—¿Está usted seguro?

—Segurísimo; sobre que la estuve observando toda la noche. Y hay mas, pero nome descubra usted, señor D. Carlitos, porque en fin, yo soy amigo de la familia y no quisiera hacerles una inconsecuencia; pero francamente he de hacer mas por usted que por los demas; porque basta que sea usted liberal pan que me crea yo obligado á servir á usted, ya no solo como su amigo sino como su correligionario.

—Gracias, Perez.

—Y digo, sé mas todavía.... pero, señor D. Carlitos....

—Hable usted con franqueza y en todo caso cuente usted con mi discrecion.

—Me basta, me basta, señor D. Carlitos, una palabra de usted es suficiente. Pues hay esto: ya picaron.

—¿Ya qué?

—Quiero decir, ya Doña Rosario está sobre sí.

—Eso ya lo habia notado.

—Y actualmente inquieten sobre si usted..... ya usted sabe lo del compadre.

—¿Y Mercedes?

—Mercedes firme, señor D. Carlitos, tan firme que... diga usted, lo que es ella... si usted quisiera comunicarse secretamente, estoy seguro de que usted lo conseguiria.

—¿Le ha dicho á usted algo para mí?

—No, precisamente; pero yo conozco mi gente, y por lo que hemos hablado calculo que no seria difícil. Lo quiere á usted, señor D. Carlitos, lo quiere á usted bien.

—¿Y me dice usted que puedo contar con usted?

—Enteramente, señor D. Carlitos, enteramente: nuestras ideas y nuestra..... Cuente usted conmigo.

—Gracias, Perez, llegará la vez.

Esto lo dijo Carlos, sacando el reloj y consultando la hora.

Perez, que comprendió que la visita se habia hecho larga, se levantó diciendo:

—¡Ah, señor D. Carlitos! vea usted qué casualidad; esta mañana pasé por una mercería, y un amigo que tengo allí me dijo:—Vea usted, Perez, usted que es persona de gusto, vea usted qué lapicero—y me enseñó este. Mire usted, señor D. Carlitos, qué lapicero tan primoroso, de

oro, con semanario, con pluma y con un ametista; qué le parece á usted?

—Es muy bonito, dijo Cárlos examinando el lapicero.

—¿No es verdad? Vaya, si yo conozeo el gusto de usted. Pues decia yo, el mercillero me lo enseñó y en el momento me vino una inspiracion; dije: este lapicero debe ser del señor D. Carlitos, que es una persona tan elegante y de tanto gusto.—¿Cuánto vale?—Ocho pesos.—Me pareció dado, y le dije al mercillero: lo llevo; á la tarde le traigo á usted su importe, seguro de que usted, señor D. Carlitos, no se habia de quedar sin el lapicero. ¡Imposible! si usted es persona que sabe gastar: ¿no es verdad, señor D. Carlitos?

—Bien: supuesto que lo tomó usted para mí, tome usted su importe, dijo Cárlos dando media onza de oro á Perez.

—No precisa, no precisa; me lo dará usted cuando guste: yo lo pagaré en la mercería, y luego.....

—No hay necesidad.

—Pues será en todo como usted lo desea, señor D. Carlitos. Y digo: nos veremos ¿cuándo? porque esto se queda pendiente.

—Si tengo que hacer. Nos veremos mañana.

—¿En la tarde?

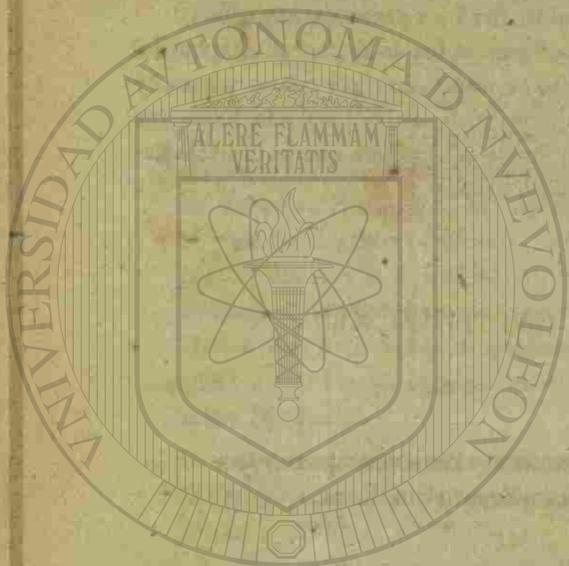
—Sí.

—Pues hasta mañana en la tarde, señor D. Carlitos. Perez bajó la escalera alborozado y triunfante; entró

á un estanquillo para comprar puros con su media onza: como no hubo cambio, llevó los puros sin pagarlos.

Esto ya lo sabia Perez antes de entrar al estanquillo.

En seguida paseó su media onza por varias partes, y la enseñó cuantas veces tuvo motivo para ello, hasta que por fin encontró al dueño del lapicero que se lo habia dado á vender en cuatro pesos.



CAPITULO XI.

DE LOS INGREDIENTES INDISPENSABLES PARA UN
MATRIMONIO POR AMOR.

EN la casa de D. Pedro María esperaban con ansia á Perez para saber el resultado de su mision diplomática; pero como esta no habia quedado terminada en la primera entrevista con Cárlos, Perez prefirió no aparecer en la casa de D. Pedro hasta saber á punto fijo el partido que debía tomar.

Entretanto las amigas graves de doña Rosario creian prestarle un verdadero servicio con tomar á pechos lo de los informes secretos, y desde el momento en que cayó aquel asunto bajo su dominio, no perdonaron medio, ni

espionaje, ni pesquisa para averiguar la verdad; y entre si Carlos era santo ó réprobo desentrañaron las amigas de doña Rosario la historia privada de Carlos, quien por su parte estaba muy ajeno de ser la causa de aquella conspiracion femenil.

Perez había acertado: le había caído un negocio explotable, y su primer cuidado fué interesar mas vivamente á Carlos y á Mercedes, porque esta era la base de sus combinaciones.

El amor de Mercedes y Carlos contó desde su iniciacion con el poderoso estímulo de la contrariedad, sin la cual probablemente aquel amor no se hubiera desarrollado.

Para doña Rosario era una verdadera calamidad casar á su hija con un hombre que ante todas cosas no fuese timorato, y este era su único punto objetivo.

D. Pedro María, que desde que fué novio de doña Rosario, su mujer, tuvo la manía de conceptuarla mujer de talento, se había acostumbrado á seguir pasivamente el dictámen de su mujer, condescendencia que, por otra parte, cooperó y no poco á mantener una paz inalterable en el matrimonio.

A medida que los días pasaban sin que la gran cuestion que preocupaba á doña Rosario tuviese una solucion terminante, se aumentaban las precauciones, en el fondo y en la forma inútiles, para cuidar á Mercedes.

Esta comenzó á ser el objeto de una vigilancia enojosa,

al grado de experimentar todas las pequeñas contrariedades de la tiranía doméstica.

Hé aquí por qué medio el amor de Merced encontraba mas y mas estímulo.

La primera intuicion del amor había sido en Mercedes tan espontánea, como lo es la simpatía; pero desde el momento en que comenzó á sufrir por esta simpatía, comenzó el culto de su amor.

En Carlos se efectuaba igual reaccion y como el amor en el hombre propende al heroismo, Carlos empezaba á creerse obligado por caballerosidad á redimir á Mercedes de la tiranía que sufría por su causa.

Perez entretanto no había llegado á aclarar la cuestion pendiente, no había podido satisfacer la insaciable curiosidad de doña Rosario.

—Pero bien, decía ésta, ¿por fin á que debemos atenernos? ¿Carlos es liberal de esos que hay tantos y cuyas máximas van ya hasta la herejía y la impiedad, ó es un hombre timorato y de buenas costumbres? habló usted claro, Perez; pues nosotros nos hemos fiado de usted, y esperamos que será usted leal y sabrá corresponder á nuestra confianza.

—Muy bien, mi señora doña Rosarito, todo eso está muy bueno ¿qué desea usted saber?

—Esto: ¿Carlos frecuenta?

—Eso es lo que no se sabe.

—Pues entonces no frecuenta: adelante ¿Carlos es liberal?

—Quiero decir.....

—Nada de ambages, ¿sí ó no?

—Vea usted, mi señora, las ideas liberales no se oponen, ni á la buena conducta, ni á la fé religiosa.

—Malo, malo, usted no me dice terminantemente que no es liberal, luego lo es.

Tales vió las cosas Perez en la casa de doña Rosario, que creyó prudente aconsejar á Cárlos que no se presentara en ella, y con este paso quedaron decididas las relaciones ocultas.

De este género de relaciones, han nacido las nueve décimas partes de los matrimonios desgraciados.

Si la mision de los hombres en sociedad, es, considerada bajo una de sus fases, la de engañarse mutuamente, la mision de los amantes es, con doble motivo, la de representar una comedia sin público, en lo que, creyendo cada uno trabajar para su provecho, trabaja para su ruina.

Parecer bien al objeto amado, es el primer cuidado del que ama, y de esta manera se exhibe bajo su aspecto mas favorable.

Este anhelo recíproco, forma el falso pedestal de los amores, y si á esto se agrega la dificultad de la comunicacion y el trato social, hallamos la solucion de la palabra novio, dividida en dos palabras: *no vió*.

No viendo, permanecieron Merced y Cárlos algun tiempo: el suficiente para excitar un deseo, para enardecer una ilusion, para fementar un sentimiento y para formar un capricho.

De dia en dia se redoblaba la vigilancia y se aumentaban con esto los sacrificios y las privaciones, hasta que un dia Cárlos resolvió poner término á aquella situacion, mas por lo embarazosa y molesta, que porque la pasion por Merced lo hubiera colocado ya en el último extremo.

La formal pretension de Cárlos, unida á la certidumbre de que Cárlos era liberal, fué una pesadumbre para la familia, y para la mayor parte de sus amistades.

Faltaba esta peripecia indispensable al amor de Cárlos, para hacerlo aspirar al heroismo; las cosas desde ese momento tomaron un carácter alarmante y se tocaron por ambas partes beligerantes los recursos extremos.

Se hizo mudar á Merced de residencia y Cárlos recibió un dia la visita del padre Martinez.

Cárlos á pesar de ver en el padre una ave de mal agüero, lo recibió con atencion esquisita y la mayor afabilidad.

—Mi mision, dijo el padre Martinez, como ya habrá usted podido comprender, señor D. Cárlos, es altamente delicada y difícil, y si no fuera por mi carácter eclesiástico, crea usted que hubiera renunciado á serle á usted molesto.

—Usted no me molestará de ningun modo.

—Gracias, mi señor. El caso es, que mi amigo el señor D. Pedro María y su señora esposa, la señora doña Rosarito, desean que usted oyendo los consejos de la amistad y las razones poderosas que les asisten para la oposicion al pretendido enlace de usted, desista, así, buenamente de sus pretensiones. Nada le quitan á usted por

supuesto, de su buena opinion y fama, ni tienen nada que decir de su caballerosidad y buena conducta; pero..... mi señor don Carlos, usted comprenderá que estamos en una época en que las ideas de eso que dan en llamar el progreso de la humanidad, están siendo ya la causa de disensiones que llegan hasta el hogar doméstico, y calculan definitivamente, señor D. Carlos, que el matrimonio no puede ser feliz, supuesto que los contrayentes difieren esencialmente en ideas.

—De manera, interrumpió Carlos, que ni usted ni la familia, conciben que pueda haber felicidad doméstica que se concilie con ninguna idea de progreso y de libertad en el orden político.

—Así lo creemos, mi señor D. Carlos.

—Aun cuando por parte de los que pretenden unirse, haya los elementos sólidos de la felicidad conyugal.

—¿Y cuáles son esos fundamentos?

—La educacion, la moral, el respeto á las leyes civiles y á sí mismo, el amor y el deseo mútuo de agradarse. Me parece que con tales bases se hace hasta ridículo tocar la cuestion de creencias políticas y creer este punto indispensable para la felicidad doméstica.

—Sin religion, señor D. Carlos.....

—Sin religion. Permítame usted preguntarle: ¿con qué derecho se juzga sin religion al hombre que profesa los principios liberales?

—Porque es un hecho.

—No es sino una superchería, una arma hipócrita de

partido tal aseveracion; y ya que tan abiertamente me llama usted á este terreno, entro en la lid con mucho gusto. El clero de México tiembla ante la idea de una reforma, como la que ha verificado ya el espíritu del siglo en otras partes; y bien convencido de que es inevitable su caída, y viéndola próxima, esgrime sus gastadas armas para embotar los golpes que le asesta la civilizacion de un pueblo que llegará á emanciparse de la tiranía religiosa, como se emancipó de sus dominadores despues de tres siglos.

—Creo que lo preocupan á usted sus buenos deseos de una trasformacion imposible. El pueblo mexicano es eminentemente católico; y aun añadiré lo que un predicador, compadre mio, decia hace poco en la cátedra del Espíritu Santo: este pueblo es escogido de Dios. *Non fecit taliter omni nationi*, no hizo otro tanto con las demas naciones.

—¿Quién? preguntó Carlos, ¿Dios ó la Virgen de Guadalupe?

—Su Divina Magestad, por medio de Nuestra Madre Santísima, intercesora y prueba manifiesta de.....

—Dejemos á Dios en el cielo si usted gusta, y sigamos nuestro tema en el terreno de nuestros asuntos, porque nos hemos remontado mucho.

—Dios sobre todo.

—No hay quien lo niegue.

—Porque todo nos viene de Dios.

—Menos lo que nos viene de las malas pasiones.

—Por supuesto, contestó el padre Martínez un poco turbado, y dejó hablar á Cárlos.

Aquella entrevista en la que el padre Martínez oyó mas de lo que hubiera querido, terminó sin dar mas resultado que la exacerbacion de las pasiones.

Gracias á los buenos servicios de Perez y á pesar de la vigilancia paterna, Mercedes y Cárlos habian podido comunicarse varias veces, las suficientes para que los amantes hubieran tenido tiempo de reiterar sus mútuos juramentos.

Después de estos juramentos, los asuntos matrimoniales comenzaron á tomar un carácter alarmante, poniéndose en juego por parte de Cárlos, el resorte de la autoridad pública, y por parte de D. Pedro María el de la autoridad eclesiástica, apoyada por todas las intrigas femeniles.

—¿Qué le parece á usted, doña Rita, de la desgracia de Rosarito? decía una vieja.

—¿Qué desgracia? preguntó la interpelada.

—Que le casan á Merceditas.

—¿Es posible! ¿y contra quién, mi alma?

—¿Como contra quien? ¿usted no sabe nada cuando hasta los muchachós lo chiflan? ¡con don Cárlos!

—¿Y no es del gusto de la familia?

—Cómo ha de ser, si es hereje.

—¿Ave María! ¿hereje?

—Sí, Doña Rita, se ha averiguado todo; y vea usted, es una lástima, porque por lo demás es hombre de posibles.

—¿Pero es cierto lo que usted me dice?

—¡Vaya si es cierto! sobre que no oye misa ¿lo creerá usted, Doña Rita?

—¡Ah! pues ese es muy serio; pero la oirá temprano.

—Ni de doce y cuarto; domingo por domingo nos hemos encargado algunas de las amigas de la casa de averiguar el hecho. A mí me tocó la última, y desde las cuatro de la mañana estuve esperando á que el mentado hereje saliera á misa, y nada; dieron las ocho y el señor en casa; las nueve y lo mismo; las diez y salió á la calle, y dije para mí, á misa de diez, lo seguí y entró ¿dónde le parece á usted que entró? á una peluquería de donde salió á las once, á esa hora yo necesitaba ver por mí, pues como calculará usted, no era justo que por espiar al novio me quedaría yo sin misa; porque él no habia de cargar como yo, con mis once años de purgatorio.

—¿Y qué hizo usted para no abandonarlo?

—Puse á mi comadre en mi lugar, mientras fuí á misa de once á Catedral; salí en seguida y mi D. Cárlos parado en el atrio.—¿Qué ha sucedido? le pregunté á mi comadre;—No se ha movido de allí.—Esta usted segura?—Segura.—Pues bien, esperemos, porque falta la misa de doce y la de doce y cuarto.

A los tres cuartos echó á andar y nosotros tras él: se paró á saludar á unas señoras..... yo no conozco á las señoras á quienes saludó y no le podré decir á usted que cosa eran; ellas iban bien vestidas y una era muy boni-

ta..... en fin, puede que hayan sido buenas gentes..... yo no sé..... ni me gusta quitar créditos.

—¿Y luego?

—Dieron las doce, y dije ahora sí, á la misa de doce; oiga usted, mi alma, no era yo y me temblaban las piernas; deseaba yo que su Divina Magestad le tocara el corazón y se metiera á la iglesia, porque se me resistía extraordinariamente ir á dar á Rosarito la mala noticia; pero nada, dieron las doce y cuarto y mi hombre parado como si tal misa hubiera en el mundo.

—¡Jesus, María y José de mi alma! ¿con que se quedó sin misa?

—Sí, señora; y nada de decir que por enfermedad ó por ocupacion, nada de eso; no oyó misa porque no le dió gana y porque, no se cansó usted, es hereje, es hereje.

—¿Que no cabe duda!

—¿Y cómo quiere usted que doña Rosarito le dé su hija á un hereje? no señor, primero muerta, dice la pobre-cita: primero la vea con cuatro velas que esposa de un hombre sin religion.

—¡Que horror! tiene mucha razon Doña Rosarito.

—Y luego, lo que ha seguido despues.

—¿Pues qué ha seguido?

—Que el novio, el señorito, parece que es persona de resoluciones, y se ha presentado al señor gobernador.

—¡Ave María! ¿con que escandalito tenemos?

—Sí, mi alma, y grande, que vá á estar eso para poner tablados.

—Pues no deje usted de contarme lo que pase.

—Ya le daré á usted noticias; siento que esté usted tan de prisa, que si no, le habia de contar á usted mas de cuatro cosas.

Mientras las viejas se habian encargado de averiguar si Carlos oía misa, el padre Martinez llegó á averiguar lo que queria.

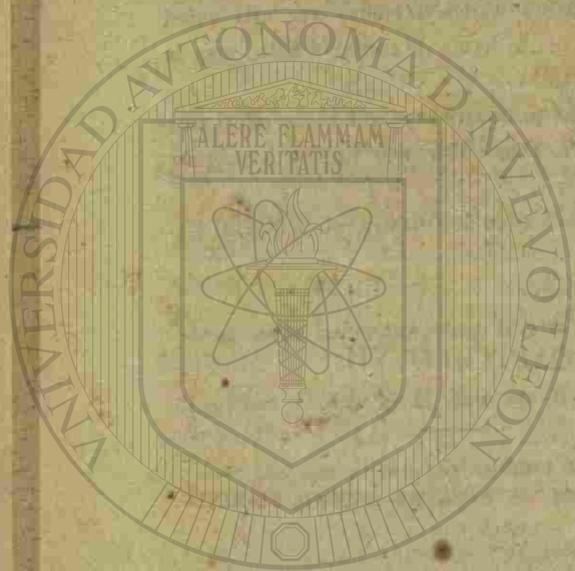
—El señor D. Carlos lee á Voltaire, mi señor D. Pedro María.

—¿Con que es posible?

—Sobre que me lo citó como autoridad en la conferencia que tuvimos.....

—¡Que calamidad! exclamó D. Pedro, y se quedó pensativo.

El padre Martinez tambien se quedó pensativo.



CAPITULO XII.

LAS POSADAS EN LA CASA DE CHUCHO EL NINFO.

NECESITAMOS apartarnos por algun tiempo de la casa de D. Pedro María, en espera de acontecimientos que valgan la pena de referirse, y volver á Elena, y á Chucho el Ninfo á quien debemos dar la preferencia como el héroe de esta verídica historia.

Chucho habia visitado ya tres establecimientos de primeras letras, y en todos ellos no habia dejado la idea de llegar á ser un hombre instruido; y esto era porque Chucho contaba, ante todo, con su mamá.

—Como mi mamá me quiere tanto, decía, aunque no estudie, ella me dará lo que necesito hasta que sea yo grande.

Efectivamente, Chucho crecía sin necesitar más que a su madre.

A Refugio la iba necesitando menos cada día; aunque Refugio, como sucede siempre, conservaba el mismo cariño a Chucho y le ayudaba a Elena a admirarse del desarrollo precoz del hijo mimado.

Por lo que toca al pobre alamedero, había abandonado, hacía tiempo, la grata tarea de perforar la banca de la Ajameda, en la que solía sentarse esperando en vano a Refugio.

Refugio había decidido no casarse por no salir de la casa de Elena, en la que tantos motivos tenía para estar contenta.

Perez seguía simpatizando con Elena.

Elena y Perez eran arbitristas.

Elena hacía dulces, fiaba ropa, prestaba a premio, marcaba pañuelos, hacía rifas, y entraba a la lotería; todo esto sin contar otras industrias del momento que su espíritu mercantil nunca desperdiciaba.

Perez, según lo hemos dicho ya, hacía cosas por el estilo; de manera que estos dos personajes se identificaban por sus tendencias y por su modo de vivir.

Desde que en la casa de D. Pedro María había entrado la tristeza por los acontecimientos que hemos referido relativos al casamiento de Mercedes, en la casa de Elena soplaban un viento favorable.

Hacia tiempo que Perez y Elena estaban de buenas habían hecho rifas sacándose las ellos mismos. Elena se había sacado una lotería, y con esto y la exactitud en las quincenas, el bienestar se había aclimatado en la casa de Chucho el Ninfo.

Era Diciembre.

Elena vivía en una casa de varias viviendas; pero Elena era la vecina más rica, la más *planchada*, según expresión de las mismas vecinas, quienes en formal diputación invadieron un día la habitación de Elena para rogarle se pusiera a la cabeza de una tanda de posadas.

Elena no tuvo embarazo en ceder a aquella súplica desde el momento en que Chucho, que estaba aprendiendo a bailar, se empeñó en ello.

Las vecinas formularon un voto de gracias a Chucho el Ninfo, quien agregó a todas las que ya atesoraba, esta gracia más.

Perez recibió con una triple sonrisa la noticia de las posadas; y la primera idea retozona que le vino a las mientes, fue la de regalar a Elena un par de zapatitos verdes.

Elena, por su parte, creyó no poder escusarse de bailar algunas noches las boleras con Perez, y esta idea también retozona, le arrancó a Elena delante de Perez otras tres sonrisas; de manera que las sonrisas de Perez por los zapatitos verdes, y las de Elena por las boleras, se confundieron al grado de que cualquier malicioso hubiera pensado en algo más que en boleras y zapatitos.

Procedióse solemnemente á formar un presupuesto del gasto de aquel novenario, y se convino en que las primeras noches se la pasarían sin música, conformidad humilde que Perez, que tenia un recurso para cada circunstancia, se encargó de premiar, ofreciendo un tocador de arpa amigo suyo y poco pretensioso en materia de retribuciones.

Elena, que como hemos dicho, era curiosa de manos, trasformó un panadero de trapo de la industria poblana en san José, una china, en la Virgen, y compró mula y ángel, con lo que formó el grupo de los santos peregrinos.

Llegó el 16, y la sala de la casa de Elena estaba iluminada, y á las ocho en punto llegó el de la arpa con Perez y la mayor parte de los vecinos.

Elena se arrodilló y comenzó las oraciones, que eran interrumpidas por coplas cantadas, en las que la voz de Perez sobresalía, pues era la de cantar una de sus habilidades.

Perez era músico de guitarra y cantaba canciones amorosas en los estrados; Perez cantaba y tocaba la guitarra, acompañando al de la arpa, y un coro de voces gritonas y guturales, destempladas y desacordes seguía á la música.

Llegó el momento de ponerse en pié y de encender las velas, porque se iba á entonar la letanía y á salir la procesion: multitud de muchachos tocaban pitos de caña que nada tenían de melodiosos, y la procesion comenzó á desfilar, rompiendo la marcha los muchachos, despues los

convidados de dos en dos; en seguida un grupo de señoras grandes rodeando á Elena, quien llevaba la primera voz, despues Chucho el Ninfo tras de su mamá con vela de cera, atras las andas con los santos peregrinos, y Perez y el de la arpa cerrando la marcha.

La procesion recorrió toda la casa, cantando la letanía, hasta que llegó á una puerta detras de la cual estaba un grupo de cantores que iba á recibir la posada, lo cual queria decir que iba á dar hospitalidad á los peregrinos.

Entablóse el diálogo consabido entre pretendientes y donantes, y al fin, segun todos lo sabian, se abrieron las puertas y ¡aquí fué buena!

Perez y el de la arpa tocaron diana; los muchachos gritaron á reventar, y todos se desmorecieron de gusto porque llegaba la hora de *la Colacion*.

La vecina á quien le tocó recibir la posada, obsequió á la concurrencia con confites, cacahuates y tejocotes y á los muchachos y criadas, que eran muchos, les arojó al suelo el resto de la colacion.

Los muchachos y las criadas se retiraron de la sala con su botin, y las personas serias quedaron instaladas en plena tertulia, puramente profana.

Elena y Perez cantaron una cancion de estrado, sentimental y romántica, de largas y sostenidas fermatas que causaron la admiracion de las vecinas.

—¡Que linda voz, exclamó una vieja, Dios se la conserve á usted, mi vida!

—Estoy muy ronca, contestó Elena: confestacion de estampilla de todas las cantoras de canciones de estrado.

—Y el Sr. Perez, objetó otra anciana, tiene un timbre muy agradable.

—Gracias, señora.

—¿Y qué voz es la de usted, caballero? ¿Es usted tenor?

—Como lo hago de aficion.....

—¡Ah! es usted lírico.

—Sí, lírico.

—¿No conoce usted la nota?

—Muy poco, la llave de sol.....

—Pues usted debia dedicarse.

—Es muy linda la música.

—Que cante otra vez el «*No procures*,» mi mamá, gritó Chucho con su voz de tiple; y como Chucho era el niño de la casa, cada concurrente se creyó obligado por educacion, á celebrar esta gracia, de manera que al grito desatemplado de Chucho, resonó en la pieza un coro de risas en octava baja.

Perez y Elena volvieron á tomar la actitud propia; quiere decir, Perez tomó una silla y se colocó frente á Elena, y repitieron el *No procures*.

En seguida el del arpa cantó una tonadilla con voz de sochantre, que dió mucho que reir á la concurrencia, hasta las diez de la noche, en que cada uno tomó el camino de su vivienda.

A nadie se le abria la puerta de aquella casa despues

de las diez de la noche; pero Perez era el hombre feliz y tenia buenas y antiguas relaciones con la casera, quien protestaba que solo al señor Perez, por ser Perez, le abria la puerta.

Las vecinas que iban á recibir la segunda posada celebraron un importante concilio á fin de quedar mejor que la vecina de la noche anterior, y decidieron iluminar el patio con faroles de papel.

Nuevos convidados aumentaron la concurrencia, y esa noche ademas de la parte lírica desempeñada por Elena y Perez con el *No procures* y el de la arpa con sus tonadillas, se bailó una cuadrilla, pues entre los nuevos convidados vinieron cuatro pollos y algunas pollas mas engalanadas de lo que convenia á lo humilde y pobre de aquella concurrencia.

Durante las tres primeras noches, aquellas posadas no habían llamado la atencion; pero poco á poco se fueron aumentando y al de la arpa lo sustituyó una música de bandolones, y se adicionaron á la colacion algunas botellas de licores y algunos bizcochos.

Chucho comenzó sus estudios coreográficos y era el centro del grupo de las pollas, quienes con la confianza que inspira un niño, si bien despierto, le acariciaban tiernamente.

Chucho era feliz.

Elena sonreía con esta felicidad, aunque Perez fruncia no pocas veces el ceño al contemplar esta misma felicidad.

Refugio por su parte se embelesaba viendo bailar á

Chucho; y Refugio era con quien Chucho estudiaba de día lo que aprendía de noche.

De manera que sus adelantos en el baile fueron muy rápidos.

Este arte no exige á sus adeptos ni la rigidez de miembros ni la severidad del guerrero.

Terpsicore gusta de la flexibilidad y la gracia, de la soltura y la ligereza.

Chucho tenia todo esto y entre las cosas que á Refugio le encantaban, eran los pies de Chucho; era un pié de muger á propósito para el baile, pié gracioso y por sí solo subversivo y listo.

Chucho tenia veinte compañeras, entre las que se escabullia y charlaba como Periquito entre ellas.

Hechas las amistades en las primeras noches, en las subsecuentes reinó mayor animacion y alegría, habian ingresado algunos militares que conocian á Elena, se habia cuidado de invitar, escogiéndolas á propósito, pollas bailadoras, aptas y bonitas; de manera que la tertulia iba cobrando mas y mas animacion y el baile iba siendo el objeto principal de las reuniones.

Los oficiales convidados pidieron una noche, que les fué concedida, é introdujeron una verdadera revolucion.

—Esta noche será cosa de no poderse presentar en la posada sino con guantes, decia una vecina pobre.

—Todo lo han venido á echar á perder los oficiales, si con razon no puedo ver á los soldados.

—Ya ésto se volvió de tono, exclamó otra, yo ya no puedo competir con las que vienen.

—Es triste ponerse uno en evidencia.

—¡Y tan bien que empezamos!

—Pero ya verá usted; los oficiales van á echar el resto.

—Como que son tan garbosos.

—Pues yo sí voy; ya pedí un vestido y un peinado.

—Pues yo no; que no están los tiempos para lujos.

—Ya mandaren dos cajas con botellas, los oficiales.

—¿Qué dice usted no mas? Esto va á ser una borrachera espantosa.

Efectivamente, á las ocho de la noche la casa de Elena estaba inconocible; la concurrencia diferia ya esencialmente de la de las primeras noches. La misma Elena se habia permitido ponerse un vestido trasparente y una rosa en el peinado.

Perez encontró entonces una ocasion propicia para ofrecer sus zapatitos verdes.

Perez, que se habia puesto en manos del peluquero, apareció rizado y con chaleco blanco. El peluquero habia empleado una hora en rizar la espesa cabellera de Perez, y merced á este artificio, Perez tenia en su fisonomía algo de esa entonacion misteriosa que solo una muger puede definir.

Elena encontró bien á Perez; hasta se lo quedó viendo.

Perez conoció que sus rizos habian hecho efecto, y aprovechando esta buena disposicion de ánimo se atrevió á insinuarse.

—¡Que linda está usted, Elena!

—¿Ya empieza usted?

—Ya; y con ardor, porque está usted mas hermosa que otras veces, ¡que vestido! ¡que cintura! ¡que pecho! ¡que...

—¡Vamos, vamos! juicio, señor de los rizos.

—¿Le gustan á usted mis rizos?

—No; está usted mas feo.

—¿Más? preguntó Perez clavando sus ojos negros en Elena.

Esta, que por la mirada creyó haber dicho mas de lo necesario, se corrigió, diciendo:

—Menos.

—¿Menos feo?

—Sí; mas pasadero.

—Pues ya es algo; oiga usted, Elena, todavía me están revoloteando en la cabeza aquellos zapatitos azules con que bailó usted conmigo las boleras.

—¡Oígal!

—Sí; son mi pesadilla.

—Ya me lo ha dicho usted cien veces.

—Me hacen soñar.

—Ya lo sé.

—Y en mi sueño hace pocas noches no los ví ya azules.

—No? ¿pues de qué color?

—Verdes.

—¿Cómo la esperanza?

—Sí, como la esperanza.

Y Perez inclinó hácia un lado la cabeza viendo á Elena con unos ojos muy tiernos.

—He querido realizar mi sueño.

—¿Sí, eh?

—Y qué bien le estaran á usted unos zapatos verdes esta noche!

—Sí? pues pínuelos, dijo Elena riéndose.

—¿Se los pondria usted?

—¿Por qué no?

—Pues aquí están.

Y Perez sacó de su faltriquera los zapatos verdes envueltos en un papel.

—¡Pícarol dijo Elena.

—Esta palabra *pícaro* la saboreó Perez como un vol-au-vent. Jamas habia recibido un piropo mas espresivo.

Elena entretanto contemplaba sus zapatitos verdes que le estaban pareciendo deliciosos.

No tardó en oirse en el patio una estruendosa música de viento, y toda la casa se estremeció como con una descarga eléctrica.

Comenzaron á entrar los convidados y las señoras venian esta noche mas apuestas y engalanadas que en las anteriores: oficiales de riguroso uniforme, pollos con guantes y muchas personas desconocidas.

Todo lo que el rezo y las oraciones perdian en aquella noche en fervor y escrupulosidad, ganaron la procesion y el baile.

Elena, que seguia llevando la voz en el rezo, sincopó

las oraciones, omitió Ave Marías, y todo lo hizo con una precipitación desusada.

Los oficiales obsequiaron á la concurrencia con preciosas canastitas con dulces fines, y despues hubo profusion de bizcochos y liciores.

El baile estuvo animadísimo y la concurrencia se entretuvo hasta las dos de la mañana, á cuya hora Perez y Elena, á invitacion de algunas personas, bailaron sus boleras.

Los piés de Elena hicieron un grande efecto en el Estado mayor.

—Capitan Nuñez, dijo un subteniente, ¿parece que la viudita no le parece á usted mal, por lo visto?

—Oiga usted, tiene unos piés de lo mejor que hay.

Perez, entretanto, se lamia un labio y se mordía otro.

Elena conoció que hacia efecto; observacion que Elena habia hecho repetidas veces y siempre con una atingencia extraordinaria.

Chucho ya tenia algunas pollas predilectas, sus compañeritas en el baile, pues en el curso de las posadas, Chucho, siguiendo sus instintos de niño y el gusto de su mamá, no habia contraido amistad con pollo alguno; pero sí con todas las pollitas tiernas y acarameladas que le rodeaban.

Los oficiales anunciaron oportunamente á Elena, que no habian querido privar á su coronel del placer de aquella posada y que le habian invitado, por parecerles á la vez un acto de buena educacion.



Aguado.

—Han hecho ustedes muy bien, contestó Elena dándose por muy satisfecha.

A poco rato se presentó el coronel; venía también de uniforme: era un soldado de la república, un hombre como de treinta y ocho años, trigueño, de buena barba, mirada de águila, buen porte y aire marcial; y con ese desparpajo y naturalidad del soldado que ha corrido el mundo, saludó graciosamente á Elena, dándole la mano.

Esta costumbre no estaba por entonces muy extendida, especialmente en la clase media; tanto que se consideraba como desatención ó como una libertad imperdonable dar la mano á las señoras.

Pero á Elena no le pareció lo mismo, sino muy al contrario: encontró aquella acción muy natural y prueba de una galantería de buen gusto.

El coronel entró con buen pie.

Pero cuando vió el de Elena, el coronel se sintió acometido violentamente por una simpatía viva y por un apego pertinaz.

Felicitó á Elena por la gracia y donaire con que bailó las boleras; le elojó los pasos y los padiburés, porque también el coronel bailó boleras cuando jóven, y de gracia en gracia y de detalle en detalle vino el coronel á caer á donde Perez había caído ya: á los piés de Elena.

—Sobre todo, decía el coronel bañando á Elena con la aldeida de la colación de aquella noche; sobre todo, tiene usted unos piés que deberían incrustarse en oro.

—Favor que usted me hace.

—No, hija, replicó el coronel: todavía no me encuentro en mi larga carrera militar un pié como el de usted. Vamos, sobre que me ha sacado de mis casillas.....

Perez comenzaba á arrepentirse de haber obsequiado á Elena con los zapatitos verdes.

—¿Me permite usted, Elena, dijo el coronel, que tome una noche de posadas?

—No queda ya mas que la Noche buena.

—La Noche buena es de todos, dijo uno.

—No, sino mia, dijo el coronel: la Noche buena me pertenece, y aquí se bailará por mi cuenta hasta el amanecer.

—Lástima que la casa sea tan chica, dijo un oficial.

—Para el coronel Fernández Aguado no hay dificultades, exclamó el coronel. Ese es un tabique de pipiripao, y en mejores murallas he abierto brecha. Se tirará el tabique. ¿De quién es esta casa?

—Del convento de la Concepcion.

—Madrigal el mayordomo es amigo mio; tiremos el tabique mañana y se levanta al tercero dia.

—¡Que viva el coronel! gritó un pollo, ahogándose de felicidad.

—¡Que viva! respondieron muchas voces.

—Y el comedor, oh! el comedor aquí; el corredor es amplio, se cubrirá con lienzos y se pondrá aquí el comedor. Capitan Nuñez, mañana una fagina; se trae usted unos muchachos que trasporten ramas y las fundas de los carros.

—Está bien, mi coronel.

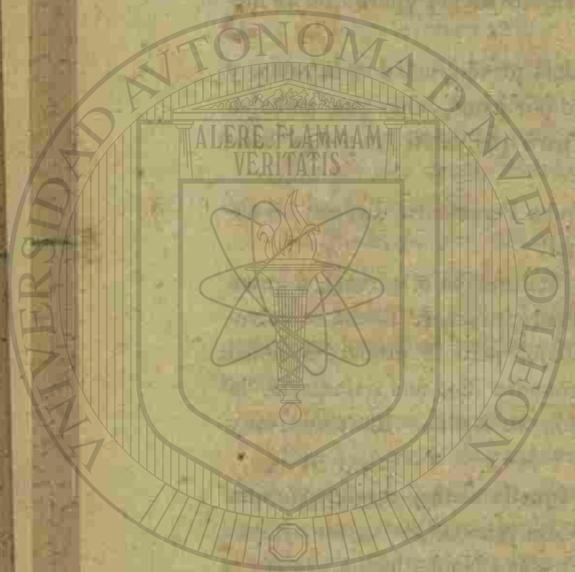
—Pero señor coronel, objetó Elena, ¿para qué se mete usted en esos gastos?

—Señorita, dijo el coronel picado, usted es la reina, y merece no lo que yo hago por usted, sino que se bajen las estrellas con la mano para que usted les ponga encima sus piесecitos verdes.

—Los zapatos, murmuraba Perez entre dientes; los zapatos verdes. ¡Tonto de mí!

—Pues no faltaba mas, continuaba el coronel, á quien no faltaban ni garbo, ni dinero, ni amor. Elena, se volverá la casa de arriba á abajo; pero le probaré á usted que cuando el coronel Fernández dice una galantería, la sostiene con su bolsa y con su espada. Es usted muy linda.

La reunion se disolvió aquella noche, resolviendo que á la noche siguiente no habria posada, por no ser compatible con los preparativos para la Noche buena.



CAPITULO XIII.

PREPARATIVOS.—BAILE Y CENA DE LA NOCHE BUENA.
EL NACIMIENTO DEL MESÍAS.—MUNIFICENCIAS
DEL CORONEL AGUADO.

PEREZ no se fué.
Era preciso arreglar muchas cosas, porque aquellas disposiciones, verdaderamente militares, decia Perez, no se pueden poner en práctica con solo la voluntad del coronel Aguado, que ha venido á trastornarlo todo.

—¿Le parece á usted mal? preguntó Elena.

—Malo, dijo Perez. El coronel Aguado nos va á aguar la diversion.

—Todo porque es un hombre franco, porque tiene el corazón en las manos.

—Y porque le dijo á usted que tiene bonitos pies.

—Eso ya me lo han dicho, y usted también.

—Ya se ve que sí, tanto que me arrepiento de haber traído los zapatos verdes.

Elena sacudió los pies y dejó caer los dos zapatitos, que cayeron graciosamente á algunos pasos de distancia.

—No se vaya usted á resfriar.

—No me cuide usted.

—No lo decia por eso.

—¿Pues por qué?

—Porque le han gustado mucho al coronel y.....

—Es la horma.

Perez estaba cenizo.

—Bien, dejemos eso y pensemos en lo que debemos hacer para mañana; no se formalice usted, Elena, por tan poca cosa.

Chucho, que se habia hecho el dormido, recogió los zapatos y se los puso á su mamá.

Elena besó á su hijo, y se puso suave como un guante.

—En primer lugar, continuó, mañana me pertenece usted, Perez, desde las seis de la mañana, porque es usted mis pies y mis manos; tengo mucho que hacer, pues yo no me quedo sin acostar al Niño y sin poner mi Nacimiento.

—Omita usted eso, dijo Perez.

—Eso es, judío! los santos son los que lo pagan todo,

hereje. ¿Le parece á usted justo que porque nos vamos á divertir, no se acueste el Niño, ni se rece la posada? Dios me libre, que yo soy cristiana y no tomo esas cosas como juguete.

—Pues sea, dijo el bueno de Perez.

La conversacion del programa de la fiesta se prolongó tanto, que la luz sorprendió á Perez y á Elena.

—Supongo, dijo Perez, oyendo cantar un gallo, que no pretenderá usted que me vaya, pues ya desde este momento me pongo á sus órdenes.

A las seis de la mañana, llegaron unos albañiles y algunos soldados enviados por el coronel Aguado.

Al mando de Perez, los soldados vaciaron las piezas, trastornaron los muebles y á poco comenzó el derrumbe.

En dos horas habian desaparecido hasta los escombros y un pintor igualaba la decoracion de las paredes.

Los oficiales del cuerpo de Aguado, en un trajin verdaderamente militar, iban y venian acompañados de sus ordenanzas, trayendo y llevando muebles, alfombras, candelas, vajillas, faroles, cajas de vino y medio mundo en fin.

La actividad de Elena llegó al heroísmo; se multiplicaba, estaba en todas partes, atendia á todo, dirigia la cocina, ponía el Nacimiento, disponia su traje y no olvidaba ninguno de los detalles indispensables de aquella fiesta.

Perez listo, ágil, servicial y solícito, era como Elena habia dicho, sus pies y sus manos; la comprendia con solo que Elena moviera un ojo; donde Elena ponía la vista, allí ponía Perez las manos, pues á las preadas diligentes

de Perez, habia que agregar el amor, locomotiva que desde tiempo inmemorial, hace andar al hombre mas listo que de ordinario.

Los oficiales improvisaban un verdadero jardin en el corredor de la casa, armaban las mesas para la cena, colocaban faroles y candiles, columnas y candelabros, y por toda la casa se difundia el olor peculiar del pinabete y de la lama fresca, olor que á los muchachos les hacia exclamar: huele á Noche buena.

Al medio día recibió Elena de parte del coronel, la visita de una francesa.

Elena sorprendida le salió al encuentro.

Era la modista, que venia de parte del coronel Aguado con algunas cajas de carton, conteniendo un traje blanco de baile, peinados, pañoletas, guantes y otros adminículos.

A Elena le pareció que se iba á casar.

A Perez tambien.

Elena puso una cara como unas pascuas.

Perez torció el gesto y tomó la expresion de los condenados del Dante.

No obstante, Elena se encerró con la modista, para medirse el traje.

Perez entre tanto, sintió cierto escozor en los ojos y le escurrieron dos lágrimas.

El mismo Perez hizo un esfuerzo por persuadirse de que le habia dado un aire, y como estaba desvelado, se le habian inflamado las glándulas.

En la tarde se presentó el coronel Aguado. La tras-

formacion se habia operado. La pobre casa de Elena ofrecia ya á los concurrentes un salon amueblado y un comedor, cuasi kiosko ó jardin veneciano.

Aguado entró con el mismo aire con que hubiera entrado á visitar un prisionero de guerra.

Elena tembló.

Este temblor se lo han enseñado las flores á las mugeres en pro de sus atractivos.

Elena temblando habia subido un cincuenta por ciento.

Afortunadamente no la vió Perez, porque estaba clavando.

Esto sucede á menudo. Generalmente, cuando unos clavan, otros tiemblan.

No queremos decir por esto que Elena amase á Aguado, no señor, Dios la librara; Elena era una muger honesta á pesar de las boleras.

Pero la impresionabilidad es patrimonio de la muger y hay acciones que deslumbran y se agradecen.

La muger se ha devanado los sesos buscando un medio para neutralizar el efecto de las esplendideces, y no lo ha podido conseguir todavia.

¿Cómo hacer una grosería á un hombre tan fino y tan franco y tan espléndido? Esto hubiera sido imperdonable; y todo podría tener Elena menos ingrata.

De manera que sin temor de faltar á sus deberes, Elena pronunció las frases de su agradecimiento, diciendo que no tenia palabras para expresarlo.

Eso era lo que queria Aguado.

Dijo tambien que aquello le parecia mucho, muchísimo, mas de lo que ello merecia.

Eso lo sabia tambien Aguado.

Insistió en que el coronel no debía haberse metido en esos gastos.

Aguado opinó de distinta manera, y finalmente sacó del faldon de su levita militar una cajita con un elegante aderezo y lo ofreció á Elena.

—Eso sí que no lo admito, dijo Elena.

—¿Cómo se entiende? ¡Cañones! exclamó levantándose: son acaso falsas las piedras, niña de mi alma?

—No, no es eso: es que eso es mucho para mí, y yo no merezco.....

—¡Acabara usted de volverme la sangre al cuerpo, muchachuelal en cuanto á que usted no lo merezca, es cosa que á mí me toca decidir; que si pudiera bajar esta noche con la mano la misma estrella que guió á los santos reyes magos, le habia de mandar hacer con ella un prendedorcito para ese pecho... Conque, tome usted, y no me vuelva á ofender, porque no me gusta la gente desagradecida.

—Desagradecida! no lo permita Dios, señor coronel Fernandez.

—Fernandez Aguado, repitió el coronel, que mi padre era Aguado, de los Aguados nobles, y Fernandez Aguado es mi apelativo en honra de mis predecesores.

—Pues muy bien, señor Fernandez Aguado, yo no soy desagradecida.

—¿No?

—No mil veces.

—Pues así me gusta la gente; porque la gratitud es de almas nobles, y en siendo uno agradecido, lo demas está de mas, niña. Conque..... esta noche la veré á usted muy guapa, siendo la reina del baile, que esa es mi intencion y nada mas, que cada quien debe estar en su puesto. ¿Estamos? y yo como militar me gusta que el servicio se dé en órden y con la debida subordinacion, y al coronel como coronel y á la coronela..... ¡ay niña! de pensar en que va usted á ser la coronela, hasta me dan ganas de pronunciarle, que nunca lo he hecho.

—¡Yo la coronela! pero si.....

—No empecemos; que donde está el coronel Fernandez Aguado y una señora de las altas prendas de usted á su lado, todos los honores de ordenanza son para la hembra; porque soy yo tan galan como soldado, ó como dicen, no quita lo cortés á lo valiente; y si no fuera porque está lejos el cuartel le hacia partir la retreta de las puertas de su casa; pero ya arreglaremos eso, coronelita: por ahora á divertirse y no haya que temer: ¿qué falta? ¿han traído lo suficiente?

—Todo con una abundancia que.....

—¿Abundancia que?.....

—Que se va á desperdiciar la mitad.

—¿Y qué importa? que sobre, lo cojerán los pobres: porque todo el mundo beberá á nuestra salud esta noche. ¡A desperdiciar! pues no faltaba mas sino que yo

supiera tasarme: ó las cosas se hacen ó no se hacen, y usted no me conoce, y hoy como hoy; solo dos cosas hay en el alma del coronel Fernandez Aguado, la una es usted, niña primorosa, y la otra mi regimiento, eso sí, mi regimiento, niña..... ya se lo pasaré mañana por su balcon y verá qué muchachos y qué banda y qué oficiales: ya conoce usted algunos buenos caballeros, ¿no es verdad?

—Efectivamente son muy amables, dijo Elena que no podía cortar los parlamentos del coronel, sino con gran trabajo.

—Todos la quieren bien, y están dispuestos como su coronel á batirle marcha regular, que no tendrá usted queja. Conque decia que si nada falta.

—No, creo que no.....

—¿Le han dado dinero los oficiales?

—Sí me han dado para gastos mas del que se necesita.

—Pues gástelo todo, y si falta, un vale al portador y al habilitado; que ya tiene órden de obedecer á usted, mi vida, que yo respondo.

Elena no habia palpado nunca un ejemplo de prodigalidad semejante, y sentia como que á cada nuevo arranque de Aguado, se encajonaba mas y mas en una situacion de la que no podia retroceder, y hasta le iba sucediendo una cosa: se le habia olvidado Perez.

Ya se vé, las descargas cerradas del coronel no la dejaban pensar en nada: aquel hombre era una cascada de

palabras, de obsequios, de galanterías: ¿qué habia de hacer Elena con todo el regimiento? ¿cómo resistir á Aguado y á los suyos?

Elena, identificándose con su anfitrión, pensaba ya militarmente en que todo aquello no podia dar mas que este resultado:

Rendirse á discrecion.

Tras de esta derrota estaba un consuelo.

El porvenir de Chucho porque..... en fin, un hombre como Aguado, debia ser un protector decidido de su hijo de su corazon.

El coronel estaba en ese momento presenciando la maniobra de subir unos grandes naranjos por la escalera para acabar de formar el jardín que iba á servir de comedor.

—A ver, esos reclutas! ¡á la derecha! ¡marchen! de frente! ¡alcornoque de cabo, marcha de frente!

A estas voces asomaron algunos vecinos, y Chucho el Ninfo temblando se vino á refugiar con su madre.

—Aquí tiene usted á mi hijito.

—¿Cómo te vá, valiente? Qué hijo tan lindo tiene usted, niña!

—Es un servidor de usted, señor coronel;—contesta, niño,—es muy huraño.

—Ya se lo quitaremos.

—Dile al señor que eres su servidor.

Chucho permaneció callado.

—Vamos, amiguito, haremos las paces y séamos buenos amigos.

Diciendo esto, el coronel se sentó colocándose á Chucho á horcajadas sobre sus rodillas.

—Vamos, amiguito, aquí están estos medios para juguetes ¿te gustan los soldados?

—Responde, niño.

El coronel puso cuatro pesos en las manos de Chucho. Chucho, hijo de su madre, sintió algo parecido á lo que había ya sentido Elena. Cuatro pesos para juguetes, era una de esas felicidades con las que nunca soñó Chucho el Ninfo, y aun se dignó levantar su rosada carita, y contemplar la tostada faz de Aguado.

—¿Te gustan los soldados?

—Sí, me gustan los soldados y también las vivanderas.

—¡Ah pícaro! tú tienes vocacion, tú harás carrera ¿Quieres vestirta como yo?

—Sí, con mis charreteras y mi espada que corte.

—Bueno, bueno, te voy á mandar hacer un traje completo de militar. ¿Quieres ser militar?

—Sí, para matar á todos los muchachos feos de la calle.

—Valiente pintas. Pídele permiso á tu mamá para ser militar.

—¿Cómo es eso?

—Díle que si quiere que seas militar.

Chucho pidió permiso á su mamá.

Esta se lo concedió con el agregado de tres besos que hicieron parpadear al coronel más que la metralla.

—Capitan Nuñez! gritó el coronel.

—Mándeme usted, mi coronel, dijo el capitan Nuñez, apareciendo en la puerta.

—Dé usted de alta en la primera, al soldado Jesus Flores.

El capitan Nuñez, con la mano en el chacó, dijo con una formalidad muy militar:

—Está bien, mi coronel.

—Puede usted retirarse.

—Con permiso de usted, mi coronel.

Y el capitan Nuñez dió media vuelta y siguió dirigiendo la maniobra del corredor.

—Vaya usted á jugar, amiguito, ya es usted soldado y los ascensos vendrán á su tiempo: ya lo verá usted de coronel, niña.

—Muchas gracias, dijo Elena, poniendo en juego una de esas miradas y una de esas sonrisas, que las mugeres tienen guardadas, como los boticarios, en una alacena en que están todos los venenos y que llaman *el ojo*.

El coronel recogió mirada y sonrisa por cuenta del saldo de sus gastos de ese día y se acordó de los acuerdos que ponía á veces en las comunicaciones oficiales.

“Enterado con satisfaccion.”

La noche se acercó bien pronto, aumentando con sus sombras el trajin de la casa de Elena.

Perez había hecho prodijios, sin descuidar entre estos, el

de convidar á Carlos por una parte, y á la familia de D. Pedro María, por otra, para la funcion de la noche.

Perez que habia corrido con los gastos menores, se abo-
nó *tuta* conciencia, el treinta y tres por ciento de comi-
sion con cargo á sus industrias particulares; pues sabia
á donde estaba la azúcar entreverada á 18 reales, y la so-
leta por mayor á 5 pesos la media arroba; sabia como se
ajustan cargadores, y donde se compra pan grande con ga-
nancia; mezcló á todo su crédito y sacó el mayor partido
posible de la situacion, haciendo alarde de su economía y
de la buena calidad de los efectos; de manera, que lo que
Perez perdía en amor, ganaba en lucro; y tal compensacion
amenguaba por el pronto sus decepciones de amante amar-
telado y crónico de Elena.

Perez tuvo tiempo para todo, y despues de arreglar to-
dos los negocios del baile, recorrió con una precipitacion
asombrosa en un coche de alquiler, algunas sastrerías has-
ta dar con Zarricolea, sastrer vizcaino y afamado entonces
para *pintar* una casaca.

Perez se probó un frac y se irguió ante un espejo.

— Como hecho para usted, le dijo Zarricolea.

Con tal sancion, Perez pagó el frac, lo envolvió en su
mascada y subió al coche, paró en la peluquería de Mon-
tauriol y se hizo afeitarse y rizar y compró guantes blan-
cos.

En séguida, llegó á la casa de las señoras en donde vi-
via, y notició que no lo esperasen.

Sacó su mejor camisa, y en breve Perez quedó trasfor-

mado en un diplomático, y en el mismo coche llegó á la
casa de Elena.

Esta, estaba á la sazón en su tocador.

Elena se habia prestado para esa noche uno de los es-
pejos que el coronel habia mandado; pues Perez que en
todo estaba, habia adornado una pequeña pieza, á la que
Perez llamaba pomposamente *tocador para las señoras* y
no contento con llamarle así, colocó un letrero hecho por
él sobre la puerta.

Elena se estaba viendo á la sazón de cuerpo entero y
se esmeraba en su compostura, como no lo habia hecho
mas que el dia de su boda con el difunto militar.

Pasaban tantas cosas por la imaginacion de Elena, que
muchas veces no se daba cuenta de lo que hacia; respira-
ba vida y alborozo y veía perderse su pasado ante el des-
lumbramiento de un presente de sensaciones inusitadas y
violentas. El coronel con su ruda franqueza, tenia un pres-
tigio dominador, pero á pesar de eso, Elena no lo amaba,
mas bien le temia; pero el pícaro del amor propio, tirano
y dominador, no permitía á Elena, á pesar de todo, omitir
ninguno de los detalles de su tocador.

Elena se probó el vestido mas ajustado á su talle y
mas bien hecho, que todos los que se habia puesto en su
vida; fué necesaria la fuerza toda de una robusta criada
para cerrarlo; y la presion que Elena sentia en su talle
no la hubiera soportado en circunstancias comunes; pero
en aquella noche le parecia á Elena que hubiera sido im-
perdonable tener la cintura poco graciosa.

Otro tanto le sucedía á Elena con los piés. Estaba soportando con una resignacion heroica de que solo es capaz una muger, la presion de su calzado blanco. Se acababa de calzar unos zapatitos de niña, zapatos que convertian los piés de Elena en dos adminículos, en dos chucherías mas apropósito para un museo de curiosidades que para servir de remos á persona alguna. No obstante, sobre aquel cimientito frágil estaba la humanidad de Elena, tal vez simbolizando el deleznable fundamento de sus resistencias.

Elena se iba cerciorando mas y mas de que todo aquello iba á hacer un efecto decidido y magnífico en Aguado.

Tal es la muger.

Elena rehusaba hasta dentro de su conciencia íntima la idea de pertenecerle á Aguado; no transijia con traspasar los límites de su deber y de su honra: por nada se hubiera ofendido mas que por que la supusieran amante del coronel, y no obstante, ella sabia bien que aquel refinamiento, que aquella prolijidad para componerse no tenia mas objeto que agradar al coronel.

A Elena le parecia muy natural esto.

—Supuesto que al coronel le cuesta su dinero, nada mas justo que complacerlo (en los límites, se entiende, de la decencia), lo cual no quiere decir que yo le dé esperanzas ni quiera con esto significar que correspondo á su cariño: no señor, todavía para eso..... tiene que rabiar su señoría y mucho; porque lo que es yo, no estoy

tan tirada á la calle que digamos. Mugeres mas feas he visto..... ¡ayal mucho mas feas; ahí están doña Juana la de Solórzano y la prima de Amparo la que casó con el español; ¡qué dieran por ser como yo! y sin embargo, tanto el español como Solórzano hicieron sacrificio y medio por ellas; de manera que ¿por qué no ha de hacer conmigo el coronel lo que por doña Juana hizo Solórzano? y ya así será otra cosa.

Vamos, decididamente es necesario contenerse en cierto límite y dejar venir los acontecimientos.

—Elena! Elena! gritó una voz vibrante á la puerta del tocador.

Elena sintió como un baño de regadera.

Era Perez.

En el cerebro de Elena, Perez representaba en ese momento la prosa y Aguado la poesía.

—¿Qué quiere usted, hombre de Dios? preguntó Elena desde adentro.

—Que dónde ha puesto usted las llaves?

—En la sala.

—No están.

—Sobre una rinconera.

—No están.

—Búsquelas.

Los pasos de Perez se alejaron.

—Y *éste* pensó Elena, *éste* que está tan entusiasmado, ¡pobre!

Este ¡pobre! es intraducible.

Tiene la muger un lado vulnerable y no en el talon, sino en el corazon, y merced á esta vulnerabilidad entra, y con mucho, la commiseracion de la muger en su aquiescencia.

Perez, por lo tanto, estaba mas cerca de Elena al decir *pobre*, que el coronel con todo su boato y sus magnificencias.

—Lo cierto es que Perez se va á volver loco con mis zapatos blancos, porque si con los verdes se puso insoportable ¿qué será de mí, Dios mio, cuando me vea estos que me están tan bien?

—¡Ay! continuó, tengo en mi poder las llaves de dos corazones.

—No están las llaves, dijo Perez acercando la boca al agujero de la llave.

Elena se estremeció: por un momento creyó que Perez la habia adivinado, reflexionó un momento y en seguida se echó á reir.

—¿De qué se rie usted, Elena?

—De nada, Perez.

—¿Cómo de nada?

—De que aquí tengo las llaves.

—Y yo buscándolas!

—Pobre de usted!

—Pobre de mí, ¿por qué?

—Pobrecito!

—¡Ah! eso es otra cosa.

—Voy á abrir tantito, para darle á usted las llaves.

—¿Y no espío?

—No, le está á usted prohibido.

—¿Por qué?

—Qué pregunta!

—Tantito.

—No, y no! ¿estamos?

—Es que ya me mato por verla á usted vestida.

—Ya me verá usted en la sala.

—Quiero ser el primero, ¿me lo concede usted?

Elena reflexionó.

—Bien visto, pide poca cosa; ¡pobres! Despues de todo, este Perez tiene unas cositas.....

—¿En qué piensa usted tanto?

—¿En qué?

—Sí, ¿en qué?

—En usted.

—Si me lo vuelve usted á decir echo la puerta abajo.

—¡Hola, hola! caballero; se guardaria usted muy bien.

—Eso lo digo, para significarle á usted.....

—Sí, ya sé lo que me quiere usted significar.

—¿Verdad? ¿conque cuatro dedos no mas?

—¿De qué?

—De luz entre las dos hojas de la puerta.

—¿Cuatro dedos?

—Vaya cinco, para que quepan las llaves.

—Por tal de que.....

—Sí, por tal de que la deje en paz, murmuró Perez.

Y la puerta se abrió cinco dedos no mas; pero como Elena estaba tan cerca, Perez no la podia ver.

—Aquí están las llaves.

—Esas ya las tengo; pero á usted no la veo.

—¿No?

—Retírese usted un poquito de la puerta.

—No, porque usted abre mientras.

—No.

—¿No?

—Mi palabra de honor.

—¡Ay de usted si falta á ella!

Y Elena se fué á colocar frente á las luces que iluminaban el espejo.

Perez no abrió mas, pero metió los dos ojos y las narices entre las hojas de la puerta.

Elena vió brillar los ojos de Perez como los de un gato, y como tenia la luz cerca no podia ver que Perez abría la puerta.

Perez tenia la conciencia de no estar espiando mas que por un espacio de cinco dedos, los convenidos; pero por un movimiento secundario de que ni él mismo se daba cuenta, y absorto en su contemplacion, iba abriendo poco á poco.

Elena, que sabia que estaba haciendo un efecto mágico y fiada en la palabra empeñada, se siguió viendo al espejo arreglándose las flores que adornaban su peinado, y dándose esos últimos toques en los que la muger imita á la flor que rompe su broche y extiende sus últimos pétalos

los con una tension voluptuosa para ostentarse en seguida en la plenitud de su hermosura.

Ya á Perez le cabia la cabeza, despues los hombros, despues los brazos, y por último de un solo brinco cayó de rodillas á los piés de Elena.

¡Oh poder atractivo de la hermosura!

Perez habia sido una de esas partículas livianas de pluma, que la electricidad atrajo irresistiblemente.

Fué aquello tan rápido, que Elena se tragó el grito de ordenanza.

—Elena, Elena, es usted divina! ya no puedo negarlo, sépalo usted todo, la amo á usted, la adoro con toda mi alma; y si usted se riera ahora de mí, me mataria de desesperacion; no sea usted cruel, vea usted que nadie la ha de amar como yo.... y á ese paso tengo un horrible presentimiento. Me parece que la voy á perder á usted para siempre, Elena, pero por Dios no se alucine, prométame usted que va á ser reflexiva, está usted corriendo un peligro inminente con.....

—Levántese usted, Perez; pronto, pronto.

—¿Pero me amaré usted?

—Levántese usted.

—No, hasta que me diga usted una palabra, una sola, una esperanza.

—Bien, veremos, siento pasos.

—¿Me amaré usted?

—Pero no sea usted imprudente.

—¡Ah! dijo Perez levantándose y tomando entre las

suyas una de las pequeñas manos de Elena y cubriéndola de besos, que buena es usted! gracias, gracias!

Elena sintió en su mano no solo los besos, sino dos lágrimas á una temperatura de 80 grados.

—¡Está usted divina!

—¿Estoy bien?

—¡Encantadora! ¡qué talle! ¡qué pecho!

—Chist, chist, bajito, amigo mio, bajito.

—¡Qué pecho! ¡Dios mio! es usted un ángel.

Elena se sonrió. Cada una de las frases de Perez habia caído á plomo en el cáliz de la vanidad de Elena; las saboreó, admitiéndolas con la conviccion de que las merecia.

La gratitud de Elena tomó una forma rara.

Las mugeres tienen á veces un idioma intraducible, al grado de que si el hombre no fuera polígloto en amor, se quedaria en ayunas.

La forma que tomó la gratitud de Elena fué ésta:

Con el pulgar y el índice rosados de su manecita, tomó como quien toma rapé, la pequeña piocha de Perez, haciendo con ella un ligero movimiento de oscilacion, sostenido por cuatro segundos.

Perez pensó entretanto que se debe entrar al paraíso de Mahoma tirado de las barbas por dos deditos color de rosa.

CAPITULO XIV.

PEREZ Ó UN AMOR DESGRACIADO.

Alas diez de la noche, la casa de Elena presentaba un conjunto de los mas animados.

Desde la puerta de la calle, adornaban cornisas, pilares, puertas y corredores, gran número de farolitos de colores. El corredor era un completo jardín veneciano y la sala del baile, si no presentaba el conjunto severo del buen gusto y la elegancia, sí ofrecia á los concurrentes alfombra, si bien añadida y completada como capa de pobre; asientos, si bien mosaico churrigueresco digno de un remate; y luz, si bien vertida ora por quinqués

suyas una de las pequeñas manos de Elena y cubriéndola de besos, que buena es usted! gracias, gracias!

Elena sintió en su mano no solo los besos, sino dos lágrimas á una temperatura de 80 grados.

— ¡Está usted divina!

— ¿Estoy bien?

— ¡Encantadora! ¡qué talle! ¡qué pechol!

— Chist, chist, bajito, amigo mio, bajito.

— ¡Qué pechol! ¡Dios mio! es usted un ángel.

Elena se sonrió. Cada una de las frases de Perez habia caído á plomo en el cáliz de la vanidad de Elena; las saboreó, admitiéndolas con la conviccion de que las merecia.

La gratitud de Elena tomó una forma rara.

Las mugeres tienen á veces un idioma intraducible, al grado de que si el hombre no fuera polígloto en amor, se quedaria en ayunas.

La forma que tomó la gratitud de Elena fué ésta:

Con el pulgar y el índice rosados de su manecita, tomó como quien toma rapé, la pequeña piocha de Perez, haciendo con ella un ligero movimiento de oscilacion, sostenido por cuatro segundos.

Perez pensó entretanto que se debe entrar al paraíso de Mahoma tirado de las barbas por dos deditos color de rosa.

CAPITULO XIV.

PEREZ Ó UN AMOR DESGRACIADO.

Alas diez de la noche, la casa de Elena presentaba un conjunto de los mas animados.

Desde la puerta de la calle, adornaban cornisas, pilares, puertas y corredores, gran número de farolitos de colores. El corredor era un completo jardín veneciano y la sala del baile, si no presentaba el conjunto severo del buen gusto y la elegancia, sí ofrecia á los concurrentes alfombra, si bien añadida y completada como capa de pobre; asientos, si bien mosaico churrigueresco digno de un remate; y luz, si bien vertida ora por quinqués

alimentados con aceite, ora por velas de esperma, pues por entonces ni la estearina, ni el gas de trementina, ni el petróleo iluminaban todavía los salones.

Elena, como lo había notado muy bien Perez, estaba encantadora; y porque el lector no nos tache de inconsecuentes por haberle hecho conocer á Elena de un modo y hacerla pasar hoy por una metamorfosis violenta, daremos el por qué de ésta trasformacion.

Elena, como dijimos muy bien, no era bonita, pero tenia dotes de un valor intrínseco; dotes de esas que pueden pasar desapercibidas para un pollo atronado, pero que en manera alguna se escapan á la profunda é investigadora mirada de un gallo viejo.

El mismo Perez no había descubierto los hechizos de Elena, sino cuando ésta, abandonando su crisálida de los dias de trabajo, se le había exhibido en el baile del 24, en las boleras y dando á luz aquellos piesecitos color de cielo.

El coronel, mas esperto y avezado cazador, había explorado el campo con su primera mirada, y al primer golpe de vista había sabido estimar convenientemente desde los hoyitos de las manos de Elena, hasta lo aereo y fino de sus pequeños pies.

Adivinó Aguado la tersura de la piel y la morbidez de los contornos, con la misma precision con que había solido explorar si el enemigo carecia de bagajes y municiones, ó si estaba montado en regla para el ataque.

De manera que, lo que para Perez había sido obra del

tiempo y la casualidad, para Aguado fué un golpe de ojo, verdaderamente de pillo.

El pobre de Perez había acertado á doblar la rodilla en mal momento.

La misma Elena conocia en su interior, que Perez se había dormido.

En materia de homenajes de amor, la muger es sensible al desperdicio.

A las diez y media se presentó el coronel Aguado, de riguroso uniforme, acompañado del teniente coronel, del mayor, de dos capitanes y otros oficiales subalternos.

La música del cuerpo de Aguado, colocada en el patio de la casa, tocaba á la sazón la marcha de Norma; lo cual dió á la entrada del coronel cierta solemnidad.

Al pisar el salon, algunas personas se pusieron en pié; movimiento que fué seguido hasta por algunas señoras, para quienes las reglas de etiqueta no eran muy familiares.

Esto acabó de darle á aquel acto, cierto carácter oficial.

Aguado antes de hacer un saludo general, se adelantó seguido de sus oficiales, hácia el lugar en que estaba Elena, atravesando el salon; la dió la mano inclinándose cortesmente y presentó á sus oficiales.

Estos hicieron á Elena un saludo militarmente cortés, y Aguado en seguida se volvió para saludar á la concurrencia y en derechura pasó despues á saludar á Perez que permanecia de pié, erguido, metido en el frac de Zarrico-

lea y proyectando en la pared la silueta de una pirámide truncada con la sombra de su rizada cabellera.

—Muy bien, amigote; se ha portado usted admirablemente; debe usted haber trabajado mucho.

—Sí, señor coronel, respondió Perez, mostrando su blanca dentadura, pero dejando percibir no obstante cierto fondo de tristeza amarga.

—Supongo, continuó el coronel, que se habrá nombrado un bastonero.

—No, no señor, todavía no.

—¿No se ha bailado nada?

—Esperaban á usted para romper el baile, dijo una vieja que estaba próxima y rebosando júbilo.

—Perez es muy á propósito para bastonero, dijo Pablito que acababa de entrar.

—Eso es! exclamó el coronel, vamos, amigote, á bailar cuadrillas.

—Cuadrillas! gritó Perez.

Aguado se paró en primera con Elena.

Los oficiales lo imitaron, tomando sus compañeras.

Y comenzó el baile.

Perez había cuidado de hacer pareja con Elena y Aguado para colocarse en paralelas con el enemigo.

Esto contrarió á Elena porque la puso á dos fuegos; pero en estas asonadas de amor lo refido y lo complicado suele ser el platillo mas confortable.

El baile es el protector natural de los amantes; Aguado sabia tomar sus posiciones con admirable maestría.

Perez contaba los compases de las cuadrillas, sin descuidar á Elena, á quien le apretaba la mano en cada media cadena y en cada cola de gato.

Estas suaves presiones estaban representando en las manos de Elena el papel del telégrafo electro-magnético.

El apretón de Perez, era la corroboracion de su hincada en el tocador, y el apretón del coronel, era el recuerdo de sus esplendideces.

Aguado supo decir al oído de Elena algunas frases apasionadas, que Elena recibia como al que le cae algo de arriba. No podia combatir, ni rehusar, ni discutir.

El coronel tenia el tino de no hacer preguntas. Avanzaba sin consultar al enemigo.

Elena temia hacer una barbaridad, rehusando los galanteos del coronel.

Después de las cuadrillas, circularon por la sala algunas charolas con copas, y en el comedor se formó una tertulia de buenos bebedores, á cuya cabeza estaba Aguado.

Perez encontró muy natural ofrecer una copa al coronel, para darle á probar un rom de Jamaica exquisito.

—Soy costeño, amigote, y he bebido á bordo.

Perez abrió los ojos temiendo haber hecho una barbaridad.

—El rom lo tomo en vaso, amigo Perez; esas copitas son para las señoras. Vengan dos vasos.

Un criado presentó dos vasos al coronel.

Este tomó la botella de rom y sirvió dos medios vasos.

—Así se brinda, amigo Perez.

—Pero señor.....

—No hay que andarse con melindres, ¿somos amigos?

—Tengo el honor.....

—Pues á beber, amigo. Por la salud de usted, amigo Perez.

El coronel apuró su vaso y Perez dió un trago y lo apartó de sus lábios.

—Un dia, continuó el coronel, tuve un desafío con un marino, por un desaire semejante.

Y señaló el rom que Perez habia dejado.

—Yo lo tomo en dos tiempos, se apresuró á decir Perez.

—¡Ahl

—Es para catarlo.

—Bueno, hombre, bueno, se conoce que es usted de los míos. Yo no lo caté, porque como usted me lo ofrecía, supuse que era bueno, como en efecto lo es.

Perez apuró el resto del rom á trueque de sentir una corriente de lava candente en el exófago.

Bailáronse algunas piezas mas, y á las doce en punto Elena invitó á la concurrencia á presenciar *la acostada del Niño*.

Se encendieron velas de cera, y previas las oraciones de costumbre, Elena colocó un Niño Dios de cera en el pesebre, á cuyo acto siguió una salva de cohetes y una diana tocada por la música militar.

Acto continuo, la concurrencia pasó al comedor. Aguado rompió la marcha conduciendo á Elena, despues se-

guian los oficiales llevando otras señoras, y Perez, como se lo estaba temiendo, á fuer de galante y obsequioso se quedó sin asiento.

Perez perdía terreno á su pesar.

Aquel jardin improvisado presentaba un aspecto verdaderamente encantador; y para que el lector se forme una idea de la concurrencia que ocupaba la mesa, dirémos que Aguado y Elena ocupaban la cabecera, seguian á derecha é izquierda algunos oficiales del cuerpo acompañando á algunas jóvenes convidadas aquella noche y que por primera vez formaban parte de la reunion.

Hubiera notado allí el observador en el conjunto heterogéneo de la fiesta, á las hijas de un señor magistrado junto á las incultas sobrinas del señor cura de la Santa Veracruz; á la vecina relamida y ordinaria, vestida de prestado aquella noche, junto á unas señoras que habian entrado al baile por equivocacion, pues no era allí á donde estaban convidadas; y unas y otras concurrentes confundidas con algunas niñas de esas que viven solas y que eran conociditas de algunos de los oficiales presentes.

En cuanto á los hombres, figuraban al lado de Pablito, (quien habia ya disculpado á su familia con Elena), el platero de la esquina, el dependiente del juzgado, cuatro ó seis pollos de los que nunca faltan en parvada á todos los bailes, el cobrador de la casa, dos empleados, un dueño de pulquerias, los españoles del empeño de la otra calle, y finalmente, un número respetable de viejas, tias y más, troncos de aquellas ramas.

En aquella reunion en que no se conocian los unos á los otros, reinó al principio el encogimiento y la reserva, y en seguida el desórden; pero nunca la cordialidad.

En cuanto á la cena, se contaba que habia ocho clases de pescados, la consabida ensalada de Nochebuena, compuesta de veinticuatro ingredientes, y el nacional *revoltijo* con pencas tiernas de nopal desmenuzadas.

En una cena de Nochebuena es de rigor tener un apetito decidido; circunstancia que la concurrencia no tardó en poner de manifiesto, haciendo todos los honores á la cocinera.

Perez, en vez de saciar el apetito de que tambien no carecia, empezaba á sentir que el rom es una bebida muy fuerte.

—¡Ha visto usted cosa! decia Perez á un señor que se encontró al paso; sabe usted, señor, que el rom es una bebida muy fuerte? ¡que cosa tan estrañal oiga usted, señor, esto es un hecho; el rom es una bebida muy fuerte. El coronel me invitó á tomar, y ¡cosa mas extraordinaria!yo..... porque, oiga usted señor, he notado que el rom es una bebida muy fuerte.

Un resto de juicio le hizo notar á Perez que estaba repitiendo una misma cosa sin poderlo evitar y sintió un pesar verdaderamente profundo; iba á ahogar su mundo de ilusiones, su Nochebuena, su frac de Zarricolea, sus rizos y su chaleco blanco, su conquista, su amor y su poesia, en un poco de rom!..... —¡Infame coronel! tal vez lo hizo de intento para descartarse de mí.

El interlocutor de Perez habia desaparecido y Perez terminaba a solas cada periodo de su monólogo, con la mulletilla de que el rom es una bebida muy fuerte.

La cena se prolongó hasta cerca de las tres de la mañana, pues hallándose Aguado y Elena bastante complacidos no pensaban en levantarse de la mesa. Entre tanto, Perez cenaba parado, é intentaba formalmente persuadirse de que un plato de revoltijo acallaria los estragos del rom, si bien con grave riesgo de la pureza columbina de su chaleco blanco.

En efecto, el empujón de un criado resolvió este peligro y el chaleco blanco de Perez se tñó con revoltijo.

—Un herido! gritó un oficial.

—Quién es? preguntó otro.

—El señor Perez.

—Cómo!

—Dónde tiene la herida?

—En el corazon, dijo un chusco.

Todas las miradas se fijaron en el chaleco de Perez, que ostentaba un chorreon de chile en el lado izquierdo.

Una carcajada general acabó de poner á Perez en un predicamento ridiculo.

Aguado pensó que el revoltijo habia completado la obra del rom, y dirijiéndose á Elena le dijo:

—¡Cuanto me gusta el revoltijo!

—¡Que malo es usted!

Para Perez no era, no obstante, tan fuerte el rom

que le hubiera impedido probar toda la amargura de u situación.

—La cocinera, dijo un oficial, opina que la herida del señor Perez es de las mas honrosas.

—Por lo menos, agregó otro, ha sido recibida en el campo del honor, como digno combatiente.

Perez prescindió de seguir escuchando, y medio oculto en un naranjo se ocupó de sostener una larga mirada de tigre dirigida al coronel y á Elena que coqueteaban espantosamente.

Al pié de aquel naranjo concibió Perez un pensamiento.

—Voy á darle celos á Elena, me vengaré; voy á despreciarla y á probarle que á nadie le falta quien.....

A Perez le parecia éste un pensamiento salvador y dirigió una mirada en torno suyo hasta que se fijó en una jóven muy rubicunda y que hablaba muy recio; le pareció bonita, amable y bien vestida, y abrochándose el frac de Zarricolea para cubrir la herida honrosa, se dirigió á la señora de su pensamiento.

Oyó que le decian Lola.

—Lolita, dijo acercándosele, ¿tiene usted la bondad de tomar esta copita á mi salud?

—Ah! dijo Lola, yo creí que me iba usted á ofrecer revoltijo.

Los oficiales rieron de buena gana, y Perez se cortó. Estaba de malas.

Perez comprendió que era necesario hacerse á las armas, y continuó:

—Efectivamente es revoltijo.

—Ah! pues entonces no lo tomo, porque se me sube.

—Quiero decir, en esta copa está revuelto el vino con el amor.

—De quién?

—Mio.

—Y quiere usted que me lo beba?

—Sí, señorita.

—Y si me enamoro de usted?

—Me hará usted el mas feliz de los hombres.

—Ay! señor Perez; pero temo que á mí no me suceda lo mismo, porque soy muy desgraciada en amores.

Perez insistió hasta lograr que Lola bebiese, y se consagró á galantearla.

Se bailó en seguida, y Perez se apoderó de Lola; pero no habia visto á un oficial que hacia tiempo no le quitaba la vista.

Perez no se ocupaba mas que de Lola; y de vez en cuando procuraba observar si esto hacia algun efecto en Elena.

Al pasar junto á ella bailando, Perez le dijo á Lola de manera que Elena lo oyese:

—La adoro á usted.

Resonó en la sala una argentina carcajada de Elena, y á Perez le zumbaron los oidos.

No bien hubo sentado á Lola, el oficial celoso se acercó á Perez y le dijo:

—Dispense usted, caballero..... ¿Se sirve usted acompañarme?

—A donde usted guste; á beber? estoy á sus órdenes.
Y siguió al oficial.

Pero éste, en vez de tomar la direccion del comedor, tomó la de la escalera. Perez pensó que por todas partes se vá á Roma y siguió al oficial.

Cuando estuvieron en el patio, Perez sintió que el mundo se le vino encima, y en seguida que él se caia sobre el mundo.

Acababa de recibir una bolea en el ojo izquierdo, que le hizo caer en tierra; despues sintió algunas patadas por via de apéndice, y se quedó quieto pensando que el rom es una bebida muy fuerte.

El oficial, que afortunadamente no habia sido visto ni sentido, volvió á la sala disimulando lo mejor que pudo su emocion.

Aguado habia enarbolado ya el pabellon del triunfo. Elena estaba suave como un guante, y se trataba ya con cierto calor y seguridad de proyectos para el porvenir, de la carrera de Chucho, de cambiar de habitación y de otra porcion de cosas.

La animacion del baile habia llegado á su colmo y reinaba ya la franqueza y la expansion en todos los convidados, quienes convenian simultáneamente en que el baile se habia puesto bonito de repente.

—¿Y Perez? preguntó uno.

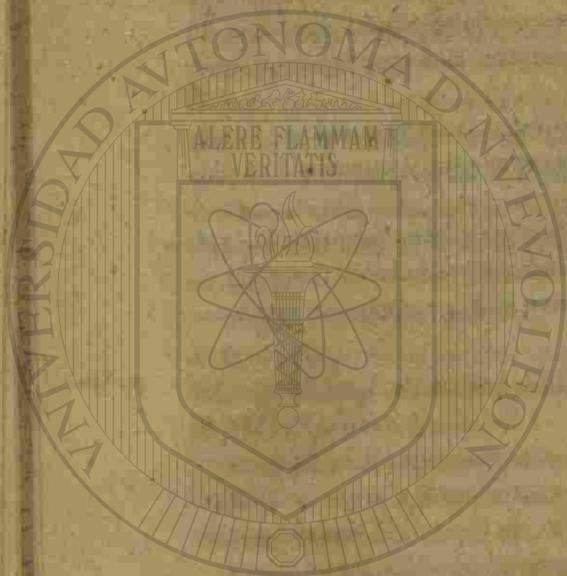
—Se fué á acostar, contestaron.

Efectivamente, Perez estaba acostado sobre las piedras del patio y dormia; pero con la sustancial diferencia de que no se habia ido á acostar, sino que lo habian acostado.

A las cinco de la mañana Perez apareció en la sala con su frac de Zarricolea revolcado, y ostentando un chichon en un ojo.

Ya Aguado y los oficiales habian desaparecido, y á Elena no se le podia hablar porque se habia recogido.

Perez se acostó sobre un sofá y continuó su sueño comenzado en el patio.



CAPÍTULO XV.

DE CÓMO SE CONFECCIONA EN REGLA UN MATRIMONIO.

DESDE el 25 de Diciembre la marcha de los acontecimientos que llevamos referidos cambió esencialmente.

Aguado llegó á ser en la vida de Elena un elemento indestructible. Aguado habia tenido el tino de apoderarse de la situación de Elena de una manera irrevocable.

Elena empezó por conceder al coronel una noche de posadas, y desde el momento en que Elena recibió el pri-

mer obsequio puso los piés en una pendiente resbaladiza sobre la que ya no pudo retroceder.

Elena no hubiera elegido nunca á Aguado como amante, y mas podemos decir todavía, no lo amaba; pero hay hombres que saben ejercer un dominio absoluto y que sin tener precisamente el poder de fascinar, son irresistibles en fuerza de ser galantes.

Aguado asedió la plaza por todos los flancos: se apoderó de lo mas caro para Elena: del porvenir de su hijo.

Halagó la pasion mas peligrosa de la muger: la vanidad.

Puso en juego el medio universalmente reconocido como infalible: la prodigalidad.

Elena objetó el escándalo de los vecinos.

El coronel hizo mudar de habitacion á Elena á los tres dias del baile.

Elena quiso poner por medio y préviamente el trato familiar, el tiempo, la reflexion.

Aguado no exijió nada, y concedió todo.

Elena se creía ya relegada al olvido.

Aguado la sacó á la luz.

Elena era pobre.

Aguado la hizo rica.

Elena, en fin, en el cerco que le tendió Aguado no pudo encontrar un solo punto vulnerable.

El éxito debia ser este:

Rendirse á discrecion.

En cuanto á Perez, debemos decir que el sol del 25 lo

encontró triste como á Job, y tan resignado como aquel santo varon.

Lo primero que Perez se vió al despertar fué el chorreon de chile en el chaleco blanco; y lo primero que se tocó fué la frente, abultada y deforme por un soberbio chichon.

Perez se contempló al espejo y escudriñó con profunda tristeza los colores azul, morado, verde y amarillo de su ojo izquierdo, resultándole del exámen de este iris epidémico la conviccion de que la bolea habia sido de la mejor calidad.

La segunda reflexion de Perez acerca de aquella desgracia, fué todavía mas triste.

No se acordaba á quién le debia aquel favor.

Y Perez repitió, en el goce de todas sus facultades, lo que tantas veces habia repetido ébrio: el rom es una bebida muy fuerte.

No teniendo otra conclusion mas lógica ni mas adecuada á la situacion, tomó su sombrero y abandonó aquel salon medio oscuro, lanzando un profundo suspiro.

Perez tambien se habia rendido á discrecion.

Bástele al lector lo expuesto como base del primer cambio importante y trascendental en la vida de Chucho el Ninfo, quien al sentar plaza de soldado en el cuerpo de Aguado, comenzó á recibir sus haberes íntegros; fortuna que le proporcionaba la ventaja de enseñarse á pródigo y desperdiciado; pero dejemos á Chucho el Ninfo hacer carrera, pues nadie podrá poner en duda la rapidez de sus as-

mer obsequio puso los piés en una pendiente resbaladiza sobre la que ya no pudo retroceder.

Elena no hubiera elegido nunca á Aguado como amante, y mas podemos decir todavía, no lo amaba; pero hay hombres que saben ejercer un dominio absoluto y que sin tener precisamente el poder de fascinar, son irresistibles en fuerza de ser galantes.

Aguado asedió la plaza por todos los flancos: se apoderó de lo mas caro para Elena: del porvenir de su hijo.

Hallagó la pasion mas peligrosa de la muger: la vanidad.

Puso en juego el medio universalmente reconocido como infalible: la prodigalidad.

Elena objetó el escándalo de los vecinos.

El coronel hizo mudar de habitacion á Elena á los tres dias del baile.

Elena quiso poner por medio y préviamente el trato familiar, el tiempo, la reflexion.

Aguado no exijió nada, y concedió todo.

Elena se creía ya relegada al olvido.

Aguado la sacó á la luz.

Elena era pobre.

Aguado la hizo rica.

Elena, en fin, en el cerco que le tendió Aguado no pudo encontrar un solo punto vulnerable.

El éxito debia ser este:

Rendirse á discrecion.

En cuanto á Perez, debemos decir que el sol del 25 lo

encontró triste como á Job, y tan resignado como aquel santo varon.

Lo primero que Perez se vió al despertar fué el chorreon de chile en el chaleco blanco; y lo primero que se tocó fué la frente, abultada y deforme por un soberbio chichon.

Perez se contempló al espejo y escudriñó con profunda tristeza los colores azul, morado, verde y amarillo de su ojo izquierdo, resultándole del exámen de este iris epidérmico la conviccion de que la bolea habia sido de la mejor calidad.

La segunda reflexion de Perez acerca de aquella desgracia, fué todavía mas triste.

No se acordaba á quién le debia aquel favor.

Y Perez repitió, en el goce de todas sus facultades, lo que tantas veces habia repetido ébrio: el rom es una bebida muy fuerte.

No teniendo otra conclusion mas lógica ni mas adecuada á la situacion, tomó su sombrero y abandonó aquel salon medio oscuro, lanzando un profundo suspiro.

Perez tambien se habia rendido á discrecion.

Bástele al lector lo expuesto como base del primer cambio importante y trascendental en la vida de Chucho el Ninfo, quien al sentar plaza de soldado en el cuerpo de Aguado, comenzó á recibir sus haberes íntegros; fortuna que le proporcionaba la ventaja de enseñarse á pródigo y desperdiciado; pero dejemos á Chucho el Ninfo hacer carrera, pues nadie podrá poner en duda la rapidez de sus as-

censos militares, y volvamos á ocuparnos de los amores de Mercedes y Carlos.

Desde el momento en que Carlos tocó el resorte de la autoridad pública decidió de su suerte y de la de Mercedes; y por medio de los trámites conocidos y no menos embarazosos y molestos, llegaron las cosas á la inevitable resolución del casamiento.

Don Pedro María y doña Rosario se resignaron, evitándose el desagrado de separarse de Mercedes por medio de una providencia oficial de depósito, y se determinó que el matrimonio se verificara en paz.

Hubo serias controversias sobre si la ceremonia debía tener lugar en la casa ó en la Parroquia, y esta cuestion mantuvo por algunos dias la discusion en la casa de don Pedro María, hasta que por fin don Pedro, con la intervencion del padre Martinez, del padre procurador de la Merced y del señor cura de San Pablo, dispusieron que todo se hiciera en la iglesia de la Merced, previas las dispensaciones y trámites eclesiásticos conducentes.

—Porque..... decia D. Pedro, si la ceremonia es en casa, cate usted que tenemos el inconveniente de los convidados; y á la verdad no estamos para bailecito ni cosa que lo valga.

—Ya se vé, señor D. Pedro María, ¡qué bailecito ni que calabazas! dijo el padre Martinez.

—Si la cosa es en la Parroquia, resulta un matrimonio de pacotilla, como el de los pobrecitos; y á Dios gracias, todavia no estamos en estado tan lastimoso.

—Y sobre todo, decia doña Rosario, si la ceremonia fuera en la Parroquia, esto influiria para que el novio viera mañana á mi hija sobre poco mas ó menos; y eso sí que no, porque ya que tengo la desgracia de darle mi hija á ese.....

—Vamos, muger, vamos, vamos! dijo D. Pedro cariñosamente.

—Pues sí, pues sí, repetia doña Rosario, que al menos se haga la cosa con decoro y con decencia.

—De modo y manera, siguió D. Pedro, que la dada de manos y la velacion, será todo junto.

—Todo junto, repitió doña Rosario.

—Todo junto á las cuatro de la mañana, en la Iglesia de la Merced.

—En el altar mayor por supuesto, dijo doña Rosario.

—Mira, muger: yo desearia que fuese en el de mi Castísimo Patriarca.

—En ese caso, en el de la Purísima Concepcion de María, dijo doña Rosario; porque tratándose de casamiento... ¿no le parece á usted, padre Martinez? decia yo que en el de la Purísima Concepcion.

—En el que ustedes gusten, dijo el padre procurador; en cualquiera que sea, yo mandaré poner los blandones grandes, los atriles dorados á fuego, los ornamentos blancos, se pondrán cojines de terciopelo para los novios y se encenderá bastante cera.

—Y que, ¿no seria bueno, padre procurador, dijo doña Rosario, que se tocara el órgano?

—No veo inconveniente, se tocará el órgano.

—Veremos á Guzman.

—Mejor á D. Manuel, D. Manuel es profesor.

—Pues á D. Manuel.

—De modo y manera, interrumpió D. Pedro María, que á las cuatro de la mañana.....

—O á las tres, dijo doña Rosario.

—Es muy temprano, muger.

—Al mal paso, darle prisa.

—No empieces, no empieces, por el amor de Dios. Pues como decia, á las cuatro de la mañana, estarán aquí los coches.

—Porque aunque está tan cerca..... dijo el padre procurador.

—¿A pié? exclamó doña Rosario. ¿Mi hija á pié? no lo permita la cruz de mi rosario. Padre procurador, mi hija no iria á pié á la iglesia, ni por una de estas nueve cosas; que si conforme está la iglesia á cien pasos, estuviera á uno, mi hija subiría al coche y se volvería á bajar, pero no iria á pié.

—No quise decir..... dijo el padre procurador avergonzado.

—No, padre, ya que la damos, que sea como Dios manda, que al fin ¡quién sabe que clase de vida se le espera á la hija de mis entrañas!

Y doña Rosario se soltó llorando.

—¡Si acabaré mi cuento! dijo D. Pedro María.

—Siga usted.

—De modo y manera que á las cuatro, sí señor, á las cuatro estarán aquí los coches; usted, padre procurador, y el señor cura se entienden con su iglesia y con su altar, etc. etc.

—Por supuesto.

—Y oiga usted, seria bueno poner la colgadura de terciopelo, eso le daría á la cosa un aspecto como mas severo.....

—Me parece muy bien, se pondrá la cortina de terciopelo: mañana mismo mandaré que la recorran, porque está un poco usada.

—Bueno, pero no se le conoce; de modo y manera que á las cuatro montamos en los coches y allá nos esperan ustedes y..... ahora verá usted, somos..... los novios, dos... padrino y madrina, cuatro; mi mujer y yo, seis.... Angelita y Pablito, ocho.

—Y Perez nueve, dijo doña Rosario enjugándose las lágrimas.

—¡Eso es! dijo don Pedro María, el bueno de Perez. Como que tambien está apesadumbrado.

—No sé que le he notado en los ojos, dijo el señor cura.

—Es una inflamacion, dijo doña Rosario.

—De facto, dijo D. Pedro María ¡pobre Perez! De modo y manera que somos nueve personas.

—No, ¡que estás diciendo! dijo doña Rosario ¿y mi compadre, y los tios de la niña y las criadas? sí, las criadas; porque toda la cocina está alborotadísima; todas quieren

ir, me lo han pedido con las lágrimas en los ojos ¡pobrecitas!

—Pues que vaya todo la cocina, muger, no hay quien se oponga. ¡De modo y manera, que somos quinientos, padre procurador!

—No le hace, la iglesia es grande.

—Bueno, con que se casan y luego.....?

—Eso es lo mismo que yo digo, y luego.....

—Porque, oigan ustedes, ese paso es fuerte.

—Es fuerte.

—La separacion.....

—La separacion.

—Eso.....

—Porque irse uno escurriendo.....

—Nada mas natural, dijo el padre Martinez, en la puerta de la iglesia se despiden, les echan ustedes la bendicion, los novios y los padrinos parten en su coche, y ustedes se vuelven á su casa.

—Eso está muy bueno para dicho, pero calcule usted, como será esa vuelta! dijo doña Rosario.

—Sea todo por el amor de Dios, exclamó D. Pedro María; ¡como ha de ser, señor! ¡como ha de ser!

Esta y otras por este estilo, fueron las conversaciones de la casa de D. Pedro María.

CAPITULO XVI.

LA LUNA DE MIEL.

Al recorrer la historia de Chucho el Ninfo, nos hemos encontrado un periodo de tiempo en el que, bien poco ó ningun interes ofrecen los acontecimientos relativos á nuestro héroe.

Efectivamente, hay una edad en los niños que las gentes llaman *fastidiosa*, la que por lo general se presta poco al estudio del novelista, y esta consideracion nos ha inducido á trazar á grandes rasgos los acontecimientos que tuvieron lugar en ese periodo; y sin soltar el hilo de cada uno de nuestros personajes llegaremos á la época

ir, me lo han pedido con las lágrimas en los ojos ¡pobrecitas!

—Pues que vaya todo la cocina, muger, no hay quien se oponga. ¡De modo y manera, que somos quinientos, padre procurador!

—No le hace, la iglesia es grande.

—Bueno, con que se casan ¿y luego.....?

—Eso es lo mismo que yo digo, y luego.....

—Porque, oigan ustedes, ese paso es fuerte.

—Es fuerte.

—La separacion.....

—La separacion.

—Eso.....

—Porque irse uno escurriendo.....

—Nada mas natural, dijo el padre Martinez, en la puerta de la iglesia se despiden, les echan ustedes la bendicion, los novios y los padrinos parten en su coche, y ustedes se vuelven á su casa.

—Eso está muy bueno para dicho, pero calcule usted, como será esa vuelta! dijo doña Rosario.

—Sea todo por el amor de Dios, exclamó D. Pedro María; ¡como ha de ser, señor! ¡como ha de ser!

Esta y otras por este estilo, fueron las conversaciones de la casa de D. Pedro María.

CAPITULO XVI.

LA LUNA DE MIEL.

Al recorrer la historia de Chucho el Ninfo, nos hemos encontrado un periodo de tiempo en el que, bien poco ó ningun interes ofrecen los acontecimientos relativos á nuestro héroe.

Efectivamente, hay una edad en los niños que las gentes llaman *fastidiosa*, la que por lo general se presta poco al estudio del novelista, y esta consideracion nos ha inducido á trazar á grandes rasgos los acontecimientos que tuvieron lugar en ese periodo; y sin soltar el hilo de cada uno de nuestros personajes llegaremos á la época

en que Chucho el Ninfo, ya en su calidad de pollo, noe ofrezca, si no sabroso al menos abundoso pasto á nuestras habladurías y maledicencias.

En la casa de D. Pedro María todo se hizo segun habian tenido á bien convenir los señores graves; porque D. Pedro, por quitarse ya de calentamientos de cabeza, queria á todo trance salir de aquel asunto, cuyos resultados ponía en manos, segun él mismo decia, de la Divina Providencia y bajo la proteccion y amparo de Nuestra Madre Santísima de la Merced.

Despues de la presentacion y pedimento del novio, una noche se presentó el señor cura en la casa de D. Pedro María para comunicar á Mercedes oficialmente los deseos de Cárlos, recabar el consentimiento paterno y llenar todos los requisitos del contrato matrimonial, ageno por entonces de toda intervencion civil.

Aquella noche fué lúgubre para la familia de D. Pedro María, porque ocho dias despues debia celebrarse el matrimonio.

—En la manera de casarse, decia Doña Rosario, se conoce á la gente decente; y eso de esperar tres domingos mortales, en los cuales publican su nombre de uno, para que lo traigan de boca en boca, eso se queda para la gentuza: hoy nadie se casa sin dispensa de vanas, y ¿qué son sesenta pesos para un hombre que se va á casar? De manera que me parece muy bien pensado que la ceremonia sea solo á los ocho dias, porque así todo el mundo sabrá que hubo dispensa de vanas.

—Tienes razon, muger, le contestaba D. Pedro María; y a eso de las amonestaciones se queda para los pobres.

—¡Dios nos asista! No faltaba mas, sino que para mayor desgracia fueran ahora sujetando á mi hija á las amonestaciones.

Cárlos al casarse habia obedecido á las sugerencias de su vanidad, excitada por el desagrado manifesto de la familia, de manera que procuró ser espléndido y al dia siguiente de *la toma del dicho* envió las donas.

Los cien mil misterios que forman el corazon de la muger, ó los complicados pliegues de que se compone, como dicen algunos, se ponen en movimiento, como las hojas de un árbol, delante de un regalo de bodas.

La casa estaba tranquila y cada uno en sus tareas, pero cuando resonaron las palabras *«ahí están las donas,»* hubo una verdadera confusion.

Perez venia por delante de los criados, Perez venia abriendo de par en par las vidrieras para que pudieran pasar las charolas y las grandes cajas de carton; y un momento despues media docena de argos en faldas, aplicaban el microscopio de su curiosidad á los regalos.

No hubo puntada, ojillo ó randa, encaje y cordon, que no analizaran.

Solo Merced permaneció callada.

Tía habia en la rueda que pretendia pasar por muger de mucho gusto; quién la daba de indiferente, quién comparaba aquellas donas con las suyas, quién torcia el gesto diciendo con aplomo:

—Esto es á doce reales, con la conciencia de que valia doble.

—El vestido blanco es bueno, pero me parece muy recargado.

—Para que sea de costo, necesita ser así.

—Yo lo quisiera mas sencillo.

—Pero vea usted que puntadas.

—Como todo lo de las modistas.

—La mantilla, es de las de doscientos.

—Lo mismo que la mia.

—Sí, trapeada.

—La caja no está fea.

—Cuando yo me casé, dijo una vieja, me la puse blanca.

—Vea usted, en cuanto á alhajas, no me parecen gran cosa.....

—Aquí hay mas de mil pesos en piedras, dijo doña Rosario no pudiendo resistir á la evidencia.

—Si todo es fino, puede.

Merced fingió no oír, fingia ver y sufría con cada palabra.

—¿Y de qué son las camisas?

—De Holanda fina, de la de la Monterilla, la conozco, es de hilo redondo.

—Vaya, vaya, dijo una tia, no se puede negar que tu marido es vanidoso, mira que medias, estas valian una onza.

—Pues mi alma, que no sea lo último, porque lo que

es yo, dijo otra vieja, tuve pan para hoy y hambre para mañana, porque mis donas fueron así; pero allí paramos.

—Eso nos suele suceder á las mugeres generalmente: al casarnos nos parece que vamos á ser ricas toda la vida, pero despues el tiempo dá fin con todo.

—Yo vendí mi vestido de novia en cuatro pesos.

—Y yo mi mantilla en diez.

Aquellas donas dieron materia á las viejas para hablar como cotorras y para arrojarle á su pasado algunas docenas de suspiros, al novio algunas docenas de pullas, y á su alma algunas gotas de la hiel de la envidia.

Perez hacia entre tanto su acopio de observaciones, que no echaba en saco roto, y contra su costumbre hablaba poco.

Cárlos habia allanado hasta entónces todas y cada una de las dificultades que se le habian presentado: su hacienda le permitia llenar todos los requisitos, satisfacer todas las exigencias sin dejar un solo punto vulnerable en su conducta de novio picado; pero surgió una grave dificultad con que no contaba, y en la que, como se deja entender, contó inmediatamente con Perez.

—Tengo una apuracion, le dijo: necesito confesarme y comulgar.

—¡Cáspita! dijo Perez.

Este Cáspita fué la onomatopeya de la situacion, porque Perez iba á exclamar de buena gana:

—¡Qué diablura! Pero no hay cuidado, contestó, ten-

go un padrecito amigo mio, somos compadres y es muy campechano por mas señas.

—Y qué?

—Que mi compadre nos sacará del apuro.

—No tiene usted precio.

—Conozco el mundo un poco, señor D. Carlitos: cuando usted esté apurado llame usted á Perez y saldrá de los malos pasos.

—Quiere decir que descanso en usted.

—Vaya, señor D. Carlitos, pues no faltaba mas sino que á mí se me atorara un hueso.

Llegó el dia de la ceremonia, y todo se verificó como se habia previsto.

Cárlos y Mercedes se habian unido para siempre.

Otro tanto le habia sucedido á Elena con el coronel Aguado.

Este habia sido un pulpo contra el que Elena buscó en vano una defensa. Aguado daba soluciones espeditivas á toda dificultad.

Elena se resignó.

Pero mas bien por Chucho que por otra cosa; al grado de que sin el amor de madre que Elena sentia, tal vez el coronel no hubiera sido tan afortunado.

Aguado tenia posesiones en Tabasco.

Chucho fué á crecer á Tabasco, en compañía de su mamá.

Perez se despidió de Elena, de Aguado y de Chucho una noche.

Al desprenderse tal vez para siempre de su compañera de boleras, recibió un bultito.

—¡Es un recuerdo! exclamó Perez, sintiendo rodar una lágrima tibia de reconocimiento ardiente.

Perez besó aquello.

Repitió esta operacion á hurtadillas, conteniendo su curiosidad y pensando en que Elena estaba muy linda y Tabasco muy lejos.

Por fin, abrió el bulto.

Eran los zapatitos verdes.....

Cárlos y Mercedes hicieron poco mas ó menos, lo que hacen todos los recién casados.

Salieron *solitos* una noche.

Genaron en la fonda.

Anduvieron calles.

Cárlos le apretaba á Mercedes la mano con el brazo y Mercedes le apretaba á Cárlos el brazo con la mano.

Unas veces se quedaban viendo y se sonreían.

Otras veces no se sonreían.

Fueron al teatro.

Hicieron muchas visitas.

Fueron estrenándolo todo poco á poco.

Tenian muchas cosas de que platicar.

Mercedes estaba encantada con su casa, con su cocina, con sus muebles, con su tocador, con su piano, con sus pájaros y con sus macetas.

Todo el dia hacian programas.

Merced procuraba ser económica.

Cárlos procuraba ser muy pródigo.

Merced fingía saber guisar.

Cárlos fingía tener el mismo paladar que Mercedes y finalmente, los dos ponían sus cinco sentidos en complacerse, y Cárlos quería que Mercedes no se molestara y Mercedes quería que Cárlos no se tomara ninguna molestia. Cárlos procuraba que no le faltara nada á Mercedes, y Mercedes encontraba que tenía no solo lo necesario, sino lo superfluo; todo lo cual ha sido bautizado no sabemos por quién, con el extraño título de luna de miel.

Doña Rosario, D. Pedro, Angelita y Pablito les hicieron por fin una visita asaz ceremoniosa; lo elogiaron todo, y lo vieron todo; pero doña Rosario lo veía de dos modos.

El uno fingiendo que no veía; y el otro, viendo sin que lo vieran, hasta fotografiar la casa en su imaginación.

Una idea preocupó á Mercedes durante un mes consecutivo, y esta idea era espresada con esta frase:

—Ya estoy casada.

Cárlos estaba alegre, satisfecho y orgulloso, pero ya se había quedado pensativo muchas veces pensando esto:

—Ya estoy casado.

Esta frase tiene toda esa tensión inexorable de lo eterno; es una frase de granito que no se desliza con las lágrimas, y que solo la dicha y los placeres logran encubrir á medias.

El cambio operado en la vida da Merced le parecía un sueño, y le costaba trabajo persuadirse de que no estaba de visita en aquella casa.

Mercedes y Cárlos se amaban, se consideraban, se com-

placian mutuamente, y tenían todo lo necesario; á Mercedes no le faltaba nada, absolutamente nada; sus cómodas y sus roperos eran un almacén surtido superabundantemente de cuanto puede apetecer la meger.

Cárlos estaba pendiente de sus menores deseos; Mercedes procuraba complacer á Cárlos hasta en sus menores caprichos; ni una nube, ni la mas ligera contrariedad, ni el mas ligero asomo de perturbación empañaba la luna de miel; ya había pasado un mes y, cosa rara, no se habían encontrado ningún defecto; siempre estaban de acuerdo; siempre estaban bien.

Una tarde, eran las cinco, Mercedes y Cárlos estaban sentados en dos silloncitos detras de la vidriera de un balcón de la sala; una criada india acababa de arrimar una mesita redonda en donde colocó una limpia servilleta y en seguida el chocolate, espumoso, oliendo á canela y acompañado de sabrosos y tibios bizcochitos; era un chocolate verdaderamente monástico.

Cárlos y Mercedes lo sorbieron con delicia, con mas delicia que de ordinario; porque casi ya acababan y no habían hablado.

—Que callada estás.

—Eso mismo te iba á decir yo.

—En qué piensas?

—En el chocolate, dijo muy pronto Mercedes.

—Está riquísimo.

—Te gusta así? la otra molienda se hará lo mismo.

Volvió á reinar el silencio.

Durante este silencio, Mercedes se afanaba por encontrar una frase para romperlo, veía á la calle para buscar motivo de hablar, no pasaba nadie; iba á pararse, le pareció inútil, y sobre todo, hacer grande lo que no lo era; ¡qué tonta soy! pensaba ¿qué no me ocurra que hablar?

—Que feo silencio, pensó Cárlos, qué diré? Creo que ya nos lo hemos dicho todo.

—A dónde vamos esta noche? dijo por fin Cárlos.

Mercedes respondió y sonrió con el placer de tener ya motivo para hablar:

—A donde quieras.

—Por mí, dijo Cárlos encojiéndose de hombros.

—Te es indiferente?

—Iremos donde tú quieras.

—No, tú lo dices.....

—Sobre que para mí es lo mismo.

—Y para mí también.

—Pero en fin, tu tendrás mas deseo de ver á unas amigas que á otras.

—¿Crearás que no?

—A algunas has de querer mas.

—Ya sabes que despues de tí, no tengo predileccion ninguna, de manera que iremos donde tú quieras.

—Pues si tú no lo determinas á mí no me ocurre nada.

—Yo te preguntaré. ¿A la casa de tu familia?

—Ya fuimos ayer.

—¿De tu maestro?

—No, hasta que vengan de allá.

—¿A casa del ministro?

—Hay tanta gentel.....

—¿A Donceles?

—Dios me librel

—Pues no hay á donde ir.

—¿Por qué no me preguntas si iremos á tu casa?

—No me habia acordado.

—¿No?

—Sí, sí, pero á mi casa.....

—¿Qué?

—Será bueno no ir seguido.

—Pero yo creo que eso te contraría.

—No, positivamente no; sino que así es mejor.

—¿Lo dices como lo sientes?

—Sí.

—Que sí tan frio.

—Sí, señorito mio.

Y Mercedes dijo esto haciendo uno de esos guiños que son tan conocidos del lector, como difíciles de describir.

La luna de miel de Mercedes y Cárlos, tenia manchas no descritas y que el telescopio de los esposos no alcanzaba á percibir claramente; aquel amor se resentia de intermitencias soporíferas.

El silencio es un síntoma terrible: allí donde acaba la palabra, comienza el fastidio: instintivamente buscaban ambos esposos y por diversas curvas, motivos y pretextos para llenar el tiempo, para conjurar la venida de uno de esos largos intervalos de sueño, de silencio y de fastidio.

Se ha dicho que el amor es como la luna, porque el amor y la luna ó están creciendo ó están menguando.

Los esposos sentían la verdad de este axioma en toda su desnudez.

El diablo doméstico, cuyo oficio es descomponer matrimonios, había aceptado un papel negativo, pero no menos fecundo en resultados: los había dejado solos.

Cárlos amaba á Merced, pero tenía miedo de no seguirla amando.

Merced por su parte temía no ser suficientemente compatible para Cárlos.

Así pasaron algunos meses.

El retraimiento de la familia de Merced, hacía á esta mas palpable su soledad y su situación. Merced se entristecía y á su ahineo por complacer á Cárlos, agregaba el de tener que ocultarle su tristeza.

Bullían en la mente de Mercedes algunas ideas negras cuando procuraba explicarse la causa de aquel malestar moral, y se desesperaba de no encontrar ninguna explicación fundada; no se atrevía por otra parte á hacer á nadie esta confidencia, porque ni ella misma hubiera querido decírselo.

CAPITULO XVII.

DE COMO SE CARGA EN UN MATRIMONIO UNA BATERIA DE BUNTZEN, PARA CUANDO SE NECESITE.

MERCED estaba un día sola y entregada profundamente á sus meditaciones; y aunque en la apariencia estaba afanada confeccionando tapetes y curiosidades de manos, el hecho era que aquella laboriosidad no era mas que el pretexto para concentrarse, entregándose de lleno á sus ideas y tristes elucubraciones.

Cárlos estaba fuera de casa.

Merced se encontró de repente frente á doña Rosario, y se estremeció como el que sale de su ensimismamiento,

en seguida sonrió con alegría al parecer, pero al abrazar á su madre, sintió que se le salían las lágrimas.

Doña Rosario sintió estas lágrimas rodarle por el cuello y un mundo de palabras se le atoró en las fauces.

Madre é hija quedaron en silencio por algun tiempo, al cabo del cual, doña Rosario le preguntó á Merced con voz calmada:

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Por qué lloras?

—Me dió gusto ver á usted.

Doña Rosario, con esa lógica que podemos llamar de madre, pensó: luego estaba sufriendo—y agregó:

—Pero además del gusto que te ha dado verme, ¿qué tienes?

—Nada.

—No eres feliz, dijo con seguridad doña Rosario.

Merced no se tardó más que un segundo en contestar, pero en este segundo cabía un *no*, que doña Rosario se encargó de colocar.

—Sí, soy feliz, nada me falta, mi marido es muy bueno; me dá gusto en todo, me colma de obsequios y se porta admirablemente.

—Entonces.....

—Los extraño á ustedes mucho, y como creo que todavía me guardan rencor porque me casé.....

—No seas ligera para hablar, ¿qué es eso de rencor? uno es que no estemos conformes con las ideas de tu ma-

rido, y otro es que te guardemos rencor; ¿rencor por qué? lo sentimos, es cierto, pero tú no tienes la culpa. Con que..... entremos á cuentas. ¿Tú marido es celoso?

—No señora.

—¿Y tú?

—Tampoco.

—¿Tiene mal genio?

—No, al contrario.

—¿Tienes muchas visitas?

—Algunas.

—¿Quiénes vienen?

—Con frecuencia, nadie.

—¿Nadie?

—Solo Perez.

—¡Ab!

—Pero Perez y nada, es lo mismo.

—Gastas mucho?

—Menos de lo que quiere Cárlos.

—Ahorras?

—Sí, tengo ya llena mi alcancía.

—Los negocios de tu marido, se han puesto malos?

—No, al contrario; vá á comprar otra casa.

—Habrás visto cosa más rara! ¿pues por qué lloras?

—No le he dicho á usted, que porque echo de menos á mi familia? Vd. no quiere venir y se me pasa ya hasta una semana para ver á los de mi casa.

—Eso es conveniente; porque ya sabes que no estando conformes en ideas, (te ha dicho tu marido) lo mejor es estar lejos, dijo doña Rosario recalcando las palabras.

—Pero no tanto que no pueda contar con usted para nada.

—Me necesitas?

—Como siempre.

—Bueno, bueno; sigue siendo buena hija, y si esto es así, entonces ten por seguro que alcanzarás el consuelo que apeteces; vamos á ver ¿desde cuándo no te confiesas?

—Desde que me casé.

—Pues ahí está todo! ¿Y así te estás devanando los sesos por encontrar la causa de tu tristeza? ¿qué mas motivo quieres que el de no estar bien con Dios? pues, como dice muy bien el señor cura: “el pasto del alma, el pasto del alma.” Pues, la cosa es muy sencilla; ofrécele una comunión á la Purísima Concepción de María y verás como te tranquilizas, porque esa tristeza y esas lágrimas no son mas que avisos del cielo, para que no abandones tus prácticas religiosas, y para que te libres del contagio de las ideas modernas.

—Pero, es que Carlos no quiere que me confiese.

—Y qué tenemos con que no quiera? ¡pues no faltaba mas! en su conciencia de uno nadie manda.

Qué no quiere que te confieses? pues se le engaña; se hace sin que él lo sepa.

—Pero esa es una falta.

—Qué disparate! ¿falta, cuando se trata de la salvación de tu alma? No señor, estás en un error: esto no es una falta; yo ya le tengo consultado ese punto al señor cura y me ha dado su aprobacion; me ha dicho que en nada

debe uno engañar á su marido; pero que en siendo para una cosa buena sí se puede; y ¿qué cosa mas buena que cumplir con la Iglesia? porque tu marido será dueño de tí; pero no tiene derecho de exigirte que te condenes; que con el infierno no se juega, y tú no estás exenta de un ataque violento, de un mal parto, en fin, de cualquiera cosa; y quedarás lucida con morir en pecado mortal, solo porque el ilustrado del señor D. Carlos tu marido, no quiere que te confieses. ¡Pues estaba bonito el mundo! no señor, tú te puedes confesar sin decirle nada á tu marido, porque esas son cosas de conciencia y la conciencia es una cosa muy sagrada.

—Pero, está usted segura de que no cometó una falta engañando en esto á mi marido?

—Te digo que no; y sobre todo, tú puedes cerciorarte. El domingo hay función en Jesus María, allí confiesa el padre Martínez; te acercas y le haces la consulta, si estás conforme allí mismo le *desembuchas*; ya el padre Martínez te ha confesado y sales de una vez de ese negocio, y en un día de la semana veré al padre procurador para que él mismo te dé la comunión en el altar de la Purísima, aunque tenga yo que mandar decir la misa; ¿conque estás conforme?.....

—Está bien, así lo haré.

Doña Rosario se fué contentísima y realmente consolada en el fondo, porque le parecia que acababa de hacer una buena obra procurando la salvacion de su hija.

—¿Qué te parece lo que he hecho? le dijo á D. Pedro María tan luego como llegó doña Rosario á su casa. Ya la catequicé.

—A quién?

—A Mercedes.

—Para qué?

—Para que se confiese.

—Cómo?

—Va á ofrecer una comunión á la Purísima.

—Es posible?

—El Domingo.

—Y Carlos?

—No lo sabe.

—Pero muger..... no vayas á descomponer.....

—No, que descomponer; todo se vá á hacer con el mayor sigilo.... pero están tocando.... es el padre Martinez.

—Dios lo envia á usted, padre Martinez.

—Vaya! pues viniendo de parte de mi amo y señor seré bien venido.

—Y como que sí!

—Qué le ha sucedido á usted que está tan alegre, doña Rosario?

—Cómo qué? la salvacion de mi hija.

—Cómo es eso!

—Vuélvase usted todo orejas, padre Martinez, el Domingo próximo, quiere decir, pasado mañana, se me planta usted en un confesonario de Jesus María.

—Y qué hago allí?

—Espere usted; se me planta usted allí desde las siete de la mañana.

—Pero, si yo digo misa de ocho en la Merced,

—No le hace; se me planta usted en el confesonario.

—Y bien, qué hago?

—Espere usted á que llegue mi hija Merced, que quiere hacerle á usted una consulta.

—Ave María!

—No se alarme usted; le va á preguntar si puede confesarse sin que lo sepa su marido.

—Pues ya se ve que puede.

—Bueno! pues como eso es lo que usted le ha de contestar, acto continuo, su acto de contricion, y á *desembuchar* sin pérdida de tiempo: yo creo que será obra de pocos minutos, porque ¿qué pecados va á tener mi hijita tan buena? en seguida, le echa usted su absolucion y me la deja en disposicion de comulgar el lunes.

—¿Y eso es todo?

—Ya vé usted, padre Martinez, que no es un gran sacrificio.

—¡Ya se vé!

—¿Conque estamos arreglados?

—Sí; pero me dá usted chocolatito del de la otra noche.

—¿Le gustó á usted?

—Estaba delicioso.

—Allá le mando á usted las libras que me quedan.

—No lo decia por tanto; un pocillito, un pocillito nada mas para tomarlo en compañía de ustedes.

--Pues pocillito y libras.

--Acepte usted, padre; acepte usted, dijo D. Pedro que habia estado abriendo la boca hacia rato: en recibir no hay engaño, padre Martinez. Ya verá usted qué desplumada le doy esta noche en el tresillito.

--Es usted chambon, D. Pedro.

--Ya verémos.

--¡Qué bueno es el padre Martinez! pensó doña Rosario, dirigiéndose á la cocina para hacerle personalmente el chocolate.

Doña Rosario hizo todavía al dia siguiente una visita á su hija para asegurarla en su propósito, y quedó definitiva y solemnemente pactado que Merced saldría antes de las siete de su casa, y que se confesaría con el padre Martinez en Jesus María.

A Merced, no obstante, la preocupaba la idea de enganar á Carlos, y como era la primera vez que iba á desobedecerlo, procuraba disimular lo mejor que le era posible.

Cuando llegó Carlos encontró á Merced muy alegre.

Carlos se sorprendió agradablemente.

--Me ha dado mucho gusto verte, le dijo Merced.

Carlos le hizo una caricia.

Merced estuvo locuaz en la comida y como mas comunicativa, al grado que Carlos empezó á reprocharse interiormente haber vacilado alguna vez acerca de su felicidad.

Merced se habia admirado del resultado de su disimu-

lo por su primer engaño: veía á Carlos tan contento, tan cariñoso, que se sorprendió ella misma de su facultad para ocultar algo.

--¡Qué ajeno estará, se decia, de que lo estoy engañando! ¡lo que son los hombres! ahora es cuando él está mas seguro de mí, precisamente cuando tengo algo que ocultarle. Yo no me perdonaría esto, si se tratara de otra cosa; pero se trata de una cosa buena, de una cosa santa, de confesarme, de ser buena cristiana, y esto me tranquiliza.

Carlos, á su vez, no sabia qué hacer con Merced: su cariño habia recibido un nuevo impulso.

--¡Qué ligero he sido, pensaba, al creer que Mercedes me ocultaba algo! Esa tristeza y el estarse callada largos ratos, no era mas que apariencia engañosa. Gracias á Dios que se me ha quitado esta idea, que era un peso que me atormentaba.

El sábado llegó Carlos mas temprano que de ordinario, y detrás de él venia un mozo cargando unos bultos.

--¿Qué traes? le preguntó Mercedes.

--Cajas cerradas.

--¿Para quien?

--¿No lo adivinas?

--No.

--¡Ah!..... pues ábrelas.

--Tú tienes la llave.

--¿Yo?

--Sí..... aquí, en los labios.

Y Merced puso los labios para que se los besara su marido.

En seguida se abrieron las cajas.

—¡Otro vestido! exclamó Merced ¡y una manteleta!

—¿Qué tal?

—Es hermosísimo.

—Para el domingo.

Merced se puso colorada.

—He aquí mi programa, continuó Cárlos, y mi programa sin apelacion.

Merced creyó que debia no ver de frente á Cárlos y le dijo:—Sientate;—con objeto de apartarse un poco de la luz.

—La familia de Donceles, dijo Cárlos, cuando ya se habian sentado, tiene un dia de campo el domingo en su casa de San Angel, porque es el cumpleaños de una de las muchachas y nos han convidado. ¿Que tal?

—¿Dia de campo?

—Y estará espléndido. Ya lo ves, ese vestido es para el domingo.

—¡Que bueno eres!

—Con que el domingo á las siete de la mañana.

—¿A las siete? preguntó Merced acordándose de la intriguilla.

—Sí, á las siete viene el coche por nosotros.

—Es muy temprano.

—¿Para ir al campo?

—No, pero para disponerme....

—Todos los dias, á las seis ya estás lista.

—Sí, pero.....

—No hay pero, te pruebas el vestido para prevenir alguna demora.

—Pero..... el domingo.

—Nada tienes que hacer.

—Vienen visitas.

—¿A las siete?

—No, pero hay que esperarlas.

—Yo les mando avisar; ¿á quien esperas?

—A mis primas.

—Pero si tus primas van á San Angel.

—¡Ah! entonces está bien.....

Mercedes se quedó pensativa.

—¿En qué piensas?

—En que realmente es muy temprano.

—¡Ah! pues si te fuera muy molesto, dijo Cárlos picado.

—No, molesto no.....

—Realmente las siete es muy buena hora.

—Dices bien, dijo resueltamente Mercedes, viendo que no tenia remedio.

—¿Con que estarás lista? Ya sabes que allá son muy exactos, y me he comprometido solemnemente.

En la noche, Cárlos estuvo tan complaciente que invitó á Mercedes á ir á la casa de D. Pedro María.

Mientras Cárlos estaba en la sala con algunas visitas hablando de política y generalidades, Mercedes, doña

Rosario y dos tías, formaban un grupo en una recámara á oscuras.

—Pues no tiene remedio, decia doña Rosario; el padre Martinez te espera, y si no se aprovecha la ocasion, esto se queda en tal estado y será una lástima.

—Me ocurre una idea, dijo una tia.

—¿Cuál?

—Que se quede aquí Mercedes.

—¿Con qué pretexto?

—Dios me libre, dijo Mercedes.

—Al fin, es por tu bien.

—Que se finja mala.

—Eso es, dijo doña Rosario, le diremos á Cárlos que tienes un dolor y que aquí te quedas; mañana temprano sales, te confiesas, y te vuelves á tu casa; todo será una demora de una media hora, y ¿qué mas dá que vayas al dia de campo media hora despues? vale la pena de hacer este sacrificio por conseguir el resultado de que te pongas bien con Dios; mira que hasta he mandado componer el altar de la Purísima y tambien van á ponerse ese dia unos ramilletes blancos y azules, los ornamentos serán tambien blancos y azules y acá todos nos vamos á vestir ese dia blanco y azul; con que ¿qué te parece?

Mercedes vacilaba.

—Yo resolveré la cuestion, dijo una tia, muger como de cuarenta años que la echaba de espeditiva y lista.

—Entró á la sala y dijo á D. Pedro María de modo que lo oyeran todos:

—Tiene usted en su botiquin una poquita de manzanilla, Sr. D. Pedro?

—Cómo? qué?..... para quién?..... quien está enfermo? que se ofrece?..... á ver, á ver.

—No, no es nada, dijo la tia, es un dolor que le ha dado á Merceditas.

—¡Ave María Purísima! voy por la manzanilla.

—¿Qué ha comido? preguntó uno.

Cárlos pidió permiso para entrar: la otra tia que todo lo estaba observando se paró en la puerta y al ver llegar á Cárlos, le manifestó que estaban curando á Merced.

Doña Rosario, que oyó hablar á Cárlos, le dijo á Merced:

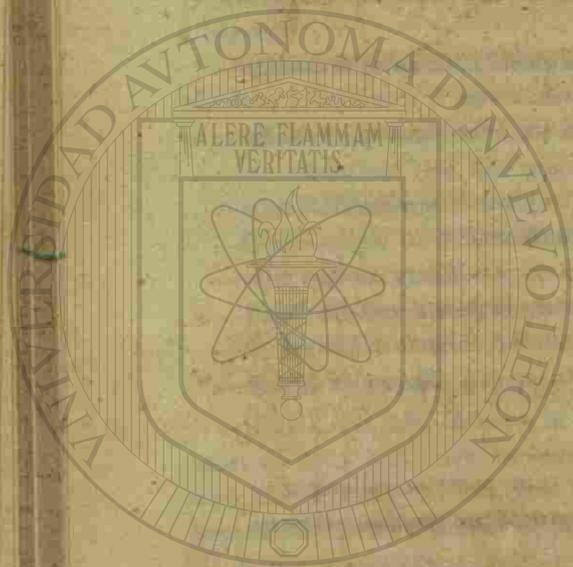
—Quéjate.

Merced tenia que elegir entre poner en ridículo á su familia, ó engañar á Cárlos, y optó por quejarse dolorosamente.

Se prepararon algunas drogas que doña Rosario se encargó de hacer desaparecer, y se desempeñó por doña Rosario y las tías el mas verosímil de los sainetes.

Despues del dolor vino el sueño y el silencio. Cárlos oyó las dos de la mañana, esperando el resultado; pero se le aseguraba que Merced seguia durmiendo y que otra vez que la habian despertado, habia vuelto á enfermarse.

Al fin consiguieron que Cárlos se marchara; y las viejas triunfantes aseguraban haberle quitado una presa al diablo al menos por el pronto.



CAPITULO XVIII.

CHUCHO EL NINFO HECHO POLLO.

A había trascurrido largo tiempo despues de los acontecimientos que acabamos de referir, cuando una circunstancia inesperada vino por casualidad á reanudar el hilo de esta historia, sirviéndonos dicha circunstancia de abundante materia, con agradable sorpresa nuestra.

Estábamos en el teatro Nacional, y nuestras miradas recorrian las localidades, pasando esa revista de que no se puede prescindir cuando se encuentra uno en el centro de una reunion. Algunos conocidos viejos, tal ó cual fami-

lia á quien habíamos dejado de ver mucho tiempo y muchas personas mas, fueron objeto de nuestra atención: en seguida nos arrellenamos, no diremos muy cómodamente, en nuestro asiento, disponiéndonos á gozar del espectáculo, cuando nuestra vista se fijó en un pollo.

Era el tal un jovencito como de catorce á diez y siete años, con el pelo castaño claro, hermosos ojos, tierna y sedosa barba, boca voluptuosa y fresca y magníficos dientes.

Estaba muy bien vestido: su ropa era flamante, su camisa de irreprochable blancura, y sus manos estaban oprimidas en unos guantes color de lila. El jóven era una de esas personas que tienen la misión de hacerse ver y el derecho de no pasar nunca desapercibidas.

En sus maneras revelaba el amaneramiento y el estudio: no cesaba de moverse cual si pesara sobre él la imprescindible obligación de cuidarse, de revisarse á sí mismo incesantemente. Ora se tocaba el nudo de la corbata para cerciorarse de si se le habia descompuesto; ora se veía los puños de la camisa para cuidar que salieran lo suficiente mas adelante de la manga de la levita, cubriendo la extremidad inferior del guante; ora recorría lentamente aunque con disimulo las costuras del guante, por si la seda hubiera podido faltar y descoserse; ora se arreglaba la barba, despues el pelo; ora en fin, tomaba una actitud que sostenia por largo tiempo, fingiendo estar preocupado con la vista de alguna jóven, pero en realidad nada veía.

Si se hubiera podido sorprender su pensamiento se le hubiera encontrado pensando que su figura era elegante, y que en aquella actitud realizaban sus prendas físicas á los ojos de algun observador que lo estuviese contemplando.

No era corto de vista, pero de vez en cuando creia darse un aire interesante plegando ligeramente los ojos, como si apurara la vista para distinguir algun objeto distante, y en seguida abria decididamente los párpados, pensando entonces que sus ojos tomaban la expresion interesante y franca que le era habitual.

Si se encontraba con la mirada de alguna jóven, se le veía afectar cierto disimulo y tomar una actitud que favoreciendo sus contornos, proporcionara á la interesada la ocasion de estudiarlo, de verlo bien, de convencerse de que aquel jóven era apuesto, elegante, buen mozo y gentil como un Adónis.

Este acopio de observaciones, enjendró en nosotros el deseo de averiguar quien era aquel jóven.

—¿Conoce usted á aquel pollo?

—No: es nuevo, me dijo un amigo, ya me habia llamado la atención.

Repetí esta pregunta y nadie pudo darme mas razon del jóven sino que se habia hecho ver: en suma, su exterior no habia pasado desapercibido para la mayoría; pero de sus antecedentes, nadie sabia una palabra, ni siquiera su nombre.

Me dirijí á uno de esos Perez que todo lo saben y tuve estos datos.

—Este jóven vive en la calle de***

Me dijo mi hombre una calle céntrica.

—Creo que es hijo natural de***

Me dijo el nombre de un personaje.

—Parece que lo ha reconocido hace poco, y pasa por su sobrino; pero es su hijo.

—¿Y cómo se llama?

—Se llama..... ya no me acuerdo de su nombre.

A la sazón me saludaba una señora desde la platea inmediata.

Esta señora, me dió al dia siguiente estas noticias.

—Yo sé perfectamente la historia del jóven, y supuesto que usted se interesa en conocerla, me dijo la señora, voy á contársela.

Viajaba yo hace poco en diligencia: antes de las cuatro de la mañana del segundo dia de viaje, entré al coche para acomodarme anticipadamente en mi asiento. No conocia á ninguno de mis compañeros de viaje; además la oscuridad era tal, que solo pude notar al cabo de un rato que entraban al carruaje un hombre, una muger y un niño.

Debo advertir á usted que yo sé dormir en diligencia, y que habia pasado en el meson una noche infernal, de manera, que apenas comenzamos á andar, me cubrí la cara y me dormí profundamente.

Quando desperté era ya entrado el dia; y pensé, lo pri-

mero, en mi exhibicion; iba á descubrirme ante mis compañeros de viaje y á darles los buenos dias; abrí un ojo y percibí al traves de mi espeso velo, que mis compañeros tenian tambien la cara cubierta y dormian.

Al cabo de un rato, despertó el compañero.

Esto me contuvo.

En seguida, despertó la muger, se descubrió, y al ver al compañero hizo un movimiento de sorpresa.

Esto acabó de decidirme á permanecer con la cara cubierta.

—¡Don Francisco! balbutió la señora y su semblante se descompuso notablemente.

—¡Elena! exclamó el compañero y tomó entre las suyas las manos del señor.

Aquí va á pasar algo bueno, dije para mí y no debo descubrirme; finjiré que sigo durmiendo. Hubo una pausa, durante la cual D. Francisco y Elena se quedaron viendo uno á otro, no sabiendo como romper el silencio.

—Todo se puede reparar, dijo D. Francisco.

—Es tarde; dijo aquella señora á quien nombraré Elena, supuesto que desde ese momento supe su nombre. Le confesaré á usted que cuando Elena dijo: ¡Es tarde! me acordé de la Traviata y estuve á punto de reirme.

—Para una reparacion nunca es tarde, hoy mi posicion es distinta, y no me pararé en los medios.

—Todo concluyó entre nosotros; ¡me ha hecho usted llorar tanto!.....

—Perdóneme usted, Elena, se lo pido á usted en nombre de nuestro hijo.

Elena llevó la mano á la boca indicando á D. Francisco que callase; en seguida le mostró el niño que iba dormido. D. Francisco lanzó una exclamacion, que por lo estrepitosa me pareció que requería un movimiento de mi parte; pero los actores de aquella escena parecían estar bastante preocupados con sus asuntos para cuidarse de mí.

Elena habia descubierto la cara al niño. No sé si sería el efecto de la luz rosada de la aurora; pero aquel niño me pareció encantador.

A D. Francisco le estaba pareciendo enteramente lo mismo que á mí, porque se puso muy inquieto y procuraba con ahinco besar al niño; pero Elena contenía á D. Francisco para que su hijo no despertara.

—Es mi hijo ¿no es verdad?

Elena contestó con una mirada de madre.

Aquella mirada fué un sí mudo de los mas elocuentes que yo he visto.

Como éramos solo cuatro pasajeros ocupábamos los cuatro rincones de la diligencia; pero D. Francisco desde las primeras palabras del reconocimiento se habia pasado al lado de Elena.

Llegamos á la primera posta, y me fué preciso despertar.

Como la primera parte de aquella historia habia pasado, segun sus actores, desapercibida para mí, supuesto que me creían dormida; D. Francisco y Elena adoptaron,

sin ponerse de acuerdo, un estilo enigmático para poder continuar su interesante diálogo delante de mí.

—*El* está dispuesto á reconocer á su hijo, y ya corre de su cuenta.

—*Pero ella* tiene miramientos que guardar, y compromisos que respetar.

—Todo lo demas importa poco; lo esencial es que *él* ha encontrado á su hijo.

Como es de suponer, la conversacion se mantuvo animada en todo el camino, y yo tuve ocasion de enterarme de una intriga que referiré á usted con todos sus pormenores.

Creí no volver á ver á aquellas personas, y aun por lo pronto no supe su paradero; pero hace algunas noches he sabido que el niño aquel de la diligencia, es precisamente ese jóven por quien usted se interesaba en el teatro, y el mismo que pasa hoy ante la sociedad como sobrino de D. Francisco á quien usted conoce perfectamente.

—Y sabe usted el nombre del jóven? le pregunté á la señora.

—Sé que se llama Chucho, pero en cuanto á su apellido corren varias versiones: unas le dan el de D. Francisco, otras le llaman Flores, y mas generalmente le he oido llamar "Chucho el Niño."

En esta época en que ya Chucho el Niño figuraba en la categoría de pollo, Elena habia vuelto á México, madre de dos niños que en nada se parecían á Chucho, y á quienes todos conocian con el nombre de los niños Aguados.

Con diez años mas, Elena estaba ya completamente tranquila en materia de posadas; pero no así con respecto á sus asuntos.

Las amigas de Elena apenas la reconocian; habia desaparecido por completo aquel resto de gentileza y aquella morbidez que tanto efecto hicieron en el coronel, con quien segun expresion de la misma Elena, habia purgado todos sus pecados.

Con el último de los niños Aguados, habia caido sobre Elena el crudo otoño blanqueando sus cabellos.

Por lo que toca á Chucho, al poco tiempo de su reconocimiento por D. Francisco, se separó de su mamá para vivir en una hacienda al lado de D. Francisco, á quien desde entonces llamó su tío; de manera que hacia cerca de diez años que no veia á su madre, y por supuesto no conocia á sus hermanitos.

Chucho al pasar de la casa materna á la de su tío, llevando todos los defectos de su educacion afeminada, no hizo mas, por desgracia, que agregar á sus costumbres malas y viciadas todos los defectos inherentes á la ociosidad opulenta.

Don Francisco era un rico-home, pagado de su hacienda y jurando que no hay nada mas allá de una buena cosecha de trigo.

Don Francisco creia dedicar á su sobrino al campo, y en realidad á eso lo dedicaba prácticamente, desechando el estudio teórico de la agricultura, los conocimientos anexos y las aplicaciones de la ciencia; pues D. Francisco

era de los que se reian de los libros como invenciones de extrangeros muy propias para otros climas y otras costumbres; pero no para este país privilegiado en el que la madre naturaleza es tan pródiga.

Don Francisco vivia solo, pasaba por viudo, y como la mayor parte de su vida la habia empleado en el campo, su salud era perfecta y representaba menos años de los que contaba.

Chucho se fastidiaba soberanamente en medio de las monótonas tareas del campo, y el aislamiento en que vivia lo obligaba á buscar incesantemente un género de distraccion mas adecuado á sus instintos que los surcos y los herraderos, las pizcas y las matanzas.

No tardó Chucho en acreditarse en mas de veinte leguas á la redonda, y era tenido por las lugareñas y rancheritas de las haciendas y pueblos colindantes, como un excelente bailador, galante y apuesto como pocos.

Entre aquellas buenas gentes, Chucho no era conocido con el apodo de Chucho el Niño, sino por «*el niño de la hacienda;*» en cambio Chucho nunca llegó á acreditarse ni de labrador ni de valiente; pero sí alcanzó renombre entre el bello sexo, que se disputaba á porfia los favores del niño de la hacienda.

Toda la servidumbre de D. Francisco, inclusa la peonada, que era numerosa, le llamaban á Chucho *el niño*.

Con estos antecedentes y despues de este aprendizaje y noviciado, Chucho vino á México despues de diez años de ausencia, apareciendo de la noche á la mañana en los

altos círculos, á donde ingresó por medio de las relaciones de D. Francisco, quien en su carácter de antiguo y rico labrador cultivaba relaciones con esa parte de la sociedad mexicana que representa la aristocracia del capital.

No tardó Chucho en verse rodeado de los jóvenes mas elegantes y en contraer amistad con las principales familias: se exhibió en Bucareli en el coche de D. Francisco y algunas veces montando magníficos caballos.

CAPÍTULO XIX.

EN EL QUE, ANUDANDO EL HILO DE LA HISTORIA,
VOLVEMOS Á ENCONTRAR Á NUESTROS PERSONAJES.

No pasaba día por Perez.

Los diez años trascurridos habian probado la excelencia de las razas primitivas, pues como sabe el lector, Perez era trigueño, y su negra cabellera era de esas que saben resistir el hielo de los años.

Perez nunca olvidó á Elena; su amor resistió á la prueba del tiempo, de la ausencia y de la distancia, y siempre estuvo al tanto de la vida de Elena; de manera que Pe-

rez fué el primero que en México supo el regreso de ella y el único que se adelantó á recibirla en la garita.

Perez, que habia conservado la imágen de Elena mórbida y graciosa y mostrando sus piesecitos azules en las boleras, estuvo á punto de desmayarse al encontrarse frente á la vieja mamá de los niños Aguados.

Jamás el estrago del tiempo fué tan manifiesto, y Perez no daba crédito á sus propios ojos; pero aquella señora mayor era Elena á pesar de todo: y apenas habia cosa mas natural, pues esta ilusion de Perez frisaba en los cuarenta y ocho.

Elena confesó á Perez llorando, que alucinada con el coronel lo habia preferido; pero que esta preferencia la habia hecho probar todos los sinsabores imaginables.

—Muy poco tiempo me bastó para conocer que el coronel Aguado es un monstruo.

—Lo creo, dijo Perez: en cambio ha necesitado usted diez años para saber que Perez ha sido y era su buen amigo, y que hubiera llegado á ser.....

Perez no se atrevió á pronunciar la palabra.

Elena le pagó aún con un guiño, que los pies de gallo de sus ojos y la falta de dos dientes se encargaron de hacer grotesco.

Perez esperaba á Elena solo para no dejar sin sepultura sus ilusiones.

En la casa de D. Pedro María las cosas habian cambiado tambien. Angelita se habia casado con Gonzalez y Pablito era periodista.

El casamiento de Angelita difirió esencialmente del de Mercedes; y la razon suficiente para que este enlace hubiera sido del agrado de la familia, fué esta:

Gonzalez se confesaba con el padre Espinosa.

De manera que Angelita tuvo el gusto de casarse con toda la solemnidad que el caso requería, pues hubo baile en la casa de D. Pedro María la noche de la toma del dicho, baile en la ceremonia, y dia de campo el dia de la velacion.

Mercedes tenia una niña, único fruto de su matrimonio.

Mas adelante impondremos al lector de lo que acaeció en todo el tiempo trascurrido.

A los dos meses de haber venido Chucho á México llegó Elena, y por conducto de Perez, madre é hijo se vieron despues de tan larga ausencia.

La pasion del lujo y las comodidades tiene el funesto poder de marchitar los sentimientos y de secar el corazon.

A Chucho le faltaba este otro toque: ser mal hijo.

Efectivamente, recibió con frialdad á su madre é hizo veinte gestos porque la encontró en mal predicamento; le parecieron muy feos sus medios hermanos, y apresuró el término de su primera visita.

Chucho procuró olvidar la prosa de su infancia desde que empezó á hacer el papel de potentado, y despreciaba todo lo que no estuviera en armonía con su refinamiento y sus pretensiones de gran señor.

Chucho llegó á tener un solo culto: su persona. Un solo deseo: parecer bien.

El esmero que empleaba en su persona absorbía la mayor parte de su tiempo, y se exhibía en el resto que le quedaba libre, seguro de aumentar el número de sus conquistas.

La vida sibarítica de Chucho en la época en que el desarrollo físico acaba por tomar su rasgo fisionómico, imprimió en su semblante un gesto que revelaba tanto bienestar como suficiencia.

Chucho tenía siempre los labios entreabiertos, mostrando una parte de los dientes superiores, los que generalmente le ayudaban á su labio superior á pronunciar las bb. Chucho, además, silbaba las ss, y pronunciaba ligeramente las zz; de manera que su pronunciación era dulce, blanda y se alejaba un poco de la manera con que en México se pronuncia el español.

Este modo de hablar de Chucho era nuevo y resultado de un estudio especial: además hablaba muy despacio.

Chucho repugnaba la acentuación varonil y combatía en su fisonomía la venida de esas líneas que deciden el aspecto viril. Chucho deseaba aparecer niño, y una mancha en el cutis la hubiera conceptualizado como una verdadera desgracia.

El uso del cold-cream había realizado su ensueño de tener una tez virginal; había logrado mantener arqueadas las pestañas, calentándoselas con un instrumento de su

invención; se pintaba los labios con carmin, y tenía diez preparaciones diversas para conservarse la dentadura.

Había logrado convertir su cabello lacio y opaco en ensortijado y brillante; conocía todas las preparaciones adecuadas al efecto, y empleaba gran número de peines y cepillos en su tocador.

Se hacía servir por un camarista que le ayudaba á desnudarse.

D. Francisco lo quería mucho; pero á pesar de esto solía reprocharle aquel exceso de afeites y composturas.

—Estéban, decía Chucho una mañana á su camarista, saque usted un pantalon claro y un gaban ligero, porque voy á Petit Versailles.

El camarista trajo tres pantalones claros.

—Muy bien: colóquelos usted sobre las sillas y traiga usted el gaban.

El camarista trajo los gabanes.

—Vea usted, Estéban; vaya usted casando gabanes y pantalones para elegir.

En seguida Chucho hizo una seña para que Estéban acercase una silla, y se sentó frente á su ropa. Después de un detenido estudio dijo al camarista sin moverse:

—Mire usted, Estéban: el pantalon color de lila y el gaban azul. ¿Tengo chalecos blancos?

—Sí señor.

—Pues deme usted uno de solapas: en cuanto á cor-

batas, es necesario que sea muy ligera y cuyas puntas floten.

—En el campo, pensó Chucho, es gracioso que la estremidad de la corbata se agite con la brisa; de manera que una mascarada de gasa de seda á cuadros me caerá muy bien: los guantes bien pueden ser color de yesca; este color sobre el lila del pantalon hace buen efecto.

Estas disposiciones las tomaba Chucho envuelto en una bata de cachemira y calzado con pantuflas de raso verde bordadas con cuentas de vidrio.

A poco rato empezó á asearse: templó el agua del lavamanos, donde virtió algunas gotas de vinagre aromático; usó varias aguas y distintos jabones y se enjugó con una toalla finísima: en seguida se puso cold-cream y despues polvo de arroz; se limpió los dientes, hizo buches y se pintó los labios: se dedicó á rizar su cabellera, procurando que dos rizos le sombrearan la frente, dejándolos caer simétricamente y como por casualidad; usó del cosmético blanco para asentar ciertas partes del pelo y se puso brillantina en la barba.

Hizo sonar un timbre y el camarista apareció para vestirlo.

Dos horas despues de haber empezado aquella série de operaciones y preparativos, Chucho quedó irreprochable.

Se presentó en la reunion, saludó con desden á algunos caballeros, con cariño á algunos pollos y con esquisita afabilidad y detenimiento á las muchachas.

—Cómo está usted, Leonor? Pero que preguntal cómo



Chucho el Niño.

ha de estar ustedl bien, muy bien, encantadora como siempre.

—Y usted, como siempre! galante.

—Que quiere usted, hija, yo soy así con el bello sexo. ¡Que hermoso está su vestido de usted! lo ví en casa de Coralia, esas bellotas son graciosísimas, ha tenido usted una eleccion brillante: como siempre, hija, como siempre.

—Gracias, Chucho.

Pasó en seguida Chucho á otro grupo y dió la mano á cinco pollas.

—¿Por qué veniste tan tarde? le dijo una en voz baja.

—Me estaba vistiendo.

—¡Jesus! que tocador tan largo.

—Que quieres, hija, yo no soy soldado ni pastor, yo estoy acostumbrado á mis comodidades, y luego, como tengo ya tanta ropa, me tardo mucho en elegir, pero no en balde, ¿te parezco bien?

—Eres muy coqueto; oye, cuidado como te veo hablar tanto con Leonor!

—¿Te encelas?

—No, pero no me gusta.

En seguida habló Chucho con una señora casada que estaba en un cenador con su hija pequeña.

A la sazón dos caballeros un poco apartados de la reunion, no habian perdido uno solo de los movimientos de Chucho.

—¿Qué opina usted del Ninfo?



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

—No es él quien me llama la atención, sino las señoras.

—¿Por qué?

—Porque lo aceptan, en lo general, con entusiasmo.

—Yo creo que se burlan de él.

—Está usted en un error, yo creía lo mismo porque es natural creer que la mujer tiene formado otro bello ideal del hombre; pero no es así: la mujer tiene sus aberraciones y esta es una de ellas. Ese joven afeminado no solo es bien recibido, hay algo más.

—¿Es posible?

—Vea usted aquella joven de vestido color de rosa.

—Ernestina?

—Sí, creo que así se llama.

—Y bien?

—Esa joven está profundamente enamorada del Ninfa.

—Pero bien, es una niña.

—Observe usted aun.

—¿A quién?

—A Mercedes.

—¿La mujer de Carlos?

—Sí.

—¿Sería posible?

—Vea usted qué desgracia!

—Pero si Carlos es todo un hombre y comparado con este títere.....

—Estudie usted y se persuadirá de que tengo razón.

—¿Pero qué clase de atractivo tiene ese joven?

—Todavía no dé usted rienda suelta á su sorpresa, ya le impondré á usted de otras cosas.

Un grupo de pollas se habia colocado cerca de un cenador.

—El que mas me gusta, es Chucho.

—Nadie está tan bien vestido como él.

—¿Has visto que boca tan preciosa?

—¿Y qué piel!

—Y tan elegante!

—¿A Ernestina la enamora?

—Se divierte con ella, á mí me lo dijo.

—Todas dicen que es muy enamorado, pero no es cierto; lo que tiene, es galante.

—Es cierto, á mí me galantea pero no me enamora.

—Conmigo hace lo mismo.

—Pues á mí, no me gusta Chucho, es demasiado pulcro.

—¡Están verdes! dijo una polla cantando.

—¿Verdes? si yo quisiera.....

—Ya se vé, como eres tan bonita.....

—No, pero tengo mis razones.

Dos de estas pollas estaban mas que en buena disposicion para corresponderle á Chucho, y allá en el mundo encantado de sus ensueños de niñas, adivinaban una dicha misteriosa y rara en el amor de aquel pollo tan buen mozo, tan elegante, tan aseado y tan simpático.

En cuanto á Mercedes, debemos decir que en el campo de sus elucubraciones, se cruzaban en tumultuoso torbellino ideas que la hacian estremecer.

—¿Porqué ví á ese jóven? Es cierto que casi no es mas que un niño, pero ¿por qué me persigue su imágen por todas partes? ¿por qué me hace temblar á pesar mio? Ayer oí decir que es fátue, que es tonto y aun le tacharon de... no sé qué..... y esto, en vez de alejarlo de mí memoria, lo acerca á mí, porque lo compadezco; es la envidia, porque no es brusco ni ordinario como los demas. Temo que me venda mi emocion, quiera Dios que no me hable..... no me hablará, se lo tengo prohibido..... ¡Ay Dios miel si lo notaran..... No debí haber venido, porque no me siento con fuerzas para aparecer serena ó indiferente, ni siquiera contenta.

—Mercedes, dijo Cárlos, viendo á Merced en el cenador, ¿qué haces aquí tan sola?

—Me parecia que la niña está mal.

—¡Mi hijal! ¿qué tienes? preguntó Cárlos á su hija acariciándola.

—Estoy cansada, papá.

—Le hace daño el sol, agregó Mercedes, y la traje aquí donde hace menos calor.

Perez estaba allí.

Perez habia ido en el coche, con Cárlos y Mercedes. Perez se habia encargado de los abrigos, de las sombrillas y de algunos bultitos que contenian los botines usados de Mercedes y la botella de la bebida de la niña.

Aunque aquel círculo representaba una parte bien encopetada de la sociedad, todos conocian á Perez y Perez conocia á todos los concurrentes y á todos los cocheros.

Perez habia cuidado de que se sombrearan los coches, habia encontrado lugar para poner abrigos y paraguas, y era un intermediario utilísimo entre los convidados y los anfitriones y aun le sobraba tiempo para tomar parte en las intriguillas de amor.

Cuando vió que Cárlos hablaba con Mercedes se puso en guardia, se acercó, fingió andar distraido; pero observaba.

En seguida sustituyó á Cárlos en el cenador y entró acariciando á la niña.

—Hay novedad? preguntó con disimulo á Mercedes.

—No, está bien; está contento.

—Por Dios! mucho cuidado.

—Que desgraciada soy, Perez!

—Sea usted discreta; no se hablen.

—Dígale usted á Chucho que ni me vea.

—No tenga usted cuidado.

Acto continuo, Perez hablaba con Chucho que era el único de los hombres que no jugaba á los bolos, pretextando estar enfermo del brazo derecho; pero en realidad lo que Chucho evitaba era el quitarse los guantes y descomponerse la ropa con ese ejercicio, para Chucho muy fastidioso, de los bolos.

—Te voy á pedir un favor, Chucho.

—Cuál?

—Que ni la vista le dirijas á Merceditas.

—Ya dijo algo Cárlos?

—No; pero ella está muy aflijida.

—Que tonta! dígale usted que no tenga cuidado, que voy á disimular enamorando á Ernestina.

—Eso es, porque esto de las señoras casadas es muy serio; no te expongas á un lance.

—Lo que es por eso, ya sabe usted que manejo las armas.

—Ave María Purísima, niño!

—No tenga usted cuidado.

He aquí el efecto que Chucho hacia en la reunion, efecto que Chucho conocia perfectamente y que por lo mismo lo infatuaba mas y mas.

Para Chucho el mundo era un festin hecho para él; vivia en sí mismo y nada de lo que le rodeaba dejaba de contemplarlo como hecho para su deleite.

Las amargas censuras de que se apercibia lo enaltecian á sus propios ojos; ser el objeto de una crítica mordaz, era para Chucho un placer de amor propio; jamas pulla alguna dejó de estrellarse en la tranquila conviccion de que era hija de la envidia.

Acreditarse de pillo en materias de amor era su aspiracion favorita.

—He aquí un Lovelace, dijo un jóven á otro, refiriéndose á Chucho.

—Tiene usted fama de terrible, le dijo el otro jóven.

—No es para tanto: no me debo quejar de las mugeres, pero en realidad hago lo que todos.

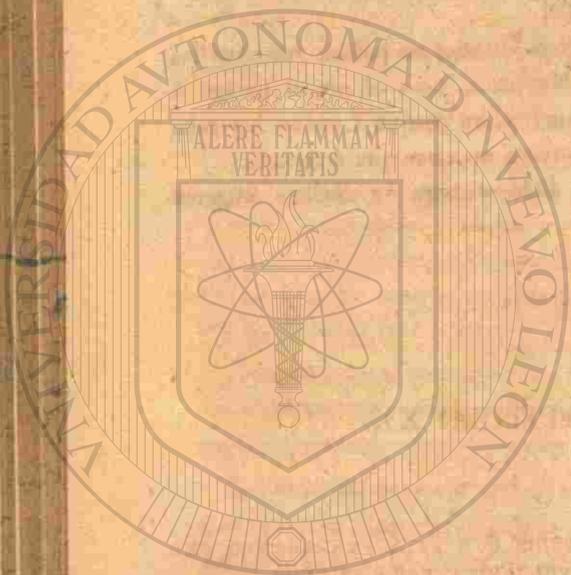
—No; algo mas que todos, por ahí hay algunas casaditas.....

—Qué quieren ustedes, las mugeres casadas.....

—Bravo por el niño!

Al hablar de mugeres casadas no podian referirse los jóvenes mas que á Mercedes, pero el plural halagó á Chucho y no lo reclamó; y era porque Chucho aspiraba mas á que se le atribuyera un amor que á tenerlo.

A este vil precio hirió la honra de muchas mugeres honestas.



CAPITULO XX.

OTRO MATRIMONIO FELIZ QUE ESTÁ PREPARANDO UNA ERUPCIÓN VOLCÁNICA PARA CUANDO LA ESCENA LA REQUIERA.

ANGELITA y Gonzalez tuvieron una luna de miel estrepitosa; los dos eran muy alegres y no habia semana que no se entregaran á los inocentes placeres de una tamalada, de unos chongos, de una merienda casera, ó de un bailecito improvisado.

Gonzalez era la solucion del movimiento continuo, y traia á Angelita de casa en casa, de teatro en teatro, de tertulia en tertulia, y de noche de fonda en fonda; porque

ademas de las estimables prendas que adornaban á Gonzalez, era gastrónomo.

Entre sus regalos de boda, envió á Angelita un diccionario de cocina.

Gonzalez era bueno, inofensivo, empleado de hacienda, y marido á pedir de boca; jugaba á las damas con su muger y se chanceaba mucho con ella.

A su casa iba todo el mundo y él iba á todas partes; vivía de prisa y llenaba sus horas con una festinacion extraña; se fijaba poco en todo, y era distraido y olvidadizo.

Un dia se le olvidó que Angelita lo estaba viendo é hizo una declaracion de amor á una señorita.

Esta distraccion le proporcionó la dicha de hacer un descubrimiento.

Angelita era celosa.

—Adios! dijo Gonzalez, mi muger tiene esa fea manía; si fuera como yo!—Angelita, le dijo á su muger al tercer dia de que esta no le habia dirigido la palabra: perdóname lo de la declaracion y no te vuelvas á formalizar por esas bagatelas.

En efecto, la tal declaracion de amor habia sido en Gonzalez una humorada, que él mismo estaba muy lejos de formalizar; pero no hubo poder humano que persuadiera á Angelita de la inocencia de su marido: ruegos, súplicas, protestas, pruebas, todo fué en vano; Angelita puso el grito en el cielo, comunicó su desgracia á su familia, habló de divorcio, de separacion, de alimentos, y de otra porcion de cosas graves, y se empeñó por último en aca-

bar con la paz de su matrimonio, y consiguió tambien que el bueno, el sencillo, el pacífico Gonzalez se formalizara en fuerza de aquella obstinacion estúpida.

La gravísima cuestion de la felicidad doméstica, en la que tanta parte tiene la muger, suele ser arrojada por esta al basurero en un tumbo de dados.

La falta de prudencia en la muger, está convirtiendo todos los dias los nidos de palomas en pequeños infiernos.

Gonzalez se enflaqueció en quince dias, y lejos de buscar en su casa el solaz y el descanso, y de ir con ansia á probar la miel de los placeres domésticos, se fastidiaba sentado en un café, ó inventando nuevos modos de distraerse.

Volvia á su casa con la esperanza de un cambio favorable; insistia de nuevo, hablaba mucho, y no conseguia mas que oír llorar á su muger en todos los tonos, y volvia á salir al aire libre.

Tan obstinada anduvo Angelita que Gonzalez tuvo ocasion de contraer una amistad.

Fué invitado una noche para concurrir á un bailecito: la manera misteriosa con que lo convidaron le picó la curiosidad.

Angelita habia acertado aquel dia á estar insoportable de manera que Gonzalez deseaba la noche con ansia.

El bailecito estaba ameno: las niñas eran alegres, los hombres conocidos, la cena abundante y la cordialidad no tenia límites.

Muy pronto Gonzalez tuvo compañera: era una jóven de hermosos ojos, de flexible talle y de buenas maneras.

Se llamaba Concha.

No habia amado mas que á Arturo, que murió en un duelo, y á un general que se habia lanzado á la revolucion, como su papá, que ya era coronel.

Los lectores de la *Linterna Mágica* ya conocen á Concha.

Pues Concha era la compañera de Gonzalez.

Gonzalez acometió la empresa de consumir su primera infidelidad, como por vía de compensacion, ahogando el ultimo escrúpulo en ponche caliente.

Muy pronto llegó á conocer Angelita que Gonzalez habia cambiado efectivamente.

Aquel matrimonio era ya desgraciado.

.....

Cuando Chucho el Ninfo se retiró á su casa la noche del dia de campo, lo primero que hizo al llegar, fué mirarse al espejo y obsequiarse á sí mismo con una sonrisa; sacó de sus bolsillos una violeta, que colocó entre las hojas de un libro, y escribió la fecha del dia, en la página; en seguida, sacó un pañuelo perfumado y lo guardó en una cajita, y por último, desdobló un billete amoroso y se puso á leerlo en voz alta:

«Chucho de mi vida,» decia el billete, «solo te escribo por si no tenemos tiempo para hablarnos. ¿Es cierto que me amas? dímelo mil veces. Ya sabes que yo seré hasta la muerte tu

«ERNESTINA.»

—Estó no vale nada, exclamó Chucho, esta es una niña, pero de tan buena familia, que es necesario seguir en estas relaciones. ¡Ah! yo creo que me ama con locura... Ya veremos.

En cuanto á Lola y á Julia, ya cayeron; y son tres; pero la que me tiene inquieto es Mercedes; su marido es tan brusco..... Muy bien, Chucho, has hecho hoy un efecto mágico..... Ya se ve, era yo el mas elegante; pocos saben vestirse como yo.....

En seguida Chucho llamó á su camarista, que comenzó á desnudarlo.

Al dia siguiente, Chucho se vistió estudiando la manera de hacer completo contraste con el traje de la víspera, y se dirigió á la casa de Merced, á hora en que Cárlos no estuviese en casa.

Encontró á Mercedes entregada á sus labores domésticas.

Su saludo casi fué sin articular una palabra.

Merced le dió la mano temblando y al cabo de un rato de silencio dijo:

—Me concede usted por fin, el favor que le he pedido.

—¿Cuál?

—Que no nos veamos mas.

—¿Por qué?

—Por compasion.

—Yo no puedo abandonar á usted nunca.

—¿Ni en obsequio de mi tranquilidad?

—Usted no estará mas tranquila cuando no nos vea-

mos, á menos que mi presencia le sea á usted odiosa; lo cual no creo.

—¿Y el odio y el amor, preguntó Mercedes, deberán ser los únicos móviles de nuestras acciones? Yo he tenido la debilidad de no poder ocultar lo que siento, pero en cambio tendré la fuerza suficiente para luchar conmigo misma y sacrificar mis sentimientos á mis deberes.

Chucho, para quien no era el amor sino la fatuidad el móvil de sus acciones, á falta de un arranque apasionado, de que no era capaz, recurría á medios mezquinos para luchar.

—Y está usted segura de que su marido de usted cumple á su vez con esos deberes?

—Sí.

—Es usted muy niña, usted no sabe lo que pasa.

—No quiero saberlo, interrumpió Mercedes temiendo el efecto de esta prueba.

—Pues bien, está usted en su derecho, es usted libre desde el momento en que Cárlos ha roto los lazos.....

—No siga usted.

Mercedes á su vez no sabia luchar, pero en su interior sentia toda la fuerza y la energía suficientes para resistir á la seducción á pesar del vivo amor que sentia por Chucho.

—De todos modos, ruego á usted que esta sea nuestra última entrevista.

—Imposible.

—¿Pretende usted perderme?

—No, amarla siempre.

—Usted no me ama.

—Con toda mi alma.

—Pues si ese amor es verdadero, respéteme usted y ennoblezca su cariño con un sacrificio.

—Esos sacrificios son de las comedias, Mercedes, yo no soy cómico.

—¡De las comedias!..... yo creo que esos sacrificios son de las almas grandes.

—La mia es pequeña y no me comprometo á hacer ese sacrificio; no puedo, porque la amo á usted.

Cuando á este punto llegaban, por lo general el diálogo era interrumpido por una de esas mil contrariedades que surgen en el hogar doméstico: mucho tiempo pasó sin que llegara la solución tan deseada por Merced, cuanto temida.

Al recorrer los datos de esta historia, nos hemos preguntado algunas veces: ¿Por qué Mercedes amaba á Chucho y no á Cárlos? ¿qué especie de prestigio fatal revestía á Chucho que para ciertas mugeres era de un atractivo irresistible? Cárlos valia mas y era mas digno del amor de Mercedes, ¿por qué, pues, no lo amaba?

¡Cuan difícil es penetrar en el corazón de la muger y explicarse las aberraciones en que incurre!

Ya hemos dicho que el primer pensamiento que preocupó á Mercedes recién casada, fué el que contiene esta frase:—Ya estoy casada.

Cárlos habia pensado lo mismo.

A este pensamiento sucedió un vacío; al vacío la tristeza; á la tristeza el fastidio.

Mercedes encontraba á Carlos frío, serio y demasiado circunspecto, aunque nada tenia que reprocharle.

Carlos pensaba que Merced era incapaz de comprenderlo.

Mercedes, movida por los primeros impulsos vagos y sin objeto del amor, encontró por lo pronto en Carlos una encarnación que convirtió en su objeto amado; pero en el fondo misterioso del corazón de la mujer hay gérmenes que no se desarrollan, é impulsos que perecen al soplo de no sabemos que viento frío y funesto.

El amor de Mercedes no encontró incentivos en el matrimonio; no parecia sino que este enlace habia segado un botón, habia inutilizado un germen, y al presente se convertia en la tumba de las ilusiones de ayer.

Cuando Mercedes procuraba explicarse estas tristezas y estos desvios, no encontraba mas que un motivo:

Decian que Carlos era hereje.

Y lo era en efecto? No, Carlos era simplemente desprecupado y su ilustración le habia permitido proibir los errores del fanatismo.

Mercedes, por el contrario, tenia la religion de la forma y estaba acostumbrada á no examinar ni su propia fé, á no discutir, por no pisar un terreno vedado; á obedecer, por no incurrir en una falta; á detener el vuelo del pensamiento, por no penetrar á la region del pecado.

Como todas las imaginaciones perezosas y como todas

las almas débiles, el mundo espiritual que envuelve las altísimas cuestiones de la moral y la filosofía, estaba convertido para Mercedes en un comercio sencillísimo y fácil; y deprimiendo sus propias facultades y coartando el desarrollo de sus ideas, limitaba lo espiritual y todo lo grande á una práctica material: no mediaba para Mercedes distancia entre su alma y su salvación, que la que habia de su casa á la iglesia: la inmortalidad, la gloria, Dios, estaban al alcance de su mano con la intervencion de un sacerdote con quien Mercedes creia tener una cuenta corriente de fácil y espeditivo saldo; de manera que cuando Mercedes pensaba mucho en Chucho el Ninfo, y esto, como era natural, le parecia malo, se confesaba, cumplia la penitencia y quedaba tranquila.

Mercedes no tenia la intencion de faltar á sus deberes, antes bien, abrigaba la seguridad de combatir á todo trance aquel peligro. No podia despedir á Chucho; Chucho era muy bien recibido por Carlos, era un jóven muy caballero y muy distinguido; y el confesor de Mercedes habia opinado que no debia exacerbarlo y convertir tal vez una idea loca y vaga en una pasión funesta.

Mercedes no tenia mas que dos cosas que ocultar á su marido: su amor á Chucho y sus repetidas confesiones; y de vez en cuando alguna que otra conferencia con doña Rosario; porque, como segun decia la familia, Carlos estaba tan mal dispuesto, que no era prudente tener intimidades de las que pudiera resultar un disgusto.

En cuanto á Chucho, era incapaz de todo arranque apa-

sionado y fogoso; era frío por temperamento, frío por egoísmo y retraído en su ensimismamiento; de manera que para Chucho, el amor no era el impulso irresistible que lo inducía á obrar. Chucho aceptaba el amor como asunto de entretenimiento y pábulo á su vanidad: Chucho sabía quitar el honor á las mugeres, como los niños se quitan unos á otros sus juguetes: sus empresas amorosas no las coronaba el resultado inmediato de sus víctimas, sino el escandalillo y el rum rum de las gentes.

Chucho prescindía de toda conquista á la sombra, y no tenía atractivo para él un amor oculto, ni unas relaciones amorosas que no le atrajeran la envidia y la murmuración de propios y extraños.

Y no se crea que describimos en Chucho un ser fantástico, novelesco, y que á fuer de aparentar originalidad le prestamos tintas de nuestra propia cosecha, no señor; por desgracia en esta época y en esta sociedad abundan estos adeptos del escándalo y de la inmoralidad.

Chucho había aceptado el amor como su profesión, como su destino, y estaba persuadido de que la bella mitad del género humano es una colección de chácharas para regalo del hombre que sabe dedicarse á estos inocentes entretenimientos.

Por eso para Chucho el Ninfa eran bagatelas las altas cuestiones del honor, de la felicidad doméstica, del porvenir de la muger, del respeto á las leyes; y estaba muy lejos de comprender ni la abnegación ni la nobleza en el amor.

Chucho se ocupaba en el mundo solo de sí mismo; y en consecuencia, su primera conversación, su primer asunto era su persona, y para enaltecerla decía, haciendo alarde de un cinismo que le parecía de muy buen efecto:

—Yo no soy jugador, no soy borracho, no soy ladrón; lo único que tengo es alegre: me gustan las hembras y nada más, y como todas me hacen formal me dedico al ramo.

Chucho solía con frecuencia verse rodeado en una cena de Fulcheri, de media docena de pollos á quienes se encargaba de edificar. Allí era donde Chucho se daba el papel de protagonista, y donde se exhibía abiertamente y sin reserva.

Hacer alarde de cinismo y desvergüenza, y afectar una filosofía disolvente é inmoral es patrimonio de nuestros modernos Lovelaces de quince años.

Algunos conocidos de nuestros lectores rodeaban una vez á Chucho el Ninfa en una mesa de café.

—Que afortunado es este maldito! dijo un pollo que se llamaba Pio Prieto, y permitiéndose este adjetivo: *maldito*, como su entrada á la confianza de Chucho.

—Por qué? preguntó este.

—¡Cómo por qué! yo le conozco á usted más de cuatro muchachas á cuales más lindas.

—Que cuatro! dijo Pio Blanco; tiene más.

—Contémoslas, dijo un tercer pollo, que se moría por refrescarle la sangre á Chucho.

—Ernestinal! dijo Pio Prieto sacando los dientes.

—Y Lola, agregó Pio Blanco.

—Y Mercedes.

—Calle usted, Pio, dijo Chucho pavoneándose de satisfacción.

—Que dichoso es usted! agregó Prieto, lamiéndose los labios.

—Todo por tres chicas! eso no vale la pena.

Chucho el Ninfo no avanzaba sustancialmente en sus pretensiones con Mercedes, y esta seguía luchando con denuedo; pero en cambio se murmuraba ya en alta escala de estos amores, que Chucho negaba de una manera tal, que cada negativa suya era una confirmación.

CAPITULO XXI.

EL AMOR CONSIDERADO COMO ARTÍCULO DE PRIMERA NECESIDAD.

ENTRETANTO, Gonzalez creía haber encontrado una perla en el muladar, y se felicitaba por haber tenido esa fortunita.

—La chica es guapa, exclamaba Gonzalez á sus solas; yo siento ser infiel, pero cómo ha de ser!..... mi muger se ha empeñado en hacerse odiosa, y las cosas han venido de rodada. Si yo hubiera seguido siendo caserito merced á las buenas prendas de Angelita, no hubiera andado de aquí para allí como un loco buscando entretenimiento; pero Angelita llegó á aburrirme y me sucedió es-

ta atrocidad..... y ahora, á lo hecho pecho, adelante; yo procuraré que mi muger nada trasluzca; porque si tal cosa sucediera me armaban un escándalo gordo.

Dirémos en que predicamento encontró Gonzalez á

Concha.

Concha habia amado, como saben ya nuestros lectores, primero á Arturo, despues al general y despues á Pio Blanco. Tras de Pio Blanco, asomaron la cabeza las mil necesidades que Concha hasta entonces habia tenido cubiertas.

La muger, tan mal jugada en materia de equilibrio social, cuando pasa de la categoría legal de esposa ó hija, tiene que convertirse en la *orquídea* de un individuo del sexo fuerte por razon de equilibrio; pero he aquí que toda union que está fuera del órden moral establecido, subsiste á merced de todas las contrariedades y de todas las vicisitudes.

La muger fuera de la union legítima se pone enfrente de todas las humillaciones, y comienza una lucha en la que siempre deja con los girones de su pudor los restos de toda su valía moral.

Concha vió con horror su vestido de seda el primer dia que le faltó pan: y se puso á pensar en el precio del pan con toda la amargura del hambre.

Hasta allí se lo habian dado los que la habian amado; pero ya nadie la amaba.

Concha le preguntó á la sociedad por su derecho al

pan cotidiano; y la sociedad no le enseñó una panadería sino un espejo.

La moral le enseñó un castigo.

Solo el amor era su sosten: tenia que subsistir por el amor.

Esta exigencia es la mas terrible de las necesidades. Los desheredados de la fortuna, tienen derecho á los consuelos de la moral, de la filosofía, de la estimacion y hasta del orgullo; pero las desheredadas del amor, llaman á las puertas del festin muertas de hambre y solo la humillacion que las afrenta les entreabre las puertas.

Concha no amada por nadie, sintió todo el terror del aislamiento; y cada dia que pasaba sin homenajes, sin sonrisas, sin generosidades, delectreaba estremeciéndose la traduccion de esos beneficios en una sola palabra: *hambre*.

Concha, que hasta entonces no habia necesitado ni aun ser coqueta para ser amada, pensaba el mendigar amor al precio de mil humillaciones.

Y los dias pasaban con toda la prosa de sus incesantes exigencias, sin que un solo galan la redimiera, sin que hombre alguno viniera en pos de sus atractivos..... Nada, ni un postor, ni un impresionable..... ¡el sexo fuerte parecia haberse olvidado de sí mismo!

Concha pensó en trabajar; pero el trabajo era tan rudo para sus manos engreidas en la ociosidad, y la recompensa era tan mezquina que se mataria trabajando inútilmente; sin embargo, consiguió costuras y se sentó á coser pensando mas bien en el monto de sus deudas y en el jornal

insuficiente, que en la costura; y los complicados cálculos aritméticos en que se divagó echaron á perder su trabajo.

Cortó mal, se equivocó, y comprendió al terminar el día que tenía que pagar la costura, y se entregó á la desesperacion y las lágrimas.

Así la encontró Pio Prieto, quien por vía de consuelo le propuso llevarla á un baile.

Al principio Concha desechó la idea, pero á instancias de Prieto fué animándose, porque en su mente atravesaba una esperanza que ni á sí misma queria confesarse.

En esta disposicion encontró Gonzalez á Concha, quien en lo íntimo de su pensamiento creyó tener ya la solucio del presupuesto; mientras que Gonzalez, segun hemos visto, se regocijaba de aquel golpe de fortuna que lo iba á indemnizar de los malos ratos que le daba Angelita.

Pero hay lunas de miel que acaban muy pronto; y Gonzalez tuvo de ello una prueba permatura, porque poco despues del notable menoscabo de sus quinceñas se le apareció un dia doña Lola, la madre de Concha.

—Caballero, le dijo á Gonzalez con voz ronca, pues doña Lola habia enronquecido y envejecido al lado de un compadre suyo, llamado D. José de la Luz.—Caballero, al fin soy madre y veo por mi hija, que á Dios gracias, no siempre se ha encontrado en tan mala posicion como usted la vé; y esto clama al cielo, porque mi Conchita está acostumbrada á otra cosa, de manera que como usted la quiere, segun sé, y es usted un hombre decente, vengo á saber de cuanto es la pension.

—¿Qué pension? preguntó Gonzalez.

—Quiero decir, ella no pide lujo; pero está muy empuñada y está perdiendo todas sus prendas.

A Gonzalez se le vino el mundo encima; y ante aquella calamidad no habia mas recurso que una transaccion ruinosa, que aceptó al fin Gonzalez como el primer paso para su perdicion, en obvio de los escándalos que le amenazaban.

Mientras ésto le pasaba á Gonzalez, Chucho el Ninfo procuraba hacerle á Angelita menos monótonas sus largas horas de aislamiento; de manera que el horizonte no se presentaba de lo mas halagüeño para Gonzalez, ni por parte de Angelita ni por parte de la feliz compensacion que habia creído encontrar en Concha.

El amor, como se ve, estaba siendo el móvil de todos los acontecimientos.

Concha necesitaba el amor como alimento nutritivo y como solucio favorable.

Gonzalez lo tomaba en grandes dosis como la zarzaparrilla de Bristol.

Mercedes lo aceptaba como veneno.

Cárlos lo veía alejarse como ilusion.

Y Chucho el Ninfo lo usaba como sus levitas, y alimentaba con él la serpiente de su vanidad.

El niño vendado de antaño es un gran autor en la comedia humana y desempeña en algunas pitipiezas múltiples papeles.

En cuanto á las pollas que Chucho enamoraba, eran

calificadas por él como moneda corriente, porque no le oponían resistencia, y con esta confianza, Chucho hacía todos los días una ó dos conquistas de este género.

La muger, en su primera edad, considera al hombre como un bonito juguete; por eso las niñas se enamoran del pollo mas pulcro y mas insustancial, del que tiene mas bonitos ojos ó es mas afeminado.

En este terreno, Chucho el Ninfo no tenia rival. El último animal de la escala, llamado el rey de la creacion, el hombre, es para las pollas un problema oscuro y sin atractivo; de manera que un pollo almibarado mientras mas se aleja del tipo ideal del hombre, tiene mas aceptacion entre esas larvas humanas que se llaman pollas.

Chucho el Ninfo, pintándose los lábios y calzándose ajustados los botines, haciéndose rizos en la frente, oliendo á magnolia y hablando despacio, no tenia precio en la region de las larvas.

En algunas mugeres, especialmente en las poco ilustradas, queda en su mente, aun en su mayor edad, el bello ideal del hombre en su estado de pollo; porque una imaginacion poco cultivada no llega á comprender el tipo *hombre* en la plenitud de su magestad y su verdadera belleza.

La muger poco instruida está expuesta á elegir por esposo una nulidad social, y cuando esa cadena eterna y sagrada que se llama matrimonio cae sobre el cuello de dos esposos que lo fueron en virtud del atractivo de un labio masculino teñido con carmin, ó del corte de un cha-

leco de Gardoqui, no hay que esperar, fundadamente, en que la union moral no sea un infierno abreviado.

Mercedes y Carlos se habian amado, pero no se habian unido.

Lo mismo les habia sucedido á Gonzalez y á Angelita.

Hijas de la misma madre Angelita y Mercedes, habian visto el mundo de las dimensiones de su vista miope; al hombre lo habian juzgado por la forma y por la bolsa, y sin ir mas allá, habian hecho en su pequeño mundo lo que todos, hasta casarse.

De manera, que cuando estas dos jóvenes habian empezado á conocer el mundo práctico se habian espantado.

Angelita se obstinó en encontrar una desgracia irreparable en un hecho sin trascendencia; creyó que su marido le era infiel, que ella habia hecho una barbaridad casándose con Gonzalez y aceptó de lleno su papel de esposa infeliz.

No tenia ella la culpa de no encontrar soluciones mas allá de sus cejas. Las mil complicadas combinaciones de la union moral, la obra espiritual de la fusion de dos almas y la práctica de las virtudes prudencia, amor y abnegacion, eran para Angelita y para Mercedes un dédalo de dificultades, una trigonometría incomprensible.

En medio de este aislamiento moral, de esta negacion de espiritualismo vieron bonito á Chucho el Ninfo y lo amaron.

El primer impulso de amor pertenece á la forma.

El amor se exhibe primero, para los que ven.

Consiente con los que sienten.

Y se engrandece, se immortaliza y se sublima con los que piensan.

Chucho el Ninfo era el ideal de todas las mugeres tontas.

El hombre como elemento, como residencia y como agente es el amor mismo, en virtud de su sensibilidad.

Pero la inteligencia es el sello sublime del amor, la eterna luz, el lazo eterno que une el cielo con la tierra.

La falta de una educacion filosóficamente moral y la imposibilidad de que cada ser sea perfecto y precozmente avisado, engendraron una aberracion que se llama el diablo.

Doña Rosario lo veía con cuernos y le tenía un miedo horrible á sus uñas y á su trinche de dos puntas, y de puro miedo se metía á la iglesia.

Angelita lo veía tentando á su marido para que hiciera declaraciones amorosas delante de ella.

Mercedes lo veía en Chucho el Ninfo, en sus ratos de fervor religioso, y cosa rara cuando lograba ver á Chucho el Ninfo en esta forma se consolaba, porque encontraba entonces una solucion fácil y espeditiva á su situacion, pues sabia de memoria todas las recetas reconocidas como útiles contra el diablo.

Pero cuando Chucho traía una levita nueva, lo cual acontecia con mucha frecuencia, cuando se presentaba con su boquita entreabierta y su cabellera rizada y lustrosa, con su pié de mujer, con sus miradas de ángel, con

sus manos de seda y con todos sus primores, Mercedes se olvidaba completamente del diablo y no sabia que hacer.

En cada una de estas perplejidades, Chucho daba un pasito.

Y cada pasito de Chucho era un resbalon de Mercedes. Al resbalon seguían las lágrimas, luego el arrepentimiento, luego la confesion y al último la penitencia.

A este grado de cosas Chucho se quedaba esperando, porque una de las virtudes de Chucho era la imperturbabilidad.

Y en medio de estos compases de espera, cuando le preguntaban á Chucho:

—¿Y Mercedes?

—Ahora está santa, contestaba, y se entretenía con otra cosa.

Como todos tienen que hacer algo en el mundo con este personaje que se llama el diablo, diremos que á Perez se le representaba en dos piesecitos azules: los de Elena.

A Elena se le apareció al oír la marcha de Norma que tocaron en su casa, al presentarse el coronel Aguado.

A Aguado se le representó en los macizos hoyitos de las manos de Elena.

A D. Francisco tambien se le apareció así; y desde entonces, quiere decir, durante diez y siete años, D. Francisco recordaba al diablo viendo á Chucho.

En cuanto á Chucho, debemos decir que el diablo no tenía para él un papel ostensiblemente importante, pero

no por eso dejaba Chucho de tener algo que ver con este sugeto.

A pesar de los diez años que Chucho pasó al lado de su papá el señor D. Francisco, conservó los restos de su primera educacion en materia de creencias, pero de una manera original, si bien comun por desgracia.

Chucho no medía la deformidad de sus faltas ajustándose á las leyes estrictas de la moral, ni dejaba de obrar en el sentido que le dictaban sus pasiones por respeto á la sociedad ni á sus deberes, sino que se habia acostumbrado á complacer á su conciencia por medio de ciertas compensaciones espeditivas.

Cuando ese aviso secreto de la conciencia hacia vacilar á Chucho en medio de su perversion; cuando sentia ese reproche íntimo é irresistible que obliga al hombre á conocer el mal que hace; Chucho seguia resueltamente el consejo de sus pasiones y despues se lavaba las manos.

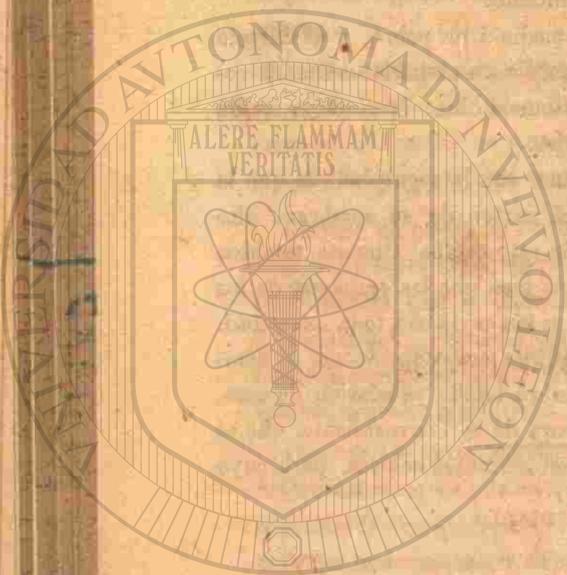
Chucho no dejó en todos los dias de su vida de tomar agua bendita. Tenia una pilita de alabastro, recuerdo de su mamá, y la tenia siempre llena: todos los dias tomaba agua bendita en alguna iglesia y rezaba una salve á la Virgen, que era una devocion muy buena, que le habia enseñado Elena y que Chucho jamas dejó de practicar; ademas, oia misa y rezaba el Trisagio el dia primero de cada mes: las demas devociones las habia olvidado por parecerle demasiado embarazosas y porque, segun él decia, con aquello le bastaba: por otra parte, Chucho tenia

alta idea de la caridad, y la hacia con cierto fervor de que él mismo quedaba muy contento.

Todos los dias le daba medio á un pobre, y al dárselo formulaba poco mas ó menos esta plegaria:—Dar de comer al hambriento es una buena obra: Dios me la reciba en descuento de mis pecados.

Y daba el medio al pobre con la seguridad de que la tal plegaria atravesaba el carton de su sombrero alto y llegaba al Empíreo. En esto estaba Chucho tambien muy en sus estribos y sabia bien que las oraciones de los pecadores llegan á donde se las envia con toda exactitud.

Este era Chucho, que si bien era conocido por el nombre del Ninfo, el lector habrá tenido ya ocasion de compararlo á esa pequeña víbora de la Tierracaliente, que se llama Coralillo, vestida con hermosos colores, pero cuya picadura es mortal.



CAPITULO XXI.

EL DIABLO.

VALE la pena de dedicarle al diablo algunas líneas, para que veamos prácticamente la influencia que ejercía en nuestros personajes este sugeto de tan malos antecedentes. Retrocedamos.

Un miércoles á las ocho y media de la mañana, el desayuno de la casa de D. Pedro María tenía un aspecto de verdadera fiesta.

Presidia la mesa el padre Martínez, que saboreaba su predilecto Caracas con envidiable satisfaccion.

Doña Rosario acababa de quitarse la mantilla y habia

quedado con su saya de gro azul y una pañoleta blanca de encajes.

D. Pedro María tenía un chaleco de terciopelo azul labrado á fuego, y estaba sentado junto al padre Martínez.

Angelita vestía también de azul, y las dos tías, aunque más modestamente ataviadas, tenían una de ellas una mascarada de gasa-blonda azul celeste al cuello, y la otra una mascarada azul de la India.

En el mismo comedor y sobre la cómoda de los trastos se había levantado un altar de tres gradas, sobre las cuales descansaba un gran nicho que encerraba una escultura que representaba la Purísima Concepción de María; ardían cuatro velas en el altar, que también estaba adornado de blanco y azul.

—De modo y manera, exclamó D. Pedro María tragando un medio bizcocho impregnado en chocolate; de modo y manera, repitió, que el diablo ha llevado hoy por nuestra cuenta una buena corrida.

—¡Y cómo que sí replicó una tía sirviéndose leche: el enemigo malo ha de estar hoy contra nosotros que chillé.

—Todo ha salido á las mil maravillas, dijo doña Rosario no cabiendo en sí de satisfacción: figúrense ustedes que el domingo después de la consabida enfermedad.....

Todos soltaron una carcajada, recordando la farsa del sábado en la noche.

—La tragó el marido, exclamó una tía con el placer



Un palo al Diablo.

con que hubiera pensado en una píldora de esticnina tragada por un lobo.

—Y vaya si la tragó ¡pobrel dijo la otra tía.

—Pues como iba diciendo, continuó doña Rosario procurando atraerse toda la atención de su auditorio y olvidándose hasta de su chocolate: á las seis del domingo, ya Mercedes y yo estábamos en la calle.

—¿Y Cárlos mandó recado? advirtió D. Pedro María.

—Sí, contestó doña Rosario, á las cinco y media mandó preguntar como seguía Mercedes y se le contestó que había pasado muy mala noche y que estaba aun recogida. En punto de las siete llegó el padre Martínez á Jesus María ¿no es verdad, padre?

—A las siete en punto; sí, mi señora, cita inglesa.

—Apenas se había plantado el padre en el confesionario, cataplum! allá va Mercedes.—Anda, hijita, bendita de Dios, le dije; aquí ofrezco mientras la confesion:—la pobre de mi hija se puso á la reja; yo la ví, y no tienen ustedes idea del placer que sentí al verla confesándose.

—Con razon! dijo una tía.

—Ya se vél dijo el padre Martínez.

—Naturalmentel agregó D. Pedro.

—Pues bien, continuó doña Rosario ¿que, creerán ustedes que aquello fué muy largo? no señor, en menos de un cuarto de hora despachó; y ví con el rabo del ojo la mano del padre Martínez y oí clarito clarito el *ego te absolvo*.—Ahora sí, dije, para mí, ya el diablo la llevó: salimos de la iglesia y á toda prisa nos venimos á casa: ya Cár-

los había mandado otros tres recados, y según el criado, estaba furioso.

—Vea usted que energúmeno, dijo una tía que era la que siempre daba el pié forzado para toda murmuración.

—Ya se vé, observó el padre Martínez, él solo estaba pensando en el día de campo.

—Y mal se avienen, agregó D. Pedro, la pureza y la gracia del alma, con el deseo de los placeres.

—Naturalmentel exclamó doña Rosario, que diferencia entre una jóven que acaba de recibir la gracia de Dios y un hereje de la calaña del tal D. Carlos!

—Vamos, muger, le dijo D. Pedro en tono de reconvenccion.

—Si no puedo ver á los herejes, no consiste en mí, pero les tengo muy mala voluntad.

—No se carece de razon para ello, dijo el padre Martínez; pero lo mejor es, tener piedad de sus culpas y procurar inducirlos á abjurar de sus errores, porque al fin, su Divina Magestad, tarde ó temprano, se digna tocarles el corazon y los pobrecitos herejes tienen que cantar la palinodia.

—Pero, no crea usted que se consiga nada acerca de Carlos; yo por lo menos no me he de meter á convertirlo, allá se lo haya, dijo doña Rosario; lo esencial es salvar á Mercedes, y eso parece que lo hemos conseguido.

—Por lo menos, el diablo ha llevado buen chasco, agregó una tía riéndose.

—Y dígame usted, padre Martínez, usted que sabe y

ha estudiado sagrada teología: ¿el diablo es realmente de la forma con que nos le pintan? porque, oiga usted, yo he visto diablos pintados y son verdaderamente horribles.

—Qué si son así? preguntó doña Rosario; vaya si son, ¿quién no conoce su figura? uñas muy grandes, especialmente las de los piés, cuerpo de hombre, por supuesto, cola como de mono, alas de pellejo, sin plumas, como las de los murciélagos, y cuernos retorcidos; así es como he visto siempre al diablo ¿no es verdad? agregó dirigiéndose á todos como peritos en la materia.

—Exactamente así son los diablos, dijo una de las tías.

—Dicen, además, continuó doña Rosario, que los hay verdes y otros negros, y como medio rojizos.

—De modo y manera, dijo D. Pedro María, que efectivamente, padre Martínez, el diablo es como nos lo pintan.

—Se sabe, dijo el padre Martínez, que el fuego nuestro no es mas que fuego pintado, comparado con el del infierno; y así calculo yo, que los diablos deben ser todavía mas feos que los que nos pintan.

—Ese es un argumento que me convence, exclamó D. Pedro.

—Lo que yo no puedo comprender, dijo la tía, es ¿cómo esos diablos que naturalmente son del tamaño de una persona, pueden hacerse invisibles y tentarnos y todo sin que nosotros los véamos?

—Eso es porque vienen en espíritu, señora; ¿no considera usted que si el diablo nos tentara viniendo del infierno con alas y todo lo veríamos venir, y nos familiar-

zariamos con ellos ó quedarían expuestos á las acechanzas de los hombres? porque entre éstos los hay tan malvados que estoy seguro de que no faltaria alguno capaz de darle un palo al diablo.

—Ay que bueno! exclamó una tia, pues yo si pudiera le habia de pegar uno que se habia de acordar de mí para toda su vida.

—Yo no sé pegar; pero haria lo mismo que mi hermana, dijo la otra tia.

—Bien es, agregó el padre Martinez, que los chascarrillos que el diablo se lleva á veces con los buenos católicos equivalen á un palo; sea este por ejemplo.

—Ya se vé, exclamó doña Rosario, si por eso estoy contenta: figúrense ustedes que en lugar de una alma que el diablo disputaba, hoy se han purificado: las de mi marido y la mia dos, Merced tres, mis hermanas cinco y Angelita seis: ¡media docena de almas purificadas! por una que el diablo quiso corromper.

—Ya verán ustedes, dijo el padre, que esto es un verdadero palo.

Esto pasaba, como recordará el lector, cuando Mercedes llevaba poco tiempo de casada con Carlos, y ya desde entonces el diablo tenia la interesante mision de pervertir á Mercedes. Diez años despues, quiere decir, en la época en que hemos visto á Chucho el Ninfo hecho pollo, el diablo, si mal no comprendemos, persistia en su obra y ponía en juego los mas pérfidos resortes.

Volvamos, pues, al cabo de esos diez años á la casa de D. Pedro María.

Los mismos muebles, el mismo aspecto tenia todo; solo las personas habian cambiado esencialmente.

Don Pedro María estaba muy viejo y muy enfermo; en doña Rosario habia aun todo el vigor de la jamona que lucha con las navidades por medio de la rutina higiénica, pero no obstante, era ya una señora mayor.

Las dos tias estaban cartilaginosas y comenzando á momificarse en vida; una de ellas habia perdido un ojo y la otra el oido, pero ninguna de las dos la lengua.

Pablito era, como hemos dicho, periodista y por lo tanto político y hombre de pretensiones.

Una tarde de Agosto, la sala de D. Pedro María estaba oscura; habian cerrado los balcones por temor á la tempestad y alumbraban con una luz amarilla una vela de la Candelaria, otra de Nuestro Amo y una lamparita de aceite de olivo.

Parecia que del sofá se habia apoderado las tres parcas. Estaban allí doña Rosario y sus dos viejas hermanas las tias de Mercedes.

Doña Rosario se enjugaba las lágrimas y las tias cartilaginosas se apretaban las manos; ni el padre Martinez, ni D. Pedro, ni el señor cura, ni siquiera Perez las consolaba. Estaban entregadas á su dolor, oyendo el rimbombante de los truenos, porque el cielo estaba enojado y en la imaginacion de aquellas tres señoras las descargas eléctricas tenian este nombre, *la ira de Dios*: sin mas

razones que la que tiene un boticario para llamarle á una infusion astringente agua del Papa.

Las viejas lloraban, temblaban y rezaban, y razon tenían: acababa de caer en aquella casa un rayo, pero no enviado por Júpiter, sino por el diablo. Este rayo era la certidumbre de que Merced era una esposa adúltera: las tías habían husmeado, habían puesto celadas, habían conjurado á las criadas de la casa de Cárlos, en nombre de su salvacion eterna, á que dijieran la verdad, y la verdad había aparecido desnuda, asquerosa, descomunal.

Mercedes era criminal y nadie se habia atrevido á pensar nada mal de Chucho el Ninfo.

—Sobre que oye misa y reza y toma agua bendita, decia la tuerta; que yo lo he visto.

—De las pasiones del alma no es dueño Juan Carbonero, agregó la sorda, calculando que aquel refran habia de venir al caso en cualquier momento.

—Mi hija de mis entrañas! exclamaba doña Rosario.

—Y su marido?

—No lo sabe todavía.

—Figúrese usted lo que sucederá cuando lo sepa, Dios nos coja confesadas!

—Pero ¿cómo es posible que no lo sepa, cuando por todo México no se habla de otra cosa? continuó la tuerta. Ayer nada menos, estuve en Chiconautla y con lo primero con que me van saliendo:—Que dice usted, mi alma! que desgracia la de Merceditas! haberse ido á enamorar de ese jovencito.—Pero si es un niño, dijo doña Marta.

—Eso es lo mismo que yo digo.—Yo no lo conozco.—Ni yo.—Pues yo sí lo conozco, les dije.—¿Y que tal?—Pues oigan ustedes, en obsequio de la verdad, Merceditas no ha carecido de razon; quiero decir, de disculpa, porque Chucho es como un dulce.—Dicen que es buen mozo.—¡Chulísimo!—Pero de todos modos es una desgracia.—¿Y no tiene padre?—Como no! el señor D. Francisco, el ricote.—Pero dicen que es su tio.—No, sino su padre.—Es hijo natural, pero D. Francisco es su padre, que yo lo sé bien, dijo doña Marta; que como saben ustedes es muger que tiene tantas relaciones. Vaya, sobre que no hablamos de otra cosa en toda la visita, que fué larga; figúrense ustedes que un color se me iba y otro se me venia, porque al fin se trataba de mi sobrina y ya saben ustedes cuanto he querido á esta muchacha.

—Está muy en voga esto de los amores de mugeres casadas: ahí está el divorcio de doña Luz, y el otro negocio de la calle del Indio Triste.

—Yo no vuelvo á ver á Mercedes, dijo doña Rosario.

—Ni yo.

—Ni yo, dijeron las tías.

—¡Jusus, María y José! exclamó la tuerta al oír un trueno, creo que ya se va á acabar el mundo, ¡oye qué tempestad! Rosario.

Y las tres ancianas se echaron en oracion.

—A mí nadie me quita de la cabeza, dijo la sorda, que con la novena á San Judas Tadeo, la cosa se compone.

—Qué San Judas Tadeo! si esto ya se echó á perder, le gritó la tuerta á la sorda.

—Que no? pues mira, en casa teníamos un pegoste de hombre, que iba todos los dias, que no nos dejaba á sol ni á sombra; llevaba unos papeles, creo que era cobrador, yo no sé, pero es el caso que el hombre nos tenia la vida quitada; se lo dije á mi comadre.—¿Quiere usted que se vaya? me preguntó.—Como no he de querer!—Pues recéle usted una novena á San Judas Tadeo.—¿Es posible?—Y poderoso.—¿Y se vá?—Irremisiblemente.—Pues lo voy á hacer.—Pero oiga usted, comadre, antes es indispensable una cosa.—¿Cuál?—Que le ponga usted una estampa en el sombrero.—¿Qué estampa?—La de San Judas Tadeo; en el forro del sombrero.—¿Y despues se reza la novena?—Sí, y antes que se acabe se vá.—¿Con seguridad?—Sí.—¿Y si no se vá?—Entonces es porque no conviene.

—Pues le pondremos una estampa de San Judas Tadeo á ese malvado, en el forro del sombrero.

—¿A qué malvado?

—A ese señor D. Jesus de mis pecados.

—Bueno.

—¿Qué te parece de esto, Rosario?

—Yo sé que esa es una devocion muy buena. Doña Teófila Lopez se la puso á su marido y hasta que se divorció; y las Jimenez se quitaron una visita de mas de dos años, con solo la estampa de San Judas Tadeo: hasta ahora, cuantos casos se han ofrecido, en todos el santo

ha hecho el milagro; hasta un pariente de las muchachas Rios, que les comia medio lado, tomó las de Villa Diego un dia antes de que se acabara la novena de San Judas.

—Pues está decidido, le ponemos la estampa, á ver si así quiere Dios que las cosas no vayan á mas.

—Cuéntalo como en la bolsa.

—Pero ante todas cosas, dijo doña Rosario; que nada de esto sepa mi marido, porque al pobrecito le costaria la vida esta pesadumbre.

No solo en la casa de D. Pedro María, sino en todos los círculos, se hablaba de estos amores escandalosos; y como se verá mas adelante, esta publicidad no era debida precisamente á la perspicacia de los observadores, sino á la manera con que Chucho el Ninfo trataba estos asuntos.

Un dia llegó á saberlo todo Elena, quien se creyó en el deber de reprender á Chucho severamente, á la sazón que éste se dignaba hacerle una visita á la señora su madre.

—Se habla mucho de tus amores escandalosos con una muger casada.

—De mis amores? repitió Chucho con calma, ya sabe usted que hay gentes envidiosas y mal intencionadas.

—Pero es que esto se sabe de una manera cierta.

—No sé cómo, porque no hay nada que valga la pena de referirse.

—Tus continuas visitas.

—¿Ya no puede uno visitar á nadie?

—Sí; pero dos ó tres veces al dia es mucho visitar pa-

ra quien no tiene interes en una casa; y luego, que no te conformas con ir, sino que vas en el coche de don Francisco que todo el mundo conoce, y no tomas siquiera la precaucion de decir al cochero que vuelva por tí, sino que le haces esperar hasta que sales, y esto por mañana, tarde y noche; de modo que no hay una sola persona que pase por la calle de Zuleta, que deje de enterarse de que estás de visita en casa de Cárlos, ¿y así quieres que no se murmure?

—¿Pero tengo yo la culpa de que las gentes sean maliciosas? Yo voy, es cierto; pero nadie me puede probar que yo tenga relaciones con esa señora, quien por otra parte es muy buena y frecuenta los santos sacramentos.

—Pues es necesario que tengas moralidad y que seas buen cristiano.

—Voy á misa.

—Pero no te confiesas.

—Cada año sí.

—Qué confesiones harás!

—Muy buenas, mejores que las de usted.

—Calla y no seas lenguaraz.

—No haga usted caso, mamá, de lo que le cuenta, porque todo ello no tiene mas origen que la envidia de mis detractores: ven que me visto bien, que soy elegante, que gasto lujo, y que se mueren por mí las muchachas; y no puedo yo acercarme á muger nacida sin que desde luego me la atribuyan; otros hacen cosas peores, pero como son feos, nadie se fija en ellos, mientras que yo.....

Elena tenia razon; porque Chucho en sus pretensiones con Mercedes habia buscado antes el escándalo que la correspondencia.

Merced permanecia largas horas encerrada en su casa, porque su marido hacia mucho tiempo que habia dado en ausentarse por largas temporadas para atender á algunos negocios que tenia en unas fincas de campo.

La enfermedad moral de que se sintió atacado este matrimonio pocos dias despues de la luna de miel, se hizo crónica; de manera que la union conyugal tomó ese aspecto de sociedad de conveniencia mútua á que llegan muchos matrimonios.

Merced era la sub-administradora doméstica: Cárlos el proveedor capitalista.

Y reinó allí la calma soporífera de las uniones frias, sostenidas solamente por respetos y consideraciones mútuas. Ni la ternura, ni el amor, ni esa intimidad dichosa del hogar, ni las largas confiancias, ni las mil pequeñas peripecias conyugales que son las flores de un nido de amor indestructible; nada habia quedado bajo el hielo de una especie de amistad ceremoniosa y grave, y tanto Cárlos como Mercedes se sentian mejor cuando estaban uno del otro ausentes.

En medio de este aislamiento, Mercedes rescataba de entre las sombras de su pasado todas sus ilusiones vírgenes, todos sus sueños de muger, todo su caudal de sentimiento, y lo enagenaba por primera vez á la encarnacion

de su ideal, á Chucho el Ninfo, y temblando ante el crimen saboreaba con una delicia extraña su hiel de víctima.

Desde la monotonía de sus diez años de esposa, desde el erial desierto de esta época de acabamiento y de languidez, se levantaba el alma de Mercedes al inusitado incentivo de una regeneracion amorosa, jugando con las hechiceras creaciones de sus sueños, llamando á las visiones poéticas en su auxilio para emprender su encantada peregrinacion por la region de los dulces sueños y de las auroras amorosas.

Mercedes sentia la sávia de su nueva vida como una de esas plantas silvestres moradoras de los desiertos y recogidas un dia por hábil jardinero; todo era regeneracion en su ser, y hasta le parecia que era otro sol el que la alumbraba, que era otra brisa perfumada y pura la que solia besar sus cabellos y la que aspiraba con desusada delicia; todo, hasta el aire empezaba á ser nuevo para Mercedes: era la mariposa que acababa de romper las paredes de la crisálida en que vivió diez años, en que encerró una primera juventud precursora de una juventud reformada, lozana como la primavera; Mercedes, en fin, exprimentaba en medio de un raudal de intuiciones desconocidas, el placer inefable de una alma que se diera cuenta de su metempsícosis con la conciencia de un ayer negro en la alborada de una vida edénica y sublime.

Mercedes se encontró de pronto frente á la naturaleza, y de pária de la vida se habia convertido en uno de esos mil acentos que forman el himno del universo á Dios; pa-



CHUCHO EL NINFA.

El milagro de San Judas Tadeo.

L. M. y C. Capuchini.

ra Mercedes comenzaron á tener un nuevo atractivo las flores, las brisas, los arroyos, las aves y las estrellas, y delectaba absorta la palabra "cosmos" en medio de su admiración y su enagenamiento.

Y no se crea que esto era la obra de Chuchó el Ninfa, no; este *quidam* se quedaba á cien leguas de distancia del oasis moral en que vivía Mercedes; Chuchó no había sido más que la llave de cobre de un santuario espléndido.

El amor, exclusivamente, era el agente regenerador; y Chuchó á este respecto había sido solo el niño indiscreto que entreabre la puerta de un tesoro.

Mercedes al romper su crisálida moral había buscado luz y espacio; y como hasta entonces había sido una de esas mugeres para quienes la poesía de la naturaleza no pasa de una gerigonza, comprensible solo para los que escriben coplas ó cosas por ese estilo; Mercedes, decimos, buscó de pronto por instinto ese templo grandioso que Dios mismo se formó para que lo adoremos; y una mañana en que con planta débil se encaminaba á la vieja y sucia iglesia de la Merced, impulsada por la fuerza de la costumbre, volvió la cara y vió en la altura algunas nubes blancas que avanzaban con voluptuosidad bajo un cielo azul purísimo; la vista de Mercedes siguió las nubes y se fijó en seguida en las montañas del Poniente esmaltadas por el sol, y presentando esas variantes misteriosas á las que la distancia les presta un encanto que atrae.

Sintió Mercedes lo que todos sentimos al ver un panorama ó una planicie distantes: el deseo de trasportarse

allí. ¡Cuántas veces hemos contemplado las sinuosidades de una cordillera, las ondulaciones de una montaña, ó las vaporosas oscuridades de una arboleda, y hemos deseado tener alas para trasportarnos á aquel lugar, con la idea de encontrar en él no sabemos que placer que nos aguarda!

Mercedes sintió esto y detuvo su marcha, y pensó en seguida con horror en las tres largas naves de la iglesia de la Merced, en su negro artesonado y en el pavoroso silencio de los altares; é impulsada por una resolución enérgica dió la vuelta y dijo á la criada que conducía á su hija:

—Vámonos.

La criada hizo un gesto de extrañeza pero dió la vuelta; á pocos pasos pasaba cerca de Mercedes un coche de alquiler, cuyo cochero, como si hubiera adivinado á Mercedes, le ofreció el vehículo.

Mercedes contestó al cochero parándose, y éste á su vez arrimó el coche:

Tres cuartos de hora despues, Mercedes estaba en las lomas de Tacubaya, cerca del Molino del Rey.

Doña Rosario supo ésto y juró en medio de un arranque de fervor y de pena, que el coche aquel era la barca de Caron y el conductor el diablo mismo en persona disfrazado de cochero del sitio.

CAPÍTULO XXIII.

LAS ORUGAS, LAS CRISÁLIDAS Y LAS MARIPOSAS:
EL DIABLO, LA NATURALEZA Y EL AMOR.

NADA hay mas importante en la raza humana que la edad que corresponde exactamente al periodo de la oruga.

El niño no es mas que la oruga del hombre: este es el periodo de la nutrición, del desarrollo y del trabajo para el porvenir.

La naturaleza tiene para las orugas los blandos renuevos, los jugos ácidos de las hojas y la miel de las flores.

allí. ¡Cuántas veces hemos contemplado las sinuosidades de una cordillera, las ondulaciones de una montaña, ó las vaporosas oscuridades de una arboleda, y hemos deseado tener alas para trasportarnos á aquel lugar, con la idea de encontrar en él no sabemos que placer que nos aguarda!

Mercedes sintió esto y detuvo su marcha, y pensó en seguida con horror en las tres largas naves de la iglesia de la Merced, en su negro artesonado y en el pavoroso silencio de los altares; é impulsada por una resolución enérgica dió la vuelta y dijo á la criada que conducía á su hija:

—Vámonos.

La criada hizo un gesto de extrañeza pero dió la vuelta; á pocos pasos pasaba cerca de Mercedes un coche de alquiler, cuyo cochero, como si hubiera adivinado á Mercedes, le ofreció el vehículo.

Mercedes contestó al cochero parándose, y éste á su vez arrimó el coche:

Tres cuartos de hora despues, Mercedes estaba en las lomas de Tacubaya, cerca del Molino del Rey.

Doña Rosario supo ésto y juró en medio de un arranque de fervor y de pena, que el coche aquel era la barca de Caron y el conductor el diablo mismo en persona disfrazado de cochero del sitio.

CAPÍTULO XXIII.

LAS ORUGAS, LAS CRISÁLIDAS Y LAS MARIPOSAS:
EL DIABLO, LA NATURALEZA Y EL AMOR.

NADA hay mas importante en la raza humana que la edad que corresponde exactamente al periodo de la oruga.

El niño no es mas que la oruga del hombre: este es el periodo de la nutrición, del desarrollo y del trabajo para el porvenir.

La naturaleza tiene para las orugas los blandos renuevos, los jugos ácidos de las hojas y la miel de las flores.

La humanidad tiene también renuevos, jugos y miel, en una segunda naturaleza que se llama la instrucción pública.

A esta segunda naturaleza concurren las orugas humanas con una irregularidad funesta, con un descuido punible, y á veces con una falta tal de sentido común, que resulta consumada la más estúpida de las barbaridades, por el más inteligente de los seres de la creación.

La oruga no deja nunca de extraer el jugo que le es propio para su nutrición y mantenimiento, y con una previsión y cuidado dignos de un hombre, elige el bien, evita el daño, prevé el peligro y se prepara, siempre á tiempo para la época de la abstinencia, del frío, de las privaciones y de la abnegación.

El hombre productor de orugas humanas, las mata para disminuir el censo de la población en China; las deja vagar en las calles de las grandes ciudades, sin pan para su cuerpo y sin luz para su alma; forja teogonías para enfermar la raza y obligarla á prorumpir en desatinos sublimes; inventa derechos de un origen oscuro, para imponerlos á su arbitrio, con la seguridad de un resultado claro.

El hombre, en fin, en virtud de la sublime prerogativa del pensamiento, se come á sus hijos y vive y se nutre embruteciéndolos, tiranizándolos y procurando que se maten unos á otros.

Todo esto en contraposición del lobo que lame y acaricia á sus cachorros.

He aquí bajo que auspicios llegamos á esta edad que se llama viril.

Tenemos que atravesar ese periodo de oruga humana, exponiendo cada día nuestras esperanzas y nuestro porvenir, á las mil vicisitudes que rodean á la niñez, á los innumerables contratiempos de un obituario horripilante contra el cual nada puede toda la generación hipocrática.

Buscad, pues, el origen de todos vuestros males en el fondo de vuestro periodo de oruga, y lo encontrareis.

Busquémoslo en nuestros personajes, para ser consecuentes y para dar el ejemplo.

El héroe de esta historia, Chucho el Ninfo, se lo debía todo á su mamá y á su papá el señor D. Francisco el rico.

Era un animal ponzoñoso con alas. La ponzoña se la debía á su mamá, por la educación afeminada y viciosa que le diera; porque Elena tenía la dicha de haber cultivado por medio de su acaramelado cariño esta deformidad moral de Chucho; y las alas se las debía á las munificencias de su papá, que se vengaba del destino que le dió un hijo, con dorar este gusano social para que no inspirara horror á las muchachas.

Mercedes y Angelita se casaron en estado de orugas.

Doña Rosario y D. Pedro María habían hecho lo mismo; y ante el análisis del naturalista, aparecía este matrimonio presentando el aborto de una confusión extraña entre la oruga, la crisálida y la mariposa.

Las tías cartilaginosas y magras de quienes hemos ha-

blado, habían permanecido orugas, y ya tarde les habían salido las alas que les servirían para volar al cementerio.

Concha era otra oruga criada por doña Lola, oruga próxima á fabricar su crisálida.

Solo que hay orugas humanas que forman su crisálida en el muladar.

Pasemos á examinar ahora las crisálidas.

Doña Rosario y D. Pedro María, habían ayudado á Merced y á Angelita á fabricar su crisálida; cosa que en la historia natural no acontece, y tal vez en esto encontraremos que las crisálidas eran deformes.

La educacion de antaño, de la que aun saboreamos los funestos resabios, era la crisálida moral de los educandos.

La oruga de los jardines previendo la época de las tempestades y del frio, época que se puede comparar con la de las pasiones, se fabrica su cárcel imponiéndose el duro sacrificio de la abstinencia y hasta de una especie de muerte; pero para resucitar convertida en mariposa á una vida mejor.

La educacion del hombre tiene por objeto enseñar ese ejemplo, para lograr hombres transformados despues y dignos de una vida mejor.

La teomanía influyó muy directamente en el mundo en la formacion de las crisálidas, y esta sábia consejera hizo que las orugas se fabricaran crisálidas *sui generis* y que al cabo de algunos siglos han venido á resultar contrahechas.

Segun íbamos diciendo, doña Rosario y don Pedro en-

cajonaron á sus dos hijas en la crisálida de la rutina, las enseñaron á no pensar, extravagancia elevada á la categoría de culto y que ha dado pingües frutos.

Hay quienes se hayan encargado de pensar por los demas para evitarles esta molestia, que suele convertirse en herejía y en una porcion de atrocidades; porque al principio se pensó que el mundo era para unos pocos, en cuyas manos estaba constantemente el cucharón.

Las pobres orugas cogidas desde chicas, se domesticaban en las manos de los del cucharón y atravesaban esta vida, enclenques de cerebro, y tributarias perennes de esos bellos sugetos.

Se les confeccionó su *caminito* y su *mas allá* y se les tuvo á raya, y así pasaron siglos.

Cuando una oruga resultaba mala esposa ó mala madre, en virtud de su embrutecimiento, tenia una salida fácil: el infierno.

De manera que Mercedes y Angelita ya sabian á que atenerse en materia de Chucho el Ninfo; no amaban á sus maridos, ni se habían hecho amar de ellos tampoco.

—¿En qué consistirá esto? le preguntó Angelita á Mercedes yo no quiero á mi marido.

—Ni yo tampoco.

—¿Para qué nos casariamos?

—Eso es lo mismo que yo digo.

—¿Y crees que se pueda vivir sin amar?

—Es esa una vida muy triste.

—Y está una expuesta.....

—Ya se vé.

—Oye, dijo de repente Mercedes despues de un rato de perplejidad, te voy á hacer una confidencia.

—Me das miedo.

—¿Pero cuento con tu discrecion?

—Enteramente.

—Pues..... me enamora Chucho.

Angelita se puso colorada y tembló y se tragó esta frase: "A mí tambien."

Aquella operacion le pareció á Mercedes efecto de una sorpresa muy natural.

Pero no era eso: Angelita vió en Mercedes á su rival, y estaba sorbiendo ese veneno que corre con el nombre de celos.

Mercedes continuó:

—Chucho me visita todos los dias y me ha hecho hace tiempo su declaracion; está enamorado de mí perdidamente.

—¿Y tú lo crees?

—Tengo pruebas.

—¿Cuáles?

—Sea esta por ejemplo: todas las muchachas se mueren por él, porque ya lo conoces, es tan elegante y tan buen mozo y tan simpático.....

—Eso es lo que no tiene para mí.

—¿Qué no es simpático?

—No.

—Tú eres la única que lo dices. Pues como iba di-

ciendo, todas las muchachas se mueren por él, y él á nadie le hace caso, á nadie quiere mas que á mí, á pesar de que soy casada; y ya ves que no puedo menos de creer que su amor es verdadero, supuesto que siendo yo casada, me prefiere á muchas muchachas libres con quienes podria casarse.

—Esa es una prueba, pero.....

—¿Pero qué?

—Que eso es malo.

—Pues ya se vé que lo es; pero yo no sé que hacer. Mercedes en esto hacia lo que todas: no saber que hacer.

—¿Qué me aconsejas?

—Que lo despidas.

—No puedo, daria un escándalo; ademas, ya se lo he dicho y me ama tanto que no se va.

—No lo recibas.

—Por no querer recibirlo hoy, creerás que tuvo valor para entrar á mi cuarto de vestir?

—¿Hasta allí?

—Allí me habia yo refugiado.

—¿Qué audaz!

—Es muy audaz, repitió Merced haciendo un gesto con el que procuró finjir que la audacia de Chucho la indignaba, y agregó:—Por mas que hago no puedo enojarme con él.

—Pues estás perdida: figúrate qué pecado mortal estás cometiendo.

—Eso me da miedo.

—Pues á mí tambien me visita Chucho; pero la verdad yo le tengo mucho miedo al diablo y procuro por la salvacion de mi alma; de manera que no apruebo tu conducta, ni la de Chucho, y desde luego me eximo de tomar parte en tus asuntos, porque no quiero ser tu cómplice ni tu confidente. Yo soy tan desgraciada como tú, pero á Dios gracias, no tengo como tú un diablo tentador en mi casa, y aunque á mi vez creo que á Chucho no le parezco mal, Dios me libre de caer en semejante lazo.

—Compadéceme, hermana, y no me abandones.

—Mientras seas buena no te abandonaré; pero llevando los pasos que llevas, tendré, á mi pesar, que dejarte entregada á tu suerte.

Cuando Angelita se separó de Mercedes, despues de una larga conferencia, sintió que en su interior se operaba una reaccion extraña. Sintió un vivo deseo de agradecerle á Chucho; y aquello que en su hermana afeaba con tanta rectitud lo deseaba ahora para sí; sentia su amor propio ofendido por la preferencia que Chucho daba á Mercedes.

Era mártes, y los mártes la visitaba Chucho por la tarde.

Angelita corrió á su tocador, se peinó de nuevo y se puso otro vestido.

—Quiero que Chucho me enamore abiertamente, que se declare, para probarle á Mercedes que sé despreciarlo, que soy una muger honesta, y que á pesar de tener un marido

tan malo sé cumplir con mis deberes; este será mi triunfo, porque al fin Mercedes no es mejor que yo. A mí me ha dicho Chucho que soy muy inteligente y muy..... cómo me dijo?..... muy espiritual. Pues bien, eso quiere decir que hay algo adelantado, esperaremos y..... yo haré que Chucho caiga á mis piés..... Esto no es malo porque..... en fin..... así consigo que al enamorarse Chucho de mí, rompa con Mercedes, y una vez quitado de su lado yo sabré quitarme de él, porque al fin, no lo amo.....

Angelita se hizo una pregunta como en secreto, y continuó: Quiero decir, lo aprecio, le tengo cariño, pero no amor.

Angelita empezaba á no creerse á sí misma. Poco rato despues entró Chucho.

—¡Qué linda está usted esta tarde, Angelita!

—Por qué?

—Ese vestido blanco le cae á usted tan bien, que verdaderamente nunca me había parecido usted tan hermosa.

—De veras?

—Créalo usted, hija mia.

—No me diga usted hija.

—Por qué?

—Porque no es usted tan viejo.

—Es una frase de cariño.

—Así les dice usted á todas.

—A todas mis amigas.

—Y á las que son mas que amigas?

- Tambien.
- Pues no quiero que me diga usted hija.
- Le diré á usted..... mi ángel.
- Eso es mucho para amiga.
- Precisamente por eso se lo digo, porque yo deseo...
- No vaya usted á decir una barbaridad.
- No diré mas que lo que siento.
- ¿Sí?
- Y lo que siento es un amor ardiente por usted.
- Eso no es cierto.
- Le daré á usted mil pruebas.
- Yo tengo una en contra de todas.
- ¿Cuál?
- Que ama usted á mi hermana.
- Es usted una niña.
- Que tiene ojos.
- Y muy hermosos por mas señas.
- No se trata de eso.
- Fué una digresion.
- Muy inoportuna, dijo Angelita sonriéndose.
- Esta sorpresa fué un viento favorable.
- Chucho se preparó para izar las velas.
- Si es ese el único inconveniente que usted tiene para amarme, ese inconveniente desaparecerá como por encanto, á la primera sonrisa de usted, Angelita.
- ¿Nada mas con la primera?
- Nada mas.

—Pues es muy fácil, dijo Angelita, acufiando una sonrisa expresamente para aquel acto.

Chucho la recogió haciéndole todos los honores, tomó las manos de Angelita y las estrechó entre las suyas con pasión. Los dos habian triunfado.

Chucho se felicitaba de haber empleado tan poco trabajo en aquella conquista, y Angelita creia estar haciendo una obra meritoria con apartar á Mercedes de un mal paso.

En ese mismo dia Chucho habia recibido una nueva repulsa de Mercedes y se propuso aprovechar con Angelita el tiempo que perdía con la hermana sequiva que se consagraba de nuevo á la reparacion y al arrepentimiento.

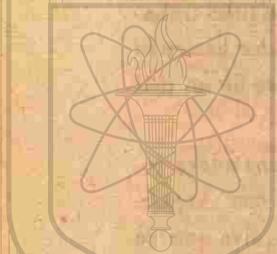
Por lo visto ni Mercedes ni Angelita habian sabido cautivar el corazon de sus respectivos maridos, ni mucho menos habian sido bastante fuertes para triunfar de la difícil situacion en que una muger se coloca cuando siente vacío el corazon.

La dulce compañera del hombre no tiene mas que dos maneras de ser: ó ser la compañera de un hombre, ó estar próxima á serlo; quiero decir, solo la novia y la esposa están bajo el amparo de la ley natural.

En todas las demas situaciones, inclusa la viudedad, la muger es una hoja suelta, que vuela y se agita á merced de todas las vicisitudes, sin mas apelacion que ésta: la vejez.

En una palabra, la crisálida moral de Mercedes y Angelita, era insuficiente é imperfecta; estaban próximas á ser mariposas y esta trasformacion debia ser fecunda en peripecias curiosas y en resultados peligrosos.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



CAPITULO XXIV.

CONTINUACION DE LA IMPORTANTE MATERIA
TOCADA EN EL CAPITULO ANTERIOR.

Lo dicho: las contravenciones del órden basado en la moral de las costumbres, traen irremisiblemente sobre el infractor el condigno castigo:

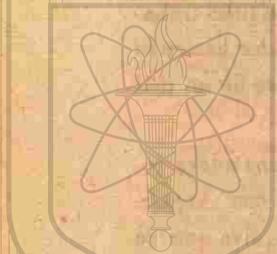
Concha va á ser una de las pruebas de este aserto.

Antes de descender al fondo de la disipacion, la muger resbala en su pendiente y lucha con los restos que le quedan de pudor.

Sea esto dicho en loor del sexo débil: el luchar lo disculpa, y cuando menos, esto es un elocuente tributo al principio moral.

En una palabra, la crisálida moral de Mercedes y Angelita, era insuficiente é imperfecta; estaban próximas á ser mariposas y esta trasformacion debia ser fecunda en peripecias curiosas y en resultados peligrosos.

ALERE FLAMMAM
VERITATIS



CAPITULO XXIV.

CONTINUACION DE LA IMPORTANTE MATERIA
TOCADA EN EL CAPITULO ANTERIOR.

Lo dicho: las contravenciones del órden basado en la moral de las costumbres, traen irremisiblemente sobre el infractor el condigno castigo:

Concha va á ser una de las pruebas de este aserto.

Antes de descender al fondo de la disipacion, la muger resbala en su pendiente y lucha con los restos que le quedan de pudor.

Sea esto dicho en loor del sexo débil: el luchar lo disculpa, y cuando menos, esto es un elocuente tributo al principio moral.

Gonzalez, como sabe ya el lector, era un buen muchacho; circunstancia apreciablesima, pero por desgracia insuficiente tratándose del presupuesto económico de Concha.

Sin la insuficiencia monetaria de Gonzalez, Concha lo hubiera amado de veras; y no se crea que esto es paradójico. ¿Qué influencia puede tener el vil metal para convertir en verdadero el amor? se nos preguntará. Pues no hay cosa que suceda con mas frecuencia que esta.

Concha entró al mundo filiándose entre las gentes acomodadas, merced á un golpe de fortuna, y concurrió al banquete de los placeres, sin mas títulos que sus hermosos ojos, su talle esbelto y sus bonitos piés; he ahí su capital inmueble.

Concha cobró los réditos y se los pagaron.

Gonzalez, el último de los censatarios, solo entregó dividendos y redujo los pagos, como en tiempo de revolución, á terceras partes.

Nos habíamos propuesto no decirlo, siguiendo nuestro prurito de no hablar mal del prójimo, pero es necesario no callar en esta vez.

Concha tenia algunos pecadillos mas.

Antes de conocer á Gonzalez, conoció á un señor natural de Veracruz, munífico por mas señas.

Concha lo consideró tan liso y llano pagador, que se moria de gusto y de cariño.

El de Veracruz tuvo que ausentarse á poco tiempo con-

fiándole á Concha esa quisicosa que con tanta facilidad se traspapela en las ausencias: la fé de los amantes.

Concha vió alejarse al de Veracruz y derramó lágrimas por si fueren útiles y porque le pareció que no es bueno despedirse en seco; acarició las últimas onzas que le quedaban, como el mas tierno recuerdo de su amante, y se volvió á quedar sin réditos.

Este es el grave inconveniente de ciertos capitales; los pícaros hombres solemos estar intratables en algunas ocasiones y no parece sino que ya somos insensibles á los atractivos del sexo hermoso.

Tal pensaba Concha; y mas de una vez apostrofó á la raza de Adán, por sus incalificables esquiveces: hasta que encontró á Gonzalez que desempeñó su interinato lo mejor que pudo.

Pero he aquí que retornó el de Veracruz, preguntando por la susodicha fé, que era precisamente la que en aquellos momentos se encontraba tan mal parada. A la pregunta de la fé, agregó el de Veracruz un programa de futuras esplendideces, y las matemáticas de Concha hilvararon una operacion aritmética que le dió un residuo que se llamaba "Gonzalez."

Gonzalez acertó aquel dia, en su visita cotidiana, á estar mas expresivo que de costumbre.

Concha hubiera deseado tener un microscopio, para encontrar en Gonzalez algo que le diera motivo de enojo, pero Gonzalez se estaba portando admirablemente.

Concha se finjió celosa.

Conzalez la satisfizo plenamente.

Dudó de su amor.

Gonzalez le dió pruebas.

Se finjió pobre.

Gonzalez la obsequió.

Se finjió triste.

Gonzalez la hizo reir.

Tanto hizo Concha para desprenderse de Gonzalez, pretextando motivos é inventando pretextos, que Gonzalez conoció que habia moros en la costa.

Concha ejercia un dominio absoluto sobre sus glándulas lacrimales. Jamas esta arma femenil tuvo propiedad mas pródiga.

Concha sabia dejar caer de sus ojos las lágrimas, como de sus labios las palabras.

Un dia dejó caer estas perlas sobre los hombros de Gonzalez.

—¿Qué tienes? le preguntó este.

—Triste.

—¿Por qué?

—Por mi reputacion.

—¿Quién la ataca? señálame al villano y me lo como vivo.

—Eso es lo que yo quisiera saber, pero no lo conozco.

—¿Qué lástima!

—Pero me calumnian, dicen que soy liviana, que te amo á tí y..... á otros.

—Que atrocidad! ¿con que á otros?

—Sí, á varios.

Gonzalez soltó una carcajada, y exclamó:

—No hagas caso de hablillas; en tu carácter de muger sola, te verás calumniada constantemente; tu hermosura incita á inventarte amantes.

Al dia siguiente, Gonzalez supo lo de el de Veracruz.

—Sigo triste, le dijo Concha.

—Con razon.

—Siguen las habladurías.

—Pobre de tí, ¡qué injusticias!

—Tengo un amigo.

—¿El de Veracruz?

—El mismo.

—¿Y qué?

—Que han llegado á sus oidos las murmuraciones.

—Lo siento.

—Y eso me aflije horriblemente.

—¿Por qué?

—Porque tal vez lo crea.

—¿No te conoce?

—Sí.

—Pues no debe creerlo.

—¿Y tú.....

—Yo no creo nada, yo sé muy bien que tú eres una ganta.

—Pero yo no quisiera que mi amigo el de Veracruz supiera que me amas.

Concha, en el mas difícil de los papeles de dama jóven,

se entregaba en cada palabra; y despues de una lucha heroica, en la que llegó á creer que habia triunfado, quedándose con el de Veracruz en cambio de Gonzalez, recibió una misiva lacónica y elocuente firmada por sus dos amantes.

Gonzalez respiró libremente, y al volver al hogar doméstico, saboreando aun la susodicha compensacion que pretendió hallar en Concha, se encontró á Chucho el Ninfo.

Chucho tenia el don de la imperturbabilidad, aun delante de los maridos.

Gonzalez en la reaccion de su conciencia creyó acertar manifestándose complaciente y obsequioso.

Angelita pensó lo mismo que Gonzalez.

Y Chucho pensó lo mismo que el matrimonio; de manera que los tres estaban á cual mas cariñosos.

—Por qué estás tan alegre? le preguntó Gonzalez á su muger.

—Porque me ha dado gusto, dijo ésta, que vengas tan temprano.

—Qué cosa tan rara! pensó Gonzalez.

—Efectivamente, agregó Chucho, ya se hacia necesaria su presencia de usted aquí, señor Gonzalez; porque á mí ya se me va agotando el caudal en la conversacion, y nos pasamos algunos ratos en silencio; ¿no es verdad, Angelita?

—Cierto; así sucede muchas veces.

Aquellos tres personajes estaban haciéndose sospechosos entre sí á fuerza de amabilidad.

Angelita creia de mal agüero la dulzura de Gonzalez. Gonzalez encontró á su muger tan cambiada que creyó que le ocultaba algo.

Y á Chucho le parecia el rugido de la tempestad aquella armonía conyugal.

Gonzalez pensaba con horror en la pena del Talion, y Angelita encontraba muy de su gusto que Gonzalez tuviera celos; primero para que su marido no se quedara sin probar ese platillo, y luego porque como al fin aquello no era mas que un santo ardid para evitarle á su hermana Mercedes un desaguisado, Angelita estaba interiormente tranquila y con aire triunfante.

Chucho el Ninfo, entretanto, estaba satisfecho de su obra; le parecia haber llegado al colmo de lo que en lenguaje de pollo se traduce así: *pico largo*.

Para adquirir este honroso título habia empleado todos los medios que le sugeria su vanidad de calavera, y el ruido que habia logrado hacer con sus amores era la aura popular que mas le lisonjeaba.

Para Chucho el triunfo era completo desde el momento que sus amores eran públicos; el resultado práctico le importaba poco, lo que Chucho queria era el escándalo.

Tenia la certidumbre de la impunidad y aseguraba que ninguno de los dos maridos le pediria cuentas de su honra. Para Chucho, el marido era en la sociedad el tipo ridículo mas despreciable, y juraba á mil cruces que jamas se casaria.

Mercedes, por otra parte, llevaba ya mucho tiempo de

luchar de una manera heroica consigo misma; pero las reacciones de este trabajo ímprobo de su conciencia y su corazón eran funestas. Amaba á Chucho á pesar de todo y cada vez con mas ardor: mientras mas pensaba arrancar de su corazón aquella imágen que la perseguia, mas y mas sus pensamientos no eran mas que para aquel ser, despreciable para quien lo conociera, pero que para Mercedes era la encarnacion de su mas bello sueño.

Mercedes comenzó á recibir grandes desaires de sus mejores amigas y á echar de menos á su familia, que casi se habian retirado completamente de su casa.

Un dia recibió la visita de su tia, de la tia á quien le faltaba un ojo; pero quien con el que le quedaba desempeñaba el papel de Argos admirablemente.

Encontró á Mercedes llorando.

—No te pregunto por qué lloras, porque eso todo el mundo lo sabe.

—Todo el mundo! exclamó Mercedes sorprendida.

—Sí, todo el mundo; excepto tu marido porque eso es lo que sucede siempre; ya se ve, es el único de quien probablemente se cuidan tú y ese..... señorito, que ha venido á amargar la existencia de tu familia y á alejarte de la estimacion de las gentes.

—Pero, qué es lo que me está usted diciendo?

—La verdad, sobrina mia, la verdad, porque yo soy así; ya me conoces, tan fea como tan franca, y aunque de nada me escandalizo. hay cosas que solo para vistas.

—Quiere decir que se habla de mí?

—Y con razon. Lo extraño es que tú no acabes de comprender el papel que estás haciendo.

—Pero nadie tiene razon para despreciarme.

—Nadie?

—No, nadie, respondió Mercedes con energia; porque, efectivamente, Mercedes no habia faltado á sus deberes sino en la apariencia; pero el público habia pronunciado su fallo, y los fallos del público son inapelables.

—De nada te sirve ya esa indignacion que manifiestas porque nadie te creerá; el mal está ya hecho, la sociedad te ha juzgado ya; y aunque supongamos, porque yo tambien quiero suponerlo, que eres pura, las gentes hablan y aseguran enteramente todo lo contrario.—Ya se ve, el señorito no se para en pintas, y no solo, sino que hace alarde de sus vicios; te digo que debe quererte mucho el hombre que primero te roba la honra y la tranquilidad para que una vez perdida nada te quede que sacrificarle.

—Pues jure usted, tia, jure usted como yo, que una y mil veces he rechazado este amor; jure usted que no he faltado á mis deberes; jure usted que seguiré luchando hasta conmigo misma para no tener jamas de qué avergonzarme. Atienda usted á que lucho sola porque todos me han abandonado, y porque en medio de mi tribulacion y mi aislamiento no tengo ni un consuelo, ni una esperanza por parte de los míos: en todos leo las señales de la desaprobacion, y veo que huyen de mí como de una apesada; y sin embargo, que lo diga él mismo, lo desafio á que me sostenga que soy su amante, y si tal dice miente;

pero no..... no le dice, ni puede decirlo nunca. Dígale usted á la sociedad, dígale usted á mis padres que no me condenen, que todavía soy pura, que todavía soy digna de su estimacion. Y ya lo ve usted, hasta mi marido me abandona; si él hubiera estado de mi lado, yo no me hubiera separado de su vista; yo le hubiera hecho protestas de amor delante del hombre que me roba el honor y me arrebatara para siempre la tranquilidad, solo porque soy impotente contra sus persecuciones. Rehabílitame usted, señora; rehabílitame usted y no me abandone como todos, porque me faltarán las fuerzas para luchar por mas tiempo. Qué mas puedo hacer que imponerme el mas penoso de los sacrificios? porque sépalo usted todo de una vez para que me condene ó me absuelva, y entonces me ampare: sépalo usted, señora, mi corazon está vírgen de amor; soy casada, pero jamas he amado á mi marido, ni tampoco he sido nunca amada por él; y mi primer amor, el único ser que ha sido capaz de inspirarme una pasion que me mata, es Chucho. Yo no sé si lo que él hace es efecto de su amor; tal vez es imprudente; pero es tan joven que no mide el tamaño de sus indiscreciones. Hasta hoy no le he confesado mi amor; él insiste y arrostra por todo, y yo sé muy bien que la única manera de conseguir su discrecion y su prudencia, es ceder á sus deseos: si yo le hubiera correspondido, nadie sabria nada, obraríamos de acuerdo, y seria yo criminal, es cierto, pero conservaria el aprecio de las gentes; pero mi repulsa, mis negativas, mi obstinacion en no faltar á mi fé de esposa, obliga

á Chucho, ya que no le doy mi amor, á robarse mi honra; y á qué precio puedo rescatarla si aun es tiempo? ¡Ah! yo he preferido mi conciencia á mi honra: si hubiera sacrificado mi pureza me hubiera salvado; mientras que hoy; el cumplimiento de mis deberes me ha perdido. ¿Qué debo hacer para rehabílitarme? ilumíneme usted, y en lugar de reprocharme, como todos, mi conducta, compadézcame usted, señora, se lo ruego. Tal vez mi padre me desprecia, y mis amigas se avergüenzan de venir á verme; todo porque he luchado. Dígales usted, señora, dígales usted, por Dios, que aun soy pura, que me salven, que me salven.....

La tuerta tia, en cambio del ojo que hacia tiempo le habia cerrado la suerte, abria desmesuradamente el otro y estaba en aquellos momentos petrificada sobre la silla como modelo de fotógrafo.

Hubo una larga pausa, durante la cual, Merced vertió abundantes lágrimas; y la tia no sabiendo qué partido tomar en una situacion tan difícil, se propuso ponerlo todo en conocimiento de doña Rosario, su hermana, para que con los consejos de algun sacerdote se tomara el partido y la resolucion mas convenientes.

—Vengo muriéndome, la dijo á doña Rosario, entrando en la casa.

—¿Por qué?

—Vengo de ver á Mercedes, tu hija, que me ha partido el corazon.

—¿Pues qué pasa de nuevo?

—De nuevo nada.

—Pues entónce?

—Figúrate que si no todo, parte de lo que nos han contado y de los rumores que circulan es falso.

—¿Cómo es eso?

—Pues nada mas cierto, al menos segun la misma Mercedes: doy el autor.

—¿Pues qué dice mi hija?

—Que..... dice que..... pues dice que no le ha correspondido á Chucho.

—¿Y tú lo has creído?

—Yo sí; y si tú no lo crees, es porque no la has oido, porque no has visto como yo sus lágrimas, porque no te ha dicho las cosas que á mí, que me han partido el alma. Y el ojo de la tia destiló una gruesa lágrima que valia por dos.

—¿Pues qué será bueno hacer? preguntó doña Rosario toda temblorosa y conmovida.

—Yo creo que será bueno consultar el negocio con el padre Martinez que ya la ha confesado; y aunque el padre Martinez nos ha echado tierra, yo creo que si lo ocupamos en este asunto que tanto nos afecta, se apresurará á venir y nos servirá como siempre.

—Tienes razon. Pues que vayan á llamar al padre Martipez.

—Mejor iré yo en un coche y lo traigo.

—Me parece bien, corre.

—Hasta luego.

Y la tia desapareció.

Doña Rosario aprovechándose de la ausencia de D. Pedro María, encendió todas las velas de cera que habia en la casa, y anunció á las criadas que aquella misma noche se iba á *andar* la novena de la Purísima.

Poco tardó la tuerta en volver con el padre Martinez.

—Nada de sentimientos, padre Martinez, que en las tribulaciones no hay para que acordarse de lo pasado; ahora se trata de la pobrecita de mi hija, que pide á gritos que la salven.

—¿De qué, mi señora? ¿Pues qué le ha sucedido? ¿De qué está enferma?

—No, no está enferma.

—¿Pues qué tiene?

—Tiene al diablo, padre Martinez, al diablo en persona, que ya sabe usted como se ha empeñado el enemigo malo en hacerme desgraciada á mi hija de mi corazon, que es una compasion verla como llora. Aquí nos contaron, pero ya conoce usted á las gentes, padre Martinez, como abultan, y de una esquina á otra ni quien conozca las noticias.....

—Pero en fin ¿qué se dice?

—Nos contaron..... en fin, que mi hija se habia perdido.

—¡Ave María Purísima!

—Quiero decir, que tenia un amante.

—Y no es cierto, por supuesto.

—Vea usted, el amante existe, pero mi hija no lo quiere.

—Pues entonces estamos bien.

—No, padre Martinez, estamos mal, porque aunque mi hija no lo quiere, las gentes lo creen así y en el público se dicen unas cosas, para taparse los oídos.

—Y bien, ¿qué es lo que usted piensa?

—Eso es lo que queremos que usted haga, pensar en lo que será conveniente.

—Pero está usted segura de que Mercedes?... ..

—Ahí esta mi hermana que le impondrá á usted, ella está al tanto de todo lo que pasa.

—Hable usted, mi señora, le dijo el padre Martinez á la tuerta.

Esta le hizo una relacion circunstanciada de los acontecimientos y de la disposicion moral de Mercedes.

—Me ocurre una idea luminosa, dijo el padre Martinez.

—¿Cuál?

—A ver? dijo la tuerta.

—Traigo en la bolsa una boleta de ejercicios para una hija mia de confesion que debe entrar mañana; no le he puesto todavia el nombre á la boleta y.....

—¡Magnífico! exclamó doña Rosario.

—Efectivamente, esa es una idea luminosa, dijo la tuerta.

—Con que mañana?

—Mañana.

—¿Pero Mercedes se prestará? dijo la tia.

—Segun dicen, la pobre de mi hija está dispuesta á todo.

—Sí.

—Pues entonces.....

—Yo me encargo de preguntarle, voy en el coche á consultar su voluntad y vuelvo.

Veamos entre tanto lo que pasaba con Angelita.

CAPITULO XXV.

DE LA MANERA CON QUE CHUCHO EL NINFO
SE CUBRE DE GLORIA.

DUBO un veranito en la casa de Gonzalez, pero este verano era el precursor de la tempestad.

Gonzalez, arrepentido interiormente de su infidelidad y encontrando en la afabilidad de Angelita un tierno llamamiento al orden, se propuso buscar la paz y el bienestar en la única fuente posible para un casado: en el hogar doméstico.

Inauguraron la paz con un almuerzo al que concurrieron la familia de Angelita, el padre Martinez, Perez, Chu-

cho el Ninfo y Elena, quien cuidó de no hacer concurrir á los niños Agnados.

Pocos dias antes Chucho el Ninfo rodeado de su cohorte de pollos callejeros, habia recibido en su ánimo un nuevo impulso que le obligó á tomar medidas extremas.

—Sentimos que estés de malas, le decia un pollo.

—¿Por qué?

—Porque se te acortan los recursos en tu ramo de mugeres casadas.

—No, no tanto, dijo Chucho, viendo venir el chubasco.

—¡Como no! Tú encantadora Mercedes está en ejercicios, que yo la ví, se está purificando una vez por todas y esa conquista se agió.

—Y en cuanto á Angelita, agregó otro pollo, se va á celebrar con un almuerzo, su reconciliacion con su marido. ¿Estás convidado?

—Por supuesto.

—¿Y vas?

—Primero falta el vino que yo.

—¿A presenciar tu derrota?

—No, á triunfar.

—¿A triunfar? que presuntuoso, estás vencido, chico, estás vencido.

—No lo crean ustedes. Ya se vé, en materias de amor, sois muy niños.

—Véngate de nosotros como gustes, pero estás derrotado.

—Ya veremos.

Chucho se separó de sus amigos, extraordinariamente contrariado, porque le habian dicho la verdad, y se puso á hilvanar un proyecto estupendo que la casualidad vino á hacer mas negro todavía.

Chucho recurria al arbitrio de aturdirse, segun él decia, cuando le sucedia algo, y tuvo una cena de cuya descripcion nos libran ciertas consideraciones.

Chucho habló con Concha.

Esta enteró á Chucho de sus amores con Gonzalez. Chucho guardó aquellos datos, como si se hubiera echado en el bolsillo un frasco de ácido prúsico, y en seguida se manifestó espléndido con Concha, quien á su vez encontró en esto á Chucho muy de su gusto.

Llegó el dia del almuerzo: reinó en él la mayor cordialidad: y las tias de Angelita, las cartilaginosas tias se sentaron juntas, para darse de codo; pues como todo lo sabian, se estaban gozando en que aquella reconciliacion fuese para alejar á Chucho el Ninfo, á quien segun las viejas no le quedaba mas recurso que dirigir sus tiros á otra parte.

—Parece que nuestro santo, el señor san Judas Tadeo de mi alma, se ha portado como quien es.

—Sí, yo me muero por él. ¡Qué capaz que se le fuera ésta ¡vaya! en mas graves casos, nunca se ha quedado sin hacer el milagro!

—Le mandaré decir una misa; que bien lo ha ganado.

—Aquí es donde yo quiero ver á los impíos; se quedarían con la boca abierta.

- Milagro mas patentel!.....
 —Porque, de fijo, Chucho toca retirada.
 —La conciencia, hermana, la conciencia.

Doña Rosario hacia señas á sus hermanas, y estaban las tres ancianas que no cabian en sí de gusto.

En la noche de ese mismo dia, la sala de la casa de Gonzalez presentaba un cuadro opuesto al de la mañana.

Angelita lloraba reclinada en un sofá y Gonzalez se paseaba furioso.

—Bien decia yo, exclamaba Angelita; quien habia de ser, sino una muger perdida, la que me roba tu amor? ¿quien sino esa Concha, la ojona, la ordinaria, la que te quita de mi lado? ¡hipócrita! pero eso sí; esta será la última; esto no tiene remedio. Mañana estaré yo en mi casa y todo el mundo sabrá que clase de sugeto es usted. ¡Ay Dios mio, que desgraciada soy!

Gonzalez, á quien se le habia caido el gozo en el pozo, recurrió primero á la energía y á las amenazas, é hizo admirablemente el papel de hombron resuelto y de carácter enérgico.

La luz de la aurora sorprendió al matrimonio en plena guerra; y en las primeras horas de la mañana llegó el esfuerzo de la casa de Angelita. La tuerta traía el estandarte del escándalo.

—Déjame á mí, le decia á doña Rosario, ya sabes que soy muger de recursos; y desde luego me ocurre, que supuesto que Dios nos ha inspirado la idea de poner á Mercedes en la casa de ejercicios, y supuesto tambien que aun

no se acaba la novena de san Judas Tadeo, es claro, clarísimo, que el camino que debemos seguir es el mismo; y de esta manera habremos puesto fin á tanto escándalo, y nos descartaremos para siempre del..... jovencito, del D. Jesus condenado.

—¿Pero crees tú que Gonzalez pase por entrar á ejercicios?

—¿Por qué no? ya lo verás.

—Pues anda; y que Dios te ilumine.

Debemos decir en obsequio de la sagacidad de la tuerta, que cumplió su mision admirablemente: Angelita ofreció aceptar á su marido, con la condicion de recibirlo purificado y santo despues de los ejercicios.

Gonzalez se resignó por su parte, y algunos dias despues, Angelita hacia los preparativos para enviar al pecador de su marido á hacer penitencia por nueve dias.

—¡Aleluya! gritó la tuerta, el primer dia de los nueve en que Angelita iba á estar sola. Van dos milagros que nos hace en uno mi querido señor San Judas Tadeo, á quien veo como á las niñas de mis ojos. En primer lugar, nos ha quitado á ese D. Jesus, el elegante, de la casa de Mercedes; porque yo supongo que despues de los ejercicios y con el mal modo que todos le hemos puesto, no aportará mas por la casa; y todo esto, segun lo tiene de costumbre mi santo de mi alma, antes de que se acabara la novena; y el segundo milagro es, haber quitado á Gonzalez del lado de esa..... ¡Ave María Purísima!..... ya iba

á decir la palabra; de esa..... infeliz! porque no son otra cosa esas mugeres, que hasta animales me parecen.

—Efectivamente, dijo doña Rosario muy convencida del poder de San Judas; y aun ha y mas que agradecer á su Divina Magestad, y es, que de nada de esto se haya apercibido el pobre de mi marido, que moriria seguramente de un derrame de bílis si llegaran á sus noticias las atrocidades que han pasado en estos dias, y que á la verdad, no sé como he tenido serenidad para aparentar delante de mi marido tanta calma.

—En cuanto al seductor ya nada tenemos que temer, dijo la tuerta, porque aun cuando siga visitando á Angelita, ahí me las den todas; esa no es Merced, porque esa sí es una muchacha arreglada, que no ha dejado de confesarse y de hacer sus comuniones.

—Eso sí, exclamó doña Rosario, me cabe la satisfaccion de que mi hija Angelita ha seguido siendo buena cristiana, y tengo una confianza en su juicio y en su honradez, que muy pronto, ya lo verás, va á poner al Chucho en la puerta de su casa.

—Yo entiendo, dijo la tuerta, que con todo lo que ha pasado, bastante debe comprender que está de sobra el angelito, y tomará su portante.

Esta prevision de la tuerta, era la que menos habia de realizarse, pues Chucho, animado por la misma Angelita, veia abierta una brecha á sus ataques.

Efectivamente, Chucho se consagró á Angelita, con toda la insistencia y tenacidad que le conocemos.

Angelita, fiel á su propósito de librar á Mercedes de aquel amante tan peligroso, y creyéndose cada vez mas segura en las resoluciones que llevaria á cabo despues, dijo á Chucho:

—Pues bien, pongo una condicion.

—¿Cuál?

—Que jamas vuelva usted á ver á Mercedes.

—¿Y á ese precio me amaré usted?

—Sí, dijo Angelita, jugando con la verdad y sin temblar.

Chucho oyó aquel sí conmoviéndose profundamente, contra su costumbre; porque como la vanidad era el móvil de su amor, esta estaba plenamente satisfecha.

Chucho cayó á los piés de Angelita, y se dejó llevar del torrente de sus ideas amorosas; se le hubiera desconocido, porque estaba elocuente; y lo que es mas, ardiente y poético: tal vez sentia Chucho por la primera vez un arrebato semejante, y las mas dulces imágenes, las mas risueñas perspectivas descorria, con desusada locuacidad, á la vista de Angelita. El amor pintado por Chucho en aquellos momentos, tenia tan extraño perstigio, ejercia una influencia tan nueva en el ánimo de Angelita, que esta lo escuchaba absorta.

Al principio, solo su vanidad respondió á las primeras palabras de Chucho; pero á medida que este hablaba y su acento iba tomando el carácter ingénuo y la marca de verdadera pasion, Angelita comenzó á sentir algo entera-

mente nuevo en todo su ser, que la ponía á merced de aquella fascinación desconocida.

Le sucedió una cosa muy rara: se olvidó de Gonzalez, de su familia, de todo el mundo; y como en un sueño se concentró toda en aquel amor que brotaba inundándolo todo con sus rayos deslumbradores.

Era aquella una de esas horas fatales en que todo cae á nuestro rededor, en que no surge ni el mas ligero obstáculo, ni la mas trivial interrupción; ni una tos, ni un sonido, ni un reloj que dé horas, ni una puerta que rechine, nada, en fin, que turbe ese silencio soporoso, pero lleno para los actores de aquella escena, de esos ruidos extraños, de esos ruidos que todo lo absorben porque son la sangre que afluye al corazón haciéndolo palpar violentamente.

No parecía sino que en aquella sala modesta, pero agradablemente tapizada, iluminada por una sola luz opaca y medio velada por un ramo de flores; no parecía, decimos, sino que en las largas sombras que proyectaban los muebles y que se extendían por las paredes, estaba ese diablo de las conquistas que suele deleitarse con las escenas de amores terribles; ese diablo familiar de los salones que destapa los pomos de la esencia de rosa, que hace crujir la seda, que alumbra con la luz azul de sus pupilas un seno blanco que ondula como una góndola mecida por la brisa sobre un lago; ese diablo cortesano que alza, sin que nadie lo vea, la orla de un vestido y hace exhibir un pie calzado con blanquísima seda; diablo que sabe por que me-

dios se humedecen los ojos y se les hace brillar como las estrellas, que sabe dejar caer un rizo de sedoso cabello sobre una frente que se estremece; diablo que envía el aliento de una boca á los labios de otra entreabierta por la mas dulce de las agonías.....

Ese diablo estaba allí.....

El recogió en la palma de su mano amarilla unas cuantas lágrimas de Angelita, y contrajo su angulosa fisonomía con una sonrisa dedicada á Chucho el Ninfo, cuando este pensó á sus solas que aquella noche se había cubierto de gloria.

CAPITULO XXVI.

EN EL CUAL, POR FORTUNA DEL LECTOR, LLEGAMOS
Á LA CATÁSTROFE CLÁSICA, CON LA QUE
TERMINA LA PRESENTE HISTORIA.

NO tenemos afición á lo horripilante.

Bajo el cielo azul de México, sin brumas que amamanten *spleen*, nuestra molicie tropical nos hace epicureos, y aun solemos concurrir al drama serio tomando el asiento del polichinela; pero no tenemos la culpa de que los acontecimientos se precipiten y se compliquen, trayendo naturalmente el fin de esta historia auténtica. [®]

Mientras Angelita recibía la visita del diablo, del que tan satisfecho había quedado Chucho el Ninfo, en la casa de Mercedes todos los preparativos anunciaban que el diablo haría muy bien en no aportar por allí.

Perez, el diligente Perez, está siendo, como de costumbre, el indispensable en la presente fiesta.

La pobre de Elena contribuía también por su parte á aquel santo regocijo.

Las magras tías y doña Rosario, eran otras tantas operarias infatigables ocupadas en la realización del programa.

—Vamos á cuentas, decía la tuerta locuaz: Rosario y su marido dos, nosotras dos, cuatro, Elena y Perez, seis: se necesitan dos coches.

—Pero quien recibe aquí á Mercedes? objetó D^a Rosario.

—Eso es! pues que esperen aquí Elena y Perez, quienes recibirán á las visitas y echarán los cohetes.

—Bueno! el caso es que acabemos.

El ruido de las escobetas obligaba á todos á hablar en voz alta, y toda la casa de Mercedes estaba en pleno desorden. Las tías hacían arcos de mascadas; doña Rosario dirigía la cocina, en donde se preparaba el tradicional, solemne y succulento mole de guajolote. Perez, como siempre, clavaba cortinas, ponía bandillas, y disponía ramos y guirnaldas de flores.

Pablito no aparecía en escena, porque estaba muy ocupado en aquellos días en consumir muchas tazas de café, á fin de que le salieran muy buenos unos versos que iba á decirle á su hermana el día de la fiesta.

Todo era alegría y animación; todos estaban allí libres de Chucho el Ninfo.

Elena estaba triste y retraída; y cada uno de aquellos preparativos le recordaba que su hijo había sido la causa

de un trastorno de familia que, á Dios gracias, no había tomado mayores proporciones; pues á tiempo se había recurrido á S. Judas Tadeo y á los ejercicios espirituales, que según expresiones de la señora D^a Rosario eran el *ánalo todo*.

Pablito, que era escritor, le había enmendado la frase á su mamá.

—Diga usted *panacea universal*, eso es más pulcro.

Doña Rosario atendía poco á observaciones de este género, por pensar en que los matrimonios de sus dos hijas iban desde aquel día, á caminar con viento favorable hacia la paz y la tranquilidad domésticas.

—En el matrimonio de Mercedes, ésta, que estaba á punto de resbalar, decía doña Rosario, ya está en paz y en gracia de Dios, y no se volverá á meter en otra; además, el señorito de marras ya está advertido por Perez de que este es negocio concluido. En cuanto á Angelita ya el pobre de Gonzalez, su marido, está también purificándose, pues aquel matrimonio se resentía por la parte masculina; de manera que los dos tentados del enemigo malo, están á buca recaudo, y quedando gracias á Dios, tan limpios como una patena.

Llegó, por fin, el día de la fiesta.

Mercedes había palidecido horriblemente en los nueve días de expiación, y su voz había perdido el timbre sonoro y argentino que le era habitual; parecía que una mano inexorable había corregido los perfiles de aquella cara tierna y simpática para darle una expresión de dolor y de concentración que no se podía contemplar con indiferencia.

Mercedes era otra. Solo su presencia ahogaba la expansión de los concurrentes á la fiesta. En el almuerzo reinó cierto silencio embarazoso é inexplicable; habia momentos en que solo se oia el ruido de los cubiertos.

Las miradas de Mercedes eran tan tristes que inspiraban respeto.

—¿Qué te ha sucedido en las cejas, muchacha? le preguntó D. Pedro María poniéndose los anteojos para verla mejor.

—Efectivamente, agregó doña Rosario, yo le veia algo raro á mi hija y no sabia que era ello; pero ya caigo, efectivamente tienes cambiadas las cejas.

—Estarán despeinadas, dijo la tuerta.

Mercedes se pasó la mano por las cejas.

—No, no es eso; es que las tiene menos arqueadas, digo doña Rosario.

—Es la luz, dijo Perez.

Y no era ni la luz ni el peine el motivo de aquel cambio; era que Mercedes estaba bajo la impresion de una de esas emociones profundas, que despedazando lentamente el corazon, rebosan en las líneas de la fisonomía contrayéndolas para armonizar la expresion con el sentimiento. Mercedes sufría horriblemente, y un pensamiento fijo y calenturiento imprimía en sus miradas esa vaguedad atónica del ser devorado por un pesar intenso; efectivamente, en esta expresion encuentra el pintor en el *viaje* de las cejas un gran recurso, y la naturaleza que se sobrepone á los artistas ya se habia encargado de modificar las cejas de Mercedes.

—Ya le habia yo notado tambien algo en la boca á Mercedes, dijo Elena, rompiendo un largo rato de silencio.

La boca de Mercedes entreabierta se contraía de esa manera peculiar del dolor; y efectivamente habia cambiado.

No obstante, Mercedes hablaba con todos, se sonreia y aparecia obsequiosa, amable y atenta; pero su gesto tenia algo de fatídico, que se trasmitia magnéticamente á todos.

En estos momentos fué cuando Pablito desdobló su cartapacio y leyó sus versos.

No queremos trasladarlos aquí, por no abusar de la paciencia del lector, y porque las faltas literarias de aquellos versos no son precisamente el punto sobre que debemos llamar la atencion.

Los versos, malos como eran, vinieron á determinar la reaccion de los espíritus, hasta entonces vacilantes é indecisos. Todos lloraron.

Merced le pidió en vano una lágrima á sus ojos ardientes..... ya no tenia lágrimas.....

—Estas son pesadeces de Pablito, dijo la tuerta despues de un largo rato de sollozos, haciendo brillar su ojo inflamado y vidrioso; ¡hacernos llorar á todos! pero Dios te conserve tu talento, mi alma, y tu buen corazon y todas tus virtudes.

—Gracias, tia, dijo aun conmovido Pablito.

—De modo y manera, dijo D. Pedro María, que el mohe se aguló con lágrimas. Vamos, vamos; ya pasó, señoras, ya pasó, y lo único que debemos hacer, es dar gracias á su Divina Magestad por sus inmensos beneficios.

—¿Dar gracias? gritó doña Rosario, ¿gracias? pues á la Villa todos, allí se las daremos á Nuestra Madre Santísima de Guadalupe.

—Muy bueno, muy bueno, así me gusta, dijo D Pedro María, nada de lágrimas. El domingo á la Villa, vamos á la iglesia y á almorzar en seguida al cerrito.

—¡Ay, el chito con salsa borracha, que me muero por él dijo D^a Rosario, y el domingo sale Gonzalez de ejercicios.

—Ese dia sale, dijo la tuerta.

—Bueno, pues juntamos las fiestas y por ahora á beber á la salud de los ejercitantes.

—Afortunadamente, dijo muy bajo doña Rosario á su hermana, Carlos ha estado ausente.

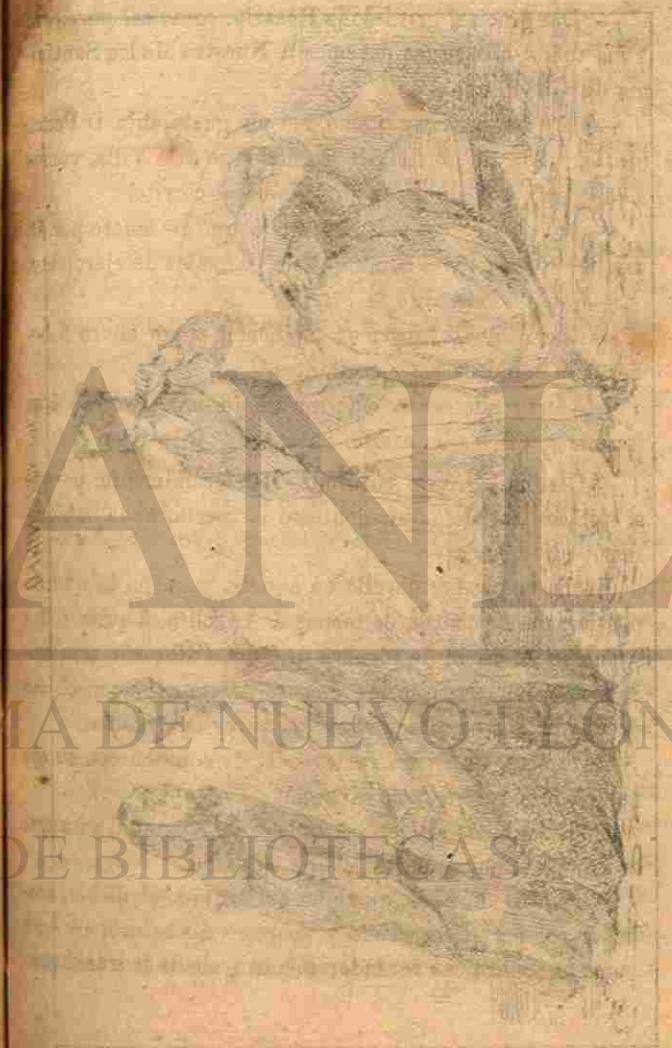
—Otro milagro de san Judas indefectiblemente, porque si hubiera estado aquí, contestó la tuerta, nada hubiéramos podido hacer.

El dia se pasó tranquilo en aquella casa, en la que repetidas veces echaron de menos á Angelita, á quien todas suponían enferma; de manera que doña Rosario, mas cuidadosa en el caso que las demas, se escurrió con objeto de visitar á Angelita un rato y volver en seguida.

La tuerta, que para verlo todo, le sobraba con su ojo colorado, siguió á doña Rosario.

Conduciremos al lector á la casa de Angelita, para que se entere tambien del estado de su salud.

Angelita, despues que la hubo visitado el diablo, acabó de romper su crisálida y apareció á sus propios ojos como una mariposa verdaderamente acabada de trasformar.





Hubo un momento de horrorosa silencio.

CHUCHO EL NINFA

Para Angelita el mundo era nuevo y lo que al principio fué obra de una fascinación incomprensible, para ella comenzó á ser la mas abierta aceptación de su derrumbamiento.

A Chucho el Ninfa le habian bastado los pocos dias de ausencia de Gonzalez para dar todo el escándalo posible, para contar sus amores á Pio Blanco y á Pio Prieto, y para publicar por cuantos medios le fueron dables, su fortuna.

Doña Rosario, con la idea de darle una agradable sorpresa á su hija, prohibió á los criados que la anunciaran.

Un momento despues habia cuatro figuras inmóviles formando un cuadro.

Angelita estaba vuelta de espaldas, ocultando el rostro entre sus manos.

Doña Rosario estaba horriblemente pálida, sin poder articular una palabra.

La tuerta era de piedra, excepto su ojo que parecia una linterna.

Y de pié, con la mirada altiva y la sonrisa en las lábios, estaba frente á frente de D^a Rosario Chucho el Ninfa....

Hubo un rato de horroroso silencio y de inmovilidad.

Un temblor nervioso comenzó á agitar á D^a Rosario, y su hermana la socorrió para que no cayera en tierra.

—¡Malvadol gritó la tuerta viendo desfallecer á doña Rosario, ¡socorro! ¡socorro! y en seguida se desató en demuestras contra Chucho, que permanecia impassible. Acudieron los criados; y la tuerta, ciega de cólera y sin reparar en el escándalo, dijo lo bastante para que los criados se enterasen de lo que allí acababa de pasar.

Costó mucho trabajo que doña Rosario volviera en sí de su desmayo, y eso cuando ya estaban allí un médico y un sacerdote, que los criados habían llamado á los gritos de la puerta que exclamaba:

—¡Se muere mi hermanal! y se va á morir sin confesion! pronto, pronto! un padre.....

Angelita comenzaba á perder el juicio: no se daba cuenta de lo que hacia.

En cuanto á Chucho, se habia salido, casi sin ser notado.

La noticia se transmitió como por telégrafo, á la casa de Mercedes; y media hora despues, entraban D. Pedro María, Pablito, Elena, Perez y la tia sorda, que preguntaba á gritos que habia sucedido.

—Que se ha enfermado doña Rosario.

—Será el cólera.

—Puede ser, le contestaron y á pocos momentos, la casa de Angelita fué un campo de Agramante.

D. Pedro María tambien se habia accidentado: y Angelita era presa de convulsiones nerviosas, se desgarraba los vestidos y luchaba con las fuerzas de un loco, en los brazos de Perez, de Elena y de todos los criados de la casa, en donde todo era confusion, gritos, ayes, sollozos y desórden.

Cuando Gonzalez salió de la casa de ejercicios, no almorzó mole de guajolote, pero se desayunó del estado lastimoso en que se encontraban su casa, su muger y sus asuntos; y de contrito penitente, se convirtió en insoponible energúmeno, y no hubo poder ni razon suficiente que lo hiciera desistir de la idea de matar á Chucho el Ninfo.

Buscólo por todas partes, y al fin acertó á dar con dos amigos suyos que se encargaron de que el presunto asesinato, fuese con los requisitos que las leyes del honor prescriben en tales casos.

Chucho el Ninfo fué sorprendido en su tocador, y no con un pomo de pomada de rosa, sino por la visita de los padrinos de Gonzalez.

Chucho se demudó, y pudo medir en su interior el grado de valor personal que el cielo le habia puesto dentro de aquel cuerpo perfumado y elegante; pero como la fisonomía de Chucho, en fuerza del estudio que éste habia hecho de sus contracciones, no se prestaba á las transiciones rápidas, por temor de aparecer feo alguna vez, el Ninfo oyó á los padrinos con la serenidad de un *gentleman*.

Le faltaba á Chucho este toque característico de la raza ninfea, y holgóse en su interior de la ocasion que le proporcionaba desmentir su fama de afeminado.

Chucho queria alcanzar en el duelo lo que en los amores, la publicidad; de manera que no se apresuró á concluir, sino que retardó lo mas posible sus contestaciones, para dar lugar á que aquel acontecimiento llegara á oídos de todos.

—Desde luego, dijo Chucho á los padrinos, no rehuso los lances á que se me provoca; pero esto de batirse con maridos es ventajoso; yo nada pierdo..... pero el señor Gonzalez..... en fin, cada uno es dueño de su nombre, y si por este medio logra quedar satisfecho, estoy dispuesto á darle gusto. Por otra parte, yo tiro bien, y creo lle-

var esa otra ventaja; pero no obstante, si se me reta, sobre mí no caerá la responsabilidad, ni la nota de cobarde. Ruego á ustedes por lo tanto, que me permitan diferir mi contestacion definitiva á un término prudente.

Los padrinos quedaron complacidos de la manera con que Chucho los recibió, pues llegó su amabilidad al grado de enseñarles sus armas y algunas pinturas obscenas, que entretuvieron á los padrinos de Gonzalez en la casa de Chucho, mas de lo que ellos hubieran querido.

Chucho estaba pasando algunos dias por una disposicion de ánimo, curiosa de estudiar.

Chucho se sentia á sí mismo horriblemente cobarde: considerarse atravesado por una bala y agonizante, era una pesadilla que lo hacia estremecer á sus solas; pero este sobresalto se convertia en deleite desde el momento en que Chucho era el centro de un corrillo curioso y pregunton. Entonces Chucho se daba el aire de un gran señor, de un gran duelista, de un gran Tenorio, y se olvidaba del miedo; llevaba á sus amigos al tiro de pistola y les daba de almorzar despues de haber partido algunas balas enviadas al filo de un cuchillo.

—¡Pobre Gonzalez con la puntería de usted! le decia Pio Prieto, abriendo su inmensa boca.

—Por todo México no se hablaba mas que del duelo de Chucho y Gonzalez; tema de que se hacian cien ediciones y paráfrasis, dando unos por hecho que Gonzalez habia muerto, otros que Angelita se habia suicidado, otros que Chucho estaba mal herido, y corrian mil y mil versiones, en fin, á cuales mas contradictorias.

A la sazón llegaba por la diligencia el coronel Aguado; venia de la Tierracaliente, consumido por calenturas intermitentes.

Venia pensando en sus hijos y fué á parar á la casa de Elena.

Aguado, amarillo y tembloroso, se paró frente á la cama en que estaba Elena, presa á su vez de una fiebre, que segun ella, habia atrapado en casa de Mercedes, y declarada en virtud de la complicada situacion de su hijo Chucho.

Aquellos dos enfermos juntaron sus manos ardientes y secas, y se vieron como dos tristes viajeros.

La verdad estaba ante los dos, inmóvil como sus dos hijos, y su imaginacion calenturienta recorria el pasado con la precipitacion con que se hojean ciertos libros á la cabecera de los moribundos; aunque la muerte todavía no levantaba sobre ellos su guadaña; pero una campana, la campana de los muertos, sonaba en esos momentos mas en el corazon que en los oidos de aquellos enfermos.

La muerte, la muerte inexorable habia venido despues del diablo risueño y sagaz, á arrojar oleadas de amargura sobre los personajes de nuestra historia.

D. Pedro María habia caído en la cama y los médicos desesperaban de salvarlo de un ataque cerebral que lo tenia postrado, y que iba tomando los síntomas alarmantes de un *negocio concluido*, segun espresion de los mismos médicos.

El Dr. Rodriguez, activo, enérgico é inteligente, luchó heroicamente contra la formidable invasion de la enfermedad; siempre listo, siempre tranquilo como el general en

la comprometida maniobra, atendía á todos los detalles, á todos los síntomas, y poniendo en juego todos los recursos de la ciencia; tenía la órden clara y precisa en los lábios, y la precaucion y el tino necesarios en todas las peripecias; una esperanza para los débiles, y una mirada elocuente para los que tenían entereza para saber la verdad; fijó la hora de la agonía, vió venir á la muerte, y firme en su puesto, detuvo dia por dia y hora por hora el espíritu que se iba irremisiblemente. ¡Jamás la muerte tuvo triunfo mas costoso!

Angelita, enferma en su casa, no recibió la última bendicion de su padre; Mercedes recibió el último aliento de D. Pedro y oró con la efusion mas tierna, con la concentracion del dolor mas profundo; y entre sus anteriores impresiones y dolores y las impresiones de aquel trance amargo é inolvidable habíase realizado el tipo de la plegaria íntima y verdadera.

Merced era por sí sola una oracion; el sentimiento habia exaltado su facultad de elevar el espíritu; y Mercedes se perdía, se ensimismaba en el mundo de sus ideas, como en los sopores de esos sueños de la fiebre en que nos sumerjen en profundidades de que no nos damos cuenta.

Solo la tuerta mantenía de pié la estatua de Momo en medio de aquella desolacion, en fuerza de hablar, de preguntar y de meterse en todo.

En cuanto á Perez, solo diremos que habia llegado al colmo de la actividad, y vivía en medio de una complicacion asombrosa; partícipe en el duelo de Chucho, en la enfer-

medad de Elena, en la muerte de D. Pedro, en los ataques de nervios de Angelita, salía de la parroquia y entraba al panteon, llamaba médicos, iba á las boticas, curaba los cáusticos, ponía altares, llevaba santos, velaba á los enfermos, alquilaba cera y lo hacia todo por encargo de todos.

Algunos dias despues de estos acontecimientos, el luto reinaba por todas partes.

Elena se habia casado *in extremis*, y los niños Aguardos habian quedado legitimados.

Perez acompañó al panteon de san Fernando, el cuerpo de Elena y lloró allí, solo, durante algunas horas.

La casa de D. Pedro María se convirtió en oratorio, pues de todas partes enviaron imágenes de santos. Los sacramentos fueron ruidosísimos, pues hubo música y concurrencia de los hermanos de la archicofradía del Rosario.

El entierro se verificó con mucha pompa, debido á la actividad de Perez, que no olvidó detalle ni circunstancia.

En la mañana de ese dia, Gonzalez acababa de perder el brazo derecho, traspasado cerca del hombro por una bala, y se habia resuelto la separacion completa de Angelita.

Chucho el Ninfo supo en el Tívoli de san Cosme, la hora en que sepultaron á D. Pedro María y la amputacion del brazo de Gonzalez, y en lugar de arrojarle á las llamas con sus queridas y sus tesoros como Sardanápalo, Chucho se emborrachó hasta la absoluta postracion y lo llevaron en la noche á su casa, ocultándolo de D. Francisco.

A las doce de la noche, todos dormían en la casa de D. Pedro María. Solo Perez velaba.

Allí habian llevado á Gonzalez herido, y Perez habia servido de ayudante á los médicos.

Merced rezaba aun: el sueño y las lágrimas habian huido de sus ojos.

Lectoras, Chucho el Ninfo vive: buscadlo entre la turba de pollos que os rodea; pero no creais haberos librado de él tan luego como le hayais conocido. Chucho el Ninfo existe fraccionado como los missmas; no me preguntéis quién es, porque no es ninguno, ni os conseleis pensando que el autor de este libro forjó un Chucho imposible, no: acordaos del Chucho de esta historia y temblad ante unos lábios de hombre coloreados con carmin; temblad ante esos reptiles sociales, ante esos *coratillos* de mil colores, que se introducen en vuestro hogar, para llevaros su ponzoña; temblad ante esos elegantes tontos, cuyo valor está encomendado á Paul Bergues y á Escabasse: la alta sociedad mantiene preciosos áspides que estais expuestas á acariciar en vuestro seno, porque son muy pulcros, muy bonitos y muy dulces.

Defendeos, orugas, armándoos de la crisálida de la verdadera virtud; estudiad los vínculos morales que guardan el cubilete de la felicidad y la desgracia de la vida; y pensad ¡oh flores peregrinas del vergel de mi patria! que puede traeros un negro mas allá, el día menos pensado, un emisario de la desgracia que se parece en algo á Chucho el Ninfo.

FIN DE CHUCHO EL NINFO.

INDICE.

	Páginas.
CAPITULO I.—En el que se vé que el amor acaramelado de las mamás, no es el mas apropósito para criar héroes.....	3
CAPITULO II.—En el cual comienza la descripción de las luces, maitines, funcion y procesion de la Virgen de la Merced.....	11
CAPITULO III.—Sigue la colecta en la casa de D. Pedro María.....	25
CAPITULO IV.—La comida en la casa de D. Pedro María, las primeras páginas de una historia triste, Chucho el Ninfo en la procesion.....	35
CAPITULO V.—La sobremesa del chocolate, en la casa de D. Pedro María.....	57
CAPITULO VI.—Un bailecito de cumpleaños, del que hay mucho que decir y poco que pedir....	69
CAPITULO VII.—En el cual el curioso lector vuelve á encontrar á San Juan Bautista.....	85
CAPITULO VIII.—El sueño de Chucho.—Rarezas...	97
CAPITULO IX.—Un negocio grave en la casa de D. Pedro María.....	107
CAPITULO X.—En el que se vé que en materia de amor, el rodeo suele ser el camino mas corto...	121
CAPITULO XI.—De los ingredientes indispensables para un matrimonio por amor.....	141
CAPITULO XII.—Las posadas en casa de Chucho el Ninfo.....	153
CAPITULO XIII.—Preparativos, baile y cena de Noche buena. El nacimiento del Mesías. Munificencias del coronel Aguado.....	169
CAPITULO XIV.—Perez ó un amor desgraciado....	189
CAPITULO XV.—De como se confecciona en regla un matrimonio.....	203
CAPITULO XVI.—La luna de miel.....	211

Allí habian llevado á Gonzalez herido, y Perez habia servido de ayudante á los médicos.

Merced rezaba aun: el sueño y las lágrimas habian huido de sus ojos.

Lectoras, Chucho el Ninfo vive: buscadlo entre la turba de pollos que os rodea; pero no creais haberos librado de él tan luego como le hayais conocido. Chucho el Ninfo existe fraccionado como los missmas; no me preguntéis quién es, porque no es ninguno, ni os conseleis pensando que el autor de este libro forjó un Chucho imposible, no: acordaos del Chucho de esta historia y temblad ante unos lábios de hombre coloreados con carmin; temblad ante esos reptiles sociales, ante esos *coratillos* de mil colores, que se introducen en vuestro hogar, para llevaros su ponzoña; temblad ante esos elegantes tontos, cuyo valor está encomendado á Paul Bergues y á Escabasse: la alta sociedad mantiene preciosos áspides que estais expuestas á acariciar en vuestro seno, porque son muy pulcros, muy bonitos y muy dulces.

Defendeos, orugas, armándoos de la crisálida de la verdadera virtud; estudiad los vínculos morales que guardan el cubilete de la felicidad y la desgracia de la vida; y pensad ¡oh flores peregrinas del vergel de mi patria! que puede traeros un negro mas allá, el día menos pensado, un emisario de la desgracia que se parece en algo á Chucho el Ninfo.

FIN DE CHUCHO EL NINFO.

INDICE.

	Páginas.
CAPITULO I.—En el que se vé que el amor acaramelado de las mamás, no es el mas apropósito para criar héroes.....	3
CAPITULO II.—En el cual comienza la descripción de las luces, maitines, funcion y procesion de la Virgen de la Merced.....	11
CAPITULO III.—Sigue la colecta en la casa de D. Pedro María.....	25
CAPITULO IV.—La comida en la casa de D. Pedro María, las primeras páginas de una historia triste, Chucho el Ninfo en la procesion.....	35
CAPITULO V.—La sobremesa del chocolate, en la casa de D. Pedro María.....	57
CAPITULO VI.—Un bailecito de cumpleaños, del que hay mucho que decir y poco que pedir....	69
CAPITULO VII.—En el cual el curioso lector vuelve á encontrar á San Juan Bautista.....	85
CAPITULO VIII.—El sueño de Chucho.—Rarezas...	97
CAPITULO IX.—Un negocio grave en la casa de D. Pedro María.....	107
CAPITULO X.—En el que se vé que en materia de amor, el rodeo suele ser el camino mas corto...	121
CAPITULO XI.—De los ingredientes indispensables para un matrimonio por amor.....	141
CAPITULO XII.—Las posadas en casa de Chucho el Ninfo.....	153
CAPITULO XIII.—Preparativos, baile y cena de Noche buena. El nacimiento del Mesías. Munificencias del coronel Aguado.....	169
CAPITULO XIV.—Perez ó un amor desgraciado....	189
CAPITULO XV.—De como se confecciona en regla un matrimonio.....	203
CAPITULO XVI.—La luna de miel.....	211

CAPITULO XVII.—De como se carga en un matrimonio una batería de Buntzen, para cuando se necesite.....	233
CAPITULO XVIII.—Chucho el Ninfo hecho pollo...	237
CAPITULO XIX.—En el que anudando el hilo de la historia, volvemos á encontrar á nuestros personajes.....	247
CAPITULO XX.—Otro matrimonio feliz que está preparando una erupcion volcánica, para cuando la escena lo requiera.....	261
CAPITULO XXI.—El amor considerado como artículo de primera necesidad.....	273
CAPITULO XXII.—El diablo.....	285
CAPITULO XXIII.—Las orugas, las crisálidas y las mariposas: el diablo, la naturaleza y el amor...	301
CAPITULO XXIV.—Continuacion de la importante materia tratada en el capitulo anterior.....	313
CAPITULO XXV.—De la manera con que Chucho el Ninfo se cubre de gloria.....	329
CAPITULO XXVI.—En el cual, por fortuna del lector, llegamos á la catástrofe clásica con que termina la presente historia.....	339

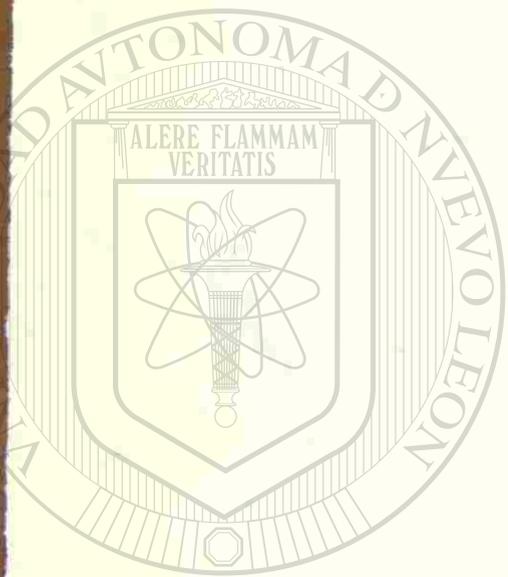
Colocacion de las estampas.

Al niño, al alamedero y á la criada, se les hacia tarde.	4
Chucho el Ninfo en la procesion.....	52
El Sr. D. Pedro María.....	54
Perez.....	78
Las boleras.....	92
Aguado.....	164
Chucho el Ninfo.....	252
Un palo al diablo.....	286
El milagro de San Judas Tadeo.....	298
Hubo un rato de horroroso silencio.....	345

ANL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

